Más ácido que los cítricos es la primera parte de la trilogía de Edén

El que mata a las personas es la segunda parte de la trilogía de Eden

«Cerca como una perla perfecta» es la tercera parte de la trilogía de Eden

© 2025 Erik Willems

D/2026/Erik Willems, autor y editor

Diseño de la portada: Peter

Vanbekbergen Primera edición:

diciembre de 2025

ISBN: 9789082144819

Derechos de autor: copyright@edentrilogie.eu

Contacto, información y venta en línea: www.edentrilogie.eu

CERCANA COMO UNA PERLA PERFECTA

sobre la vida de María y María Magdalena

Erik Willems

Dedicado a Pieje Crabbé Con
agradecimiento a Djibril

Índice

PRÓLOGO **7**

INTRODUCCIÓN **16**

EL ANTIGUO TESTAMENTO **19**

INTRODUCCIÓN AL ANTIGUO TESTAMENTO 19
LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE BELIAL 37
REHABILITACIÓN DE JACOB 51
REFLEXIÓN SOBRE NARRADORES Y ESCRITORES 64
EL ÁRBOL DEL BIEN Y DEL MAL 65

MARÍA **74**

GOTA DEL MAR 74
LOS PRIMEROS AÑOS DE MARÍA Y MARÍA MAGDALENA 76
EL NACIMIENTO DE JUAN EL BAUTISTA 85
JOSÉ ENGAÑADO 104
EL NACIMIENTO DE CRISTO 111
LA CIRCUNCISIÓN Y EL TESTIMONIO DE SIMEÓN 128
LA MATANZA DE LOS NIÑOS 136
LA HUIDA A EGIPTO 151
ASHKELON 154
LOS HIJOS DEL REY 158
EL PEQUEÑO GRAN JESÚS 175
EL NIÑO DEL REY 185

El Jordán 211
Jesús y los cambistas.....225
Jesús y Belial en el desierto – Se cae la máscara 249
Tres días: día 1 – Descanso en silencio 252
Tres días: día 2 – Este Yahvé no es mi Padre.....256
Tres días: día 3 – Se rompe la presa 274
La despedida.....293
Mi vida, mi eternidad 296
Ein Karem 301
Cana.....323
Capernaum 326
Betania: el primer sermón de la montaña 330
Felicidad, amor y gratitud.....340
José de Arimatea y Nicodemo.....347
María y Ana 354
Samuél.....369
El fin del viejo mundo.....374
Este hombre no tiene culpa alguna 378
Simón, el portador de la cruz 390
El último sermón de la montaña: la cruz en la montaña.....397
El Campo de Sangre 404
Belial.....409
El árbol del bien.....410
La tumba vacía.....411
El Nuevo Edén.....418

EL EVANGELIO DE MARÍA MAGDALENA.....419

Introducción.....419
María Magdalena 421

VISITA DISTINGUIDA....425
SAMUEL Y EL CAPITÁN DEL PUERTO....453
DESPEDIDA DE EIN KAREM....467
RUMBO A MASSILIA....470
BETH-SÉMES....478
LA NAVAJA....496
TIMNAT....512
ASHDOD....514
LA PRIMERA LECTURA DE MARÍA MAGDALENA....518
TORMENTA EN TIERRA....530
EL PEQUEÑO JUAN....536
EL VUELO DE LA MARIPOSA PÚRPURA....547

PRÓLOGO

Mi vida cambió radicalmente el 23 de marzo de 1994.
El 12 de diciembre de 2012 empecé a llevar un diario tras leer el libro *De Profundis*, de Oscar Wilde, escrito en 1898 durante su encarcelamiento por su homosexualidad. Una frase de *De Profundis* me quedó grabada y me resultó muy familiar: «Desde lejos, como una perla perfecta, se puede ver la ciudad de Dios. Su aspecto es tan maravilloso que parece como si un niño pudiera alcanzarla en un día de verano. Y un niño también puede hacerlo». Tenía que volver a encontrar al niño que había en mí. Y empecé a escribir sobre ello, como nunca había dejado de hacerlo y nunca dejaré de hacerlo. «Lejos» tenía que convertirse en «cerca». Hoy es 25 de diciembre de 2025. No quise revelar mi nombre en los dos primeros libros de la trilogía y dudé mucho si revelaría mi nombre tras esta tercera parte. Tenía, y sigo teniendo, la fuerte sensación de que todo me fue «dado» y de que no proviene de mí. Precisamente por eso quise permanecer «anónimo» mientras escribía. El desenlace de la historia de la salvación, desde el Antiguo Testamento hasta Jesús, hombre y Dios, debía seguir siendo una línea pura en la medida en que recibiera esta inspiración, no que la creara yo mismo: inspiraciones de las que a menudo, a primera vista, ni siquiera me daba cuenta de lo que significaban, para a veces, tras madurar durante días, comprender de repente su mensaje. Si entretanto hubiera mantenido discusiones al respecto con teólogos de renombre, me habrían hecho cambiar de opinión.

con referencias a grandes expertos en la Biblia y exégetas. Pero me habían enseñado, con toda confianza, a no hacerlo precisamente así: en su día escribí e interpreté mi monólogo *El hijo del rey* basándome en la pura intuición, y el verdadero mensaje no se reveló hasta un mes después de la última representación, el 23 de abril de 1994. ¿Qué hubo antes? Me crié en el cristianismo, pasé siete años en un internado de los montfortianos en Rotselaar. Siempre he sido una persona en busca de respuestas: no tuve una infancia fácil debido a un sentimiento de inferioridad por una pubertad tardía. Pero luché: me convertí en médico de cabecera —durante cuarenta años— y he aprendido mucho de las personas, pero también he podido ayudar a otras gracias a mi difícil pasado. Nunca perdí al Dios del amor y siempre lo he buscado: «Muéstrate, Señor, para que no pueda dudar». Lo busqué sin cesar. Lo busqué, pero no lo encontré. Decidí convertir mi búsqueda en una obra de teatro, un monólogo, y escribí *El hijo del rey*. Mi director se sentía a menudo desconcertado: «Pero, ¿qué quieres decir con esta obra, Erik?». Mi respuesta: «Yo mismo no lo sé, Matthias, solo sé que tiene que ser así». La última representación[1] tuvo lugar en el teatro municipal de Kortrijk el 16 de marzo de 1994. La obra terminaba con el rey perdido que, al final, con el cofrecito con

[1] Para los amantes del piano, escuchen en Spotify la conmovedora canción principal de la obra *El hijo del rey*, compuesta e interpretada en directo por *Corneille Driezen*.

el alma de su hijo en sus manos, el verdadero Rey se reencuentra consigo mismo. La última frase fue: «El trono ya no estaba vacío». Una pequeña frase que me ofrecía una promesa. Y cayó el telón. Busqué a Dios y no me importó lo que me costara: «¡Muéstrate, Señor! ¡Quiero certeza!». Y obtuve lo que pedí.

Una semana después de la última representación en Kortrijk, el 23 de marzo de 1994, mi mujer empezó a perder líquido amniótico y nuestro cuarto hijo, un niño, nació muerto prematuramente el 23 de abril de 1994 debido a una rotura del saco amniótico: el niño ya no tenía espacio para crecer. Durante las contracciones, me vinieron a la mente ciertos pasajes de la obra de teatro *El hijo del rey*, representada menos de un mes antes, con el rey en busca de respuestas: «Quizás deba encontrar al niño que hay en mí en un movimiento espiral en el que, tras un largo deambular, poco a poco, de forma imperceptible, algo en ti se va haciendo cada vez más pequeño hasta que finalmente llegas a casa, a ese único punto que es el centro de todos sus círculos». Y yo caminaba desesperadamente en círculos cada vez más pequeños para detenerme en ese único punto y exclamé: «¡Sí! ¡Eso es lo que deseo: encontrarlo!». Cuando recibí a nuestro hijo fallecido en mis manos, obtuve lo que un mes antes aún pedía en el escenario: «Señor, ¿estabas tan cerca todo este tiempo?». Él me conmovió. «Quien no puede amar lo imperfecto, no puede ver lo Perfecto», fue el mensaje que recibí, y amé sin medida al imperfecto niño muerto y lo Perfecto se me reveló. Mi vida fue «diferente» desde entonces.

En aquella época había entablado una gran amistad con el holandés Jozef van den Berg, el titiritero, y Mieke y yo llamamos a nuestro hijo Jefke. Jozef fue mi padrino cuando me bauticé en la Iglesia ortodoxa y me pusieron el nombre de Gabriel, que en árabe se escribe «Djibri(e)l».

José ya me había dicho durante la preparación del monólogo: «Vas por buen camino». No fue una casualidad. Tampoco lo fueron las muchas «casualidades» posteriores que formaron una montaña que ya no pude eludir. Me convertí en un hijo del rey. En la jerga religiosa, a esto se le llama «la adquisición de la gracia divina» (*Más ácido que los cítricos*, página 23). En aquel momento no entendía lo que me estaba pasando, pero aprendí rápidamente de personas con una historia similar a la de Jozef van den Berg que es normal que una persona rara vez pueda mantener esto durante mucho tiempo y lo vuelva a perder como consecuencia de la infiltración de un toque de soberbia; en mi caso, esto ocurrió al cabo de unos cinco meses. Lo comparaba, y sigo comparándolo, de la siguiente manera: por fin estaba sentado detrás de mi padre en la bicicleta y obtuve todo lo que necesitaba para amar espontáneamente a cada persona, amiga o enemiga, pero poco a poco empecé a bajarme de la bicicleta: pensaba que también podría arreglármelas solo para mostrar este maravilloso mensaje a la gente sin perderlo yo mismo. Al principio podía volver a subirme al asiento trasero de la bicicleta junto a mi padre, pero poco a poco dejé que se creara cada vez más distancia entre nosotros antes de volver a subirme al asiento, y eso funcionó de maravilla hasta un momento crítico. El amor inmenso y espontáneo que

Lo que había conseguido lo consideraba cada vez más como si fuera mérito mío, y de repente mi padre, en su bicicleta, desapareció de mi vista. Mi orgullo y mi soberbia me destrozaron: perdí el Edén. Una pérdida que deja tras de sí una dolorosa nostalgia, tras la cual la búsqueda puede, sin embargo, ser más específica con la esperanza de recuperar el Edén en el presente.

Escuchar o pedir consejo a personas religiosas que no han vivido algo así, por muy eruditas que sean, solo me habría frenado mucho en mi historia de la trilogía gnóstica. Lo que sí hice fue investigar en libros, en Internet, en el Antiguo y el Nuevo Testamento, y confiar cada vez más en aparentes «casualidades» y en las experiencias de cuarenta años como médico de cabecera, una profesión de enfermedad, vida y muerte, por lo que doy las gracias a mis pacientes. Sin embargo, tras mi caída, mi padre me había dejado algo, algo de un valor incalculable: mi confianza ciega en mi intuición como un don y un regalo inestimable; mi razón solo ocupa el segundo lugar. El Evangelio de María Magdalena es, en efecto, un escrito gnóstico que no estaba del todo en consonancia con las tradiciones de los apóstoles, a excepción del Evangelio de Juan, que también presenta aspectos gnósticos. Su primer capítulo ya era bastante gnóstico y muy apreciado.

Soy consciente de que en este libro voy en contra de muchas religiones cristianas. He abordado las cuatro grandes corrientes de las iglesias cristianas: la Iglesia ortodoxa, la Iglesia católica romana

la Iglesia católica, las iglesias protestantes y las iglesias gnósticas, con todas sus fortalezas y debilidades. Respeto a las cuatro, cada una a su manera, pero ninguna de ellas tiene la exclusividad del amor (véase la página 14: la historia de Pieje). Es igual que el cariño que siento por mis cuatro hijos. Mis hijos tampoco son iguales y, sin embargo, no quiero ni puedo hacer distinciones. No son perfectos, al igual que yo tampoco lo soy. A veces me enfado con ellos, igual que a menudo me enfado conmigo mismo, pero eso no dura ni un minuto. Mi hijo menor, Jefke, es, por supuesto, diferente: nunca me ha podido molestar, pero gracias a él he conocido y apreciado la corriente gnóstica. Tengo una hija y tres hijos. No puedo imaginarme que pudiera querer menos a mi hija que a mis hijos. ¿Por qué hablo ahora de repente de mi hija?

Todas las iglesias cristianas oficiales surgieron del primer Concilio de Nicea, celebrado en el año 312 d. C. Me plantea muchas dudas el hecho de que ninguna mujer pudiera participar en el Concilio de Nicea: 318 hombres santos y 0 mujeres santas. Durante ese importante concilio, el evangelio de María Magdalena no fue seleccionado porque ya se consideraba «solo» apócrifo y no cumplía con los criterios del canon bíblico «masculino». El evangelio de María Magdalena es uno de los escritos gnósticos que se redactaron después de la era de los apóstoles.

«Escrito en el año 120 d. C. ¿Acaso estoy tan equivocada por querer a mi hija tanto como a mis tres hijos?».
Sin embargo, cada vez estoy más convencido de que su evangelio puede mostrar el camino hacia la gracia divina a cualquier persona que busque sinceramente, al menos tanto como los evangelios canónicos, si no más. Y para quien le resulte difícil aceptar el mensaje de esta mujer por el hecho de ser mujer, que fije su atención en Juan, el medio hermano de Jesús, nieto de José el carpintero y unos cinco años mayor que Jesús, quien creció junto a él, vivió la huida a Egipto y estuvo junto a María al pie de la cruz: «Mujer, he ahí a tu hijo», por lo que Juan puede ser reconocido verdaderamente como el hermano «de pleno derecho» de Jesús. Y luego, por favor, reflexiona un momento sobre Juan 14, 18-20. «No os dejaré huérfanos. Volveré a vosotros. El mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis. En aquel día sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.»[2] Sí: «Yo EN vosotros».
¿Hay alguien más cercano a nosotros que alguien que está DENTRO de nosotros cada segundo? ¿No es esto conmovedor? El

[2] El nivel espiritual de esta afirmación de Jesús a Juan dice mucho del nivel espiritual de Juan, el medio hermano de Jesús. Jesús solo le dice algo así a alguien que lo entiende espiritualmente. Esto se aplica igualmente a las conversaciones de María Magdalena. Como médico de cabecera, a menudo tenía que explicar el mismo cuadro clínico desde un nivel intelectual más bajo hasta uno más alto. El hecho de que yo no entienda al detalle la teoría de la relatividad de Einstein no significa que Einstein esté equivocado. ¿Quién puede o se atreve a contradecir a Jesús?

El partimiento del pan es solo una pequeña parte de ello. Ninguno de los 318 miembros masculinos del primer Concilio de Nicea se atrevió a eliminar el Evangelio de Juan, a pesar de su evidente tinte gnóstico… y con razón.
La lucha entre la razón basada en el gnosticismo —en particular, el conocimiento de uno mismo— —«quien se conoce a sí mismo, conoce el TODO»— y la razón basada en rituales e instituciones con una autoridad doctrinal impuesta desde fuera, generará tensiones eternas, del mismo modo que discutimos sobre la letra de una ley y el espíritu de una ley. Ambas partes tienen sus debilidades y fortalezas, pero ninguna debe considerarse superior a la otra. Una vez recibí un ejemplo y una respuesta al respecto de un paciente. Se llamaba Petrus y, en nuestro dialecto, se pronunciaba «Pieje». Era un obrero que vivía en la casita de trabajadores más pequeña del pueblo. Pieje era un sencillo carpintero de formación, y estaba casado con una mujer que resultó ser débil mental y que, poco después del nacimiento de su única hija, fue ingresada en un manicomio, donde murió siendo bastante joven. Nunca la conocí. Pieje siempre tenía una sonrisa en el rostro y no «parecía» feliz, porque siempre lo era. Su única hija también vivía recluida en sí misma. Pieje no sabía quejarse. Lo único que leía era el periódico. La religión le resultaba extraña. No podía decir que le faltara nada: ni dinero ni Dios. Pieje vivió hasta los 91 años y, en los últimos días antes de su muerte, mi enfermera Hilde y yo íbamos a visitarlo todos los días.

No hubo necesidad de ingresarlo en el hospital. El hombre no sentía ningún dolor digno de mención y su sonrisa y su gratitud permanecieron grabadas en su rostro desde la mañana hasta la noche. A Hilde y a mí nos sorprendió y no parábamos de preguntarle si no le dolía nada. Pues no, y él yacía tranquilamente en su cama, esperando. El último día le pregunté en presencia de Hilde: «Pieje, ¿no te da miedo morir?». Y Pieje nos miró sorprendido y sonriendo: «¿Por qué iba a tener miedo? Quiero a toda la gente». Y Pieje murió esa noche en presencia de su hija. Era un gnóstico de pura cepa. Una mariposa púrpura. Y entonces me siento pequeño, como alguien que tiene que escribir una trilogía con mucho alboroto para no llegar ni a la altura de los tobillos de Pieje: «Quiero a toda la gente». Pieje conocía el TODO. Mi más profundo respeto, Pieje.

En resumen: el amor tiene la última palabra, y las tarjetas de afiliación no son indispensables y a veces incluso resultan contraproducentes. Y eso también llamó mucho la atención de Mahatma Gandhi: «Me gusta Cristo, pero no me gustan los cristianos: son tan diferentes de Cristo». Pero así, Gandhi también comete el mismo error (I don't like the Christians) que todas las diferentes iglesias cristianas entre sí, y él también puede aprender algo de Pieje. Termino con unas palabras para Belial: «Ah, sí, mi querido Belial, yo también cometo muchos errores contra el amor, pero por eso no me tienes todavía».

Erik Willems

INTRODUCCIÓN

El misterio del amor seguirá siendo siempre el mayor misterio para la humanidad.

El amor es, en sí mismo, un sentimiento universal e ilimitado, conocido por todos los seres humanos, y no se deja encorsetar en reglas, mandamientos o leyes, ni en el tiempo. Podemos escribir libros sobre él, pero nunca llegamos a sus límites: el amor es como el Big Bang y se expande cada vez más, como un principio sin fin. El amor ofrece fuerza vital a lo que vive. Sin él, solo hay materia. Sin embargo, lo que podemos experimentar del amor como individuos es insignificante en comparación con lo que él puede dar: nuestro ego siempre se interpone de alguna manera. No obstante, a todo ser humano le gusta ser amado, por muy estúpido o hostil que se comporte. El amor está siempre presente en todas partes, ya sea como afirmación o como negación. Podemos darle infinitos nombres y significados. María Magdalena describió el amor en su evangelio como la «Naturaleza de la Raíz». El insecto más pequeño cuida de su descendencia. Cada planta se reproduce. Cada microorganismo se divide. Cada célula lleva información para transmitirla a una nueva célula. «Algo» desencadenó en su momento esa reproducción y le dio fuerza. En la palabra «reproducción» está «planta», y una planta no puede existir sin raíz. La Naturaleza es una palabra que engloba todo lo que vive. La «Naturaleza de la Raíz» es la proveedora desinteresada de vida, de felicidad, de generosidad, de respeto, de amor.

El polo opuesto a este es simplemente una negación de lo que es y existe.

La lucha entre el polo positivo y el negativo por el corazón del ser humano es una batalla encarnizada.
En el evangelio apócrifo [3] de María Magdalena, que no fue hallado hasta 1946 en Nag Hammadi, solo parcialmente, y que se data alrededor del año 120 d. C., ella relata cómo Jesús le transmitió prácticamente el mismo mensaje que Juan: que Él mora EN nosotros, que ya no tiene que volver, y que al mismo tiempo habitan en nosotros fuerzas malignas opuestas: la oscuridad, la ignorancia, la codicia y la ira. Muchos de los primeros cristianos y «parroquias avant la lettre» se adhirieron a esta visión, a quienes se agrupó bajo el nombre de «cristianos gnósticos», de los que hablaremos más adelante. Sin embargo, el único evangelio femenino no fue tenido en cuenta por los 318 delegados masculinos en el Concilio de Nicea, celebrado en el año 325 d. C.

En uno de los primeros capítulos, dejo que Belial tome la palabra por última vez al comienzo del Antiguo Testamento, seguido de un ejemplo de narración frágil cuando aún no existía la escritura: se iniciaban los siglos de los narradores. No fue hasta alrededor del año 900 a. C.

[3] *Esther de Boer*: *María Magdalena, más allá del mito,* Meinema

se transmitió por escrito[4] basándose en los relatos de Moisés de 500 años antes. A continuación, cuento la historia romántica de dos mujeres fuertes y amigas, María[5] y María Magdalena.

[4] El *«Yahvista»*, sobre el que hablaré más adelante en el capítulo «Rehabilitación de Jacob»

[5] *La vida de la Virgen María*, *la Theotokos*, Convento de los Santos Apóstoles, Buena Vista, Colorado, EE. UU.

EL ANTIGUO TESTAMENTO

INTRODUCCIÓN AL ANTIGUO TESTAMENTO

El Homo sapiens[6] apareció hace 2,5 millones de años. Miles de años antes, todo se transmitía oralmente de generación en generación a través de diversas narraciones y variaciones. Así pues, hubo que esperar a los mesopotámicos para el desarrollo de una escritura completa. A partir del año 3000 a. C., añadieron más vocabulario a la escritura sumeria y transformaron los signos en forma de clavo. A partir del año 2500 a. C. surgieron las escrituras completas egipcia, hebrea, latina y griega, y poco después les siguieron muchas otras escrituras completas en otros continentes. Las narraciones de Moisés se recopilaron alrededor del año 900 a. C. en un texto básico: el Yahvista[7] , una amalgama de escritos seleccionados en los que Yahvé ocupaba un lugar central y que sirvió de base para el judaísmo.

---

[6] *Sapiens, una breve historia de la humanidad*, Yuval Noah Harari

[7] El *Pentateuco* («los cinco rollos») comprende los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, denominados en la tradición cristiana con sus
nombres greco-latinos: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. El Yahvista es la fuente más antigua de todas ellas, y se centra principalmente en los relatos.

Según la ciencia actual, el primer día del Génesis resultó ser un «Big Bang» [8]que tuvo lugar hace 13 800 millones de años, antes de que pudiera hablarse siquiera de un segundo día del Génesis. *¿Y qué?* ¿Supone eso un problema para el relato de la creación por parte de un Dios como tal? Al hacernos adultos, y con la sensatez que ello conlleva, perdimos la capacidad de creer en el enigmático «abracadabra» de tantos magos de nuestra más tierna infancia, aunque nos encantaba contarles a nuestros hijos, con su mente abierta, los cuentos de hadas en los que los animales podían hablar. Hacer aparecer de la nada algo totalmente imposible fue para muchos de nosotros un regalo y una evidencia mientras seguimos siendo niños. Una vez adultos, perdió toda su magia y, más aún, la capacidad de abrirnos a lo puramente imposible desde el punto de vista racional. A partir de entonces, la ciencia tenía que poder demostrarlo primero. Sin embargo, la ciencia mantiene una especie de relación de amor-odio con la fantasía y la ingenuidad, aunque prefiere calificarlas de intuición, y no hay nada de malo en ello. Lo más importante de la intuición humana sigue luchando por el reconocimiento frente a la razón humana[9] . De hecho, muchos avances científicos partieron a menudo de la intuición y la fe. Se puede afirmar sin temor a equivocarse que la teoría de la relatividad de Einstein[10] surgió

---

[8] *Oer*, Cees Dekker, Gijsbert van den Brink, Corien Oranje, Ark media

[9] *Gerd Gigerenzer*, psicólogo, es un experto mundial en el campo de la intuición.

[10] *Einstein* afirmó: «La mente intuitiva es un don y la mente racional es su sirviente». Este tema aparece una y otra vez a lo largo

del libro.

gracias a una imaginación más que fértil, combinada con unos conocimientos básicos perfectos de física, un gran intelecto y una apertura analítica y perspicacia al ver pasar un tren en una estación o al subir a un ascensor. Todos los grandes inventos y descubrimientos se produjeron al atreverse a pensar fuera de lo establecido o mediante hallazgos fortuitos, pero eso también requirió intuición para buscar el «por qué» o el «¿para qué sirve?». ¿Por qué no se podría afirmar que el Big Bang fue el primer acto del plan de un maestro supremo, un «Dios», para proporcionar los componentes básicos para el ser humano, la especie homo? El género del que, tras la evolución, el «sapiens» sigue intentando superarse a sí mismo cada día y buscando siempre la felicidad suprema, aunque el ser humano a menudo confunda esta felicidad con el dinero. A mucha gente le parece cursi calificar la felicidad suprema de «amor» en los buenos tiempos, pero en los malos tiempos todo el mundo suele estar de acuerdo en el fondo, sea cursi o no, en nombrar la felicidad suprema del ser humano según su valor más verdadero y fundamental: el amor. Y si esto es cierto, entonces este Big Bang, ya sea primigeniamente suave o primigeniamente duro, ha sido el primer paso plausible y perfecto en la creación de un Dios que es Amor.

Retrocedamos un momento en el tiempo para contemplar el milagro del origen de la escritura, con el periódico escrito tras milenios de periódico hablado.

El ser humano, el género Homo o el hombre [11], surgió en diversas formas primitivas hace 2,5 millones de años. Da igual si Adán o Eva eran Homo neanderthalensis o Homo sapiens. Eran Homo y no eran tontos. No fue hasta alrededor del año 8000 a. C. cuando, del género Homo, quedó el Homo sapiens como última y única especie, no sin haber conservado muchos genes importantes de sus antecesores. La primera escritura de este Homo sapiens procedía del pueblo sumerio, en tablillas de arcilla que datan del 3300-3000 a. C. Su escritura era, literalmente, sumaria, era solo una escritura parcial: nunca se podía escribir una historia o un libro con ella, solo se asignaba un símbolo o dibujo a los números y a unas pocas palabras. En sus orígenes, era un instrumento contable valioso e indispensable. Así pues, hubo que esperar a los mesopotámicos para el desarrollo de una escritura completa a partir del 3000 a. C. Estos añadieron más vocabulario a la escritura sumeria y los signos se transformaron en forma de clavo. A partir del 2500 a. C. le siguieron las escrituras completas egipcia, hebrea, latina y griega, y muchas otras escrituras completas en otros continentes surgieron algo más tarde. El hecho es que las grandes historias, entre ellas las más conocidas, el Yahvista (la parte más antigua del Pentateuco y parte del posterior Antiguo Testamento) y la *Ilíada* griega, hasta entonces solo nos

[11] *Sapiens: Una breve historia de la humanidad*, Yuval Noah Hariri

Se transmitían oralmente de generación en generación. No fue hasta muchos siglos, o incluso milenios, más tarde cuando los escritores se hicieron cargo de ellas, con todas las ventajas e inconvenientes que ello conllevaba. Las ventajas eran el toque a menudo poético y el inicio de una uniformidad[12] ; una desventaja era que el contenido no siempre coincidía con el de las historias originales. Y llegamos ahora a un punto crucial de nuestro discurso, y cito a la ciencia: «Hay que distinguir entre la época de la que se narraba (y de la que no se encuentra una estimación exacta del inicio: ¿mil años antes?) y aquella en la que estas historias se plasmaron en texto a partir, como muy pronto, del año 900 a. C., es decir, la época en la que los relatos del año 1400 a. C. atribuidos a Moisés[13] , aunque sin ninguna prueba, se registraron como sagrados. Este es un punto controvertido en la investigación sobre la

[12] Al parecer, la uniformidad solo se aplicaba a la *Ilíada* de Virgilio, considerado un poeta virtuoso, pero en lo que respecta a los escritos bíblicos, desde la Edad Media hasta la actualidad se han llevado a cabo numerosas investigaciones y se han buscado compromisos. Un gran rompecabezas de autores diversos y superpuestos, con piezas a veces ilegibles, desmoronadas y difíciles de encajar, a menudo se pegaban para formar un todo, lo que milenios más tarde ofrece a mi actual «asombro e imaginación infantiles» espacio para hacer comentarios al respecto.

[13] Wikipedia, buscar «Moisés»: muy recomendable como una especie de sinopsis del hombre en busca de respuestas de Spinoza a finales del siglo XVII, que sobrevivió a un atentado contra su vida, hasta el día de hoy.

Pentateuco.» [14] Sea como fuere, tendremos que aceptar una brecha considerable en el tiempo entre los acontecimientos (relatos) transmitidos oralmente y la tradición escrita muchos siglos después. Y entonces sale a la luz el niño que hay en mí, ya que recuerdo vívidamente cómo, cuando teníamos doce años en el movimiento juvenil, jugábamos en los meses de invierno al juego en el que un primer «narrador» tenía que susurrar al oído del siguiente de la cadena una historia de una sola línea, hasta que al duodécimo y último de la cadena se le pedía que contara en voz alta lo que había oído. Iba a terminar siempre en una carcajada general de los doce miembros de la cadena, que se quedaban asombrados ante el resultado final, que sonaba defectuoso y como un sinsentido total. Pero puede ser aún más loco, porque seguramente existían varias tramas sobre acontecimientos compartidos entre diferentes comunidades, tribus y familias. Imaginemos que cuatro grupos de scouts de la misma edad juegan al mismo juego con la misma frase inicial, de forma totalmente independiente entre sí. Y el último receptor de cada grupo se retira, sin escuchar la frase inicial, a una sala aparte con sus tres «compañeros». Los cuatro deben entonces juntar sus versiones de lo que han oído y así llegar a una

---

[14] El Pentateuco comprende los cinco primeros libros: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, que se atribuyen a los «relatos» de Moisés en el año 1400 a. C. Mientras que el evangelio escrito de María Magdalena en el año 110 d. C., estimado a solo 40 años de su muerte, no fue suficiente para ser aceptado en el concilio de Nicea. Dos varas de medir.

lograr un consenso. ¿Cómo se consigue algo así? ¿Qué queda entonces del mensaje original? ¿Qué impacto tan profundo debe de haber tenido esto en las mentes de ciento veinte [15] generaciones narradoras a lo largo de un máximo de cuatro mil años, antes de que la escritura sustituyera a los oyentes por los lectores? ¿Sin hablar siquiera de las numerosas tramas entre las diversas tribus? ¿Qué narrador/escritor sufrió la influencia de Yahvé? ¿Qué narrador/escritor sufrió la influencia de Belial? La lucha entre el ángel bueno y el malo no solo se libró en el corazón de cada persona, sino con igual intensidad en la narración de suma importancia, y más aún, escrita palabra. Muchos

---

[15] Se puede hacer una estimación aproximada con los siguientes datos aritméticos: edad media estimada y sobreestimada de supervivencia, lapso de tiempo, número de tribus y grupos sociales, y entonces calculo que hubo al menos ciento cincuenta narradores en una sola línea narrativa dentro de una comunidad o tribu que estuvieron activos a lo largo de tres o cuatro milenios hasta que se descubrió la palabra escrita. La primera fuente escrita de la Biblia, el Yahvista, no se redactó hasta alrededor del año 950 a. C. Es muy probable que los primeros homo sapiens (2,5 millones de años antes) tampoco empezaran a contar historias de inmediato. ¿Les llevó mil años?

¿Dos mil años? Hay muchos factores desconocidos, pero un hecho es cierto: se trataba de historias que inicialmente se transmitían oralmente. ¿Y cuántas tramas existían en tribus o comunidades vecinas, independientes unas de otras? ¿Qué trama llegó finalmente a la versión escrita definitiva? ¿O se hizo una mezcla de tramas, con concesiones para poder llegar a un consenso? ¿Se reunieron alguna vez los narradores de aquella época y estaban dispuestos a llegar a un consenso? El primer escritor debió de sentirse abrumado por las numerosas «versiones» habituales, si es que llegó a escucharlas.

El narrador de la historia de Caín debió de haberse enfrentado a la pregunta más difícil de todas: ¿de dónde saca Caín de repente a su mujer? ¿Caín, que debió de mantener una relación incestuosa con su madre? Altamente improbable… Al parecer, el narrador guardó silencio al respecto, al igual que el escritor lo resolvió más tarde callando pudorosamente, mientras que cualquier persona sensata sabe que se necesita una mujer para dar a luz a los hijos. Muchos puntos delicados y preguntas fueron eludidos en el Génesis escrito. La torre de Babel, que de repente dividió a los hombres en lenguas: ¿cuál es la influencia de Yahvé? ¿Cuál es la influencia de Belial? ¿Noé y el diluvio, que provocó la muerte por ahogamiento de muchos niños inocentes? ¿El robo del primogenitura mediante el engaño de Jacob en detrimento de su hermano mayor Esaú? ¿Los dos hijos del patriarca Jacob, Simón y Leví, que comienzan a asesinar en venganza por la deshonra infligida a su hermana Dina? ¿Ciudades enteras, Sodoma y Gomorra, completamente destruidas? La salida de Egipto, en la que cientos de egipcios, aunque solo fueran personas en misión militar, murieron en el mar: ¿cuál es la influencia de Yahvé? ¿Cuál es la influencia de Belial? ¿O se disfrazó Belial de Yahvé?

Hoy en día, el Antiguo Testamento sigue siendo analizado y comentado por exégetas, clérigos, aficionados a la Biblia y eruditos, pero ninguno de ellos podrá jamás corregir el error en el eslabón narrativo que, por ejemplo,

el número 27 de una trama bastante dominante 3 de la cadena. Imagina que tú mismo eres un poderoso demonio, ¿no sería entonces tu mayor triunfo que tus terribles travesuras y palabras infernales se atribuyeran, miles de años después, a la obra de Dios, que es Amor? ¿Que siempre es? ¿Que es Santo? Para calificar algo de «santo», tendrías que disponer de argumentos muy creíbles.
¿Cómo pudo surgir una «historia» manipulada del Génesis y de los muchos otros libros del Antiguo Testamento y adquirir el epíteto de «santo»? ¿Cómo pudo surgir en absoluto ese espíritu de la época?
Solo hay una respuesta: el ser humano se alejó cada vez más del Edén espiritual. ¿Y no era este el único objetivo de Belial? ¿Podría haber sido alguna vez la intención de «Dios, que es Amor», quien quiere dar a todas las personas un lugar en Su Ciudad del Amor?

Así que puedes fingir que estos son libros sagrados, pero las consecuencias no se hicieron esperar. Muchas personas han sido asesinadas, y siguen siendo asesinadas, basándose en declaraciones e historias de este libro de un «dios» que dista mucho de ser amoroso y que se asemeja más a un Belial castigador que a un Dios de amor y perdón.
Y la cosa se complica aún más: a esto hay que añadir cómo la propia lengua evoluciona siglo tras siglo con nuevas palabras, nuevas figuras retóricas y, por lo tanto, también con la transmisión de otros sentimientos. Un ejemplo. «Tengo frío» o «el frío

me cala hasta los huesos»: la segunda frase despierta compasión, mientras que la primera es neutra e informativa.

A modo de gran ejemplo, detengámonos en una de las primeras traducciones más importantes de la Biblia al neerlandés en nuestras tierras: la Statenvertaling[16] , una nueva Biblia para la República de Holanda del año 1673. «Eendracht maeckt macht»[17] figura en la portada de esta Biblia de los Estados.

Y lo consiguieron: pocos libros han tenido tanta influencia en la cultura del norte de los Países Bajos como esta Biblia. En casi todos los debates religiosos —y hubo muchos en el siglo XVII— la Biblia desempeñó un papel importante. Había muchas traducciones neerlandesas diferentes de la Biblia en circulación. Estas contenían bastantes errores, por lo que se interpretaban de forma diferente todo tipo de pasajes. Pero a menudo ni siquiera se ponían de acuerdo sobre la misma traducción. Cuando en 1618-1619 se estableció la doctrina de la fe reformada en el Sínodo de Dordrecht, se decidió que también debía haber una traducción correcta de la Biblia. Se debatió este plan durante ocho días y, a continuación, se ejerció una intensa presión, por ejemplo, sobre

---

[16] Este pasaje completo se ha tomado casi literalmente de la página web www.debijbel.nl. Se trata de una traducción protestante de 1637, mientras que la primera Biblia católica romana en neerlandés fue la traducción de Willibrord de 1975.

[17] «Poder»: esta Biblia empieza ya con mal pie. Esta nueva traducción al neerlandés tenía como objetivo unir a los habitantes de la República —un pueblo, una lengua, una Biblia— y, por tanto, acumular «poder»: la palabra «poder» sigue siendo una palabra terrible cuando uno se propone el amor como objetivo.

teólogos, editores y los Estados Generales. Estos se comprometieron a sufragar los gastos y, en 1625, encargaron oficialmente el proyecto, de ahí el nombre de «Statenvertaling». Con este encargo, el Gobierno también dejó claro que su autoridad era superior a la de la Iglesia. Los traductores se enfrentaban a una ardua tarea. Debían realizar una traducción precisa, en un neerlandés correcto, a partir de las lenguas originales de la Biblia, entre ellas el hebreo del Antiguo Testamento y el griego del Nuevo Testamento. Además, la traducción debía estar en consonancia con la doctrina reformada establecida en el Sínodo de Dordrecht. Además, el texto no debía causar ninguna confusión. Con la Reforma, la experiencia personal de la fe había cobrado importancia. Por eso, cada creyente debía poder comprender el texto por sí mismo, sin que hubiera motivo para la duda. Para cumplir con todos estos requisitos, se seleccionaron seis traductores y quince «supervisores» (controladores, también llamados «revisores») entre los mejores teólogos y expertos lingüísticos del país. Trabajaban en equipos en Leiden, donde podían utilizar los libros de la biblioteca de la universidad y donde los científicos de la universidad les asesoraban cuando era necesario. Los primeros traductores comenzaron en 1626, los primeros revisores en julio de 1633. Uno de estos revisores era el poeta y pastor Jacob Revius, de Deventer. El consejo de la iglesia de Deventer quería que regresara antes del invierno, pero Revius se negó. «Este proyecto está por encima de mi deber como pastor», dijo, «ahora trabajo bajo la autoridad de los Estados Generales». En

En septiembre de 1633, Revius había terminado. La Biblia de los Estados se publicó en 1637. La primera edición fue una versión de lujo, un libro grande y caro; más tarde aparecieron también ediciones abreviadas, más pequeñas y económicas.
La Biblia de los Estados fue un gran éxito. En las iglesias y escuelas calvinistas se convirtió en la Biblia estándar. En las familias calvinistas se leía a diario. También otros protestantes, como los anabaptistas y los pietistas, comenzaron a utilizar el libro. Solo los luteranos se aferraron a las traducciones de la Biblia de Lutero. Muchos poetas se inspiraron (y se inspiran) en la Biblia, por ejemplo, el pastor Jodocus van Lodenstein. En su colección *Uyt-spanningen* (1676) hay una serie de meditaciones a partir de 1 Juan 2:16: «Porque todo lo que hay en el mundo, a saber, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la vanagloria de la vida, no procede del Padre, sino del mundo». El último poema de la serie exhorta a la calma y la introspección, y condena la arrogancia:

«La vanagloria de la vida.

¿Hacia dónde, mi corazón? No te rebeles, sino
que asciende y jadea sin escalones; te aconsejo
que subas con moderación, pues si lo haces
con moderación: con cautela; así: como la cima
viene a toda velocidad y cree estar ahí:

«Seguramente irá en contra de tu voluntad, pues tu ímpetu te empuja hacia lo más alto y luego de nuevo hacia abajo. Y cuando ya estés rodando: ¡ay, ay! Tu velocidad aumenta tu caída: por eso te digo que te quedes quieto y te mires a ti mismo; apuesto a que ves un «no».

¡De repente, Dios habló en neerlandés! Los traductores y revisores de la Statenvertaling habían recibido el encargo de utilizar un neerlandés correcto. Eso era más fácil de decir que de hacer. Procedían de diferentes partes del país y traían consigo sus propias variantes del neerlandés. Por lo tanto, hubo que llegar a compromisos en cuanto a ortografía, gramática y uso del vocabulario. Para muchas palabras, giros y expresiones aún no existía una variante general del neerlandés, por lo que había que crearla. Las soluciones fueron los primeros pasos hacia una lengua neerlandesa unificada. Como la Biblia de los Estados se leía tanto, tuvo una gran influencia. En el neerlandés actual eso todavía se nota claramente. Los traductores trabajaron de forma sistemática. Por ejemplo, siempre optaban por «om» en las oraciones subordinadas que expresaban un propósito: «venidos para explorar este país» en lugar de «venidos a espiar el país» (Josué 2:2). También distinguían sistemáticamente entre «liggen» y «leggen» y optaban por «dacht» en lugar de «docht» y «vond» en lugar de «vand». Gracias a la Traducción de los Estados,

El pronombre reflexivo «zich» es el más utilizado, y no «hem» ni «haar». Muchos refranes y expresiones provienen de la Traducción de los Estados, como «llevar a alguien en volandas», «andarse a ciegas», «no ser de ayer», «se le erizaron los pelos», «de tal palo tal astilla», «robarle el corazón a alguien», «desahogarse», «mover cielo y tierra», «tirarse por la borda», «buscarle tres pies al gato», «ponerle el cuchillo en la garganta a alguien» y «quien cava un hoyo para otro, cae él mismo en él».
Fue una tarea ardua que dio lugar a intensas discusiones y modificaciones. El secretario de la comisión se sentía a veces desesperado. Y uno de los traductores, Willem Baudartius, se lamentó ante el revisor Revius: «En toda mi vida nunca me he atascado tanto como ahora, en mi vejez». Pero el éxito lo compensó con creces. Cuando se publicó el libro, se comentó que Dios ahora hablaba en neerlandés, tal era la calidad del lenguaje.

Hasta aquí este ejemplo de los Países Bajos.
Si extrapolamos esto a todas las lenguas del mundo, con todos sus dialectos, no podemos culpar a nadie de que, a pesar de todas las nobles intenciones, nos resulte difícil hablar de visiones e interpretaciones unánimes de lo que realmente ocurrió en el original.
Es muy probable que la llegada de la escritura haya evitado un mal mucho mayor, pero, por otro lado, a la amalgama de «adaptaciones» antes oportunistas,

«añadidos» y «aclaraciones» por parte de diversos traductores, sobre todo humanos, se vio de repente adscrito el epíteto de «sagrado».
Como mínimo, y por decirlo suavemente, hay que manejar el término «sagrado» con cautela y moderación.
La humildad exige más bien subestimar que sobrevalorar.
La Biblia se vendió como si esta obra humana fuera la propia obra de Dios y, por lo tanto, «sagrada».
No pocos de los objetivos de las acciones de Belial se convirtieron de repente en «sagrados» y, a partir de ese momento, ya no se podían cuestionar; aún hoy se conservan y se leen con el mayor respeto en todas las religiones abrahámicas. Es un camino humano, aunque imperfecto. Sin embargo, debemos tener cuidado de no tirar al niño con el agua del baño. Deshacerse de lo bueno junto con lo malo no es realmente la solución, pero al menos debemos reunir el valor[18] para desenmascarar al lobo con piel de cordero y, preferiblemente, reservar la palabra «sagrado» para lo que indudablemente pueda llamarse sagrado. Pero surge la pregunta legítima de si un ser humano es realmente capaz de realizar tal análisis. Belial, como lobo con piel de cordero, puede incluso realizar «buenos» milagros para ganarse el derecho a hablar en un grupo. Parece, y esto invita a una seria reflexión, que lo que Belial aparentemente

[18] *El Santo Silouan el Athonita*, archimandrita Sophrony, véase en la página 126 «Sobre el amor a los enemigos» y en la página 129 «Sobre la distinción entre el bien y el mal», y cito: «Lo bueno obtenido por medio del mal, no es bueno».

consideraba prioritario, en particular instaurar un «culto a Dios (o a los dioses)», lo que proporcionó al mismo Belial el medio por excelencia para asesinar, vengarse, castigar, ir a la guerra, engañar o matar a tu hermano, sembrar la discordia, defender el favoritismo selectivo, actuar con doble rasero y, sobre todo, y esto fue el golpe de gracia para el ser humano del Edén: situar a la mujer para siempre en una posición inferior a la del hombre. ¿Descartar esto desde nuestra mentalidad actual como «solo» el «espíritu de la época de entonces», como un hecho cultural que hay que entender en su contexto y que, por lo tanto, no se puede evaluar como tal como obra de Belial, mientras que muchas religiones siguen tratando a sus mujeres de esa manera y todas sus guerras siguen basándose en una historia oportunista y distorsionada? ¿Para así justificar con «derecho» siglos de «guerras santas» en todas sus formas y seguir aplicando esto como argumento legítimo para fabricar armas, bendecirlas para matar a otros seres humanos y causar sufrimiento en nombre de «Dios, que es Amor»?

Mientras el cristianismo era perseguido, era puro. Cada mártir suponía una derrota y un horror para Belial. Tras el Edicto de Nicomedia en el año 311 d. C. y el de Milán en el 313 d. C., con el cese de las persecuciones y la proclamación del cristianismo como religión oficial del Estado, se abrió la puerta a los cristianos «oportunistas», como muchos de entonces y como

Ahora me considero alguien a quien le resulta fácil hablar y que no tiene por qué temer la persecución. Casi no se le puede culpar al islam del año 610 d. C. por degradar a Jesús/Issa[19] a un mero «profeta», entre otras cosas, tergiversando la traducción del griego antiguo de «la llegada del consolador/el Espíritu Santo» durante la Última Cena a «la llegada del/de su "bendito"». Al parecer, trescientos años de cristianismo protegido por la ley bastaron para que el islam pusiera a los cristianos, a menudo complacidos consigo mismos, ante la realidad. Como ya se citó en el prólogo, nadie lo expresó mejor que Mahatma Gandhi, quien estudió Derecho en Londres: «Me gusta Cristo, pero no me gustan los cristianos: son tan diferentes de Cristo». Los cristianos actuales, yo mismo en primer lugar, no somos dignos de ser llamados cristianos. Los cristianos de hoy en día a menudo no se parecen a Cristo. Por otro lado, debemos admitir que el listón está muy alto para cualquier cristiano: «Ama a tu enemigo[20]». ¿Por qué no querrías amar a un líder como Cristo, que pone eso como su principal objetivo? ¿Puede otra religión ofrecer algo más elevado? ¿Existe un amor mayor que el amor por tu peor enemigo?

Volvamos al Antiguo Testamento. El ser humano cayó en un círculo vicioso, en el que el nombre de Yahvé y de Dios se repetía una y otra vez

---

[19] «Nos gusta Cristo, porque este profeta predijo al Alabado», Islam 612

[20] No conozco ninguna otra religión que proponga esto con tanta firmeza. «Amar» aquí significa realmente «amar» y no simplemente «tolerar» a otra persona.

, pero quizá se abusó de él otras tantas veces. ¿Cómo debía entonces el Dios del Amor lidiar con tanta violencia perpetrada en Su nombre?

Solo un mensajero en Su nombre podía poner orden y salvar al ser humano del Edén.

Pero para ello hubo que esperar mucho tiempo a una mujer.

Los discípulos de Belial quedaron muy impresionados por el hecho de que Caín hubiera podido redimirse ante los ojos de Yahvé y de que, precisamente, el hijo de Caín, Enoc, pudiera ser elevado a metatrón[21] . Se sentían derrotados. Belial, secretamente celoso de Enoc, tuvo que infundirles urgentemente nuevo ánimo.

Así pensó Belial ante sus discípulos: «La unidad entre hombre y mujer dentro del Edén se ha roto, pero aún hay fuerzas fuera del Edén que quieren restaurar esta unidad. La igualdad entre hombre y mujer es la piedra angular más importante del plan de Dios. Sigamos convirtiéndola en el principal escollo. Romper y perpetuar esta igualdad sigue siendo crucial. El hombre y la mujer fuera del Edén apenas se dan cuenta de esto. Pero no podemos ni debemos descansar hasta completar esta obra. La fuerza es más importante que la debilidad. Ser el más fuerte es más importante que ser más fuerte. Debido a su fragilidad física, la mujer debe quedar totalmente dependiente de la fuerza del hombre. Su orgullo hará el resto. La fuerza bruta y la razón bruta aplastarán la libre intuición del ser humano. Intuir

[21] (*H)Enoc*, el hijo mayor de Caín, alcanzó como humano el estatus de ángel y se convirtió en el Metatrón: el mediador entre el ser humano y Dios; lee la parte 2 de la trilogía: *El que mata a los hombres*

quedará subordinada al saber o a creer saber. Del mismo modo, volveremos salvajes a los animales, destruiremos las cosechas, convertiremos la lluvia benéfica en torrentes mortales y haremos insoportables los inviernos rigurosos. Crearé desiertos. La mujer necesitará la fuerza bruta del hombre y, para sobrevivir, se convertirá gustosamente en su posesión, haciendo así que el amor resulte superfluo; y así, así dominará el hombre sobre ella. Así como nosotros, los asexuados, ahora libramos la guerra contra los ejércitos de Miguel, así enfrentaremos a los hombres contra los hombres con el fin de hacer a la mujer aún más vulnerable, de modo que no solo se sienta dependiente, sino que cada vez sienta menos el amor de Yahvé. El hombre se convertirá en su dios y de su mano y de su linaje recibirá el pan y a su hijo. Físicamente y espiritualmente. Las mujeres lucharán entre sí por el hombre más fuerte. Los hombres lucharán entre sí por la mujer más bella. La envidia reinará. Elevaré el placer sin amor muchas veces por encima del placer del amor. Nada recordará al hombre ni a la mujer lo unidos que estaban en aquel entonces en el Edén».

Sus discípulos se entusiasmaron con el plan y pensaron en unísono a voz en grito. Pero para Belial esto no era más que el principio: ¿acaso él mismo, Lucifer, no había quedado impresionado en su momento por el trisagio durante su estancia en el Santo de los Santos? «Santo, santo, santo», cantaban todas las potencias y fuerzas al unísono con sonidos que provenían directamente de lo más bello y puro de cada

a los presentes y, sobre todo, a la fibra más íntima del extremadamente sensible Lucifer, el portador de la luz, en lo más profundo de su propio ser. Belial sintió de inmediato cómo este recuerdo lejano y repentino sumía a sus discípulos en la confusión y no concedió ni un segundo a sus discípulos, ya azuzados, para que cayeran en la desesperanza: «Al mismo tiempo, crearé para ellos dioses sagrados en variantes, formas y especies, y por esos dioses lucharán. Me disfrazaré de Yahvé y me pondré una piel de cordero a su medida, para que nadie pueda notar nuestra diferencia. Escribiré libros sagrados y proclamaré guerras santas. Las luchas a muerte por esto las llamarán sagradas, y reescribiré el Edén a través de cómplices, apareciendo tras mi aparición como serpiente como alguien semejante a Yahvé y sometiendo a la mujer para siempre al hombre. Ella sola llevará la carga de la deuda, para que el hombre reine eternamente sobre ella. Más aún, al propio hombre lo llamaré santo y, con ello, «santo» sonará cada vez más hueco y vacío. Haré que su aliento y sus excrementos apesten y los convertiré en mi incienso del azufre más delicioso. La palabra «santo» se degradará hasta convertirse en un insignificante grano de arena en un desierto abrasador, en el que el grano de arena ya puede estar contento y agradecido de que YO —gritó en su mente con un chillido— YO no queme el grano de arena hasta que nunca haya existido. Oh, no, no puedo ser tan tonto: el «dios santo» y el «dios santo» deben poder seguir luchando entre sí con sus fieles hasta la muerte. Cada uno

«El ser humano que se considere un dios se sentirá obligado y con derecho a hacerlo: ¿hay algo más sencillo que matar a quienes piensan de forma diferente? Nosotros solo tenemos que mirar y disfrutar». Así resonaban triunfantes sus pensamientos. «Mejor aún, los propios seres humanos crearán entre ellos variantes de un Yahvé sediento de venganza. Ellos mismos se forjan sus dioses y yo solo tendré que convertirlos en dioses vengativos, de modo que les entre miedo de su dios. Haré que su miedo al amor sea mayor que su amor por el amor. La gente se proclamará a sí misma o a otros como santos y se convertirá en el centro de una pequeña comunidad, que les creará la ilusión de un universo propio. Los hombres provocarán guerras santas y las librarán entre ellos, y harán que las mujeres y los niños dependan aún más de sus músculos, su audacia, su sed de sangre, su venganza y, finalmente, su poder. ¡Poder! ¡Poder! La única tarea de la mujer débil se reducirá a engendrar más hombres para poder librar más guerras. Me vengaré de la rebeldía del hombre de antaño y cada linaje femenino se convertirá únicamente en súbdito de un hombre de otro linaje. Me encargaré personalmente, muy personalmente, de que a su Dios se le dirijan con «él» y nunca con «ella». Haré de cada época mi espíritu de la época. Acecharé cada hora, cada palabra, cada frase: haré mío cada cambio de comportamiento o giro en las costumbres del ser humano. Me infiltraré entre ellos disfrazada y ayudaré a dar forma a sus costumbres y rituales, pues quien domina el espíritu

y domina los rituales de su tiempo presente, es dueño del presente y del futuro y conoce mis errores pasados: ¡mira! ¡Mira, pues, lo rápido que me adapto y cómo aprendo sin esfuerzo de mis víctimas! Son tesoros que aprecio y sí, lo grito a los cuatro vientos: los A M O. ¡De verdad! Adaptaré y tergiversaré el lenguaje coloquial de los humanos siglo tras siglo, de modo que ya nada pueda entenderse tal y como se pretendía originalmente o como se transmitió alguna vez desde el Edén perdido. Os ordeno que solo utilicéis la palabra «Edén» después de que yo haya tomado el Edén como Yahvé, pues lo que no es palabra, nunca ha sido palabra ni concepto. Cambiaré hasta la saciedad el contenido de las palabras desde su origen y las haré aparecer una y otra vez con un nuevo ropaje hasta que de lo primero que se dijo apenas quede algo reconocible, debido a las numerosas conjeturas de generaciones que corregirán error tras error tras error tras error y, necesariamente, o llámalo…» Y interrumpió bruscamente su pensamiento ante ellos, para asegurarse de que prestaran atención a su apoteosis. «O pensarlo…», prosiguió, buscando desafiante sus ojos ávidos de conocimiento, «necesariamente hambrientos… aduladores… y débilmente alejándose de la fuente seca. Las palabras cambiarán de significado e incluso perderán su significado, con lo que sus acciones y costumbres, como por "milagro divino", cambiarán realmente, siglo tras siglo. Los descendientes del Edén, perdóname por esta terrible palabra, se desintegrarán así más que

que creen estar construyendo. Me ofrecerán muchas oportunidades para alimentar esta metamorfosis de palabras y costumbres, y así, cada uno es siempre más que bienvenido en MI mundo: ¡oh, humano, mi querido esclavo, eres más que bienvenido! Mi lengua bífida os acariciará a vuestra llegada, os pinchará suavemente de izquierda a derecha, a veces en el centro, hasta que os volváis locos y, con cuidado, misericordioso como soy, repito, misericordioso como soy, oh sí, humano: ¡qué misericordioso soy!». Sus discípulos se volvieron locos de placer y enloquecieron. «¡Alto!», les gritó Belial en sus pensamientos y, de arriba abajo en su mente, continuó en sus pensamientos susurrantes: «Para llevarlos poco a poco, un poquito, un pasito, paso a paso más pequeño, a veces un pequeño paso atrás de nuevo, se podría pensar que con misericordia, con mi profundo amor… sí: lo confieso, oh sí, lo confieso: con mi profundo amor los…» y Belial ya disfrutaba: «… ¡envenenaré!!! Envenenar… ¡envenenarlos con mi amor más profundo! Por lo que más que nunca tendrán miedo del amor y ya no podrán ir en ninguna dirección». Toda la pandilla se volvió más loca de lo que ya estaba. Un demonio saltaba sobre otro delante de él, sobre los muñones de alas de hombros perdidas, para vitorear. Belial se deleitaba: «Sé bienvenida, "amor", palabra madre de ayer, ahora que tú también mueres y eres enterrada y sustituida por algo que se aleja cada vez más de ti, de lo que alguna vez significaste. Bienvenida, forastera en mi tiempo, y forastera en este tiempo seguirás siendo, ¡y forasteros darás a luz!». Belial

Ya no se contenía. «¡Y por si eso no fuera suficiente, haré que la naturaleza se vuelva tan salvaje que se luchará por cada grano de arroz o de cereal, y que cada pizca de sentido común sea desterrada por el estómago vacío hasta convertirse en mierda! Mujeres exhausas con esqueletos de niños, ¿y dónde está su Dios?». Gritó sus pensamientos desde lo más profundo, casi llegando a las puertas del Santo de los Santos. Miguel, Djibril y Henoch los oían, aún en sus pensamientos junto a la entrada. Se mantuvieron concentrados en el revoloteo de los serafines en lo alto del Santo de los Santos y no movieron ni una ala. Miguel sintió[22] sin pensarlo ni esforzarse lo dura que sería la batalla y lo difícil que se le haría al ser humano resistir las poderosas armas de Belial sin que ellos pudieran defenderlo con armas equivalentes. El ángel bueno siempre va por detrás del ángel malo: el ángel malo vivió alguna vez como ángel bueno, pero el bueno nunca como malo. Sin embargo… «Sin embargo, hay un rayo de esperanza», pensó Miguel dirigiéndose a Djibril tras todo lo anterior, «Belial subestima el poder de fingir». Djibril también recordó de inmediato aquella primera noche fatídica, cuando la Mujer y el Hombre fueron expulsados del Edén y cómo Adán se recompuso después de que

[22] Que esta sea precisamente la cualidad de un ángel bueno: la intuición, saber solo basándose en el sentir, con una única norma: ¿es amor o no es amor? Al fin y al cabo, el amor no necesita trazar planes. Son y actúan según lo que representan y también son: el amor. El ángel caído, por el contrario, perdió lo que una vez había sido. La razón ocupó el lugar de la intuición y se convirtió para él en todo y en lo único.

Eva había abusado de aquella primera noche sin amor. «Al menos finjamos», le susurró Adán al oído con tono suplicante, recordando aún con claridad y nitidez cómo la había amado en el Edén muchas veces más que durante aquel acto. Así como Miguel aún podía captar los pensamientos de Belial, también Belial podía leer los pensamientos de Miguel, y Belial, «como si» no fuera a reconocer esta «debilidad», se sumergió inmediatamente más profundamente en la tierra como parte de su plan hasta estar seguro de que Miguel ya no podría captar absolutamente nada de lo que pensara en adelante. Belial se sumergió «como si» estuviera derrotado… Una vez fuera del alcance, Belial volvió a dirigirse a sus frustradas tropas, desilusionadas por estar de nuevo más alejadas del ansiado campo de batalla: «¡Pobre Miguel! ¿Quién es mejor en «fingir» que este siervo? ¿Que todos nosotros? Una vez más vas a la zaga, guerrero sin armas. Lo siento mucho. Eres esclavo porque debes respetar la libertad del hombre, mientras que yo soy libre para esclavizar al hombre con cualquier forma, buena o mala, con la que actúe. ¡Sé tú santo, esclavo! Hazte la vida difícil. ¡El amor no existe!». El alboroto en los pensamientos de los discípulos de Belial, aliviados por el astuto plan de su maestro, era una vez más difícil de contener y habrían salido a la superficie por el más mínimo resquicio de su guarida para poner en práctica inmediatamente sus malvados planes, de no ser porque Belial pudo impedirlo justo a tiempo. «¡Basta, mi amada!

«¡Santos discípulos!», pensó con una sonrisa sarcástica. «Justo esto es lo que debemos evitar a toda costa. ¡Silencio!», exclamó Belial, ahora seguro de que sus enemigos ya no podían captar sus pensamientos: «En primer lugar, a partir de ahora debemos proteger nuestros pensamientos de Miguel, hacernos invisibles a los ojos de los humanos, inaudibles para sus oídos, intangibles para sus sentidos, de modo que seamos olvidados e incluso considerados inexistentes por los humanos. En segundo lugar, nosotros, los despreciados asexuados, nos vengaremos precisamente volviendo su sexualidad en su contra. Donde Yahvé pudo hacer de la capacidad de procrear la mayor fuente de amor para los humanos, yo convertiré su sexo en un campo de batalla y derrotaré a Yahvé. Solo el día en que el hombre se haya destruido a sí mismo me mostraré. Soy Dios por encima de Dios y Apocalipsis es mi último y verdadero nombre». Sus discípulos se volvieron aún más desenfrenados y exaltados, como un volcán subterráneo que generosamente derramaría su ardiente y letal lodo sobre la humanidad en cualquier parte del mundo, de no ser porque Belial los mantenía a duras penas a raya. Mentira tras mentira, intriga tras intriga, falsedad tras falsedad, odio tras odio, así les enseñó Belial cómo debían construir con paciencia el glorioso final. El hombre siempre debería poder achacarlo a los elementos de la naturaleza, o al azar, o a la mala suerte, o precisamente a una falta de precaución o a una falta de previsión, pero nunca, jamás, a la soberbia del hombre, y desde luego no a la existencia o no de él y sus discípulos.

Belial disfrutaba, veía cómo todo sucedía ante sus ojos, pero de repente se despertó sobresaltado por el pensamiento abrumador de uno de sus discípulos. El pensamiento resonó con un grito abrasador en la mente de todos los presentes: «¿Qué hay del corazón del hombre?». Belial lo oyó gritar de repente aún más alto y resonar por encima de todos los pensamientos desenfrenados de su banda. Al principio, Belial se sobresaltó desagradablemente, pero rápidamente pasó a sentirse intrigado: «¡Revela tu identidad y dime tu nombre!». Su discípulo volvió a pensar con estridencia, aunque ya algo más apagada: «¿Qué hay del corazón del hombre?». Ni siquiera esperó más a que Belial pensara: «No me han dado nombre, nunca se me ha asignado uno. Por eso me llamo tal y como soy: "Solo". Y Solo volvió a lanzar su pregunta a toda la banda con un grito desgarrador: «¿Qué hay del corazón del hombre?». Todos los discípulos acallaron abruptamente el más mínimo pensamiento y observaron tensos si Belial daría siquiera una señal para que todos juntos le dieran una lección por tanta falta de respeto hacia su líder, con lo que demostraron sorprendentemente que, al fin y al cabo, no habían renunciado a todos los aspectos del «amor» en lo que se refería al «amor» por su líder. «Solo» escuchó sus pensamientos, pero no les prestó atención. A Belial le pareció, al fin y al cabo, estupendo que al menos uno de sus discípulos planteara una pregunta tan importante y se enfrentara a toda la multitud por ello. Eso reforzó las posibilidades de victoria de Belial y pensó: «SILENCIO… Nosotros… que luchamos contra… el amor… debemos hacer… como si… como si… como si…»

… nosotros… el… amor SOMOS». Buscó la mirada de Alleen con intensidad, pero no logró calar de inmediato en el abrumado Alleen, y Belial clavó sus ojos aún más profundamente en los de Alleen y lo tuvo entonces completamente en su poder: «Nada es más poderoso para imitar el amor que la falsa humildad, mi amadísimo Alleen. Solo así se puede conquistar el corazón del hombre». Alleen se postró fulminado a los pies de Belial: «Te amo, maestro». Toda la banda, primero asustada y luego impresionada, siguió inmediatamente el inspirador ejemplo de Alleen. Se enseñaron unos a otros a «fingir». Y la fiesta en las profundidades de la tierra pudo comenzar, y practicaron juntos para aprender las palabras, los actos y los pensamientos del amor sin sentirlo, pues el amor les era totalmente ajeno y les seguiría siendo totalmente ajeno.

Miguel, Gabriel, Enoc y Rafael no necesitaban tanta ostentación: no tenían por qué malgastar energía en «fingir». Al fin y al cabo, nada cambiaba en el Santo de los Santos: los serafines, los querubines, las ruedas del carro del trono, las potestades y las fuerzas, los arcángeles y los ángeles, Metatrón, el trisagio «santo, santo, santo»; a primera vista, tal vez pareciera una derrota, una rendición, pero no lo era. La jugada de Belial de hundirse más[23] allá de las profundidades de la tierra trajo al mismo tiempo

[23] Muchas pinturas de la Edad Media y posteriores (por ejemplo, Rubens) muestran las batallas entre el bien y el mal con armas (muerte

También habría más paz en el Santo de los Santos. Al fin y al cabo, el amor nunca podría ser aniquilado, nunca podría ser erradicado. Siempre acabaría naciendo algún ser humano en la Tierra, igual que Caín, que pudo deshacerse de su marca. Si esto bastaba por el momento a Miguel y a los suyos, ¿qué significaría entonces el siguiente paso del propio Creador?

«Fingir» se convertiría quizá en uno de los problemas más complejos del ser humano fuera del Edén. Al fin y al cabo, dentro del Edén no existía el «fingir» y no tenía por qué existir. Fingir es una fuerza, ya sea buena o mala, propia del ser humano que solo cobró vida, significado e importancia fuera del Edén. Ni el ángel bueno ni el malo tienen influencia alguna sobre cómo se predice el desenlace en el corazón libre de cada ser humano. La lucha entre el ángel bueno y el malo por el corazón del ser humano sería, en esencia, una lucha en torno a la alimentación de los pensamientos y actos libres del ser humano libre. El ser humano libre está obligado a dirigir estos pensamientos, independientemente de sus acciones buenas o malas anteriores, y a tomar decisiones. Los pensamientos dirigen las acciones, pero se sabe mucho menos cómo las acciones también pueden dirigir los pensamientos. Es importante tener buenos pensamientos, porque nos convertimos en lo que pensamos[24] . Pero es igualmente importante

---

y la perdición). Es una lástima, sobre todo porque las armas son precisamente armas del mal y, así, el mal sale siempre victorioso, gane quien gane. Las armas nunca deberían haber existido.

[24] Cita de *Buda*

para realizar buenas acciones, ya que a través de ellas podemos descubrir aspectos ocultos del amor. Los gestos y rituales amorosos son tan importantes como los pensamientos y las palabras amorosas. Las trampas son innumerables, y el amor fingido es, por excelencia, el lobo con piel de cordero. Precisamente por eso, ser honesto con uno mismo es una base y una condición necesarias para las palabras y los actos realizados en un intento sincero de amar, o al menos en un intento sincero de amar —ya sea fallido o no—, siempre y cuando duela lo suficiente como para impulsar una rectificación, un perdón o una petición de ayuda. Solo la honestidad y la presencia de la perspicacia desenmascaran, juzgan y corrigen un pensamiento y una acción. Por muy solo que se sienta el ser humano tras un único intento tímido —como un grano de arena que aparentemente no significa nada en el desierto de arena, pero un desierto no puede existir sin un grano de arena—, por muy solo que se sienta en la vida y en el universo, sin embargo, esta soledad buscada involuntariamente conducirá finalmente a un grito sincero de ayuda que brota del corazón, con el fin de ofrecer al ángel bueno una oportunidad para acudir discretamente en su ayuda de manera impredecible, plantando una semilla[25] de humildad en su corazón. Al final, los pensamientos y las acciones juntos culminan la batalla de los ángeles en su corazón.

[25] Un grano de humildad no difiere de un grano de arena del desierto: ambos conducen a la humildad, la serenidad, la calma, la felicidad, la paz, la insignificancia y el infinito. Un grano de arena es el resultado final de la ruptura, al igual que la humildad lo es de la soberbia. Solo entonces se manifiesta el amor puro.

Solo esta lucha de cada ser humano fuera del Edén puede considerarse la única guerra santa que está justificada y que, más aún, debe librarse, se quiera o no. Una lucha totalmente innecesaria dentro del Edén, pero vital fuera de él. En resumen: puedes fingir con sinceridad (quieres buscar una segunda oportunidad noble aunque te sientas un completo fracaso, o pides un respiro para evitar la desesperación) como una oveja con piel de lobo, o puedes fingir falsamente (te limpias los pies en un movimiento de recuperación y solo quieres adornar tu reputación exterior) como un lobo con piel de oveja. En ambos casos se trata siempre de un ser humano débil, con la diferencia de que, en el caso del «fingir» sincero, Dios, que es amor, comprende que tal intento in extremis es un esfuerzo por no caer en la desesperación y, al mismo tiempo, un intento sincero de recuperar tu Edén perdido. Fingir no debe ser el objetivo final, sino, como mucho, un botón de pausa para recuperar el aliento, para resolver el problema de raíz, y en ningún caso debe ser el comienzo de un aplazamiento y menos aún de una postergación que conduzca a la hipocresía.

REHABILITACIÓN DE JACOB

El Homo sapiens apareció hace 2,5 millones de años y el Yahvista[26] se escribió alrededor del año 900 a. C.: cientos de años antes, las historias del Yahvista se transmitían oralmente en diversas tramas y variaciones. Así pues, no fue hasta el año 900 a. C. cuando aparecieron las versiones escritas[27]. Lógicamente, los narradores habrían sido al principio los propios antepasados, pero no se sabe nada al respecto y es imposible que se haya escrito nada al respecto.

Supongamos ahora que, durante los largos siglos sucesivos de narradores, se atribuyeron crímenes injustos a personas que, sin embargo, eran nobles. La historia que sigue es puramente especulativa e hipotética. Solo quiero «contar» un ejemplo de lo difícil que era para los narradores mantener una línea recta y transmitir la historia con exactitud a lo largo de los siglos de entonces.

---

[26] Yahvista = una recopilación de escritos seleccionados en los que Yahvé ocupaba un lugar central y que se consideran la base del judaísmo.(27) Si se tiene en cuenta que durante los dos primeros siglos después de Cristo existían numerosos evangelios, los cuatro canónicos (Marcos, Lucas, Juan, Mateo) junto a muchos evangelios apócrifos (Tomás, Santiago, Nazarenos, Ebionitas, Hebreos, Egipcios, María Magdalena, Judas...)
Si surgieron tantas variantes diferentes, por ejemplo, sobre el bautismo de Cristo por Juan el Bautista, ¿en qué medida no habrán sufrido las versiones narrativas a causa de añadidos, interpretaciones u omisiones subjetivas a lo largo de tantos siglos de transmisión oral hasta llegar a su primera versión escrita?

Doce hijos, doce linajes dispersos y, por lo tanto, muy probablemente doce narradores con doce líneas narrativas a lo largo de siglos de analfabetismo. Todos estos narradores partieron en su día de aquel único narrador de la tribu de su abuelo Isaac, quien así lo enseñó a su padre Jacob, al igual que este transmitió la tradición a sus doce hijos.

Volvamos por un momento a Zenoch, narrador número 27 después de Jacob, procedente de una línea narrativa bastante dominante, la tercera de la casa de Leví, uno de los doce hijos de la numerosa descendencia de Jacob, hijo de Isaac. Conozcamos a Zenoch, quien en su día fue discípulo de su predecesor Ebal, narrador número 26.

Zenoch nació como un descendiente lejano y sumamente importante de Leví, hijo de Jacob, padre de doce hijos y progenitor de todos los judíos. Leví, como importante jurista, gozaba de casi tanta fama como su padre Jacob. Su lejano descendiente, el hijo mayor de Zenoch, se llamaba Abiram, pero la hija menor de Zenoch, Sela, era la niña de sus ojos. Ser narrador en la tribu de Leví era uno de los cargos más altos que se podían desempeñar y, automáticamente, se obtenía la autoridad para instruir a los jóvenes de las ramas más jóvenes de la familia y transmitirles las historias de los antepasados. Zenoch sabía relatar maravillosamente lo que había aprendido de su tío Ebal, el número 26 en la línea narrativa. La gente pendía de sus labios. La historia de su famoso

Cada vez que hablaban de Jacob, su antepasado directo y progenitor, siempre terminaban diciendo «era un hombre honrado». Les parecía especialmente impresionante y digno de admiración el modo en que Jacob se reconcilió con su hermano Esaú. Zenoch creía firmemente en la tradición y consideraba un deber de honor y conciencia continuar la historia familiar con la máxima minuciosidad y detalle. Pero esto hacía tiempo que no le gustaba a Belial.

Sela, la hija menor de Zenoch, era muy codiciada por su linaje y su belleza. Un admirador y hijo de un jefe de tribu vecino, que no era descendiente de Jacob, fue rechazado por ella, tras lo cual él la violó violentamente para que nadie más pudiera casarse con ella jamás. Zenoch conocía muy bien, por Ebal, la historia de Jacob, que había vivido lo mismo con su amada hija Dina. Jacob, que mucho antes había buscado y obtenido perdón por haberle robado a su hermano mayor, Esaú, el derecho de primogenitura mediante engaño, perdonó a su vez incluso al violador de su hija Dina. Y por eso se consideraba a Jacob, con razón, un hombre honorable y un digno ejemplo para la humanidad, que dirigía sus pasos hacia un futuro en un Dios de amor, perdón y justicia. Un ejemplo para todos. En sus amplias ramas familiares, se pedía una y otra vez precisamente este capítulo de la rica historia familiar para contárselo una vez más a las generaciones más jóvenes: tenían un linaje moral elevado y estaban orgullosos de ello. Con razón. No es fácil

Perdonar al violador de tu hija: eso es precisamente lo que Zenoch y su esposa están experimentando ahora en carne propia.

Pero Zenoch no es Jacob. Zenoch no logra superarlo. Se escabulle. Intenta esconderse donde ni siquiera una hormiga podría ocultarse. La tristeza y el dolor de Sela, pero también de sus hijos vengativos, alimentan cada día su incredulidad en un Dios del perdón. Ya no puede pronunciar la historia de Jacob tal y como se ha contado durante siglos y ahora elude constantemente el delicado tema, en primer lugar, callándose sobre Jacob y Dina. También los hijos de Zenoch y otras hijas reaccionan con furia y no quieren saber nada más de la indulgencia del anciano Jacob. Su esposa adelgaza a simple vista. Ningún hombre de su tribu quiere ya casarse con Sela. Sela llora lágrimas de sangre y Zenoch ya no sabe qué hacer. La tarde lo consume, la noche clama venganza y lo vuelve loco. El sol naciente le causa cada vez más dolor. Él, de quien se espera que sepa lo que debe hacer, ya no sabe en absoluto qué hacer. Está desgarrado, no, está destrozado. Como narrador, no puede acudir a ningún narrador vecino en busca de consejo, pues sabe mejor que nadie lo indulgente que actuó Jacob en su momento y eso no haría más que agravar su dilema. Sela viene cada noche a llorar en su regazo. Su mujer se levanta entonces y lo mira con ojos acusadores. La historia del misericordioso Jacob cuelga como una losa sobre su cuello.

No posee ni la fuerza de Jacob, ni los conocimientos jurídicos de su bisabuelo Levi, ni los años de experiencia de su anterior maestro, Ebal. Las noches le privan cada vez más de la luz del día. Por las mañanas se queda en la cama, temeroso de comenzar el día, temeroso de que le hagan preguntas. «Estoy enfermo», le responde con brusquedad a su mujer y se da la vuelta una vez más, porque eso es lo que es: enfermo por un tumor de odio que lo devora todo hacia el violador de su hija. Oye a sus hijos quejarse en voz alta a través de la ventana abierta sobre su actitud y los oye tramar planes de venganza. La frescura del amanecer se desvanece como la nieve ante el sol naciente cada vez que tiene que abandonar el sueño misericordioso. Solo anhela que llegue la noche siguiente. Esto lo agota. Al final, la llamada de la venganza se impone. Pero, ¿cómo conciliar esto con su importante función de narrador?, ¿cómo conciliar esto con el prestigio del que goza su tribu por todas partes? Ya no se levanta de la cama. La tercera noche, con las pupilas bien abiertas, ve madurar un plan. Sus pensamientos se cristalizan en un diamante negro azabache, tan duro y frío como siglos de luz solar que absorbe la piedra más negra. Al día siguiente se levanta al amanecer y, tan demacrado y debilitado como está, se dirige tambaleando al comedor. Bebe té dulce y toda la familia se muestra a la vez sorprendida y encantada. Sus hijos, sobre todo, están preocupados, pues se preocupan mucho por él. Habla con voz ronca y se pone en pie con las piernas temblorosas

Listo para un largo viaje a una tribu vecina. Así dice. Con voz ronca como la de un grillo, dice: «Es mi deber comprobar si Ebal ha hablado con acierto sobre nuestro padre de los padres, Jacob. Debo verificar si la historia sobre Jacob y su hija Dina es cierta». Y añade: «Ten confianza. Yahvé está con nosotros». Se pone en camino con tristeza. No tanto por la partida de su familia, sino por lo que se propone hacer. Esta vez, a pesar de todas las protestas de sus preocupados hijos, parte completamente solo. Al fin y al cabo, su burro conoce el camino. Apenas conoce el hambre; el odio y la venganza son su alimento, pero nadie puede percibirlo en él. Su asno se detiene, como siempre, tras dos noches junto al pozo insondable de Misdar Bihla Fahm. Insondable es también el dolor de su corazón. La noche llena su pozo seco con lágrimas secas de impotencia, odio y rencor. El día intenta aliviarlo, pero pierde cada vez más fuerza. Una noche espera a Jacob, otra a Leví, la siguiente, en la más absoluta desesperación, al propio Yahvé. Pero ninguno de ellos se le aparece. Abandonado. Días y noches permanece completamente solo, apenas come de las provisiones que le dio su preocupada esposa. Siempre esperando y esperando. Horas. Días. Al final, más bien suplicando morir que recibir otra respuesta. En lo más profundo de la séptima noche, parece que recibe una respuesta. Una respuesta que viene a su encuentro. Se siente fortalecido de nuevo, toma una decisión y, al amanecer, se sube a su burro para regresar a casa. Sabe lo que debe hacer. Ya ha sido suficiente.

Más que suficiente. Solo puede confiar en sí mismo. Está solo. Y es responsable. Abandonado por los hombres y por Dios. La historia de Jacob es una tontería. ¿En qué se metió? Sela… Sela… Sela… Su ego es demasiado pequeño para ser fuerte y demasiado grande para dejar aún un lugar en su corazón al perdón. Sela… Sela… Sela…

Abiram, su hijo mayor, lo ve llegar desde lejos y corre hacia él. «¡Padre!», exclama Abiram preocupado al ver a un anciano demacrado y debilitado. La voz debilitada de Zenoch apenas puede susurrar: «Reúne a todos mis hijos e hijas y a los miembros más ancianos de la tribu. Tengo noticias importantes». Zenoch acepta que lo ayuden. El rumor de su regreso se extiende como la pólvora. Poco después, todos esperan impacientes en la plaza del mercado, donde Zenoch va recuperando fuerzas poco a poco. Sela también está allí. Él se arrastra hacia ella y la abraza con cariño. Abiram acude rápidamente en su ayuda y le ayuda a sentarse: «Padre, cuéntanos tu viaje». Zenoch se sienta y espera a que se haga el silencio. Un silencio amenazante. Su voz no llega muy lejos. El aire seco intenta, in extremis, pegar sus cuerdas vocales, pero estas se separan de golpe porque se sobresalta cuando el bebé de su hija mayor empieza a llorar de repente. Zenoch se siente animado por ello y su rostro abatido se transforma en una sonrisa liberadora para todos los presentes. La multitud respira aliviada y Zenoch carraspea como un viejo grillo con cicatrices ásperas en las alas: «Tengo noticias importantes». Su

Una mujer le ofrece una copa con té de miel. Él bebe. Se hace un silencio absoluto. «En Misdar Bihla Fahm conocí al narrador Shirezh, de la tribu de Judá, lejano descendiente del hermano de nuestro antepasado Leví; apenas podía caminar, pero su nieto lo acompañaba». Zenoch vuelve a dar un sorbo al té. Se fortalece con la atención y la disfruta: «Shirezh me contó que viaja a su pueblo natal en Canaán para morir allí. Nunca lo había visto antes, al igual que mi maestro Ebal tampoco lo había visto. Su cuerpo está muy anciano, pero su mente está lúcida y clara como la propia fuente insondable. Su conocimiento de las historias es admirable». Zenoch dirige la mirada hacia su hija menor, abatida, y continúa con determinación su mentira: «El lejano linaje de Shirez en Judá no es tan elevado como el de nuestro antepasado Levi, su tío abuelo lejano, pero él también quedó muy impresionado por nuestro antepasado Levi. Consideró un privilegio conocer a un narrador de la tribu de Levi antes de morir. El honor fue mutuo». Su público murmura en señal de aprobación y Zenoch toma inmediatamente otro sorbo de té. No porque siga teniendo sed, sino porque miente, y vuelve a mirar a su hija Sela, cuyos ojos no se apartan de él. Le suplica con la mirada que se siente a su lado. Quiere sentir de cerca su sufrimiento para poder dar ahora el último paso. Sela se sienta a su lado y él le rodea los hombros con el brazo. Zenoch continúa con una voz de nuevo clara: «Le pregunté a Shirezh

para que me contara lo que sabía de Jacob, algo que le encantaba hacer. Pero insistió en que primero le contara lo que yo sabía de Esaú. Le conté todo lo que Ebal me había transmitido sobre Esaú y todo coincidía a la perfección. Pero cuando le pregunté qué podía contarme sobre Jacob, primero me dijo lo noble que le parecía que Jacob compensara a su hermano Esaú por la pérdida de su derecho de primogenitura, que le habían robado, pero que, por el contrario, le costaba mucho entender que Jacob hubiera asesinado al violador de su hija Dina e incluso a toda su tribu. Y añadió que fueron sobre todo Simeón y nuestro propio antepasado Leví quienes llevaron a cabo la venganza». Todos los oyentes se sobresaltaron y lanzaron un grito de asombro y entusiasmo por su antepasado Jacob y aún más por Leví. Zenoch prosiguió: «¡Silencio!». Pero sus hijos exclamaron al unísono: «¡Venganza! ¡A la batalla!».

«¡Silencio!», rugió Zenoch, que había recuperado la voz, como si no estuviera de acuerdo. El contraste con su voz anterior, tan débil, fue como un trueno. Los ánimos y los gritos se calmaron hasta convertirse en un murmullo entre dientes, y muchas miradas lanzaban ya gestos de venganza y apoyo a su afligida hermana. La madre de Sela, animada, se acercó y se sentó al otro lado de Zenoch. Zenoch continuó, animado por ello: «Para mí también fue un shock. Simplemente no podía creerlo», y miró a cada uno a los ojos hasta que la calma volvió con dificultad. «Le pregunté una vez más si eso era cierto y él me aseguró que había oído lo mismo de varios narradores en las regiones más remotas

«La historia que escuchamos sobre nuestro abuelo Jacob y nuestros antepasados Leví y Simeón, quienes vengaron a su hija y a su hermana y exterminaron a toda la tribu del violador como represalia». Sacudió la cabeza y puso en duda la reflexión de muchos de los oyentes: «¿Por qué mintió entonces nuestro antepasado directo y tan venerado, Leví? La respuesta es clara». Los oyentes escuchaban ahora con aún más tensión, aunque intuían que en su pregunta evidente se insinuaba una respuesta igualmente justificada. No obstante, les preocupaba un poco que surgiera algún nuevo contratiempo. Se hizo un silencio sepulcral. Nubes oscuras se agolparon avergonzadas y apresuradas para intentar así desalentar la mentira. Zenoch, narrador 27 de la que quizá sea la trama 3 más importante de la historia, mostraba una actitud abatida junto al fuego: «Levi, nuestro antepasado, se convirtió también en jurista en su madurez. Y también se sabía que ya de joven podía ser muy firme en sus principios. Y asimismo se sabía que su hermano de sangre Simeón se mostraba igual de radical. No es imposible que Levi siguiera a su padre Jacob en la venganza por la violación de su hermana e incluso que fuera a la guerra y matara a enemigos. Más tarde, tal vez se arrepintió y consideró necesario ocultar la venganza, por justificada que fuera, y presentar a su padre Jacob, por quien sentía un inmenso respeto, como un hombre indulgente. Probablemente, Leví quería limpiar su propia conciencia y transmitirnos esto a nosotros, sus

«descendencia». Zenoch solo dejó una breve pausa para que lo último no calara demasiado hondo, se levantó de repente y gritó en voz alta: «¡Pero Jacob es el progenitor de Israel! ¡No Leví! ¡Haremos justicia tal y como Jacob nos enseñó! ¡Ojo por ojo, diente por diente!». Y se levantó con el puño en alto y todos se levantaron, gritando en voz alta pidiendo venganza y regocijándose por la sonrisa de Sela. Pero eso era sin contar con Abiram, el hijo mayor de Zenoch, bisnieto lejano de Leví, que no estaba de acuerdo con el curso de los acontecimientos. «¿Y qué hay de Ebal?», gritó hasta que todos callaron. Efectivamente, ¿y qué hay de Ebal? «¿Y qué hay de Ebal? ¿Acaso era un mentiroso? ¿Era Ebal un mentiroso?», repetía Abiram, visiblemente conmocionado, una y otra vez la misma frase sobre alguien de quien, de joven, había recibido enseñanza durante años con gratitud. «Si esto era una mentira de Ebal, ¿qué hay entonces de verdad en todo lo demás?» Todos los oyentes mayores se callaron de golpe, lo que hizo que los jóvenes también se contuvieran de repente. El siempre afable Ebal se había ganado, con razón, mucha credibilidad y respeto durante su vida. Sin embargo, el astuto zorro nocturno Zenoch lo había previsto y continuó: «¡Abiram tiene razón! Tengo y tenía miedo de decir la verdad, pero la verdad tiene sus derechos. Fueron Leví y su hermano Simeón quienes tramaron y llevaron a cabo la venganza. Su padre Jacob no estaba de acuerdo con ello, como se supo más tarde, pues Jacob estaba muy preocupado, con razón, por las represalias de las tribus vecinas. Hoy me preocupa

«La reputación de nuestro antepasado Leví como jurista. Sin embargo, ahora todo queda mucho más claro: si un jurista ejecutaba él mismo la pena de muerte en aquella época, ¡entonces el castigo que ahora le espera a Sela está más que justificado!». Y levantó la espada en alto. Todos los presentes gritaban ahora pidiendo venganza. Zenoch solo tenía ojos para la reacción de Abiram, quien, atónito, asombrado, sorprendido, clavado al suelo, perplejo, no sabía qué pensar de la turba exaltada y miraba a su padre con los ojos muy abiertos, incrédulo. Zenoch reaccionó con la rapidez del rayo para poner en marcha la parte final de su plan. «¡Silencio!», gritó, alzando su espada, y se colocó delante de su hijo: «Abiram, mi hijo mayor, te bendigo para que, a partir de hoy, lideres esta tribu. ¡Arrodíllate!». Abiram, ahora completamente abrumado por tan gran honor y emociones, se arrodilló y Zenoch impuso las manos sobre su hijo mayor. Los vítores inundaron la plaza del mercado. Al día siguiente, los hijos del «narrador» Zenoch, bajo el mando del nuevo líder Abiram, empuñaron sus espadas y, ahora «legítimamente», partieron de inmediato en busca de represalias. Ningún Dios los detuvo, pues Dios está siempre con Jacob. Belial no podía sino regocijarse. La línea argumental 3 de los descendientes de Leví, desde el nacimiento de los 12 hijos de Jacob, con también 12 líneas argumentales, ha ido viento en popa desde entonces, sobre todo porque, paso a paso, las ganancias obtenidas por la espada nunca les resultaron extrañas y, a veces, incluso resultaron lucrativas. El resultado: el narrador 28 de la línea narrativa 3 de Leví, también solo un ser humano y siempre con buenas intenciones, cuenta más tarde a su descendencia hasta

la historia de la violación de la tía-tía-tía-abuela, combinada con la historia «justa» de los hijos de Jacob, que eran hombres justos y vengaron la violación de su hermana con sangre. Otro detalle: el narrador número 72 de la misma línea narrativa 3, cuya hija sufrió el mismo terrible delito, añade con empatía, muchas décadas más tarde, en su versión, que Jacob se apropió entonces «legítimamente» de todos los bienes de la familia del violador. Hay que decirlo: la línea narrativa 3 va viento en popa y su influencia se extiende más rápido que el viento. El narrador número 122 de la misma línea, pero mucho más tarde, y como narrador más influyente que queda, ahora como narrador de la tribu más importante de Leví, de los doce hijos de Jacob, hace tiempo que ya no duda de si todo esto habría sucedido así. ¿Quién se atrevería a poner en duda a Jacob, el patriarca de Israel? No es de extrañar, pues, que una de las tribus juristas más importantes de la época tuviera la mayor influencia y poseyera los mayores recursos para hacer que una primera versión escrita se impusiera de forma generalizada. La venganza se hizo aceptable y otorgó el derecho a matar en nombre de Dios, que es Amor. El narrador número 152 fue, por tanto, el último que tuvo que aprenderlo todo de memoria. Después, su palabra hablada se convirtió en texto escrito, y poco después adquirió el carácter de ley escrita e infalible.

REFLEXIÓN SOBRE NARRADORES Y ESCRITORES:

Los cuatro evangelios oficialmente reconocidos [28], que a menudo presentan detalles importantes diferentes sobre un mismo tema (por ejemplo, la resurrección de Cristo), se escribieron poco después de los hechos.

Si se comparan estos cuatro relatos diferentes y se observan diferencias bastante importantes en las acciones y los diálogos, se aprecia que, entre estos cuatro relatos, no solo los narradores, sino también los escritores de aquella época, sin grabaciones, fotografía ni filmaciones, eran muy vulnerables. Solo en el Evangelio de Juan se lee cómo Juan se describe a sí mismo en dos ocasiones como un testigo ad hoc («el discípulo amado» 20,2 y «el otro discípulo que llegó primero al sepulcro» 20,8) y, por lo tanto, pudo dar cuenta realmente como testigo ocular. En el caso de los otros tres evangelistas, cabe preguntarse por su relato, a veces incluso más detallado, sobre el mismo tema en el que Juan estuvo presente en vida y del que los otros tres no fueron testigos directos. Tampoco yo escribo sobre ello sin haber sido testigo: «Señor Jesucristo, por favor, corrígeme si me equivoco».

---

[28] Los cuatro evangelios sinópticos, establecidos en Nicea en el año 325 d. C., a saber, Marcos, Lucas, Mateo y Juan, constituyeron así la base de la doctrina de Cristo en la Iglesia primitiva.

Es duro y doloroso constatar que Belial no tardó nada en llevar a cabo todos sus despiadados planes. La gente libraba terribles guerras «santas» a muerte y creía «santamente» en el nombre de su dios, que era aún más santo que el dios de su adversario, para poder matar a sus semejantes con toda legitimidad. Y para los vencedores era una prueba de que Dios estaba con ellos, por lo que sus siguientes enemigos eran exterminados con aún mayor crueldad. Al fin y al cabo, Dios estaba con los más fuertes, así que se demostraba con sangre que quien causaba más muertes adoraba al dios correcto.

El mejor discípulo de Belial, Alleen, se convirtió en uno de los mejores capitanes de Belial y pronto fue ascendido por este a general «Iedereen». El general Iedereen bautizó más tarde al Antiguo Testamento, con sarcasmo, como «La manzana mancillada». Sin embargo, había una cosa que Belial no podía destruir: erradicar el árbol del bien y del mal del campo de batalla. El árbol crecía sin cesar y sus anillos se hacían cada vez más anchos y grandes gracias a las numerosas lágrimas de los hombres caídos. Su madera se volvía cada vez más dura y resistente, para que las ramas no se rompieran bajo el peso. Ningún demonio se atrevía ya a remover la tierra para hacer brotar la sangre de Abel, tierra de la que las raíces del árbol solo podían extraer bondad. En la cueva yacían los dos cuerpos intactos de Adán y Eva, fundidos en amor uno junto al otro.

uno frente al otro, para entregarse mutuamente, con los brazos y las manos cruzados, la flor de manzano eternamente floreciente del árbol del bien y del mal. El aroma de las flores inundaba la cueva, y ningún discípulo de Belial podía soportar ese hedor.

¿Belial fuera de juego? Las manzanas que se encontraban sobre la tierra ya no podían ser dañadas y desaparecieron con el tiempo, salvo una última manzana intacta, con el fin de liberar más fuerzas para el árbol en su lucha contra el mal que se escondía bajo tierra. Belial siguió siendo el único gobernante bajo tierra, desde donde, en lo más profundo, combatía sin cesar las raíces del árbol del bien y del mal y las quemaba con su fuego. Cuanto más daño causaba entre los hombres, más lágrimas brotaban del tronco, y más ferozmente arremetía Belial contra las raíces. El árbol del bien y del mal siguió siendo el símbolo de la lucha entre el bien y el mal. Y hay que decir que, cuanto más tiempo pasaba, más se inclinaba la balanza a favor del mal. La caída del hombre tuvo lugar, al fin y al cabo, en la superficie, por lo que el hombre era, casi como algo natural, ciego e ignorante ante las fuerzas diabólicas subterráneas. Belial se sentía como pez en el agua. Tan hábil había sido en el Santo de los Santos llevando la luz de cada día, tan hábil y ágil se volvió ahora para evitar esa luz. El portador de la luz se convirtió en señor y amo de las tinieblas. El hombre fuera del Edén se hundía cada vez más y más en un pantano de maldad. Belial ya ni siquiera tenía que imponer el mal, este le llegaba casi como

lo encontraba por sí mismo y se sentía eufórico al descubrir nuevas y ingeniosas facetas del mal en el propio ser humano. El ser humano se rebajó a convertirse en su juguete. Generación tras generación, el alma del ser humano se vio, en efecto, contaminada por la culpa. La culpa nació como un subproducto imprevisto del amor imperfecto y puso en marcha un círculo vicioso mórbido. La culpa surgió fuera del Edén y se convirtió en un sentimiento absolutamente negativo, ya que ya no se sabía dónde buscar el camino hacia la recuperación. La culpa pasó de ser un concepto individual a convertirse cada vez más en un bien colectivo como consecuencia de una reacción en cadena entre las personas, con la que a menudo trasladamos conscientemente la culpa al otro. Con el nacimiento de cada nuevo ser humano surge un marco de referencia primario y subconsciente del amor a partir del amor gratuito de los padres, que remite al Edén; llamémoslo un «marco de referencia del Edén». Cualquier menoscabo posterior de ese sentimiento primario se percibe durante los primeros años de la razón como una «carencia», como la pérdida de un estado paradisíaco merecido. Una pérdida que, en casos extremos, puede incluso conducir a la desesperación y la autodestrucción. La carencia está provocada por una pérdida similar, no superada, de la perfección de los padres cuando ellos eran bebés e hijos de sus padres, quienes también sufrieron esta carencia con todas las consecuencias traumáticas que ello conlleva. Esto se extiende luego de la familia a los parientes, los profesores, los educadores, los amigos, la pareja, y se propagará así como una reacción en cadena, como una defensa de lo «propio».

trauma contra el trauma del «otro». Esta reacción puede ser tanto ofensiva como defensiva, pero no puede calificarse de feliz para ninguna de las dos partes, ni para el agresor ni para la víctima. Ambas partes sufrirán de manera desproporcionada. Sea como fuere, el marco de referencia primario del amor paterno planteará, en mayor o menor medida, un espejo difícil ante este reflejo natural de ataque y defensa, y le mostrará al ser humano, sin tapujos, lo que alguna vez fue y lo que, en consecuencia, perdió. Esta defensa crea, en mayor o menor medida, un doloroso «choque del agresor» y/o un doloroso «choque de la víctima» que, inconsciente o conscientemente, suplica y trata de recuperarse. El ser humano fuera del Edén sufre. Siempre. Ya sea que sea plenamente consciente de dónde proviene esto o no, sufre. «Todos matamos aquello que amamos» [29], mientras que el ser humano en el Edén vivía como un hijo del amor en el amor, que amaba cada cosa, cada ser, y no tenía motivo para matar el amor. Solo quien logre sustituir ese marco de referencia subconsciente primario del amor parental por un marco de referencia del amor divino incondicional, en el que el perdón total tanto al agresor como a la víctima ocupe un lugar central, podrá sobrevivir a esto sin sufrir daños y poner fin más fácilmente a la reacción en cadena personal hacia su prójimo, no sin práctica, pero sí a base de ensayar y cometer errores. De todo lo anterior surgió el antiguo dogma católico, según el cual un niño nacido muerto o un niño antes de dar su primer

[29] *Oscar Wilde* escribió esta cita durante su estancia en prisión en 1898

tuvo (un bebé) y murió, un ángel [30] en el cielo. ¿Qué mal podrían haber hecho?

La culpa se convierte en un motor perpetuo del mal, en el que cada uno cree tener «derecho» a compensar sus traumas mediante el mal, para acabar, tarde o temprano, recibiendo su merecido. Y así sucesivamente. El agresor [31]se convierte en víctima, tras lo cual se siente nuevamente con derecho a buscar y encontrar compensación como agresor. Esto se convirtió en la base de lo que más tarde se denominó «pecado original». El corazón del niño pequeño se ve asaltado desde sus primeros años de vida por las debilidades de los padres u otras personas que lo cuidan, para encontrar una defensa en el shock inconsciente y, al mismo tiempo, llorar la amarga pérdida. La defensa es demasiado débil, la carencia, tanto más aguda. La palabra «pecado original» ha adquirido una connotación difícil: por un lado, la palabra «hereditario» suena como algo

---

[30] Mi hermano mayor, Hugo, murió de bebé, un mes después de nacer. El abad de la abadía de Walcheren/Middelburg consoló a mi padre: «C'est Dieu qui passe». No lo entendí del todo hasta que, a mi vez, tuve a Jefke en mis brazos.

([31]) Se necesita tiempo y perspicacia por parte del autor para mirar a través de un espejo, como a través de un cristal, y ver quién eres realmente, no quién pareces ser. Hay que superar muchas capas de resistencia (miedo, odio, autocompasión, vergüenza, actitud evasiva, subestimación, vanidad, necedad, incredulidad, envidia, venganza, etcétera). Solo la resistencia a la resistencia ofrece la redención, ni siquiera merecida por el ser humano, sino puramente otorgada por Dios, siempre pagada con un rescate de lágrimas como diamantes, al menos igual de valiosas, de las que nos enriquecemos.

De lo que no hay forma de escapar; por otro lado, la palabra «pecado» suena como algo de lo que es imposible liberarse. Es una palabra tan cargada de significado que casi aplasta a un niño en crecimiento antes de que llegue a la edad de la razón. Hay una palabra clave que puede liberarla de ese significado y esa es «amor». Pero es precisamente ahí donde este círculo vicioso comienza a carcomer: la «violencia» desprovista de amor se vuelve cada vez peor, más compleja, más ingeniosa, más sutil, cuando la ira se traslada de la familia al ámbito familiar, a la escuela, a la comunidad local y a los países, con armas que se vuelven cada vez más crueles y eficaces y, lamentablemente, cada vez más letales.

La situación llegó a tal punto que el árbol del bien y del mal, en el campo de sangre, sufría tanto y estaba a punto de sucumbir bajo el peso de las lágrimas, que al final solo le quedaban fuerzas para dar una última manzana intacta. El tronco luchó con uñas y dientes por sobrevivir, pero apenas podía extraer vida de sus raíces destrozadas en el amor para seguir sosteniendo la vida en la superficie. Belial no pudo apoderarse de la madera del tronco, pero los frutos murieron uno a uno. Al final, solo quedó una manzana. Una manzana que debía marcar la diferencia y significaría la salvación del ser humano. Belial había envenenado a la humanidad de generación en generación. ¿A la humanidad? ¿A cada ser humano?
Sí, todos los seres
humanos. Sin embargo.

Sin embargo, solo un ser humano pudo permanecer vigilante con esperanza y paciencia en ese terrible período entre la caída del hombre y su resurrección: Enoc, hijo de Caín y Metatrón. Él siguió siendo el ancla de la humanidad en las tormentas devastadoras en las que la humildad del hombre se perdía dolorosamente entre el flujo y reflujo. Mantuvo la perspectiva como una torre de fuego que ninguna tormenta podía derribar. Era el hijo de «Aquel que ama a los hombres», otrora el asesino de Abel, y ¿hay mejor ejemplo para una hija o un hijo de un parricida que aprendió a convertir el arrepentimiento en un ejemplo de amor desinteresado?

Dios llamó a Henoc en el Santo de los Santos junto a Él: «Henoc, ve al campo de sangre y toma la última manzana intacta. A continuación, abre la tumba de tus abuelos y entra en la cueva. Deposita esta última manzana intacta entre ambos. Después, abandona la cueva y ciérrala de nuevo».
Henoch hizo lo que se le pidió. Recogió la única manzana que quedaba del inmenso árbol, abrió la cueva y depositó la manzana entre las ramas en flor, siempre perfumadas, de sus dos abuelos, Adán y Eva. A continuación, se inclinó completamente hacia delante y dejó caer, *una y otra vez*, «una lágrima» sobre los rostros intactos de ambos. Se levantó y cerró la cueva tras de sí. Se dirigió al imponente tronco del árbol, lo abrazó con ambos brazos y apretó su mejilla contra él.

Inmediatamente brotó de sus ojos un torrente de miles y miles de lágrimas que duró horas: una por cada ser humano. La última manzana intacta estaba en buenas manos y la frágil madera se aisló desde entonces del inframundo, pero siguió siendo la receptora de millones de lágrimas humanas hasta que la madera diera a luz una cruz.
Desde lejos, una serpiente observaba atónita, sin saber qué hacer, y se escabulló lo más rápido posible bajo tierra. El general Todos lo esperaban impacientes, pero Belial estaba tan desconcertado por todo lo sucedido que ya no podía transmitir ningún pensamiento y se retiró a la velocidad del rayo. Por un momento, no supo qué hacer. Todos lo vieron e incluso ni siquiera él pudo acceder a su amo. Eso los puso a todos nerviosos y desesperados. Y Belial tenía motivos para preocuparse. Su magistral plan de disfrazarse ocasionalmente como el verdadero Yahvé ante la humanidad ya no se sostendría. El daño que había causado era gigantesco, pero Dios también tenía preparada Su gigantesca respuesta: Su Hijo vendría en persona. Dios esperaba pacientemente una «Gota del Mar».

Durante siglos se buscó a una mujer que pudiera llevar lo que debía llevarse. Y así sucedió: encontró a los padres adecuados para la hija adecuada. Dios llamó a Enoc y a Miguel: «Id a la cueva del campo de sangre. Abrid la cueva y llevad a Eva y a Adán, junto con la única manzana intacta, al

Santo de los Santos. Dejad atrás las ramitas de flor de manzano. Cerrad la cueva con cuidado y colocad a Adán y Eva en el Carro del Trono para que descansen con la última manzana intacta entre ambos».
Henoch y Miguel hicieron lo que se les pidió.

Belial y el general Todos observaban desde lejos con recelo.
El aroma de las flores de manzano les impedía entrar en la cueva para siempre.

MARÍA

GOTA DEL MAR

Dios creó al hombre en libertad, así que la espera fue larga.

Una espera muy larga… siglos de espera… esperar… no al hijo, sino a una madre para su hijo, una madre como Eva.

Así habló Dios a Gabriel: «Ha llegado el momento. El justo Joaquín[32] y la humilde Ana[33],ambos de la tribu de Judá, llevan años afligidos por su esterilidad. Sus sinceras súplicas serán escuchadas. Ve a Joaquim, luego a Ana, y diles que se les concederá una hija a la que llamarán María, "Gota del Mar". Diles que deben cumplir su promesa de confiar a la niña, cuando cumpla tres años, al templo de Jerusalén. Allí, María, libre de toda impureza, se preparará para la llegada del Redentor».

Y así sucedió.

Después, Dios llamó a Miguel: «Mantente alejado de las armas, pero ármate únicamente con el amor. La lucha con tu

[32] *Joachim* significa «que el Señor se levante»
[33] *Anna* significa *«misericordia»*,

los hermanos caídos no es una lucha por la victoria, sino una lucha por la restauración. El amor siempre tiene la última palabra. El árbol del bien y del mal en el campo de sangre será testigo de Mi amor por el hombre caído, tal y como demostró Caín. No debe derramarse más sangre».

El manzano en el campo de sangre del valle quedó solo. Ya no podía dar fruto, pero su tronco siguió absorbiendo todas las lágrimas de la humanidad.

El nombre «campo de sangre» se transmitió de generación en generación, como las piedras se fueron contando la historia a lo largo de los siglos, pero ningún ser humano sabría, siglos más tarde, de dónde procedía ese nombre.

María

El sumo sacerdote Zacarías del templo de Jerusalén fue más un padre para mí que mis propios padres, de quienes apenas guardo recuerdo. Mi padre, Joaquín, era un hombre acomodado, comerciante de ganado, muy generoso, y tenía 70 años cuando nací. Mi madre, Ana, de 69 años, si cabe aún más piadosa, padecía de esterilidad hasta que ambos encontraron gracia ante los ojos de Yahvé y yo nací de lo que parecía imposible. Su alegría fue enorme y prometieron a Yahvé que, a la edad de tres años, entraría en el templo de Jerusalén como virgen para el Señor, junto a las otras vírgenes de las doce tribus de Israel. Recuerdo vagamente mis primeros pasos, ¿o es solo que me lo imagino porque Zacarías me contaba tan a menudo cómo todos se quedaron asombrados cuando, con tres años, subí los quince altos escalones del templo sin ayuda de nadie y sin siquiera mirar atrás a mis padres?

Tenía justo tres años y medio. Enseguida me sentí allí como en mi hogar natural, y Zacarías, que no tenía hijos, también me parecía mi padre natural.
En el templo de Salomón había un lugar al que nadie podía entrar: el Santo de los Santos, donde se guardaba el Arca de la Alianza entre Yahvé y los judíos.

Solo el sumo sacerdote Zacarías podía visitar una vez al año el arca con las tablas de piedra. Un antiguo y hermoso velo tejido separaba el Santo de los Santos del altar del incienso, la mesa con el pan y el candelabro de oro, donde los fieles podían participar en los rituales.
Cuando tenía unos siete años, una noche me despertó un ángel que me condujo a través del velo hasta el Arca de la Alianza. No te sorprenderá saber que era Yibril. Encendió una vela para que pudiera contemplar la gloria de aquel lugar. El arca dorada resplandecía y me llenó de éxtasis. Djibril había traído una manta y un pan. No sentí el más mínimo temor, como si siempre hubiera estado allí. Me acosté a dormir al pie del arca. A la mañana siguiente, todo el templo era un hervidero: todos me buscaban. No me encontraban por ninguna parte. Hasta que oí la voz de Zacarías llamándome por mi nombre desde cerca y me atreví a responder en voz baja. Entró apresuradamente tras el velo, primero aliviado, para luego reprenderme rápidamente, hasta que de repente vio la manta y el pan. Su preocupación pronto dio paso al asombro. No daba crédito a lo que veían sus ojos. Me pidió amablemente que le dejara ver la manta: seda pura adornada con hilos de oro. Con ojos curiosos, me preguntó qué había pasado. Le respondí que alguien parecido a un querubín del velo me había despertado y me había acostado aquí, pero él era

«Era más grande y tenía unas alas mucho más grandes», añadí para aclarar. A Zacharias casi se le quedó la boca abierta y me preguntó si ese ángel había dicho algo. «Solo dijo: "Soy Djibril y volveré mañana"». Entonces Zacarías tomó el pan. Lo partió, lo probó y reconoció de inmediato el suave sabor dulce del maná con la secreción de granos blancos del tamarisco. Nunca había visto ni comido maná en forma de pan. «Este pan está destinado a ti y solo a ti», dijo, y lo depositó con reverencia en el arca, junto a las tablas de piedra.

La noche siguiente, Zacarías vino a despertarme y me llevó de nuevo al Santo de los Santos. Encendió las cuatro velas que rodeaban el arca. Me dio un poco de pan para comer, me había preparado un colchón mullido con almohadas y me dio la manta de seda. Él mismo salió del Santo de los Santos. Estaba sola, pero no me sentía sola. No me sentí insegura ni un segundo con Djibril. Todo me parecía normal y corriente.

A la noche siguiente, Zacarías me aseguró que podía dormir allí todas las noches y que ya no tenía que esperarle.

La belleza, la pureza, la paz, el pan que Djibril me ofrecía como algo natural en el Santo de los Santos, con las oraciones, los cánticos y la música al otro lado del velo por la mañana, la cercanía siempre palpable del paternal Zacarías, siguen estando presentes en mí. Durante los largos oficios del sabbat, observaba desde el lugar donde solo las vírgenes podían

Miré a mis padres, que también me buscaban con ojos curiosos, pero no se nos permitía hablar entre nosotros. Año tras año los vi envejecer hasta que un día, cuando yo acababa de cumplir diez años, ya no pude encontrarlos entre los demás fieles. Zacarías se fijó en mi mirada interrogativa, me llevó aparte y me dijo que ambos habían fallecido. No me contó cómo ni cuándo, porque tampoco era necesario. Recuerdo que no pude derramar ni una lágrima, porque ya entonces, de niño, gracias a mis contactos con Djibril, intuía instintivamente que la muerte no era el final. Zacarías pensó que debía consolarme, pero yo no lo entendí entonces: era una niña del Santo de los Santos, donde la muerte no existía. No fue casualidad que, en el momento de mi primera menstruación, tomara la decisión de permanecer virgen para el Señor por siempre jamás, aunque era costumbre que las vírgenes del templo fueran casadas a los trece años para dar a luz hijos para las doce tribus notables de Israel. Pero yo no conocía en absoluto la paternidad convencional. La gente hablaba de la muerte como un vacío, pero para mí ya estaba llena de algo que aún no podía nombrar en ese momento. A menudo no podía entender a las otras vírgenes en sus sentimientos o en su forma de hablar. Cuando cumplimos los trece años, Zacarías se enfrentó a un problema cuando tuve que abandonar el templo y, según las normas, debía ser casada. Tenía trece años y tres meses y, en comparación con las otras doncellas, parecía

seguía pareciendo una niña de once años, lo cual, por extraño que parezca, me tranquilizaba. Las otras chicas me miraban con cierta lástima, pero eso no me importaba. Al fin y al cabo, estaba decidida: seguiría siendo virgen para el Señor, aunque no tuviera la más mínima idea de lo que eso pudiera significar. Simplemente me parecía evidente. Muchos años y acontecimientos después pude comprender cómo el ejemplo de mis padres, que a una edad avanzada apenas habían sido un padre y una madre para mí, fue el comienzo y el modelo de la historia de mi vida con mi hijo Jesús. Yo también le di a mi hijo una vida en el Santo de los Santos, de la que en gran parte solo fui una espectadora. También entre mi hijo y yo había un velo. De hecho, en aquel entonces había confeccionado la parte central del nuevo velo del templo por encargo de Zacarías durante mi embarazo, sí, mientras llevaba a mi hijo en mi vientre, y al hacerse mayor uno comprende cómo todo tenía un significado antes de que uno mismo pudiera darse cuenta y comprenderlo. El púrpura y el escarlata eran los colores de fondo de la parte central del nuevo velo [34], sobre los que se representaban las figuras de dos querubines que debían custodiar la entrada al Santo de los Santos con sus espadas llameantes. A los hilos de urdimbre verticales púrpura y escarlata del telar los llamaba *elon*, hilos de «amor», porque todos

[34] Cada una de las doce vírgenes debía tejer una parte del velo y elegir el color por sorteo. María sacó el púrpura, que correspondía a la parte central del velo.

hilos horizontales íntimamente entrelazados. Y también en este caso no comprendí hasta más tarde lo que todo esto significaba: al fin y al cabo, mi útero y el telar trabajaban al mismo tiempo en la misma tarea. Me entregué a ambos porque solo se trataba de una cosa: el amor. Cuando mi hijo murió en la cruz, el velo que yo había tejido se rasgó por la mitad entre las dos imágenes de los querubines guardianes, rompiéndose sus espadas ardientes y haciendo que el Arca de la Alianza ya no se ocultara y se mostrara en todo su esplendor a todos los que quisieran verla en el templo. No fue una casualidad: mi hijo era la pieza final del Arca de la Alianza. Mi hijo era el Redentor y el liberador del yugo de todas las fuerzas diabólicas.

José

No soy más que un hombre corriente. Mi vida transcurrió con sencillez hasta que cumplí los ochenta años. Quizás decir «sencillez» sea exagerado, ya que tuve siete hijos con mi primera esposa: cuatro varones y tres mujeres, aunque mi hija menor, Salomé, murió al dar a luz y dejó un hijo, Juan. Mi esposa murió poco después, de pena por Salomé. El pequeño Juan era un niño inteligente y muy curioso. Un rayo de sol en casa. El niño lo tenía todo, pero le faltaba una madre. Cuando él tenía cinco años y yo cumplí 85, ocurrió algo

que daría un vuelco total a mi sencilla vida. Llegó un mensaje desde el templo de Jerusalén en el que se ordenaba que todo viudo de la tribu de Judá y de la casa de David se presentara y entregara su cayado de pastor en el templo. La convocatoria procedía del propio gran rabino Zacarías. Mi hijo mayor se ofreció a acompañarme: yo iría en su burro y él a pie. No tuve otra opción: cogí mi viejo bastón de pastor de cuando aún no era carpintero y juntos partimos hacia Jerusalén. Al llegar al templo, ya había algunos viudos antes que nosotros y, por supuesto, sentíamos curiosidad por saber cuál era el propósito de todo aquello. Fue Simeón, el rabino adjunto, quien nos recibió. Tomó nuestro cayado de pastor y nos explicó: «Una de las doce doncellas del templo será desposada con un viudo de la casa de David. Los bastones de pastor se reunirán en el Santo de los Santos y aquel en cuyo bastón aparezca un capullo después de esta noche tomará a la doncella por esposa, protegerá su virginidad y la servirá». Protesté: «Simeón, con todo respeto, pero tengo setenta y ocho años y soy el más anciano aquí: esta doncella podría ser mi nieta. ¿Qué dirá la gente?». Pero nada sirvió y tuve que entregar mi bastón. «Mañana, cuando el sol esté en su punto más alto, espero que volváis todos», y Simeón se acercó un momento a mí y me susurró: «Ten confianza, José». Me fui cabizbajo y, junto con mi hijo, pudimos pasar la noche en casa de un pariente lejano de mi difunta esposa,

No muy lejos del templo. No pegué ojo y hablé en mi interior con mi esposa: «Mi querida esposa, ¿qué voy a hacer con una mujer joven? La gente se reirá de mí, y si se quedara embarazada de otro hombre, ¿qué dirían de mí? ¿Qué pensarían nuestros hijos?». Y así, agotado, caí en un sueño profundo. A la tarde siguiente, unos veinte hombres esperábamos a Simeón en la entrada principal.

Simeón abrió la puerta y dos sirvientes sacaron todos los bastones de pastor. Yo me quedé al final de la fila, porque me daba mucha vergüenza tener que pasar al frente. Pero Simeón gritó de repente en voz alta: «¡José, ven a recoger tu bastón, porque te estamos esperando!». Avancé vacilante y, cuando recibí el bastón, una flor brotó de un capullo en la punta de mi bastón. Me costaba asimilarlo. Un niño de trece años y tres meses… Todavía no puedo entender por qué fui elegido para ser oficialmente el esposo de esta… sí, de esta niña. Pero Simeón me tranquilizó: «Ten confianza, José». Lo interrumpí bruscamente: «Simeón, pronto tendré que irme con todos mis hijos a construir una nueva casa y estaremos fuera al menos tres meses, ¿no puedo dejarla sola?». Simeón fue inmediatamente a consultar con Zacarías y regresó con el mensaje de que otras cinco vírgenes irían con María para hacerle compañía durante ese tiempo y, sí, así tampoco tenía nada que objetar.

más. Solo poco a poco, paso a paso, todo se me fue aclarando, y ahora puedo decir que mereció la pena. Para empezar, por el pequeño Juan, el hijo de mi querida hija Salomé, que tuvo una nueva madre que lo adoró desde el primer momento. Más tarde tendría un compañero de juegos y, con el tiempo, se convertirían en auténticos hermanos el uno para el otro.

Gran rabino Zacarías

¡Qué tonto e indigno puede llegar a ser un ser humano, qué merecido es el castigo! ¡De ahora en adelante, mi lengua quedará atada en mi boca! Fui tonto y me volví mudo. Más que merecido. ¡Haber podido ver de cerca florecer a la joven virgen María durante trece años en el templo, saber que en el Santo de los Santos, junto al Arca de la Alianza, era abastecida por Djibril, haber podido ver de cerca florecer el bastón de su esposo José y, aun así, dudar del ángel de Dios, Djibril! ¡Ay de mí, incrédulo! Ver a Gabriel de pie a mi lado ante el altar del Señor, frente al gran velo, mientras yo ofrecía el incienso por el pueblo de Israel, y sin embargo dudar de sus palabras: «Tu mujer Isabel dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Juan». Escuchaba petrificado, con el espíritu en un estado de angustia. Dudaba de si me merecía un regalo tan grande, que el Altísimo se hubiera tomado la molestia de enviar un ángel desde el cielo con un mensaje tan claro del Señor. Temía ser engañado por una fuerza diabólica. Pensé que tal vez fuera un sueño. Mi poca fe exigía pruebas claras y me hizo perder la fe de inmediato. Mi anciana y estéril esposa iba a tener un hijo al que debía llamar Juan, y yo no podía creer en el milagro que iba a ocurrir. Dudaba de si realmente

sería mi hijo. Djibril decidió añadir que yo solo guardaría silencio hasta el día en que naciera nuestro hijo y se llamara Johannes. Mi lengua se me quedó inmediatamente atada en la boca. No pude decir ni una sola palabra. De inmediato, aunque demasiado tarde, sentí cómo mi fe vacilante caía sobre mí como una espada justificada. Abandoné el altar desconsolado y, mudo, tuve que salir del templo ante los ojos de todo Jerusalén. La vergüenza se convirtió en mi merecido castigo cuando la gente me hacía preguntas y yo solo podía emitir sonidos animales. Ni siquiera pude decirle nada a mi esposa Isabel sobre el niño que iba a tener. Lo único con lo que aún podía comunicarme eran mis ojos y mis lágrimas de arrepentimiento por mi incredulidad. En el templo, Simeón asumió mis funciones. Yo era un hombre destrozado y pasaron días antes de que encontrara el valor para escribirle a mi esposa para comunicarle que íbamos a tener un hijo. Ella me besó con lágrimas de alegría en mi boca cerrada.

María

Cuando me casaron con José, me acompañaron cinco doncellas para protegerme, sobre todo porque él tenía que marcharse inmediatamente con sus hijos durante unos meses para realizar una gran obra. Esto también le daba la seguridad de que estas amigas siempre podrían dar testimonio de que él había respetado mi virginidad en todo momento. Nos dio tranquilidad a ambos. El pequeño

Juan era un niño encantador y no tardó mucho en querer quedarse a vivir en nuestra casa, y todos mis ángeles de la guarda también lo consideraban como a un hijo suyo. Fue una época maravillosa. José vio que todo estaba bien y se marchó. Un día, las amigas se habían ido de paseo con el pequeño Johannes y yo me quedé completamente sola. Estaba trabajando en el telón y cantaba en voz baja los himnos que había aprendido durante mi estancia en el templo. Cada vez que pasaba mi bobina por los tensos hilos verticales de elón, estos entonaban su suave y susurrante canción. Cuando me detuve un momento para cambiar de bobina y de color, de repente oí detrás de mí un susurro similar, pero mucho más fuerte. Me volví. Reconocí inmediatamente a Djibril. Llevaba en la mano un pan como el que solía darme cuando permanecía en el templo durante días, a veces sola en el Santo de los Santos.

«Salve, María, Gota del Mar, el Señor está contigo».

«Salve, Djibril, Poderoso de Dios, mi corazón se alegra. Te he echado de menos. Sé bienvenido a esta casa de paz».

«Te traigo una gran noticia. Dios me ha encargado que te comunique que, dentro de nueve meses, darás a luz a Su hijo. No temas. No necesitas tener un marido. Come esta manzana, fruto puro y bueno del lejano Edén, y tu vientre será bendecido con el hijo de Dios».

No lo dudé ni un segundo: «Hágase en mí según tu palabra». Y Djibril desapareció.

Aún recuerdo cada palabra como si fuera ayer. No sentí el más mínimo temor ni duda: un momento después, mordí la manzana, mientras dejaba que el telar expresara mi alegría. Comprendí que otra mujer que nunca hubiera permanecido en el Santo de los Santos habría quedado completamente desconcertada ante tal aparición, pero para mí era sencillamente evidente: me había encontrado con Djibril en varias ocasiones y, por eso, no dudé ni un segundo de sus palabras, aunque conocía muy bien la historia de Eva, a quien Belial convenció para que comiera de la manzana prohibida. Dios pidió que no tocáramos las manzanas y advirtió sobre la serpiente. Hoy recibí la manzana de Su mano. ¿Cómo podría dudar? Siempre quise permanecer virgen para el Señor y se me permitió ser madre de Su hijo, lo cual, al fin y al cabo, era mucho más importante que si me creyeran o no cuando dijera que conservaba mi virginidad. Quien no crea en el Señor y en mí, nunca comprenderá mi vida, y esto es una lástima solo para esa persona que no puede disfrutar del mayor milagro de la humanidad. Comí la manzana con el mayor respeto y murmuré sin cesar: «Dios mío, no soy digna de que vengas a mí, pero hágase Tu voluntad». Los días siguientes, en el telar, a veces sin darme cuenta tensaba más los hilos de urdimbre con los pedales, y cuando los acariciaba suavemente, sonaban como un arpa que hacía latir más rápido mi corazón de alegría e invitaba a mis cuerdas vocales a tararear suavemente, para terminar en lágrimas de

gratitud. Cuando a veces me daba la vuelta por casualidad, veía cómo mis amigas, a mis espaldas, escuchaban embelesadas y en silencio celestial, como querubines que contenían la respiración, esos sonidos celestiales, aunque yo no les había contado nada de mi encuentro con Djibril ni del mensaje que había recibido. Un mes después, mi útero ya no sangraba y mis pechos se volvieron más pesados. Les conté a mis amigas cómo, un mes antes, Djibril me había visitado con el mensaje de que Dios me había elegido para ser la madre de Su hijo. Se quedaron clavadas al suelo, como si de repente se hubieran convertido en estatuas. Al principio hubo un silencio sagrado y un aturdimiento, no por incredulidad, sino como si el tiempo simplemente se hubiera detenido porque, sencillamente, hacía falta tiempo para penetrar en la esencia de este milagro, hasta que María Magdalena, la más joven de todas, se acercara a mí, se arrodillara ante mí, abrazara mi vientre y lo besara, tras lo cual las otras cuatro se abalanzaron sobre mí y todas juntas me abrazaron, protegiendo, por así decirlo, mi cuerpo y mi fruto contra cualquier ataque de cualquier mal. Desde entonces no me dejaron sola ni un segundo. «¿Y si vuelve a pasar por aquí Djibril? ¿Qué vais a hacer entonces?», bromeé en tono burlón, a lo que María Magdalena respondió de inmediato: «Entonces le pediré que me traiga también una manzana». Todas gritaron: «¡Para mí también!». Era una gran fiesta en la casa. El pequeño Juan no entendía nada de todo ese alboroto y observaba con tristeza toda la atención que me prestaban. Pero en cuanto las mujeres se ausentaron un momento

Cuando las demás se calmaron y se alejaron de mí, él se abalanzó sobre mí, me rodeó las rodillas con los brazos y miró a las doncellas con aire desafiante: «¡Mi mamá!». Le acaricié los rizos y me incliné hasta tener su rostro a la altura del mío: «Yo soy tu mamá», mientras las otras mujeres se secaban una lágrima con ternura. En ese momento nunca hubiera podido imaginar que mi hijo confirmaría esto para ambos muchos años después en una cruz. Decidí dejarles claro a todas que no se debía hablar de ello con nadie, ni una sola palabra, hasta que José regresara a casa. La seriedad en sus rostros me indicó que eran conscientes de las posibles y terribles consecuencias.

Poco después ya casi había terminado de tejer los últimos motivos, las espadas llameantes de los querubines con suaves tonos naranja-rojo como el atardecer. De repente sentí en los hilos de lino un cosquilleo extraño que no lograba identificar. Estaba comprobando si pasaba algo con los pedales, pero la causa irrumpió en mi habitación como un torbellino. María Magdalena, con los ojos muy abiertos y sin aliento, entró literalmente jadeando en la habitación. —María, María, vengo del rabino Simeón, del templo, quien me ha informado de que la anciana Isabel, la esposa del gran rabino Zacarías, ya está en su cuarto mes y espera un hijo. Isabel ha dicho que le gustaría compartir su alegría contigo y te pregunta si quieres visitarla. La miré y no moví ni un músculo de mi rostro.

«¿Sabes cuántos años tiene Isabel? ¿Los mismos que el mudo Zacarías, que ya no puede hablar? Él me lo escribió y Simeón me lo leyó. Es un milagro, ¿verdad?». María Magdalena parecía desilusionada por mi débil primera reacción, mientras que en mi corazón se desataba una verdadera tormenta. En un instante pensé en mis propios padres, Ana y Joaquín, y no sentí asombro ni, mucho menos, duda. Al contrario, quería ir allí de inmediato para poder hacerme una idea de cómo habían reaccionado mis padres, de la misma edad, en aquel entonces, cuando mi madre quedó embarazada de mí. No deseaba nada más que ver, oír y saborear su felicidad. «¿Sabes, María Magdalena, que Isabel es mi prima por parte de madre?» La boca de esa querida María Magdalena se quedó completamente abierta: «¿No puede ser todo esto una coincidencia?», le daba vueltas en la cabeza. Me acerqué a ella y la abracé. «Yo también quiero tener un hijo de Dios y tampoco necesito un marido». Me miró a los ojos con seguridad, sabiendo muy bien que eso nunca iba a suceder.

«¿Nunca has querido tener un hombre del que te enamores y que se enamore de ti y te adore? Cada niño es un regalo de Dios, cada nueva vida, ya sea de un ser humano, un animal, una planta o un insecto, proviene de la mano de Dios. ¿Qué te parecería si pasado mañana, cuando el velo esté listo, fuéramos juntas a visitar a Isabel al amanecer?» Y claro que María Magdalena estaba encantada, y tuve que detenerla o se habría marchado antes de que cayera la noche. Llamé a las otras cuatro

Reuní a las solteras mayores que vivían con nosotros y les dije que podían decidir libremente si querían acompañarnos o si preferían volver a casa, ya que, de todos modos, estaríamos fuera varios meses. Sabía cuál sería su respuesta, porque ya les había oído decir en varias ocasiones que sus familias estaban buscando una pareja adecuada para ellas. Así que estaban muy intrigadas y, ahora que sabían que estaba embarazada, esto les animaba aún más. Tres de las cinco se marcharon encantadas a casa. Solo la más joven, María Magdalena, y la mayor, Esther, se quedarían. Cuando hablo de la más joven, María Magdalena, debo aclarar que en realidad no había tantos años de diferencia entre nosotras. Yo tenía en ese momento unos catorce años y ella once. Tres años de diferencia que se esfumarían rápidamente, de modo que, al final, como iguales, pasaríamos el resto de nuestra vida juntas como hermanas.

Esther, por su parte, era un año mayor que yo, tenía un gran sentido de la responsabilidad y un buen conocimiento de la naturaleza humana, y quería estar allí sin falta cuando José regresara a casa. Yo primero tenía que dar los últimos retoques al cortinaje, al que solo le faltaba rematar los bordes para dobladearlos y reforzarlos. María Magdalena y las otras chicas me ayudaron, y un día después cargamos al burro con el pesado paquete del cortinaje y nos pusimos en camino. Nos llevaría entre cinco y seis días llegar a Ein Karem, el pueblo donde vivían Isabel y Zacarías. Al tercer día pasamos por el templo de Jerusalén para el púrpura

entregarle el velo a un rabino Simeón, que estaba encantado. Le mostré a María Magdalena la parte delantera del templo, pero solo pude señalarle desde lejos dónde se encontraba el Santo de los Santos, detrás del antiguo velo rojo, que ya casi había perdido su color. «Tu obra es mucho más bonita. El morado es el más bonito», sugirió ella. Le pregunté por qué. «El morado es rojo como la sangre y el dolor, y azul como el mar y la resignación. Las flores moradas son conocidas por su fuerza espiritual, la recreación y la metamorfosis, así me lo enseñó mi madre justo antes de que la mataran», y sonrió con tristeza y timidez, y miró un instante hacia el cielo para, acto seguido, mirar hacia el otro lado. La abracé un momento y le susurré: «Todo puede cambiar, pero no nuestra amistad. Y si nuestra amistad púrpura quiere crecer, entonces se convertirá, sin lugar a dudas, en amor puro». Ella me susurró al oído: «Quiero morir púrpura contigo». Nos soltamos y nos asintimos con la cabeza. Y púrpuras nos volveríamos los dos.

Seguimos nuestro camino hacia Ein Karem. Yo iba ahora montado en el burro, mientras una María Magdalena demasiado preocupada me acompañaba a pie y no paraba de preguntarme si estaba bien y si podía ayudarme en algo más, a pesar de que ya llevaba las cargas más pesadas. Me acribillaba con cientos de preguntas sobre cómo me había ido en aquellos años que pasé en el templo de Jerusalén, quién era Zacarías para mí, cómo había sido que había conocido al ángel Gabriel y si había hecho algo especial para ello. A veces me cansaba más el

Respondí más que por el sobresalto y para mantener el equilibrio sobre el burro, pero sentí su ansia de lo más elevado y comprendí que eso provenía pura y sinceramente de su deseo más profundo y no de la curiosidad. Se mantuvo humilde y me concedió todo sin el menor atisbo de envidia. «A mí también me gustaría conocer a Djibril, pero no soy digna de ello», dijo con sinceridad, y yo sabía que ese era precisamente el único camino para conocer a Djibril, pero esa respuesta sería la peor que podría darle y el silencio no mejoraría la situación. Por otro lado, me resultaba difícil callarme en ese momento, pero la respuesta surgió de forma inesperada, como por arte de magia. De repente, una paloma se posó justo delante de nosotros, y el burro se detuvo en seco y aguzó sus largas orejas. La paloma nos miró inmóvil. María Magdalena se acercó en silencio a la paloma y acarició al animal: «¿Estás cansada? ¿O tienes hambre?», y tomó un trozo de pan y se lo dio a la paloma. La paloma lo aceptó y me miró directamente a los ojos. ¿Cuántas veces me había traído Djibril un pan al Santo de los Santos cuando me encontraba allí sola y nadie se atrevía a acercarse a mí porque a nadie le estaba permitido entrar en el Santo de los Santos y mucho menos permanecer allí? Tampoco se lo conté a las otras vírgenes del templo, porque ¿quién me iba a creer? A ellas ya les parecía un milagro que pudiera estar tanto tiempo sin comer. Zacarías nunca me preguntó nada al respecto, pero no puede ser otra cosa que se imaginara algo, porque yo oí a él a menudo antes de que

Rezaba y cantaba himnos hasta bien entrada la noche, como si quisiera hacerme sentir que era como un padre, para que no me sintiera sola mientras comía el pan que Djibril me ofrecía cada día por aquellos días. «¿Djibril?», dije en voz inaudible… y asentí con la cabeza mientras miraba a la paloma, y ella me devolvió el gesto y alzó el vuelo de inmediato. El rostro de María Magdalena resplandecía de alegría, aunque no sabía exactamente qué le estaba pasando. No comprendía que le había dado de comer a Djibril. Solo mucho más tarde se lo contaría. Cuando Djibril se disfraza, es por una razón que un ser humano no debe revelar. Explicarle ahora el significado le haría daño. Después de todo, un ángel bueno no quiere bajo ningún concepto dañar o coaccionar la libertad del ser humano y, al principio, solo se muestra en forma de un acontecimiento aparentemente fortuito e inexplicable. Primero encontré por casualidad un pan en el Santo de los Santos, detrás del Arca de la Alianza. No me hice preguntas y solo sentí gratitud; después empecé a hablar con el pan y le di las gracias, viniera de donde viniera o de quien viniera; luego di las gracias a Dios, para solo entonces encontrarme con Yibril en persona, como algo natural, quien me trajo el pan.

El tercer día seguimos nuestro camino. Una y otra vez, María Magdalena me preguntaba si me encontraba bien, si necesitaba algo. ¿Agua? ¿Tenía hambre? ¿Me dolía el estómago? ¿Necesitaba descansar un rato? Lo que ella no podía saber era que a mí me llevaban a cuestas, y no me extrañaría que a ella, esa chica tan delicada con la mochila más pesada a la espalda, también la llevaran a cuestas, porque Djibril era nuestro

Siempre cerca… Ahora que lo recuerdo, el camino de María Magdalena como joven adulta no estuvo exento de espinas, aunque a mí tampoco se me ahorraron. Seguimos siendo el una para la otra lo que éramos entonces y seguimos siendo ahora. Ella quería a mi hijo al menos tanto como yo. Tanto tiempo después, ahora que yo también he llegado al punto de morir, pienso que nunca vi a mi hijo en primer lugar como un Dios, sino siempre como mi hijo, mi hijo. A pesar de todos los milagros de mi hijo, seguí sintiéndome ante todo madre de un hijo y no madre de un dios. Mis diez años como niña en el templo me moldearon tanto que consideraba lo sobrenatural como algo normal, como si no hubiera conocido otra cosa. Mis padres, por poco que los viera y hablara con ellos, siguieron siendo mis padres. Por supuesto, me llamaba mucho la atención que los padres de todas las demás vírgenes de nuestro grupo fueran mucho más jóvenes, pero eso no me importaba. Creo que la relación de mi esposo, llamado Dios Padre, con nuestro hijo era exactamente la misma que la que mis queridos padres tenían conmigo desde la distancia. Yo misma he tenido más suerte que mis padres, al menos así lo siento. Mis padres fueron sometidos a duras pruebas durante años antes de que Dios los reconociera. Yo, por el contrario, era joven y todo me parecía tan lógico, explicable y evidente gracias a mis días a solas en el Santo de los Santos. ¿Días a solas? ¿A solas? Al estar sola, aprendí, por el contrario, a no sentirme sola. Se me mostró y se me enseñó que nunca estamos solos. Mi espíritu no fue guiado, como mucho se me enseñó paso a paso, poco a poco

Se me ofrecía algo y, ante cada oferta, tenía libertad de elección. Lo que se me ofrecía era el amor puro a través de la lucha contra las fuerzas contrarias, tal y como mi hijo me dejó claro más tarde: envidia, soberbia, ira, melancolía, codicia, oscuridad, celos. Y también la ausencia de estas fuerzas brillaba por su ausencia en la casa de Zacarías y Elisabet. Debían de haber intuido nuestra llegada, pues Zacarías, con la boca cerrada, nos esperaba y nos saludaba con entusiasmo desde lejos. Sin embargo, sentí lástima por Zacarías, que había perdido el habla. Hasta entonces nadie sabía cómo había sucedido exactamente, pues él tampoco podía contárselo a nadie. Isabel se unió a él y, cuando la abracé, nuestros vientres se tocaron. Isabel se sobresaltó de repente al sentir moverse por primera vez al niño en su vientre. Rápidamente me tomó de la mano y me dejó sentir su vientre. Y sí, el niño en su vientre se movía. Fue Isabel quien, como primera persona, se dirigió a mí diciendo: «Madre de Dios, bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre». Yo no me sorprendí menos de que ella, que no podía saber de ninguna manera que yo estaba embarazada, pudiera afirmar algo así con tanta certeza. Zacarías vio y oyó nuestra alegría y también puso su mano sobre el vientre de Isabel, sintió el movimiento y miró a su esposa con una gran sonrisa. A continuación, se arrodilló ante mí y abrazó con delicadeza mi vientre y, según contó más tarde, pidió perdón a mi hijo por su duda y incredulidad ante el altar del incienso, y

al instante se le desató la lengua, pero por el momento no utilizó su habla.

Zacarías

Cuando supe que el niño del Redentor estaba en el vientre de María, aunque ella aún no pudiera sentirlo, le supliqué perdón por mi incredulidad e inmediatamente se me desató la lengua. Podría haber vuelto a hablar, pero no lo hice. El ángel me había pedido que no hablara hasta después del nacimiento de nuestro hijo, cuando le diera su nombre, Juan, y no antes. Esta vez no quería cometer el mismo error de sabelotodo que aquel día en el altar. Era un milagro cómo la casa de Isabel y la mía se había transformado, por así decirlo, en el templo más sagrado del precursor y del Redentor de la humanidad: un templo en el que cada palabra debía elegirse con la debida cautela, y yo temía volver a decir tonterías. Ver cómo estas dos mujeres embarazadas, una muy mayor y la otra muy joven, a menudo se comunicaban solo con la mirada o se entendían perfectamente con gestos sencillos, era un regalo celestial. Al menos una vez al día se abrazaban con ternura y sus vientres se tocaban, y parecía como si ambos frutos ya se estuvieran conociendo antes de nacer. ¡Y allí estaba también María Magdalena para servirles! ¡Qué maravilloso había sido el Señor al prever todo esto! María Magdalena, María de la lejana Magdala, a orillas del lago de

Galilea, en aquel entonces, se presentó sola, siendo una niña de nueve años, en el templo de Jerusalén y me suplicó que le permitiera servir como virgen en el templo. «¿Dónde están tus padres?», le pregunté, pero su respuesta fue breve: «Muerto». Su padre era un zelote que luchó contra el ocupante romano y murió en combate, mientras que su madre y sus tres hermanos fueron asesinados por los romanos en venganza. Como era la mayor, solo ella pudo escapar, y tras un periplo fue acogida en un burdel de Nablus, a 37 millas de Jerusalén. La dueña de la casa, Eufrosina, una mujer no desagradable, quedó rápidamente impresionada por la mente aguda y ávida de aprender de la niña y pronto la consideró como la hija que siempre había deseado pero que no pudo tener debido a una enfermedad. Le enseñó a leer y escribir, arameo, hebreo, griego e incluso un poco de latín. Nunca conocí a esa mujer y le estoy agradecida por haber evitado que María Magdalena tuviera que convertirse en cortesana. Cada sábado, la joven de Nablus venía sola a pie hasta Jerusalén para contemplar con ferviente devoción cómo las vírgenes cumplían con sus tareas, ofrecían las ofrendas, cantaban himnos y ejecutaban la danza de la luz venidera en el lugar sagrado central, ante el altar del incienso, separado del Santo de los Santos por el velo. Con ojos ansiosos y entre lágrimas, me suplicaba que la aceptaran como virgen, pero eso simplemente no era posible: para ello, una muchacha debía pertenecer a una de las doce tribus de

pertenecían a Jerusalén. Pasaron los años, y cuando llegó el momento de que María se casara con el anciano José y el rabino Simeón vino a pedirme que buscara doncellas para María durante la larga ausencia de José, pensé inmediatamente en pedirle a María Magdalena que se uniera a las otras cuatro doncellas del templo. Que precisamente María Magdalena fuera la única de las cinco vírgenes que ahora se encontraba aquí, en mi casa, era un milagro en sí mismo, y pude constatar cómo María y María Magdalena, como las dos mitades de la ostra, protegían la perla más preciosa. Me resultaba difícil contener la voz para no proclamar mi alegría a los cuatro vientos. Tres mujeres celestiales que, juntas en este pequeño templo, podían cantar y tararear los himnos a tres voces, ¡mi Dios amoroso! Hubiera preferido no solo estar muda, sino también ser invisible ante este espectáculo sagrado del que no era digna. Entonces me di cuenta, y ahora aún más, de cómo nuestro Dios es un Dios de amor.

María

«Madre de Dios, bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre». ¡Elisabet, que exclamó esto espontáneamente sin que nadie se lo hubiera podido decir! ¡Tampoco había sido María Magdalena! Para mí, como joven mujer, este acontecimiento fue enormemente importante como confirmación de lo que Djibril me había prometido. Aún no podía sentir a mi hijo, pero este testimonio de

Elisabeth, al hablar de mi hijo, algo que afirmó basándose únicamente en su fe y su experiencia con lo divino, me dio fuerzas para ser la madre del hijo de Dios. Y poco después me senté a la mesa con dos ancianos que tenían la misma edad que mis padres cuando estaban esperando mi nacimiento. Fue una revelación poder compartir su inmensa alegría. Dios mío, solo entonces me di cuenta: soy realmente hija de unos padres así. Y comprendí que, sin haberlos conocido personalmente, les debía mucho, si no todo. Tres meses de santidad en la casita pasaron como si fueran tres días. Me llamó la atención cómo cambió el comportamiento de María Magdalena en esos meses y cómo no solo se comportaba como una amiga, sino más bien como una sierva, tal y como yo había servido y cuidado el altar en el Santo de los Santos durante diez años en el templo con himnos y oraciones. Se comportaba con extrema humildad, y eso a veces daba más bien la impresión de sumisión, lo cual no era en absoluto necesario. Así que le pregunté por qué estaba tan retraída y callada: «¿No te encuentras bien? Estás tan callada y tu sonrisa ha desaparecido… ¿te gustaría que volviéramos a Nazaret?». Pero ella respondió: «Me avergüenzo porque siento envidia de vuestra maternidad. Vosotras os lo merecéis». «¿Y tú no?», le pregunté. «¿Crees que yo lo merezco? Si me considerara digna, esto nunca nos habría pasado a mí ni a Isabel. ¿No crees que tu presencia aquí es al menos tan maravillosa como lo que nos está pasando ahora a Isabel y a mí? Es bueno que no te consideres digna,

«Pero no está bien que pierdas tu gratitud y tu alegría por lo que ahora puedes vivir junto a nosotros dos». Y ella cayó llorando a mis pies y expresó su arrepentimiento con vehemencia. Me incliné, tomé su cabeza entre ambas manos y la apreté contra mi vientre. Ella me rodeó con sus brazos y sollozó sin cesar hasta que de repente exclamó: «¡El bebé se mueve!».

«¿Ves ahora cuánto te ama Dios, pequeña incrédula? ¡Tú eres la primera en sentirlo!». Ella lo comprendió, se levantó y sirvió durante tres meses a quienes cambiarían el mundo: Juan el Bautista y Jesús de Nazaret. Pero ahora comprendo por primera vez, en mi vejez, que esto también encierra grandes peligros. María Magdalena tuvo que superar más tarde dificultades que yo, precisamente gracias a esos diez años de aprendizaje, nunca tuve que experimentar. Un fruto que madura demasiado rápido a veces tiene una vida más corta, pero su perspicacia, su autoconocimiento y su franqueza le dieron una gran oportunidad de triunfar.

Al final de esos tres meses, me invadió de repente un temor: mi vientre ya no ocultaba al niño y me di cuenta de que, a mi regreso, José quizá ya me estaría esperando, y ¿cómo iba a explicarle cómo me había quedado embarazada? Quería volver a casa, pero María Magdalena me sugirió que, dada la avanzada edad de Isabel y Zacarías, nos quedáramos para ayudarles ante el inminente nacimiento de su hijo. Zacarías me llevaría después tranquilamente a casa en el burro. Y así fue. Al cabo de tres días llegamos a casa y Esther se alegró muchísimo y quedó impresionada por mi

Mi barriga de embarazada. El pequeño Juan lo notaba aún más. No paraba de darme golpecitos en la barriga, pero solo era la calma antes de la tormenta. Y vaya si se nos venía encima una tormenta.

José

Me llevé un susto de muerte cuando llegué a casa. Había estado fuera seis meses. Dejé atrás a una chica, volví a casa y me encontré con una mujer en avanzado estado de gestación. «¿Con quién me has engañado? ¿Quién ha traído este mal a mi casa? ¿Quién te ha seducido y desflorado? ¿Cómo has podido hacer algo así, tú, que creciste en el Santo de los Santos y a quien los ángeles te servían el pan de cada día? ¡No soy tonto! Dios mío, déjame morir aquí y ahora, para no tener que soportar más esta vergüenza».

«¡José, solo soy la sierva del Señor!», respondía ella entre lágrimas, pero aquello me pareció demasiado fácil y me dispuse a salir de la casa; sin embargo, entonces Ester se interpuso ante mí. «José, las otras cuatro doncellas y yo la hemos cuidado constantemente y hemos rezado juntas sin cesar. Ningún hombre ha puesto un pie aquí, solo el ángel de Dios le traía pan y le anunciaba que daría a luz un hijo, un hijo de Dios y suyo. Sospechamos que solo el Espíritu Santo puede obrar algo así sin necesidad de un hombre. ¡Al menos escucha su historia!». Pero yo no quería saber nada. Mi corazón estaba en tormenta y los celos envenenaban mi espíritu. Según la ley, debía denunciarla y sería lapidada. Si la ocultaba en casa, eso sería igualmente una transgresión de la ley y

Podríamos haber sido lapidados los dos, ya que a mí también se me habría acusado de negligencia por no haberla protegido. Le supliqué que dijera la verdad, pero ella ya no encontraba palabras y solo me mostraba sus lágrimas, que desbordaban sus ojos tristes de desdicha mientras Esther la protegía con su cuerpo. Entonces pronuncié unas palabras que aún hoy no sé de dónde saqué: «No podré creer en la forma en que te quedaste embarazada hasta que vea nacer al niño». Ya era tarde, me levanté, fui a mi habitación y, muerto de cansancio, caí en un sueño profundo. Por muy extraño que me pareciera que ella no se defendiera con argumentos o detalles, así me lo hizo entender un ángel en mi sueño: «José, hijo de David, no temas tomar a María por esposa. El niño que lleva en su vientre es del Espíritu Santo. Ella dará a luz un hijo al que tú llamarás "Jesús"». Me desperté sobresaltado. Eso me devolvió a la razón. Antes de abandonar la casa hace meses, la consideraba mi esposa. Precisamente por eso me sentí tan confundido y me enfadé tanto cuando la vi embarazada. Pero el ángel me dijo algo muy querido: «José, le darás al niño el nombre de Jesús», y precisamente eso es, según nuestra tradición, lo que solo le corresponde a un padre. El ángel me consideraba el legítimo padre terrenal del niño y, a partir de ese momento, nunca volvería a renunciar a ello: María es mi esposa y Jesús será mi hijo, y como padre, a partir de ahora cuidaría de ellos, y di gracias a Dios por tanta confianza.

y pedí perdón por mi ira. No soy tonto, pero me comporté como tal. Años más tarde, todo me quedó claro: así como antes brotó de mi cayado el capullo de María, ahora brotaría de María el capullo de Jesús. Todos ellos, descendientes de David. Así estaba bien.

María

Juan lo había oído todo y lo había visto de cerca. Ver a su abuelo enfurecido le asustó y por la noche se acurrucó a mi lado en la cama. «Mamá, no llores. ¿Puedo poner mi mano sobre mi amiguito?». Y busqué su mano y la puse sobre mi vientre, y comencé a tararear suavemente un himno que siempre se cantaba ante el altar del incienso. No era casualidad que fuera un himno que imploraba la llegada del Redentor de los hombres. De repente, Johannes se sobresaltó: «Siento que el bebé se mueve».

«Tenemos que tararear juntos para que el bebé pueda dormir», le dije. Y tarareé suavemente, ahora más despacio, para que él pudiera seguirme fácilmente con su angelical vocecita de niño, y los tres caímos juntos en un sueño celestial. Sin embargo, la paz no duraría mucho. A la mañana siguiente, José se preocupó mucho, y con razón, porque temía que me acusaran de adulterio. Quizá había vecinos que ya se habían dado cuenta de que estaba embarazada y sin duda acabaríamos ante los tribunales. Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando Annas, una

Un erudito y vecino estaba en la puerta y le preguntó a José dónde se había quedado con el trabajo que había prometido hacer en su casa. Me buscó claramente con la mirada y me miró con curiosidad; al ver que estaba embarazada, se apresuró a avisar a Abiatar, el rabino de Jerusalén, de que José me había despojado de mi virginidad. Al día siguiente, ambos tuvimos que comparecer ante Abiatar, quien me acusó públicamente de adulterio, rompiendo mi promesa de virginidad ante Dios. Lloré amargamente y solo pude repetir que era pura y que no había conocido a ningún hombre. Después le tocó a José soportar el castigo: «¿Cómo has engañado así a tu mujer, que en aquel entonces permanecía en el templo como una paloma en medio de los ángeles? ¡Ella nunca quiso conocer a ningún hombre! Si no la hubieras abusado, ¡ahora seguiría siendo virgen!». Y entonces el pobre José se derrumbó: «Juro que no la he tocado...», y también rompió a llorar. Sin embargo, el rabino Abiathar no estaba del todo seguro y optó por una prueba, conocida como «beber el agua[35] del testimonio», en la que el agua se mezcla con el polvo del «tabernáculo del testimonio» del templo: quien la beba y le empiece a morir el muslo y se le hinche el vientre, miente. José y yo nos sometimos ambos a la

[35] Según los conocimientos médicos actuales, esta prueba puede considerarse puramente psicosomática: quien tiene la conciencia tranquila tiene menos probabilidades de convencerse a sí mismo de que padece los síntomas «de miedo» de la estreñimiento. ¿Y un muslo que se necrosaba en tres días? Cualquier pequeño indicio de una herida podía interpretarse ya como un comienzo. El jurado podía interpretarlo de todas las formas posibles. Realmente aterrador.

prueba, bebimos del agua y no se nos permitió vernos ni hablar hasta el día siguiente, para presentarnos de nuevo por separado ante Abiatar. Al día siguiente me tocó a mí primero y no presentaba ni la más mínima hinchazón ni podredumbre en el muslo. Después de mí, lo mismo ocurrió con José. Todos los presentes observaban con asombro y no podían entender cómo se podía explicar mi embarazo, pero Abiathar pidió silencio y dictaminó: «Si Dios no nos revela vuestro pecado, no os castigaré. Id en paz». Y nos fuimos y dimos gracias a Dios. No muchos meses después, Zacarías me confió cómo había insistido ante Abiatar para que dejara que el agua del testimonio decidiera y confiara plenamente en ella.

María Magdalena

Cada vez que cuidaba de Elisabeth, mis pensamientos se desviaban hacia mi amiga. Tras nuestro último encuentro, ya no podía llamarla de otra manera: una amiga. Sí, tener una amiga y convertirse en una es realmente algo «mágico», una transformación. Al mismo tiempo, me preguntaba qué significaría o no significaría ser madre por primera vez. En cualquier caso, no me sentía preparada para ello y ni siquiera sabía si lo desearía para mí. No tenía ni idea de quién podría enamorarse de mí y menos aún de quién podría enamorarme yo. Simplemente era demasiado obstinada, no sumisa lo suficiente, a veces incluso

sabelotodo, eso pensaba de mí misma. Aunque… aunque cuando estaba con María, entonces… entonces… sentía justo lo contrario. Imagina que ella fuera un hombre, sí, sí, entonces… quizá. Es curioso cómo ya entonces tenía un presentimiento.

Tres semanas después, Isabel dio a luz a un hijo. Las comadronas estaban encantadas de que, a una edad tan avanzada, hubiera traído al mundo a un niño sano. Para ellas fue un milagro y preguntaron inmediatamente por el nombre del padre de Isabel, pues la tradición exigía que el primer hijo recibiera el nombre de un abuelo. Surgió el nombre de Zaqueo, padre de Elisabeth. De repente, Zacarías intervino y habló por primera vez en mucho tiempo: «El ángel me ordenó ante el altar del incienso que se llamara Juan». Y se sentó de nuevo inmediatamente, tomó al niño en sus brazos y dijo con voz clara: «Bienvenido, pequeño Juan». Le dio un beso en la frente y lo bendijo. Las parteras, asombradas, no supieron qué responder, y en menos de un día toda la gente del pueblo se enteró, pero nadie se atrevió a cuestionar el veredicto del gran rabino Zacarías, que de repente había recuperado el habla. Yo tampoco tenía entonces la menor idea de lo importante que llegaría a ser este niño. Ahora que este pequeño milagro había ocurrido, llegó ayuda de todas partes para poder al menos echar un vistazo al niño. Echaba cada vez más de menos a mi mejor amiga y, al cabo de dos meses, el ajetreo de las visitas se me hizo insoportable. Al mismo tiempo, anhelaba mucho poder así

volver a Galilea lo antes posible. Zacarías me bendijo, me dio las gracias y Elisabet me susurró al oído: «No temas al color morado». Me sorprendió, no sabía qué pensar, pero aquello se me quedaría grabado para toda la vida. El púrpura se convertiría, en efecto, en el hilo conductor de mi vida. Partí. Ya llevaba un buen trecho recorrido cuando me di cuenta de que había mucha gente en la calle y, a menudo, en dirección opuesta a la mía. En el segundo gran cruce, quedó claro: toda la gente se dirigía a Belén, de donde yo acababa de venir. Una mujer se me acercó: «¿Sabe usted dónde debemos ir para inscribirnos en el censo del emperador Augusto?». Vio mi mirada de incredulidad y me explicó que todos los habitantes de Galilea debían inscribirse y que solo les quedaba una semana. Di media vuelta y me fui inmediatamente con ellos.

María

Pasaron tres meses desde la visita a Isabel. El emperador Augusto promulgó un decreto por el que todos los habitantes de su inmenso imperio debían presentarse para inscribirse en el censo, de modo que el gobernador de la región pudiera recaudar los impuestos. José se preparó junto con sus hijos, pero al principio no sabía muy bien cómo manejar mi situación. Si me inscribiría como su esposa en avanzado estado de gestación, pero entonces, como anciano, sentía mucha vergüenza, o si me inscribiría como su hija, cuando todo el mundo en Galilea, desde nuestra aparición ante Abiatar, sabía que yo no era su hija. Al final decidió simplemente esperar, pero le pesaba mucho. Ensilló el burro y me ayudó a subirme. Uno de sus hijos guiaba el burro, y José, encorvado y cojeando, seguía detrás con sus otros hijos. El anciano cuerpo de José lo pasaba mal, aunque solo fueran quince millas [36], una distancia que, estando sano, se podía recorrer a pie en un día, pero con José no fue posible. El invierno se acercaba a pasos agigantados y los días se acortaban. La primera nevada se hizo notar. Tardamos tres días en recorrerla y José se mantuvo abatido y desanimado. Intenté animarlo haciéndole ver que en pocas horas

[36] Eso equivale a 24 kilómetros de caminos de difícil acceso.

El Salvador vería aquello que él mismo había estado esperando desde el principio. «¿Te acuerdas, José, de lo que dijiste el primer día? "No puedo creer en la forma en que quedaste embarazada hasta que vea el nacimiento del niño". «Pues bien, ese momento está llegando y tú le darás su nombre». Al pensar en ello, recuperó el ánimo a pesar de todo el dolor y el cansancio. Nos acercábamos a los fértiles campos que rodeaban Belén, por eso también llamada «La casa del pan» y «Ciudad de David». Llegamos tarde, porque todas las casas y posadas estaban llenas debido a la afluencia masiva. José habló con todo el mundo, pero nadie pudo ayudarnos. Hasta que un pastor, al ver que estaba en avanzado estado de gestación, nos propuso pasar la fría noche en su redil, una cueva a las afueras de la ciudad. José estaba muy preocupado por mí, aunque yo no sentía ni el más mínimo dolor ni frío. Sí sentía, sin embargo, que el momento se acercaba. En el establo de la cueva había un buey y algunas ovejas, junto a fardos de heno y paja y un pesebre. Sus hijos se dejaron caer agradecidos sobre el heno, se acurrucaron unos contra otros y se quedaron dormidos de inmediato. José se mantuvo despierto como por arte de magia, se sentó a mi lado, me envolvió con su pesado manto y me mantuvo caliente, esperando el amanecer para buscar una comadrona. Nunca nos hemos sentido tan cerca física y espiritualmente como en ese momento, porque solo nosotros dos éramos conscientes de la grandeza de lo que estaba a punto de suceder. Agradecida por todo, tomé su mano y la posé sobre mi vientre. El niño que llevaba dentro empujó suavemente contra

su mano. El amor brillaba en los ojos oscuros de José. Era una noche preciosa, nevaba suavemente, las estrellas centelleaban en el cielo y la luna llena se apresuraba a dejar paso a un sol más que curioso. José se quedó dormido. Sentí que había llegado mi hora y lo desperté suavemente: «José, el sol está saliendo poco a poco…». Y él se levantó, ensilló el burro y partió en la penumbra para buscar una comadrona en la ciudad. Estaba sola. ¿O tal vez no? Hablé en voz baja, para que los hijos no se despertaran: «Djibril, bienvenido», y me giré a medias. «Saludos, gota del mar que dará a luz al mar», me dijo el ángel, y Djibril me tendió una rama de flor de manzano. La olí y de repente me encontré en un mundo bañado por el sol, donde todos los animales, pájaros e insectos y todas las criaturas de Dios se habían reunido fraternalmente al pie de una colina en cuya cima se encontraba el manzano del Edén en plena floración. Un niño y yo estábamos bajo el manzano. El niño me tomó de la mano y me pidió que lo levantara para oler juntos la flor, y juntos la olimos y entonces me desperté. Djibril ya no estaba por ninguna parte. Sentí y vi de inmediato a mi hijo desnudo, en mi regazo, chupeteando suavemente sus deditos. Nuestras miradas se fundieron como los segundos se funden en siglos. El aroma de las flores de manzano inundaba el establo. El cordón umbilical resultó ser, desde nuestro primer comienzo, un cordón umbilical espiritual que nunca pudo cortarse. Lo abracé, lo envolví

Lo envolví en un paño blanco y lo abracé con fuerza para darle calor. Sus ojos pícaros y su sonrisa me llegaron hasta lo más profundo del corazón, y canté en voz baja un himno que aprendí de joven en el templo de Jerusalén: «El gran rey entra apresuradamente en una pequeña cueva para hacerme grande a mí, que me había vuelto pequeño. Y así, con su pobreza sin medida, Él puede enriquecerme a mí, que era pobre».

Cuando miré a los ojos del niño divino, vi, muy por encima de los serafines, en el Santo de los Santos, cómo cobraba vida el vástago del manzano del bien más puro. Con humildad, incliné la cabeza ante el niño y el vástago, en espera de la tan ansiada redención de la humanidad caída. Fue algo especial cuando, al cabo de un rato, le ofrecí mi primer pezón; me pareció más bien que él me alimentaba a mí en lugar de yo a él. Y así seguiría siendo de ahora en adelante. Lo que daba, lo recibía multiplicado por más de cien. Tal y como le sucedería a toda la humanidad. Acosté al niño en el pesebre de las ovejas para que descansara. A lo lejos vi regresar a José con una mujer, Zelomi se llamaba. Cuando vio al niño durmiendo plácidamente en el pesebre de las ovejas, me miró y se sorprendió de que no mostrara ningún rastro visible de haber dado a luz. Me preguntó cortésmente si no debía lavar mi vestido y ayudarme a asearme. Me puse delante de ella y le mostré mi ropa, sin una sola gota de sangre, por lo que, según la ley judía, no tenía que someterme al ritual de purificación cuarenta días después del parto, y eso fue precisamente lo que dejó a Zelomi tan atónita. Se postró ante mí y exclamó: «Mi alma

«Ha sido glorificado, porque mis ojos han visto cosas maravillosas, porque a Israel le ha sido traída la salvación». Entonces José tomó al niño en sus brazos y le puso por nombre Jesús, tal y como le había indicado el ángel. José no se asustó en absoluto por todo lo sucedido. Así como al principio se había enfurecido y se había indignado, ahora se mostraba muy tierno conmigo y con el niño. Más tarde me contó que fue en ese momento cuando se dio cuenta de que él también se sentía, en cierto modo, elegido para participar en este misterio de salvación. No teníamos un vínculo como el de una mujer y un hombre normales, sino más bien un vínculo puramente espiritual de ayudarnos mutuamente a alcanzar el objetivo supremo de que, en adelante, cada ser humano tuviera una nueva oportunidad de recuperar el Edén.

La noticia se difundió y, dos días después, vino a visitarme otra comadrona, Salomé, una prima lejana por parte de mi madre. Le costaba creer que yo siguiera siendo virgen y ya estaba extendiendo la mano hacia mi enagua, pero al instante su mano se marchitó. Se lamentó con pesar por su incredulidad hasta que un ángel la animó a tomar al niño en sus brazos, lo cual hizo, y al instante su mano se curó. Después, pastores de todas partes acudieron hacia la estrella para rendirle homenaje. José vio lo agotada que estaba yo por todas las emociones que me rodeaban y se puso inmediatamente a buscar una casita en la ciudad de Belén. Hablamos entre nosotros sobre qué haríamos con la circuncisión de nuestro hijo y con mi ritual de purificación. Decidimos que lo mejor

ceder para no provocar discusiones. Sí, presentaríamos al pequeño Jesús en el templo de Jerusalén. Quizás entonces volviéramos a ver al gran rabino Zacarías, que entretanto se habría convertido en padre hacía ya algún tiempo…

María Magdalena

Me dirigía a Belén, no tenía otra opción y quizá allí pudiera encontrar a María. Era un camino difícil. Me acerqué a un importante manantial donde mucha gente se detenía un rato. Ya no me quedaba comida, pero el agua era igual de importante. Me agaché para beber, de repente oí voces extrañas a mis espaldas y miré atrás con curiosidad. Tres hombres con ropas extrañas, que hablaban idiomas desconocidos, y tres camellos que, sedientos, bebían a grandes tragos del agua. Tres hombres de piel oscura, vestidos como reyes, con gestos serios y distinguidos. Seguí mi instinto y me dirigí directamente hacia ellos. «La paz sea con vosotros», les dije primero en hebreo; ellos solo asintieron y vi que no lo entendían; luego lo intenté en arameo, pero tampoco obtuve respuesta; entonces probé con el griego, la lengua común de los comerciantes, y sí, eso lo entendieron y, aliviados, me respondieron en un griego perfecto.

«Soy María Magdalena, ¿de dónde venís?».

«Soy Caspar y vengo de Arabia», ese era claramente el más joven de los tres, con tez rubicunda y barbilla lisa y brillante.

«Soy Melchior y vengo de Persia», me pareció que era el mayor, con el pelo largo y blanco, una barba larga y la piel muy arrugada.

«Soy Balthazar y vengo de Egipto», dijo el hombre de piel oscura y espesa barba negra. Al parecer, él era el líder y continuó diciendo: «Buscamos al Mesías. Somos astrónomos. Hace seis siglos, un profeta, Daniel[37] , mi tatarabuelo lejano, predijo que por estas fechas aparecería una estrella que señalaría el lugar donde nacería el Mesías. Y sí, hace nueve meses apareció una cometa brillante totalmente nueva en el cuadrante estelar oriental. Y nosotros, seguimos su trayectoria minuciosamente, pero una vez que llegamos a la frontera del territorio del rey Herodes, la estrella desapareció y ya no se pudo detectar. Anteayer fuimos convocados de forma obligatoria ante el rey Herodes, quien estaba muy interesado en ese Mesías y casi nos obligó a avisarle de inmediato tan pronto como lo hubiéramos encontrado. Pero le dejamos claro que la estrella había desaparecido de repente desde que cruzamos la frontera. Se enfadó, pero se recompuso rápidamente. Le prometimos que le avisaríamos de inmediato, pero confiamos

[37] El profeta Daniel fue desterrado de Israel a Egipto en aquella época.

«Todavía no lo sabemos. Grande fue nuestra sorpresa la noche tras nuestra conversación con Herodes, cuando la estrella sin cola volvió a aparecer de repente en esta dirección, en algún lugar sobre Belén, supusimos. Que la estrella volviera a aparecer no podía ser una coincidencia tras nuestra extraña conversación con Herodes y es para nosotros la prueba de que no debemos confiar en Herodes». Me quedé clavado en el suelo. ¿Belén? Por supuesto que era eso. ¡José y María también tenían que inscribirse allí! Les conté a grandes rasgos la historia de José y María a los tres Reyes Magos y sus ojos brillaban como lo hacía generosamente su querida estrella. Apenas podían esperar y me suplicaron que los acompañara. «La noche empieza a caer y la estrella vuelve a dejarse ver fácilmente». Acordamos que me sentaría delante, en el camello, junto a Caspar, el más joven y el más delgado de los tres Reyes Magos, para seguir juntos la estrella. «No puede quedar muy lejos», dijo Caspar con gran determinación, y también mi corazón empezó a latir más rápido. «¿De dónde vienes, María Magdalena, si me permites preguntártelo?», me dijo con mucha amabilidad. «De Magdala», respondí un poco tímida. Hizo que su camello se arrodillara, ensanchó la silla de montar y le dio su estera a Balthazar. «¿Magdala? Por allí entré en Galilea… Ven, te ayudaré. Tú te sientas delante». Me levantó y, un minuto después, se sentó detrás de mí en la misma silla de montar y espoleó a su camello para que se levantara mientras me abrazaba con fuerza. Partimos.

Parecía como si incluso los camellos también recuperaran fuerzas y se dejaran llevar por la misma pasión. Cerré los ojos y Caspar me abrazó con fuerza. El balanceo sobre el movimiento ondulante de su camello me embelesó y una visión se desplegó en mi mente: contemplaba el horizonte, teñido por completo de un suave color púrpura, con una sola estrella que no se movía, por mucho que girara la cabeza en cualquier dirección: la estrella seguía siempre mi mirada, de modo que no podía evitarla. No abrí mis ojos cerrados, pues parecía que ya estaban bien abiertos, por lo que ya no sentía necesidad ni motivo para abrirlos. Me mantuve concentrada y ya no necesitaba ver nada más en mi vida: esa estrella en su neblina púrpura era para siempre un principio sin fin. No sé cuánto tiempo duró esto. De repente, me desperté sobresaltada por la brusca parada de los camellos y, aturdida, oí desde lejos unas palabras extrañas muy agitadas. Abrí los ojos aturdido. Caspar sintió que me despertaba y señaló inmediatamente con el dedo el lugar sobre el que la estrella se había detenido. Vi brillar la misma estrella de mi sueño en medio de nubes azul púrpura sobre una casita[38] a las afueras de Belén, en dirección a Bet-Semes. En un silencio sagrado y con reverencia, los tres camellos se dirigieron paso a paso hacia aquel lugar, como si ellos también supieran que el Mesías, su destino final, había sido encontrado. Todos nosotros permanecíamos petrificados sobre sus lomos, el silencio de la

[38] Según los escritos oficiales, tras el nacimiento, José fue a buscar una casita en una cueva para alojar allí a la madre y al niño.

Respirando en la noche, reconociendo nuestra pequeñez, grabando este acontecimiento en cada neurona, con un corazón desbordado de gratitud y con el temor de no ser dignos. Nos detuvimos ante la puerta. Los camellos se arrodillaron por sí mismos, como si ellos también se dieran cuenta de lo que había tras esa puerta. Nos bajamos y nos arrodillamos ante la puerta cerrada. Esperando. Ninguno de nosotros se sentía lo suficientemente digno como para llamar. La puerta se abrió y José se acercó apresuradamente a mí, me ayudó a levantarme y me abrazó, y me susurró al oído: «María Magdalena, se ha cumplido: el Salvador ha nacido… ¿Quiénes son estas personas?». Se dirigió con alegría a aquellos desconocidos. Los tres estaban arrodillados, profundamente inclinados. José se acercó a ellos y puso la mano sobre el hombro del sabio de más edad. Se lo presenté a José: «Este es Melchior, de Persia». El anciano José ayudó al anciano a levantarse y se inclinó respetuosamente ante él: «Bienvenido». Continué: «Este es Baltasar, de Egipto». Y José también lo ayudó a levantarse y se inclinó ante tanto honor para el Mesías. Por último, me acerqué a Caspar: «Este es Caspar, de Arabia». José no tuvo que ayudarlo y les dio la bienvenida a todos una vez más. Ya se estaba dando la vuelta hacia la puerta, pero los Reyes Magos pidieron un momento antes de poder entrar. Traduje lo que decían, José sonrió amablemente y me pidió que les dijera que él ya entraría para avisar a María. María y José solo sabían arameo y ni una palabra de griego, así que pude ser de gran utilidad. Los tres Reyes Magos comenzaron a quitarse los trajes

bajarse de su camello, y lo que ocurrió en los minutos siguientes no lo habría creído posible: tres hombres que buscaban sus mejores vestiduras, con zapatos especiales, totalmente desconocidos para nosotros, los tocados más elegantes, joyas, pañuelos, capas de satén de hilo de oro tejidas con motivos extraños que nunca había visto en mi ciudad natal, Magdala, una rica ciudad comercial y centro de comercio a orillas del mar de Galilea. Al final, cada uno de ellos sacó un regalo envuelto en un papel tan deslumbrante y hermoso que ya era un regalo en sí mismo sin necesidad de abrirlo. Toda la escena era una revelación de dignidad real, respeto y humildad. Me hicieron un gesto con la cabeza para indicarme que debía ir delante. Yo, sucio, desaliñado y sin regalo, dudé, pero Baltasar insistió y me entregó su regalo para que lo llevara por él. Nunca hubiera podido imaginar cómo ese regalo cambiaría también mi vida. Abrí la puerta con cuidado. Lo primero que me cautivó fueron los grandes ojos de alegre sorpresa de María, que me sonreían, para luego desviar rápidamente la mirada hacia el niño en un pequeño pesebre. Sus ojos me decían: «Mi querida María Magdalena, ha sucedido. Estoy tan contenta de verte aquí. ¡Cuán maravillosos son los caminos de Dios! Ya le he hablado al Salvador de ti». No pude contenerme y corrí hacia ella, y como dos niñas pequeñas, lloramos lágrimas de felicidad. El niño estaba completamente despierto y observaba divertido a aquel variopinto grupo. Me arrodillé ante el niño y me atreví

Apenas me atrevía a tocarlo, pero María me animó y le di un beso en la frente. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y, de inmediato, supe cómo y quién determinaría todo en mi vida. Me volví hacia Baltasar y le hice una señal para que tuviera listo su regalo. Con solemnidad, lo desenvuelvió y yo traduje sus palabras: «Soy Baltasar y vengo de Egipto. Ofrezco al rey de reyes mirra para la purificación del cuerpo y el espíritu tras la muerte y para un amor puro durante la vida». Y se arrodilló ante María y le besó los pies. A continuación, le siguió Melchior: «Soy Melchior y seguí la estrella desde Persia. Ofrezco al Salvador oro como señal de sabiduría para el rey de los sabios». Él también le besó los pies y dio un paso atrás. Caspar, el más joven, se sentía un poco cohibido en tan ilustre compañía. Dio un paso al frente y se arrodilló ante el propio niño: «Soy Caspar y vengo de Arabia. Traigo incienso para el Mesías, para el dios de todos los hombres. Incienso para llevar sus oraciones con fuerza al cielo». El niño observaba con intensa atención, algo que no cabría esperar de un bebé recién nacido. Traduje lo que María les dijo: «Sois reyes», y los tres hombres cayeron de rodillas, como si lo hubieran acordado, y Baltasar respondió: «Solo hay un Rey». María lo tocó con ternura y habló casi proféticamente: «Baltasar de Egipto, lejano descendiente de nuestro profeta Daniel, desterrado a tu tierra hace trescientos años, levantad vuestras cabezas, levantad vuestros corazones», y esperó un momento,

«Somos familia, al igual que todas las personas son hermanos y hermanas entre sí, y mi hijo será su Salvador». Apenas había terminado de traducir cuando José, que había salido a dar de beber a los camellos, entró algo sorprendido: «La estrella… ha desaparecido, ya no se ve por ninguna parte». Y miró a los tres reyes. Traduje sus palabras y fue Melchior quien, con los ojos muy abiertos, respondió rápidamente: «Cuando la estrella se ocultó de nosotros al entrar en la tierra de Herodes, fue para asegurarse de que no pudiéramos decirle a Herodes dónde nacería exactamente el Salvador. Una vez fuera de su palacio, la estrella volvió a aparecer y, por eso, no es casualidad que la hayamos encontrado gracias a ella, y ahora la estrella quiere volver a asegurarse de que Herodes no pueda encontrar al niño». Mientras traducía lo que había dicho para José y María, los Reyes Magos se retiraron los tres juntos. Balthazar tomó entonces la palabra: «Tres camellos al amanecer ante vuestra puerta y Herodes os encontrará mañana sin mucha dificultad. Partimos de inmediato, para no delatar vuestro paradero. Herodes quiere matar al niño». Se arrodillaron respetuosamente ante el niño y fue Caspar quien, en árabe, preguntó a María: «¿Cuál es el nombre del Salvador?». María, como por arte de magia, no pareció necesitar traducción y respondió en árabe con un acento perfecto: «Su nombre es Jesús, que significa *"Yahvé que salva*"». Me quedé clavado en el suelo porque estaba seguro de que ella no sabía árabe y lo pronunciaba como si ella misma no supiera que estaba hablando árabe, porque ningún

Cinco segundos después, me volvió a preguntar en árabe si podía ayudar en algo a los Reyes antes de que se marcharan. Asintieron con la cabeza que no, aunque Caspar se acercó expresamente a mí, me miró con ojos cautivadores y me susurró: «Hasta pronto». Eso no hizo más que añadir aún más maravilla a todo el acontecimiento. Cuando los tres reyes —los llamo reyes porque se comportaron muchas veces más como reyes que el rey Herodes— se hubieron marchado, María me pidió que guardara los regalos. El oro, el incienso, hasta que María tomó el mirra en sus manos y de repente me miró fijamente. El niño también me miraba inmóvil, como si el mirra ya ardiera con un suave resplandor púrpura, igual que la estrella de hacía un momento detrás de Caspar, sobre el camello. Acepté la mirra vacilante: «¿María? ¿Qué quieres que yo…», pero ella me interrumpió y susurró: «Guarda esto… para más adelante». Sacudí la cabeza para despertarme, cogí la mirra y busqué el envoltorio. José ya las había guardado. Envolví la mirra en el envoltorio egipcio original de frágil fibra de papiro, pero cuando quise meterla en mi bolsa de viaje comprendí que ese envoltorio no era lo suficientemente resistente. Encontré el envoltorio del incienso, de seda árabe, algo más resistente y le di a la mirra una segunda capa con él. Pero aún no me parecía suficiente para resistir el paso del tiempo, hasta que vi cómo se presentaba el oro en un envoltorio de resistente algodón persa. Así le di a la mirra su tercer envoltorio y la guardé a buen recaudo en mi bolsa de viaje. José volvió a entrar después de haber acompañado a los reyes

Me ayudó. Me preguntó si ya estaba inscrito en el censo y me dijo que, si aún no lo había hecho, podía acompañarle mañana sin problema. Y así fue.

José

Cuando vi al niño por primera vez en el establo, mi cansancio tras la búsqueda nocturna de una comadrona se desvaneció. María se ofreció a coger al pequeño en brazos. «También es tu hijo», me dijo, pero yo simplemente no me atrevía. «No me siento lo suficientemente digna, dame un poco de tiempo». «Está bien», dijo ella, «pero tu momento llegará». Me quedé simplemente asombrado ante todo aquello que de ninguna manera podía llamarse normal. Si nunca hubiera podido sentir en el vientre de María cómo vivía el niño en su interior, nunca lo habría creído al ver al niño acostado junto a ella en el pesebre, con María sin una sola gota de sangre en la ropa, tal y como estaba cuando la dejé la noche anterior. Nunca lo habría creído. La primera imagen que me encontré no me ayudó a sentirme inmediatamente un padre legítimo, como ella podía sentirse una madre legítima de este niño. Por otro lado, parecía que María estaba tan alejada del niño como yo, aunque esto no es cierto, pero me ayudó. Su cuerpo parecía haber permanecido tan intacto como el mío. Al mismo tiempo, precisamente por eso estaba muy enfadado conmigo mismo por no haber creído a María desde el principio. Con la llegada de los tres extranjeros en sus camellos, María Magdalena

No en vano los llamaba reyes; con su relato sobre la estrella y el viaje increíblemente largo que habían realizado, se desvaneció hasta la última pizca de incredulidad, hasta el punto de que me sentí tan pequeño como un grano de arena del desierto más abrasador, pero gracias a mi fe recuperada, ahora podía construir montañas con ese grano de arena, el más pequeño de todos. Al día siguiente partí junto con María Magdalena para inscribirnos en el censo, y aproveché su presencia para nombrarla madre de mi hija y como testigo adicional de que mi esposa debía quedarse en casa con el recién nacido. El romano de servicio, algo mayor, lo aceptó y nos deseó sinceramente mucha felicidad con el niño. Este romano nunca se dará cuenta de dónde recibirá tanta gracia en el resto de su vida. María Magdalena partió desde allí hacia nuestra casa en Nazaret para prepararlo todo para nuestro regreso, pues en una semana nuestro hijo sería circuncidado en el templo de Jerusalén y, tres semanas más tarde, María tendría que someterse a la ceremonia de purificación en el templo, cuarenta días después del parto. Según la ley de Moisés, la pérdida de sangre de la mujer durante el parto significaba que había perdido fuerza vital, lo que la debilitaba demasiado como para poder adorar a Yahvé con vigor. Según los judíos, la tórtola, una vez perdido a su compañero, no busca una nueva pareja porque se vuelve demasiado cansada y débil, y basándose en esto, el precio que debía pagar la mujer que había dado a luz era una pareja de tórtolas: la tórtola hembra era sacrificada

para el «sacrificio expiatorio», aunque su «pecado» se cometiera de forma inconsciente, o llamémoslo ingenua. La paloma macho restante era sacrificada como «holocausto»: primero se recogía la sangre con la que se rociaba el altar, lo que simbolizaba cómo la sangre derramada durante el parto era devuelta a Dios, con lo que la mujer volvía a estar en igualdad de condiciones con el hombre. La paloma en sí era luego quemada hasta convertirse en cenizas y bajo ningún concepto se podía comer.

Nada de todo esto se aplicaba a nuestro caso, pero no nos atrevimos a ofender a los sacerdotes, para no meter a Zacarías en problemas.

Zacarías

Me alegró saber por María Magdalena que José y María habían llegado a su casa en Nazaret con el niño para la circuncisión y, más tarde, cuarenta días después del nacimiento, para el sacrificio expiatorio y el holocausto; y, para mi gran alegría, se me encomendó, en mi calidad de gran rabino, la tarea de oficiar estos rituales. No podía esperar hasta entonces para conocer al Redentor y, tan pronto como encontré un momento, visité a la joven familia. José me recibió cordialmente y se arrodilló, cosa que yo no deseaba. Al mismo tiempo, lo ayudé a levantarse, abracé al anciano y le di las gracias por cuidar de su esposa y su hijo. «¿Cómo están el pequeño Juan y Isabel?», preguntó José. «Aquí también anda un pequeño Juan, pero no lo encuentro…» Y el pequeño travieso salió gateando de debajo de la mesa y se agarró a mis piernas. «Cuéntame, Juan, ¿cómo está tu nuevo hermanito?», le pregunté; él me tomó de la mano y me llevó a la habitación del fondo. María estaba dando de mamar a Jesús. No me atreví a molestarla y esperé pacientemente a que levantara la vista. «Padre Zacarías», sonrió ella, «¿cómo están Isabel y Juan?». Hablaba en voz baja, con la voz de un ángel. «Ambos están bien; cuanto más envejezco, más joven se vuelve Isabel. Es un milagro, pero tu historia es muchas veces…». De repente, me interrumpió el llanto del niño, como si quisiera decirme que lo

le molestaba mientras comía. Quería contarle cómo nosotros, los sacerdotes del templo entre nosotros, en aquella época no sabíamos qué hacer cuando la pequeña María se retiraba por enésima vez al Santo de los Santos, siendo la norma que nadie, ni siquiera el sumo sacerdote, pudiera entrar allí, salvo una vez al año en la fiesta del Arca de la Alianza. Y entonces oíamos a María hablar de forma ininteligible detrás del velo con alguien sin voz, o al menos eso parecía, pero no era así. Pensamos que saldría de allí por el hambre, pero nada más lejos de la realidad. Resultó ser el ángel Djibril quien le traía el pan de cada día y, una vez que nos dimos cuenta de ello, no pudimos hacer otra cosa que dejarla que el ángel de Dios, en su forma más elevada, la alimentara y la instruyera. Mientras me perdía en mis pensamientos, de repente vi cómo la niña dejaba de mamar y me miraba fijamente. María también lo vio; se preguntó qué estaba mirando; giró la cabeza para comprobar que yo estaba cara a cara con el Salvador, y el mensaje que él me daba estaba claro. Me arrodillé ante él y le dije que no me apartaría, pasara lo que pasara. Y María también debió de entenderlo, pues derramó una lágrima con una sonrisa agradecida. María me llamó entonces por primera vez: «Mira, Jesús: mi padre», y yo respondí: «Mira, Jesús: mi hija», y de repente apareció una sonrisa evidente en el rostro del niño. María

Magdalena abrió la puerta muy suavemente a nuestras espaldas y entró de puntillas.

María Magdalena

Inmediatamente me di cuenta de que algo había pasado, o al menos estaba a punto de pasar. No sabía si sería algo bueno o malo, pero era algo que superaba mi entendimiento. La circuncisión al noveno día transcurrió sin ningún problema y, en las dos semanas siguientes, antes del sacrificio por el pecado y del holocausto, María se volvió cada vez más callada. Le pregunté si estaba enferma, si tal vez no sería mejor posponerlo, pero ella respondió: «Lo que tenga que pasar, pasará». El mismo día de su purificación en el templo, tomó al niño en brazos y partimos con María y su hijo en el asno hacia el templo. Los rumores no habían fallado en su objetivo; muchos querían asistir al ritual y, sobre todo, numerosos sacerdotes y doctores de la ley habían venido de lejos para ver qué había de cierto en los rumores descabellados. Todo se aclararía rápidamente por el lugar que se le asignaría a María en el templo: la logia de las mujeres casadas o la logia reservada para las vírgenes. Zacarías la esperaba con el niño y la acompañó, con el niño en brazos, hasta el lugar de las vírgenes. ¡Inmediatamente se produjo un gran revuelo! ¿Cómo podía una madre con un niño ser virgen? El

Muchos saduceos [39]y fariseos reaccionaron con opiniones divididas, aunque la gran mayoría se mostró consternada ante tal profanación. Era aterrador ver la hostilidad con la que se mostraban algunos sumos sacerdotes y doctores de la ley. Sus ojos lanzaban rayos de ira e incomprensión. El odio hacia Zacarías llenaba sus ojos. Entonces se produjo una segunda oleada de revuelo: se anunció la llegada del anciano Simeón y los servidores del templo se apresuraron a hacer sitio para colocar una silla en la primera fila para este erudito tan respetado y traductor de renombre. La palabra «anciano» era acertada: tenía 306 años, y el hecho de que deseara estar presente era sin duda una señal de lo que se avecinaba. Se hizo un silencio sepulcral en el templo cuando le ayudaron a tomar asiento. Simeón carraspeó y tomó la palabra.

Simeón

«Balthazar, el astrólogo, vino a visitarme hace poco con dos de sus colegas en plena noche, pues tenía prisa por abandonar Israel. Sus camellos estaban agotados. Qué placer fue poder contemplar una vez más a estos nobles animales. Nuestros

[39] Los sumos sacerdotes solían proceder de las filas de los saduceos, mientras que los escribas solían proceder de las filas de los fariseos. Los saduceos solían ser mucho más fanáticos que los fariseos y tenían una amplia mayoría en el gran Sanedrín.

Nuestro encuentro no fue casual, ya que somos parientes lejanos. Al igual que el abuelo de mi bisabuelo, el profeta Daniel, estuvo aquí en Israel, también Balthazar era un descendiente lejano de ese mismo Daniel, que fue desterrado a Egipto. Me habló de la estrella que habían seguido y de cómo así habían encontrado al Salvador en un pesebre, en una casita a las afueras de Belén. De repente me sentí doscientos cincuenta años más joven. «Por fin», resonaba en mi cabeza. Al parecer, mi fama como el famoso sacerdote-traductor Simeón, que no muere, sigue viva en el Egipto actual, y así me contó Baltasar que todavía se dirigen a mí con respeto como «el Simeón que espera eternamente al Salvador de Israel». «¿Cuántas generaciones de amados he visto llegar y partir?».

Su historia de vida era ampliamente conocida en Israel. Hace unos doscientos cincuenta años partió, junto con otros traductores de los siete libros sagrados judíos, la Septuaginta, bajo la dirección de Eleazar, hacia la gran biblioteca de Alejandría, en Egipto. Muchos judíos se habían quedado a vivir allí tras la salida de Egipto y, con el paso de los años, ya no sabían hablar ni leer bien el hebreo. Ptolomeo II era un gobernante agradecido por su labor en Egipto y, por ello, propuso contratar a traductores hebreos que quisieran traducir la Septuaginta al griego. Eleazar y Ptolomeo pusieron el listón muy alto. De cada una de las doce tribus de Israel se seleccionaron al menos seis ancianos.

Ninguno de los 72 traductores podía mantener contacto con los demás: cada uno vivía y trabajaba por separado. Tras años de trabajo, las 72 traducciones diferentes se compararon entre sí, y fue grande la sorpresa al comprobar que todas eran idénticas, no solo en contenido, sino incluso en el uso de las palabras. Ptolomeo quedó muy impresionado y Eleazar fue alabado por su trabajo.

Simeón continuó su relato: «Al regresar a casa, nosotros, los traductores, nos preguntamos qué pasaje clave de los siete libros nos había impactado más a cada uno. A mí me había impresionado mucho el profeta Isaías, capítulo 7, versículo 14, que vosotros conocéis muy bien: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamará Emmanuel"». Me quedé asombrado ante esta profecía. ¿Cómo puede una virgen tener un hijo sin perder su virginidad? ¿Cómo podría nacer Dios de esa manera? No podía creerlo bajo ningún concepto. Al mismo tiempo, de repente, una mano invisible me tapó la boca y oí una voz que decía: «Contemplarás al Cristo y lo sostendrás en tus manos. No morirás antes de haberlo visto». No me atreví a contárselo a mis amigos, y seguimos nuestro camino hasta llegar a un río. Me quité el anillo del dedo y lo lancé al río tan lejos como pude. Si el versículo de Isaías es cierto, recuperaré mi anillo, pensé con incredulidad. Seguimos dos días más a lo largo del mismo río y llegamos a una ciudad donde compramos pescado en el mercado para la cena.

Cuando fileteé mi pescado, de repente volvió a aparecer mi anillo. ¡Mira! ¡Este anillo!

José

Algunos de los jóvenes presentes quedaron muy impresionados, pero la mayoría de los mayores reaccionaron con cierto sarcasmo: «¿306 años?… dice él… ¿sabe contar? Hay que estar loco para creer esto», oí detrás de mí. Zacarías se acercó a Simeón y le preguntó algo; Simeón, a su vez, asintió con la cabeza. Zacarías fue a la logia de las vírgenes a buscar a María con Jesús y a presentarla ante Simeón, a quien, mientras tanto, los sirvientes del templo ayudaban a ponerse de pie. María entregó a Jesús en los brazos de Simeón y, en voz alta, Simeón habló para que todos lo oyeran, pero, por desgracia, solo unos pocos estaban dispuestos a escucharlo: «Señor mío, deja ahora que tu siervo muera en paz, pues mis ojos han contemplado hoy tu salvación, luz para tu revelación a todas las naciones. He aquí, este niño está destinado a ser causa de caída o de levantamiento para muchos en Israel». Y parecía como si los ojos de Simeón se abrieran de par en par y ya viera el cielo abriéndose ante él. Y Simeón se dirigió a María: «Y sí, también a ti te traspasará una espada el alma». Esto asustó mucho a María y la dejó desconcertada; ¿qué quería decir con eso? Al parecer, Zacarías también se sintió conmovido por ello. Tomó al niño de nuevo y acompañó a María de vuelta a la sala de las vírgenes entre murmullos de desaprobación y revuelo.

de fariseos y saduceos resentidos y rencorosos. Me alegré cuando terminó la última parte de la ceremonia de purificación con el holocausto de la paloma macho y pudimos volver a casa.

Zacarías

Tras la ceremonia, me despedí de Simeón. Me miró directamente a los ojos y me aseguró: «Nos volveremos a ver pronto». Yo sabía a qué se refería, pues yo también había sentido el enorme odio de la multitud de fariseos y saduceos. Sin embargo, lo que más me inquietaba eran los rumores sobre Herodes, quien al parecer estaba tramando matar al Redentor. Se lo comuniqué a María Magdalena: «Esta noche, aunque con el corazón apesadumbrado, voy a abandonar el templo para regresar a casa, pues Isabel y Juan me esperan. Mi burro ya está ensillado y las provisiones repuestas. En dos días estaré de vuelta en casa». Y me despedí de María, José y María Magdalena bajo las miradas hostiles de muchos.

María Magdalena

Todo sucedió a toda velocidad. Al parecer, los escribas y los expertos en la ley llevaban ya mucho tiempo tramando planes con Herodes para matar al niño y a Zacarías. Zacarías fue asesinado esa misma noche ante el altar del templo. Al mismo tiempo, un ángel se le apareció a José en un sueño y le ordenó que huyera inmediatamente a Egipto. José ya había oído y visto suficientes comentarios de odio en el templo y no dudó ni un instante. Apenas pude informarles de que Zacarías había sido asesinado antes de que partieran a toda prisa con Jesús y Juan, el nieto de José. Me apresuraría inmediatamente a ir a ver a Isabel y a su pequeño Juan para darle la triste noticia sobre Zacarías. Era un infierno y vivía con el temor de convertirme yo mismo en víctima de esas personas sin el menor escrúpulo. Todo el mundo en Belén y Jerusalén sabía que era muy amiga de María y José. Me disfracé de hombre con la ropa y las botas de uno de los hijos de José, tomé un bastón en la mano y, por suerte, era invierno, así que solo tuve que dejar al descubierto los ojos. Guardé a buen recaudo la mirra del paquete de Baltasar. De camino a Ein Karem, justo a las afueras de la ciudad, tras una curva escondida, me topé de repente con un control formado por unos hombres de aspecto sospechoso y dos soldados romanos. Sus caballos estaban agotados y echaban vapor por el sudor. Posiblemente

Fueron los asesinos quienes habían matado a Zacarías en el templo, pero su atención se desvió rápidamente hacia unas mujeres veladas que se encontraban justo detrás de mí. Ni siquiera tuve que alzar la voz. No veía la hora de comunicar a Isabel la triste noticia. Pronto corrieron rumores de que los soldados romanos, por orden de Herodes, habían comenzado a masacrar a todos los niños menores de dos años. A los niños incluso les cortaban la cabeza mientras aún mamaban del pecho de sus madres. La brutalidad no conocía límites. Reinaba la locura. La historia de la humanidad no ha conocido un derramamiento de sangre inocente mayor.

María

¡Zacarías! ¡Mi segundo padre! «Una espada traspasará mi alma». ¿Era eso lo que Simeón quería decir? Ahora lo sentía realmente así. Ni siquiera sabía que eso existía: matar a un ser humano. ¿Había crecido en el Santo de los Santos para tener que aprender ahora a sobrevivir fuera de él? ¿Me esperaban cosas aún peores? Djibril, ¿dónde estás ahora? ¿Dónde está tu pan ahora? Pero precisamente este pensamiento me dio la respuesta a mi pregunta y me disculpé inmediatamente ante Djibril. Estaba sentada en el burro. El joven Juan, de cinco años, se comportaba con valentía e intentaba ayudar en lo que podía: su tarea era llevar a la espalda una mochila para el camino, mientras que el burro, cargado con mi peso, el de Jesús y las mantas y

El alimento, que nos inspiraba admiración por soportar tanto peso. José caminaba y tiraba del burro como solo el miedo puede dominar la razón del hombre. Yo apretaba a Jesús contra mí. Llevaba abrazando a este «pan» desde su nacimiento. El pan no tenía que llegar, porque ya estaba ahí. Mi pequeño Jesús era el pan que me habían dado y que podía sostener, acunar, pan para dar a cada persona. Durante todos esos años que permanecí en el Santo de los Santos había recibido este pan y, tal como Djibril me lo daba casi a diario, así yo compartiría generosamente este pan, este niño, de ahora en adelante cada día con cada persona que lo pidiera. «¡Alto, José!», le pedí que se detuviera de inmediato. Estaba sin aliento y miró a su alrededor con sorpresa, preocupado por si algo iba mal. Me bajé del burro con el niño en brazos y me acerqué inmediatamente a él: «Toma, José, sostén a este niño, este pan, también es tu pan…». Y José no sabía qué hacer, pues era la primera vez que tomaba al niño en sus brazos. «Es pan para todas las personas y, sin duda, para ti…». José lloró. Después ayudé a Juan a sostener al niño un momento y también su cansancio desapareció visiblemente. Quien lleva al niño, al fin y al cabo, es llevado. A partir de entonces nos turnamos para llevar al niño. José y yo nos convertimos en una alianza, ninguno de los dos era más que el otro. José y yo, así parecía, teníamos la misma edad: él más joven, yo más mayor. Éramos el mundo en miniatura o, al menos, como debería ser el mundo. Ya no sentíamos prisa ni miedo. Nos convertimos en una estrella como la estrella de los reyes y quien nos

lo seguiría, encontraría al niño, lo conocería y… lo abrazaría… para que se convirtiera en hijo de Dios. Ya no teníamos que huir y aprendimos a dejarnos llevar. Fueron lecciones importantes para lo que nos esperaba.

José

Sostener al pequeño Jesús en mis manos por primera vez fue una revelación y cambió por completo mi forma de pensar y de actuar: pensar se convirtió en creer incondicionalmente y actuar se convirtió en actuar con el corazón, con confianza. Era inconcebible que Dios no protegiera a su hijo cuando era niño antes de que pudiera llevar a cabo su obra redentora. Seguimos nuestro camino; sin duda tardaríamos catorce días en llegar a la frontera con Egipto. Era un placer poder conocer ahora mejor a mi nieto Juan. Por el camino, la gente comenzó a contarnos espontáneamente las terribles noticias de la matanza de niños en toda Judea: todos los niños menores de dos años fueron asesinados de forma atroz y despiadada para asegurarse de que el Redentor estuviera muerto. Muchas mujeres que nos encontrábamos por el camino reaccionaban con ternura al ver al pequeño Jesús, y quien lo veía no podía evitar preocuparse y ayudarnos con consejos e incluso con acciones para indicarnos dónde estaban los puestos de control de Herodes y cómo podíamos esquivarlos. Casi todas las noches nos acogían en algún lugar y nos recibían generosamente. El

El burrito era incluso mimado y Johannes se ocupaba de él con mucho cariño. A pesar de tener solo cinco años, ya era muy independiente y aprendía rápido y con ganas. «¿Cómo vas a llamar a tu burrito, Johannes?». Y él se lo pensó un rato: «Orejonas», decidió. Orejonas aguzó las dos orejas a la vez y Johannes se rió de alegría.

María Magdalena

La luna llena fue la única que me acompañó y me ayudó aquella noche de mi huida. Me sentía terriblemente sola y, al llevar esa ropa de hombre, parecía como si incluso estuviera huyendo de mí misma, de quien había sido y a quien quizá nunca volvería a encontrar. Parecía que ya no quedaba esperanza. No lo parecía, era una perra callejera. Al darme cuenta de lo feliz que había sido en los últimos años gracias a todos esos acontecimientos maravillosos e intensos, me sentía infeliz y más abandonada que nunca. Estaba enfadada conmigo misma por mi débil fe en que las cosas podrían salir bien algún día. ¿Dónde estás, Djibril, justo ahora que te necesito? En ese momento me crucé con un mendigo que estaba sentado al borde de la carretera. Me incliné ante él y le pedí perdón por no llevar comida conmigo y le pregunté si podía hacer algo más por él. «No», me respondió, «pero yo sí puedo hacer algo por ti: hace una hora alguien me dio un pan entero; compartámoslo, me hace bien poder hablar con alguien». Él

Partió el pan en dos nada más sentarme a su lado y me volvió a preguntar: «¿Adónde vas?».

«Voy a Ein Karem».

«Qué casualidad, acabo de llegar de allí».

Esperé un momento hasta que me vacié la boca hambrienta y, de repente, sentí mucha curiosidad: «¿Conoces entonces la casa del gran rabino Zacharias?»

«También conozco a sus vecinos más cercanos, salúdalos de mi parte, llévate un trozo de pan: soy viejo y no necesito mucho».

«¿De parte de quién les mando saludos, querido señor?»

«De parte de Gabriel, diles. Espera, tengo un poco de aceite de oliva para el pan, así queda delicioso».

«Oh, gracias, Gabriel. Gabriel es un nombre extraño, nunca lo había oído antes…»

«Mis tatarabuelos vinieron del lejano norte, no sé cómo llegaron hasta aquí». El hombre se levantó y preguntó: «¿Cómo te llamas?», mientras se sacudía el polvo de su raído manto.

«Soy María Magdalena».

«¡María de la hermosa Magdala! Bueno, hermosa María Magdalena: ¡que Dios te bendiga!».

Y antes de que pudiera volver a vaciar a tiempo mi boca llena y glotona para darle las gracias, ya se había alejado un buen trecho. Mi estómago vacío se apoderó de todos mis pensamientos y mi mente

y solo cuando llevaba un rato de camino hacia Ein Karem empecé a darme cuenta: ¿no será posible? ¿Podría ser? ¡Sí, claro que sí! Y me volví una vez más, pero ya no se veía a ningún viajero en la larga y recta carretera. No grité, rugí: «¡Gracias, Djibril!»

Elisabeth

Un ángel se me apareció en un sueño, me dijo que habían matado a Zacarías e insistió en que, al amanecer, lo dejara todo y huyera con Juan al monte Horeb. Los asesinos que habían matado a Zacarías en Jerusalén venían de camino para matarnos a mi hijo y a mí. No tuve tiempo ni de llorar, reuní lo estrictamente necesario y partí de inmediato, antes incluso de que amaneciera. Me sabía de memoria los caminos de nuestro pueblo; los árboles más viejos me servían de guía y no necesitaba luz. Me dirigí hacia el sur, para no encontrarme con esa banda que venía del norte. No solo dejé atrás mi pueblo, sino también todos los hermosos recuerdos con mi marido. ¡Zacarías! Mi querido y noble Zacarías. ¿Muerto? ¿Cómo voy a seguir adelante ahora? Conocía un lugar tranquilo a las afueras del pueblo, junto a un arroyo, no muy lejos del camino, donde podía amamantar a Juan y descansar y beber un poco. Me senté. Salió el sol. Reconocí a Zacarías en los ojos de mi pequeño, que mientras comía me miraba con una intensidad llena de amor con sus grandes ojos.

«Ten por seguro que tu padre cuidará de nosotros», y solo entonces empezaron a brotar lágrimas de mis ojos y mi nariz… Me picaba la nariz y tuve que estornudar, lo que a Johannes le pareció muy gracioso, por lo que pude recuperarme rápidamente de mi tristeza y darme cuenta del tesoro que mi marido me había regalado. Se acercó tranquilamente una mujer con una gran cesta de ropa blanca. Nunca la había visto antes en el pueblo. Miró a Johannes y dijo: «¡Qué niño tan bonito! Debe de ser una bendición poder cuidar de un ser tan dulce; yo no puedo tener hijos». Me sorprendió de inmediato que hablara sin rodeos de su pérdida. Su espontánea franqueza me dio espacio para hablar también de la mía: «Acabo de perder a mi marido, este niño solo me tiene a mí y estoy huyendo».

La mujer se sentó a mi lado y me miró con sus ojos azul celeste: «En el camino encontrarás mi burro atado a un árbol; te está esperando. Ve a la gran montaña y súbela con tu hijo». Y se levantó, dejó atrás su cesta con ropa blanca y desapareció tan silenciosamente como había llegado. Me quedé como aturdido. Me lavé en el arroyo, refresqué a Juan y abrí la cesta con ropa blanca. Todo, absolutamente todo lo que en mi prisa había olvidado llevarme por el miedo de aquel momento, estaba cuidadosamente empaquetado: comida, ropa de recambio, una taza, una jarra, un cepillo. El paquete pesaba, pero era ligero como una pluma de llevar porque me di cuenta de que

de repente ya no estaba sola a cargo de Juan. Ya oía rebuznar al burro desde lejos.

María Magdalena

Llegué a Ein Karem a última hora de la tarde y una bruma sombría cubría el valle. El sol invernal parecía seguir durmiendo en su lecho de nubes grises. Me apresuré hacia la casa de Elisabeth, que se apoyaba en la suave ladera sur del valle. Tenía muchísimas ganas de conocerla a ella y al pequeño Juan. Tomé la última curva y me quedé paralizada de inmediato: la puerta colgaba de las bisagras, el armario y la mesa habían sido arrastrados hacia fuera y destrozados, la vajilla rota de la cocina yacía hecha añicos… Se me hizo un nudo en la garganta. No caminé, volé a través de mis lágrimas hacia allí. Todo el interior estaba destrozado, solo la cocina, un armario empotrado con ropa y la cama seguían intactos. «¡Elisabeth!» Seguí gritando su nombre hasta que, doblada por las rodillas, me desplomé y solo pude murmurar su nombre con las cuerdas vocales desgarradas por el llanto. Me armé de valor, tenía que saber qué había pasado. ¿Seguían vivos? Recorrí las habitaciones una a una, por muy difícil que fuera revivir los recuerdos benditos con lágrimas de alegría y lágrimas de dolor. La cocina, el salón, el dormitorio —excepto la cama—, el lavadero, ¡la cuna! Una batalla campal. Quien hubiera hecho esto debía de estar realmente furioso y enloquecido. Uno

Eso me tranquilizó un poco: no vi salpicaduras de sangre por ninguna parte… ¿Dónde estaban entonces Elisabeth y Johannes? Ah, sí, los vecinos más cercanos… Los vecinos más cercanos vivían a un paso. Llamé a la puerta y me abrió una mujer no muy mayor. Le expliqué, desconcertado, que buscaba a Elisabeth y al pequeño Johannes, y le pregunté si ya sabía que habían asesinado a Zacarías. La mujer pálida me miró fijamente con ojos vacíos, con arrugas pálidas surcándole la frente. Su voz sonaba débil y lenta: «Soy Hannah [40] . Te reconozco: visitaste a Elisabeth junto con María cuando ambas estaban embarazadas», y esperó un momento para recuperar fuerzas… «Pasa, pero no te asustes… ¿quieres comer algo?» La preocupación en su rostro lo decía todo. «No hace falta que me des de comer, todavía tengo pan, me lo dio por el camino un mendigo que os conocía», dije.

«¿Ah, sí? Un mendigo… qué raro». Y entré en el salón. Me llevé un susto de muerte, porque mi atención se vio inmediatamente atraída por un hombre que yacía en una cama en el salón, inmóvil, con un vendaje alrededor del ojo izquierdo, los brazos vendados… «¿Qué ha pasado? ¿Es tu marido?»

«Hace tres días…», y se desplomó en su silla, «Elisabeth acababa de salir con su bebé cuando una banda de salvajes, acompañados de algunos soldados romanos, irrumpió en su casa». Una vez más, tuvo que descansar un momento. «Destrozaron todo el mobiliario con furia y

[40] Hannah significa *«Dios es misericordioso»*.

pequeño. Después vinieron a amenazar a mi marido y le preguntaron adónde se habían ido. No pudimos responder porque realmente no lo sabíamos». Entonces empezó a llorar: «Mi marido Jair[41] me protegió y eso le costó la vida. Descargaron su ira sobre él. Le dijeron que si no lo sabía, era porque no había mirado bien, y le sacaron el ojo izquierdo de la cuenca y le rompieron ambos brazos. Como seguía sin poder decir adónde se habían ido, le cortaron la lengua: "Ya tampoco la necesitas…".

Yo misma tuve que recuperarme de la conmoción y me desplomé en la silla junto a ella. «Fue y sigue siendo horrible. Sus últimas palabras fueron una súplica de clemencia, pero sus verdugos no la conocieron. Perdió muchísima sangre y rara vez recupera el conocimiento, y menos mal. Estoy agotada. Día y noche tengo que estar a su lado cuando recupera el conocimiento. Me siento impotente y débil y… debería ser fuerte, pensaba que era fuerte», concluyó Hannah su relato entre un torrente de sollozos y lágrimas. No lo pensé dos veces, la abracé y la miré a los ojos: «Te ayudaré. Más adelante arreglaré poco a poco la casa de Elisabeth y la esperaré hasta que regrese, por mucho tiempo que tarde. Pero ahora no te dejaré sola: juntos podemos con esto». La abracé y la dejé llorar en mi hombro. Vi al mendigo observándonos con amabilidad y preocupación ante mis ojos.

---

[41] Jair significa *«El Señor ilumina»*.

Elisabeth

El ángel, porque estaba convencido de ello, me envió al Horeb y era inevitable que ahora hubiera nieve. Me sorprendió, porque la montaña más alta de la zona era casi imposible de escalar, sobre todo a mi edad y además con un niño. El burro se dio cuenta de que necesitaba ayuda, fue muy paciente y se quedó quieto como una estatua, dejándome intentar diez veces sujetar la cesta a un lado y mi otra mochila portabebés al otro. La cosa se volvió totalmente alocada cuando se ofreció como un camello y se arrodilló, para que yo pudiera subirme a su lomo con el niño apretado contra mí. Me hizo bien olvidar por un momento todas mis penurias. Ya nada me asustaba. Intenté: «Llévanos a la gran montaña». Él esperó. «Si le parece bien… señor», añadí, y se puso en marcha. ¡Dios mío, aún era capaz de reír!

María Magdalena

Jair sufría terriblemente y Hannah no menos. Les di toda la prioridad a la hora de atenderlos, confiando en que Elisabeth también recibiría ayuda. Le cambié los vendajes a Jair. Inmediatamente se extendió un olor rancio y nauseabundo, y Hannah se apresuró a abrir la puerta. Él gemía, incapaz de gritar de dolor. Tampoco podía señalar con los brazos dónde

le dolía más. Su ojo derecho se retorcía de dolor. La cuenca de su ojo izquierdo era una herida abierta y sangrante, su boca, un auténtico desastre. Era desesperante. Hannah ni siquiera se atrevía a mirar. Me tambaleé y apenas podía mantenerme en pie. Con mis conocimientos de hierbas no podía hacer nada o casi nada: era invierno. Tuve que salir un momento a recuperar el aliento y grité: «Djibril, aquí estoy y ¿dónde estás tú? ¿Sabes lo mal que está?». Y lloré con todas mis fuerzas hasta que, vacía de lágrimas, volví en mí. Se me aclaró la mente: Elisabeth me había enseñado una vez un cajón escondido en el trastero donde guardaba amapola seca para los ataques de gota de Zacharias: «Lo guardamos aquí, lo suficientemente alto y a salvo, para que el pequeño Johannes nunca lo encuentre». El cajón también era perfecto para guardar la mirra en seco.

«Gracias, Djibril». Y corrí tan rápido como pude hacia el trastero y encontré una buena provisión de amapola. Volví con Hannah y preparamos un té, lo dejamos enfriar y se lo dimos a Jair a pequeños sorbos. Poco después, cayó en un sueño profundo. Hannah se sentía mareada tras tres días y tres noches de agotamiento, así que la ayudé a acostarse y le aseguré que yo velaría por él…

Elisabeth

Al parecer, iba montada en un burro que conocía el camino hacia la gran montaña de Horeb mucho mejor que yo. Apreté al pequeño Juan contra mí, y el suave balanceo al ritmo de los cautelosos pasos del burro me hizo cerrar los ojos. Mi querido Zacarías, ojalá caminaras ahora a mi lado. Ojalá pudiera volver a saborear tu barba cuando me besabas y ojalá pudiera volver a oler el aroma a lavanda o flor de loto en tu ropa al regresar del templo, y sobre todo: ¡ojalá pudieras ver crecer a Juan! Yo también estoy cansada, mi querido esposo. Quiero estar contigo… Podría seguir enumerando mis suspiros sin fin; ya me había alejado del mundo a pesar del calor del sol naciente. Me negué a abrir los ojos para no perder esta sensación celestial de la cercanía de Zacarías. Sentí que el burro comenzaba con cautela el ascenso de la gran montaña. Me entregué a ello, al igual que Juan, que tampoco movía un dedo. Ojalá esto durara eternamente para mí… Ya no tenía noción del tiempo. El burro se detuvo tan suave y lentamente que tardé un momento en darme cuenta. La tierra y la naturaleza parecían haberse detenido. Juan me sacó de mi mundo de ensueño y me vi obligada a abrir los ojos: ante nosotros se alzaba colosal una pared rocosa que se elevaba abruptamente hacia el cielo y, bajo nuestros pies, las casas parecían apenas pequeños guijarros. Estábamos en una meseta y, al mirar hacia arriba, no podía ver el final de la montaña. Físicamente me sentía impotente, pero mi confianza era mayor que la montaña: «¡Montaña de Dios, acoge a madre e hijo!», y la montaña abrió una cueva.

con acceso a una cueva y dejaba que la luz entrara abundantemente. Un ángel nos esperaba, hizo brotar un manantial y nos mostró una palmera con frutos. El ángel velaba por nosotros, aunque mis fuerzas disminuían día tras día. Durante cuarenta días pude ver cómo el ángel cuidaba de Juan y cómo cada día tenía que hacer menos, hasta que ya ni siquiera tuve que respirar. Juan estaba en buenas manos. Zacarías me esperaba. Y yo… yo podía irme.

María Magdalena

Hannah me ofreció una cama en su habitación contigua, para que esa noche pudiera dormir en el salón con Jair y ayudarle cuando fuera necesario. Ella, con suerte, podría descansar por la noche en la habitación de al lado. La amapola funcionó de maravilla y Jair parecía por fin libre de dolor.

María

José no dejaba de sorprenderse de cómo la gente podía ser tan servicial con nosotros, pero yo no podía explicárselo; ese hombre tan bueno no lo habría creído. En cada hombre o mujer, en cada niño que nos ayudaba, reconocía a Djibril, y si no era su mano, era su voz, su más mínimo gesto, su sonrisa, sus ojos… Era incluso curioso y totalmente nuevo para mí ver en cuántas formas y edades podía revestirse y, aun así, mostrarse ante mí. ¿Cómo podía entonces tener miedo? ¿Cómo no iba a estar agradecida? Y así continuó durante los tres años siguientes, a lo largo de toda nuestra estancia en Egipto, donde nos transportaban en Langoor y en barcas por el Nilo de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, y nos alojábamos en cuevas donde vivíamos los acontecimientos más maravillosos. Muchos ídolos fueron desenmascarados por la llegada del Hijo de Dios y huyeron ante el pequeño Mesías. Sus imágenes idólatras se desmoronaron literalmente en pedazos, y muchas personas erigieron después monumentos conmemorativos en el lugar donde dormía el Hijo de Dios sin comprender el significado profundo de lo que hacían. Todo sucedió aparentemente por casualidad. Pero de todos esos acontecimientos maravillosos, solo hay uno que, hasta el día de hoy, me ofrece consuelo cada día. Un acontecimiento aparentemente sencillo que solo José y yo podemos relatar. Llegamos a Tell al-Bastah. Allí nos

Nos habían dicho que por allí merodeaba una peligrosa banda de ladrones, pero no teníamos otra opción y teníamos que atravesar esa zona. José consideró que era mejor hacerlo de día. Avanzábamos en silencio por un camino hundido, pero de repente nos topamos con dos ladrones dormidos a un lado del camino, mientras que la gran mayoría de la banda dormía más arriba. Uno de los dos ladrones, Dismas, se despertó y cruzó el camino hacia nosotros para ver qué tesoro llevaba yo contra mi pecho. Cuando vio al niño, exclamó con sincera sorpresa y admiración: «¡Si Dios tomara carne humana, no se vería diferente a este niño!». El otro, Gestas, se había despertado entretanto y se acercó. Dismas se volvió rápidamente hacia él y dijo: «Te lo ruego, Gestas, deja que estas personas sigan su camino en paz. No despiertes a los demás y no les cuentes nada de este encuentro». Pero Gestas no estuvo de acuerdo. De nuevo, Dismas se dirigió a él con pánico: «Te daré cuarenta dracmas y, como garantía, te daré mi cinturón». Y le entregó inmediatamente su cinturón a Gestas, para que este callara de una vez y no despertara a los demás. Me conmovió Dismas y me sentí agradecido, y le prometí: «Mi hijo te recompensará generosamente por haberle perdonado hoy. El Señor te recibirá a su derecha y te perdonará todos tus pecados». En ese momento no sabía en absoluto qué significaban mis palabras, solo sabía que debía decirlas. Ahora estoy seguro de que fue el padre de mi hijo quien habló a través de mí. De todos los

De todos los acontecimientos maravillosos que tuvieron lugar en Egipto, este fue el menos espectacular; además, no hubo más testigos que José, Juan y yo, pero el enorme consuelo que este episodio nos proporcionó entonces —y que aún hoy nos sigue proporcionando cada día— me resultaba imposible de comprender en aquel momento, aunque ahora lo comprendo mucho mejor.

En la siguiente localidad nos llegó la noticia de que Herodes había fallecido y que el peligro había pasado. José no confiaba en absoluto en Arquelaus, el hijo y sucesor de Herodes en la Judea meridional. Por eso decidió que era más seguro seguir viviendo en Nazaret, situada más al norte.

Esos tres maravillosos años habían pasado volando. Para José y para mí fueron como una iniciación en la grandeza del poder y la bondad de Dios hacia sus hijos. Juan y Jesús crecían rápidamente ante nuestros ojos. Orejas Largas y Juan se hicieron muy buenos amigos, y Juan estaba orgulloso de su amiguito, que, solo con sus amables palabras y gestos, obedecía dócilmente todos sus deseos, pues no quería darle órdenes a Orejas Largas. El sensato Juan, nieto de José, tenía ocho años cuando regresamos a Palestina y, tras el viaje, se sentía desde entonces el hermano mayor del Jesús de tres años. A lo largo de toda su vida, este viaje sentaría las bases de la fe inquebrantable de Juan en la misión de su hermanastro. No hay casualidades.

José

Lo primero que nos contaron cuando volvimos a Palestina fue que habían masacrado a catorce mil niños que no habían tenido la oportunidad de huir como nosotros. Ahora nos preocupábamos aún más por Isabel y su bebé. Esperábamos que María Magdalena tuviera mejores noticias. Una vez más, había que tener cuidado y adaptarse.

María

Rafia fue la frontera por la que salimos de Egipto. En la primera parada para descansar en Ascalón, en Judea, una joven se abalanzó de repente sobre mí furiosa: «¿Y dónde crees que está mi hijo?», y se bajó la blusa para mostrarme su pecho amputado. «¿Dónde estabas tú? ¡Causante de la muerte de miles de niños! ¡Mira! Me cortaron el pecho mientras amamantaba a mi pequeño y luego lo mataron». Se habría abalanzado sobre el pequeño Jesús si José no lo hubiera protegido ya. Los transeúntes nos miraban enfadados y se colocaron detrás de ella con miradas hostiles. Su dolor inhumano me paralizó el corazón en ese momento. El pequeño Jesús se soltó de repente de José y corrió hacia la mujer, se detuvo justo delante de ella y la miró directamente a los ojos, levantando la vista. La mujer se sobresaltó al principio, lo miró a los ojos, se sobresaltó

aún más y se arrodilló ante él. Jesús extendió su manita, tocó su cicatriz y su pecho lacerado quedó sanado. Todos los presentes lanzaron un grito de asombro y cayeron de rodillas uno tras otro. Me incliné hacia la mujer y le pedí que se levantara, la abracé y le susurré al oído unas palabras que no pronuncié yo, sino el padre de Jesús: «Mi hijo es el cordero para la fiesta del sacrificio». Ella me respondió suavemente al oído: «Perdóname. Es bueno que tu hijo haya sobrevivido a Herodes. Sin el ahora no hay un después[42] . Perdóname». «¿Cómo te llamas?», le pregunté en voz baja.

«Soy la madre de catorce mil niños y tengo catorce mil nombres, pero tú eres la madre del hijo de todos los hombres», dijo. Volvió a sonreír agradecida a Jesús, se dio la vuelta y se alejó de nosotros. Todas las demás personas la siguieron, muy curiosas por conocer su historia sobre ese repentino giro. Para mí también fue un acontecimiento que al principio me tomó por sorpresa y me superó por completo. Nunca había visto una herida tan terrible como ese pecho mutilado en mi vida protegida, y a continuación vi a mi hijo, de apenas tres años, realizar una primera curación. El mensaje que recibí para mí a través de ella: a mí también me dolería, igual que le dolía a ella. Con cada curación milagrosa que mi hijo llevara a cabo después, en la que él, espiritualmente...

---

[42] La palabra «más tarde» hace referencia a la oración de María ante la cruz: sin el ahora, nunca hay un más tarde.

Aunque no me quitara el dolor físico, me enseñó, paso a paso, a hacer que mi dolor como madre de él en la cruz resultara aceptable y comprensible dentro de un contexto más amplio, sí, dentro de un contexto divino, para que pudiera seguir creyendo firmemente en su misión para la humanidad. El dolor que sentiría no sería más que un dolor de crecimiento para convertirme en mi amor universal y eterno por cada ser humano del presente, el pasado y el futuro. Este suceso en Ascalón fue el comienzo de mi formación definitiva en el grado más elevado, como comprendí mucho más tarde bajo la cruz. Esto se convirtió desde entonces en la guía de mi vida, por la que, desde ese momento, también opté voluntariamente con confianza. Maduré de golpe; tenía veinte años. Desde entonces, nunca más fui atacado ni abordado por ninguna madre afectada, por lo que ahora debo concluir que mi pequeño hijo de entonces sanó en ese momento las cicatrices y el dolor de cada una de las catorce mil madres. Estaba allí con Jesús de la mano, mientras un poco más lejos estaba José, en su bendita vejez, con Juan de la mano. Aunque formábamos una sola familia, había una diferencia entre ambas partes. «Mi hijo es el cordero para la fiesta del sacrificio». Ni siquiera yo entendía entonces lo que eso significaba concretamente, e intentaba imaginarme algo, pero era aún demasiado joven para atreverme a pensar en las cosas peores. Averiguar esto era un camino en el que José, el hombre bueno y preocupado, nunca podría ayudarme. Seguimos nuestro camino. Nazaret nos esperaba. Anhelaba

un oasis de paz. Con suerte, allí encontraría a María Magdalena.

José

El suceso de Ascalón supuso un hito en nuestra familia.

El pequeño Jesús, de tres años, reveló por primera vez su verdadero origen. Solo su madre podía entenderlo, pero para mí y para mi nieto Johannes, de ocho años, fue un milagro incomprensible, ante el que solo podíamos sentir el mayor respeto y gratitud. Me sentí tan pequeño y a menudo pensaba: ¿con qué méritos he merecido poder contemplar todo esto?

Una paloma se posó justo delante de mis pies y me miró.

María Magdalena

Algo que hasta entonces no conocía: esperar y esperar. Al fin y al cabo, al principio tenía las manos más que ocupadas. Cuidar de Jair era una preocupación día y noche. Hannah y yo formamos un buen equipo e hicimos todo lo posible, pero fue en vano. La comida sólida no le sentaba nada bien y la líquida no era lo suficientemente sustanciosa para un hombre adulto. Las reservas de amapola se agotaban a ojos vista y nos preocupaban mucho, porque seguíamos oyéndole gritar de dolor cada vez que le dábamos papilla o agua. El propio Jair había perdido toda su alegría de vivir y en su único ojo se leía su súplica: «¡Dejadme ir!». Hannah se lo preguntó literalmente, le pidió que parpadeara con el ojo si realmente lo deseaba. No tuvo que pensárselo y parpadeó de inmediato, seguido de una lágrima de alivio, o al menos eso nos pareció a nosotros. Hannah y yo lo dejamos solo un momento y salimos a hablar. Nos abrazamos y sollozamos en silencio para que él no nos oyera. Le susurré que iría a buscar toda la adormidera para que durmiera profundamente y que después ya veríamos. Hannah asintió, se armó de valor y volvió a entrar. La oí explicarle a Jair lo que podíamos hacer y si eso era bueno para él. No esperé una confirmación y me dirigí con pasos lentos a por la última reserva de amapola

Recogerlo en casa de Isabel. El sol ya se escondía tras la copa de la higuera para desaparecer lo antes posible tras el horizonte. Me quedé un rato sentada en la casa, en la única silla que no estaba rota, con la bolsita de amapola en la mano. Miré a mi alrededor e intenté hablar con Zacarías: «Ayúdanos, mi querido padre». Un poco más tarde: «Ayúdanos, pequeño Salvador». Me levanté. Preparé la adormidera en la casa de Jair, mientras Hannah limpiaba por última vez la boca de Jair para que pudiera beberla. Se mantuvo tan fuerte como lo era el amor que se tenían el uno al otro. Le pasé el amapola a Hannah, y Jair me miró con ojos agradecidos y me guiñó un ojo. Intenté devolverle el guiño, pero apenas lo conseguí. Jair hizo todo lo posible por bebérselo todo, tras lo cual Hannah le dio un beso en los labios. Ella me miró de forma invitante y yo le di un beso en la frente. «Buen viaje, Jair», murmuré. Creo que Jair cerró entonces conscientemente su único ojo para no tener que ver nuestro dolor y concedernos la libertad de llorar sin que luego nos arrepintiéramos, pero el mejor regalo de despedida que nos pudo dar fue una sonrisa de hace mucho tiempo. Nos proporcionó un consuelo inmenor, con el que pudimos mantenernos en pie durante muchos días después: ¡sonrió cuando murió! Lo enterramos en el jardín. No tuvimos mucho tiempo para llorar su pérdida, porque el invierno estaba a las puertas y no habíamos podido hacer muchos preparativos. Una vez más, nos vimos absorbidos por las preocupaciones diarias sobre la comida y

calidez. En ese año había envejecido cinco años y, a partir de entonces, el cabello de la ya mayor Hannah se volvió gris. Mientras que antes siempre estaba de camino hacia dondequiera que soplara el viento, ahora vivía en una isla. Una pequeña isla en la que me veía obligada a esperar a Isabel y a Juan. Quizá fuera la tarea más difícil de mi vida, pero pensar en la historia de María sobre su estancia de siete años de niña en el Santo de los Santos me ayudaba a aguantar. «Djibril, ¿dónde estás?», pensaba a menudo, y no era raro que entonces Hannah llamara a la puerta. Ella me ayudaba a recoger el desorden y a arreglar la mesa y las sillas, o trabajábamos juntas en el huerto de verduras y hierbas, o recogíamos y cortábamos la leña para el fuego de la cocina o la chimenea de las dos casitas, y así aprendí a encajarme en un horario para cada día, para cada hora, y a entregarme a lo que tuviera que venir, y fuera lo que fuera o cuando fuera: lo aceptaría.

Y entonces, de repente, nevó y todo se quedó en silencio.

Comenzó la espera. Todo saldría bien, ya había pasado lo peor, ¿no?

La nieve aún estaba intacta y decidí ir a visitar a Hannah, para que no tuviera que salir al frío. No vi humo saliendo de su chimenea y eso me sorprendió un poco; pensé en llevar vino caliente para los dos y me abrigué bien. La nieve ya era bastante espesa y cada paso se hundía en ella

crujiendo. Me apresuré y llamé a la puerta. Al parecer, ella aún dormía, así que empujé la puerta: «¡Hannah!», grité atónito. ¡Estaba colgando, Dios mío! Le habían dado una patada a la silla y se había caído. Corrí hacia ella e intenté levantarla, pero era demasiado, demasiado tarde. Hundí la cara en su vientre y lloré con todas mis fuerzas: «Mi querida Hannah, dale recuerdos a Jair, ¡Hannah! ¡Hannah! Te voy a echar tanto de menos, querida mujer. No voy a poder vivir sin ti… ¿Cómo voy a hacerlo?». A través de mis lágrimas, de repente vi una carta de despedida sobre la mesa. La solté con suavidad, busqué un cuchillo y la corté de la cuerda. Deposité su cuerpo demacrado en su cama. Tenía un aspecto tan sereno… Las arrugas habían desaparecido y parecía incluso tener una sonrisa en los labios. Eso me tranquilizó y empecé a leer la carta. La he leído mil veces, todavía me la sé de memoria.

«Querida María Magdalena,

Siento haberte ocultado esto: con la primera nevada me habría reunido con Jair. He esperado tanto tiempo: quería asegurarme de que tú sobrevivirías este invierno, porque sobrevivir a esta altitud es algo totalmente distinto a pasar el invierno en la hermosa Magdala, a orillas del mar de Galilea. Al parecer, no pudiste prever que las reservas de leña y alimentos que habíamos ahorrado para los dos y repartido entre nosotros no habrían sido en absoluto suficientes para dos personas. En parte por eso, pero sobre todo por gratitud por lo que hiciste por Jair y porque supiste encontrar la amapola, por eso, querida y mejor

amiga que he tenido jamás, me voy ahora con alegría hacia mi Jair. Que tu Dios te bendiga,

Tu Hannah»

Empecé a sentir un frío glacial y me tumbé a su lado en la cama. Nos cubrí a los dos con todas las mantas que había y mis lágrimas se convirtieron en palabras de tristeza y agradecimiento. Y una vez más dije en voz alta y con cierto tono de reproche: «Bueno, Djibril, ¿dónde estás ahora? No te siento y me estoy congelando de dolor; tú me trajiste aquí, no me abandones ahora, te lo ruego, no puedo soportarlo sola, háblame: habla o pon palabras en mis pensamientos que me consuelen, porque el silencio me está volviendo loca». Y mis lágrimas volvieron a tomar el control. Así caía una y otra vez de la duda a la esperanza, al remordimiento, al arrepentimiento, a la alegría, a la autocompasión, a la fe, a la incredulidad, al dolor, y en el dolor todo se detuvo de repente. Y sí, fue el dolor lo que me permitió recomponerme. ¿Qué tenía yo que lamentarme, si me comparaba con el dolor con el que Hannah tenía que vivir? Le di las gracias a Hannah sin lágrimas: «Cuando pase el frío, te enterraré junto a tu Jair. Mientras tanto, vendré todos los días a vigilar tu casa». Revisé su despensa y me llevé lo que se pudiera estropear. Cerré la puerta y luché contra una tormenta de nieve que me exigió toda mi atención y fuerza, para entrar en mi fría casita y actuar rápidamente y avivar el fuego de nuevo.

Cayó la noche y les prometí a Hannah y a mí misma que no lloraría.

Los días siguientes fueron desoladores, las noches traían alivio. Empecé a hablar en voz alta conmigo mismo. ¿Cómo estarían María y Jesús? ¿Dónde están? ¿Todavía en Egipto? Mis pensamientos se volvían cada vez más oscuros, ¿qué sentido tenía ya todo esto? Casi me enfadé con Djibril, no: estaba enfadado: «Eres un charlatán. Estás ahí arriba, a salvo. Nunca has sido humano y no sabes lo que tenemos que pasar en esta vida. ¿Quién viene ahora a liberarme? Cuando te necesito, no te veo». Cansada de luchar conmigo misma, me desplomé ante mi cama, tirada en el suelo, y me habría enterrado allí mismo si hubiera podido. Estirada, como una muerta. El techo me miraba fijamente. Me invadió la autocompasión y, al mismo tiempo, me odié a mí mismo por tanta debilidad. Fue ese odio y ese rechazo hacia mi autocompasión lo que literalmente me hizo darme la vuelta y, de repente, vi una maleta debajo de la cama. La cogí. Resultaron ser incluso dos maletas grandes y poco profundas. Estaba muerta de curiosidad y las abrí una a una sobre la mesa de la cocina. La primera maleta estaba llena de todo el material de costura de Elisabeth, agujas e hilos, y de telas finas en diferentes tonos de morado. El color morado no me sorprendió, porque cuando me despedí de Elisabeth, me susurró enigmáticamente al oído: «No temas al morado». Una vez más, no lo entendí, pero estaba claro que debía de ser importante y eso despertó mi curiosidad. La segunda maleta hizo que mi

Me quedé boquiabierto: la maleta estaba llena de ocho rollos de papiro, cuatro de ellos en griego; aunque en aquel momento no dominaba del todo el griego, por suerte los otros cuatro rollos resultaron contener un diccionario y una gramática del griego al hebreo, todo ello, por lo que parecía, con la letra de Zacharias. Recordé las clases de Euphrosyne de antaño.

Για τον Ζαχαρία, τον φίλο μου για μια ζωή, σε ευγνωμοσύνη για τη θεραπεία μου.

«Para Zacharias, mi amigo de toda la vida, en agradecimiento por mi curación».

Η υπέροχη ιστορία του «παιδιού του βασιλιά».

«La maravillosa historia de "El niño del rey"».

Συγχωρέστε την κακή μου γνώση της εβραϊκής γλώσσας.

«Perdonad mi escaso conocimiento del griego».

¡Dios mío! ¡De repente, el sol brilló en mi corazón! Grité: «¡Perdóname, Djibril! ¡Gracias, Zacarías y Elisabet, por este alimento espiritual!». Ya no estaba sola… fuera reinaba el invierno, pero en mi corazón ya se anunciaba la primavera. Y esa primavera se tiñó de púrpura: confiaría ciegamente en mis sentimientos. Inmediatamente me sentí acogida en un capullo divino. La intuición determinaría mi inspiración creativa y esto era lo primero que quería transmitirle a Hannah para su nueva vida. Empecé

medir enseguida la tela morada para su mortaja y ver cómo lo haría…

María

Con el corazón encogido nos acercábamos a Nazaret. No era de extrañar que la matanza de niños también hubiera azotado con dureza estas tierras, ¿encontraría el pequeño Jesús aquí a otros niños de su edad con quienes jugar? Los vecinos no nos recibieron con hostilidad, sino todo lo contrario: parecía un alivio para ellos que otras mujeres embarazadas también hubieran escapado gracias a nuestra huida a Egipto, según se supo después. Los soldados de Herodes tenían claras instrucciones de que era a Jesús a quien debían matar, y una vez que contaron con testigos fiables que confirmaban que habíamos huido al extranjero, centraron inmediatamente su atención en las fronteras y dejaron Nazaret en paz. Los hijos de José habían cuidado bien de la casa durante tres años y se alegraron mucho de ver al ya crecido Juan y al pequeño Jesús, por quien tanto se había hecho alboroto. Lo que me preocupaba mucho era el aspecto de José: estaba agotado e incluso el feliz reencuentro con todos sus hijos podía borrar las huellas de este duro viaje. No había duda de que Dios nunca me habría podido asignar un hombre mejor: confiable, preocupado, abnegado, manso, fiel, honesto, cumplidor y, sobre todo, humilde. Yo pensaba a menudo en

el bastón de pastor del que brotó la flor, pues la flor tenía exactamente el mismo color que la tela que, poco después, me asignaron para el telón: morado. Vivimos con una auténtica sensación de libertad, aunque tantos acontecimientos estén predeterminados, y solo hay una explicación para ello: hay algo mucho más elevado que nosotros que nos ama tanto como nosotros amamos a nuestro hijo y que, con amor, intenta guiar a nuestro hijo hacia su felicidad, ¿verdad, Djibril?

Solo una cosa me entristeció: María Magdalena no había sido vista por nadie en todos esos años. De repente, una mujer a la que no conocía en absoluto me gritó desde lejos y de la nada: «¡Todo irá bien, María!».

Ya no me preocupé más.

María Magdalena

El sudario para Hannah por fin estaba listo. Por las noches seguía haciendo frío y aún no era posible enterrarla. Guardé todas las telas y los utensilios de costura. Los días eran cortos y apenas tenía velas, ni tampoco suficiente aceite para encenderlas. Cada día que sobrevivía se lo agradecía a Hannah, porque entre las dos nunca habíamos tenido comida suficiente para este duro invierno. A veces pasaban mendigos y no me atrevía a enviarlos a la nieve sin un trozo de pan. Una noche llamó a la puerta una joven con un bebé al pecho, temblando de frío. La dejé entrar y enseguida avivé el fuego, preparé té caliente, le di

Le di toda la comida caliente que tenía ese día, y poco a poco recuperó el aliento y empezó a contarme su vida. Se podría pensar que era una carga, pero nada más lejos de la realidad. Hacía meses que no podía hablar con nadie y ella me dio quizá más de lo que yo le di a ella. Incluso me sentí mal porque ahora me encontraba mejor, ya que era evidente que había personas que lo tenían mucho más difícil que yo: había sido abandonada, maltratada, violada, estaba embarazada, tenía una hijita, no tenía suficiente comida, había sido rechazada y vagaba sin rumbo y sin esperanza… Se llamaba Rebecca y, a continuación, le pregunté por el nombre de su hijita. Ella me respondió tímidamente: «No me atrevo a ponerle nombre, nunca podré mantenerla con vida, me gustaría, pero no me atrevo a quererla. ¿Un nombre, para recordarla una y otra vez? No lo sobreviviría». Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Mi corazón se derritió por esta niña con una niña. «Bueno, Rebecca, nos vamos a ayudar mutuamente. Estás cansada, te quedarás aquí a dormir junto al fuego, tu hijita se quedará cerca de ti, y te prometo una cosa: mientras dure el invierno vivirás aquí y mañana le pondrás un nombre a tu pequeña».

El cofre con los rollos de papiro de Zacharias, que ya había preparado esa misma tarde, volvió a desaparecer inmediatamente debajo de la cama para más tarde. Le di a Rebecca una palangana con agua y un paño para que se secara, mientras yo sostenía al pequeño bebé en mis brazos. Unos preciosos ojitos azules me miraban. Estaba perdida. Nunca me había ocupado de niños, ni siquiera cuando yo misma era una niña. Más bien me mantenía al margen y, desde muy pequeña, me dedicaba a

«Reflexionar», intentar comprender qué podía significar la vida. Y ahora tenía a un bebé en mis brazos que me hacía plantearme si estaba siguiendo el camino correcto. Le respondí muy suavemente al oído: «Solo puedo quererte, es todo lo que tengo y lo único que puedo hacer». Quizá lloró porque le picaba la oreja o porque me entendió, pero, en cualquier caso, eso me hizo feliz y Rebecca también nos miró a los dos con ternura. Dejé que Rebecca durmiera en mi cama, en la cálida sala de estar, y yo me fui a dormir a la cama de invitados. Apenas pude pegar ojo esa noche y le dije a Djibril: «¿Quién ayuda a quién ahora, Djibril? Me siento feliz, no puedo llamarlo de otra manera. Ayúdame, mi querido amigo, porque mañana iré con Rebecca a la casa de Jair y Hannah, y ahora que se acerca el final del invierno, me vendría bien la ayuda de Rebecca para ponerle a Hannah el sudario púrpura. Tú sabes, Djibril, lo que tengo pensado, pero corrígeme si me equivoco». Y así me quedé dormido, tranquilo. Esa noche soñé que me encontraba con María y la veía jugar con el pequeño Jesús, pero de repente Jesús se dio la vuelta, me miró y me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y enseguida volvió a girarse hacia su madre, tras lo cual también María me hizo un gesto de asentimiento. Me desperté sobresaltada por un momento, pero volví a quedarme dormida rápidamente, no sin antes murmurar: «Gracias, Djibril».

Rebecca

El frío del invierno no se podía comparar con el frío que llevaba años en mi cuerpo y en mi mente. Solo aprendí a gruñir, a gritar, a morder y a despotricar. Incluso contra mi bebé recién nacido. Ahora dejo de pensar en ello por miedo a volver a empezar. Al menos tenía razón, el desconocido que me indicó el camino hacia esta casa.

María Magdalena

Aquella mañana, el sol se colaba por las rendijas y vi cómo los cristales de nieve brillaban fuera como los diamantes más puros. Dentro también hacía frío y me apresuré a ir al salón, donde Rebecca aún dormía. Volví a encender la chimenea y preparé el té. Al mirar a la joven y al niño, mis pensamientos se dirigieron hacia Juan y Isabel, como si ambos estuvieran en esa cama, unidos, entrelazados, sí, tal vez fundidos el uno con el otro. No podía, y sigo sin poder, imaginarme algo así. Al igual que en mi infancia, estaba pensando «intensamente», tan intensamente que parecía que se oía e incluso hacía ruido, porque Rebecca y la niña se despertaron sobresaltadas de repente. «¿Os he despertado?». «No, qué va, hacía mucho tiempo que yo… que nosotros dormíamos tan bien», dijo ella, y acunó a la pequeña, la tapó bien y se acercó a mí. Se arrodilló ante mí: «Nunca aprendí las palabras en la casa de la que me fui precipitadamente, pero ayer las aprendí

Lo aprendí de un anciano cuando estaba huyendo. Se había caído sobre el hielo y yo le ayudé a levantarse, y él me respondió con un «gracias». Aquel hombre amable me miró y me dijo que fuera a esta casa. Y ahora yo le digo a usted: «gracias». Son palabras extrañas, porque me devuelven más de lo que yo les doy, sí, así es como lo siento ahora. Es la primera vez que las pronuncio. Si conoces palabras mejores que «gracias», por favor, enséñamelas».

Le cogí la cabeza con ambas manos y le susurré: «Te quiero». Y mis lágrimas hicieron brotar las suyas de su profundo y seco manantial. «Enséñame todo», sollozó, y su pequeño se despertó de inmediato.

«Más tarde iremos a ver a Hannah y Jair, nuestros vecinos más cercanos». «¿Hannah? … ¿Hannah?», repitió ella. Cogió a su bebé, asombrada por lo que sentía, y dijo con determinación: «Vamos, querida Hannah, más tarde iremos juntas a ver a Hannah, no hay nombre más bonito que ese, ¡y ese es el que vas a tener!». Me miró y, una vez más, no pude contener las lágrimas: «¡Qué mañana tan húmeda!». Rebecca y yo nos echamos a reír y a la pequeña Hannah también pareció gustarle.

Mientras le daba el pecho, le conté a grandes rasgos la historia de Hannah y Jair; quizá algún día le contaría los detalles más espantosos si fuera importante, y terminé hablando del sudario morado que había hecho para Hannah.

«¿Puedo verlo?» Por supuesto que se lo enseñé. Las manos de Rebecca acariciaron la tela y preguntó: «¿Te

alguna tela sobrante de esta tela?» Pude adivinar sus pensamientos: «¿Suficiente para una niña pequeña?» Sonrió, asintió y de repente frunció el ceño mientras me miraba fijamente: «¿Es esta la vida normal tal y como es en todas partes?» Se refería a la vida dura que había llevado hasta entonces. «Sí, esta debería ser la vida normal para todo el mundo: amor, o al menos un intento de amor». Ella asintió con comprensión: «Enséñame todo y corrígeme, porque solo conozco la venganza, la ira, las mentiras, el hacer daño». Intenté tranquilizarla: «Ahora eres una mariposa herida, pero algún día ni siquiera las alturas más elevadas te detendrán. Ya has empezado de maravilla, querida Rebecca, todo irá bien. Yo también tengo que seguir aprendiendo cada día».

«¡Esa es tu primera mentira de hoy!», se rió ella, y yo le señalé con el dedo «enfadado» mientras los dos nos partíamos de risa. Ay, el humor puede hacer tanto bien y curar.

Más tarde le contaría quién había sido aquel anciano sobre el hielo que le enseñó a decir «gracias». Pero todo a su tiempo.

Rebecca

Aquella primera mañana con María Magdalena fue como un renacimiento, como un nuevo comienzo. Casi se podría decir que nací después de Hannah. Hannah y yo nos reímos mucho de eso muchos años después: «Mamá

Mamá, tú tienes que pedirme permiso para ir a algún sitio, yo no, ¡yo soy mayor que tú!».

Al mismo tiempo, aquella primera mañana supuso también un segundo encuentro con la muerte. Sin sentirme muy a gusto, arropé bien a la pequeña Hannah, que dormía, y seguí a María Magdalena por la nieve hasta la casa de Jair y Hannah. Primero acosté a Hannah en la cama de invitados para que siguiera durmiendo, mientras María Magdalena retiraba con delicadeza la manta del cuerpo de Hannah. Me costaba apartar de mi mente el recuerdo del primer cadáver que había visto en mi vida —mi madrastra, asesinada y horriblemente mutilada por mi padrastro—, pero los gestos cariñosos y respetuosos de María Magdalena me ayudaron a comprender la belleza y el amor que Hannah había significado para ella. María Magdalena comenzó de inmediato a vestir a Hannah con el sudario púrpura, mientras yo la levantaba. Al parecer, Hannah lo había dado todo a su Jair: su día, su noche, su comida, su fuerza, su sueño, pero todo eso era lo de menos: lo que al parecer entregaba por completo era su cuidado desinteresado y su amor por su marido, tal y como María Magdalena ahora le rendía homenaje con lágrimas en los ojos. El vestido púrpura le sentaba bien, dijo María Magdalena: «El púrpura te ayuda a conectar con tu intuición, y Hannah vivía con su intuición plenamente centrada en el amor». Cogí a mi pequeña Hannah y presioné suavemente su frente contra la frente de la difunta Hannah. Quería y esperaba que ella también pudiera llegar a ser una Hannah así. Cuando el sol y la tierra dieron la bienvenida a Hannah

se llamaba, la enterramos en su jardín, junto a Jairo, bajo la higuera. Así estaba bien.

María Magdalena

Rebeca, la analfabeta, la marginada, la maltratada, le habían podido quitarlo todo, excepto su sentimiento sincero y su confianza en ese sentimiento. Ahora tenía claro a quién tenía ante mí y podía estar tranquila respecto a lo que le iba a proponer. Busqué la mirada de Rebeca: «Más adelante, cuando llegue el momento, le haré un vestidito morado a la pequeña Hannah y hay algo más: en cuanto despierte la primavera, esta casa será vuestra casa. Jair y Hannah ya no tenían hijos ni familia. Os ayudaré y educaré a Hannah, pero os digo ya que algún día os dejaré, aunque no antes de que estéis preparados». Rebecca estaba completamente consternada y se dirigió inmediatamente con Hannah hacia las dos tumbas, se arrodilló y agradeció a Jair y a Hannah tanta confianza. Lo que no vio fue al anciano sobre el hielo detrás de ella, que le puso con delicadeza la mano sobre el hombro. A continuación, se volvió de nuevo y me miró un instante para desaparecer tal y como había llegado: de la nada. Le lancé un beso, mientras Rebecca se daba la vuelta y me miraba con asombro. Radiante de felicidad, se acercó a mí, se echó en mis brazos y me susurró suavemente: «Te quiero». Cinco segundos después, ni siquiera eso, me susurró: «¿Lo he dicho bien?». Yo

Le susurró: «Sale de tu corazón, querida, no de tu mente, así que está bien». Y yo continué en voz baja: «Hace un momento, el anciano del hielo, ¿te acuerdas?, estaba detrás de ti y te puso suavemente la mano en el hombro. Es un mensajero de Dios y se llama Djibril». Rebecca volvió a mirarme y me suplicó, por así decirlo: «Enséñame, enséñame todo». Volvió a coger a Hannah en brazos y, tras un último abrazo entre las tres, nos dirigimos a mi casita.

La maleta con los rollos de papiro tuvo que esperar una vez más. La maternidad y la abuelidad tenían prioridad.

María

Los años siguientes en Nazaret transcurrieron con tranquilidad. Lo único que realmente echaba de menos era a María Magdalena; no tenía la menor idea de si se encontraba bien. Algo me decía que la falta de noticias era buena señal. Me hubiera gustado viajar a Ein Karem, pero debido al estado de las piernas de José ya no era posible, y él se merecía toda mi ayuda y mi amor. El viaje a Egipto le había costado sus últimas fuerzas. Y que María Magdalena no pudiera venir a vernos debía de tener sin duda una buena razón de la que no tenía por qué dudar. Por otra parte, tenía las manos más que ocupadas con el pequeño Jesús y sus maravillosos[43] dones. Todo comenzó un sábado. Nuestro pequeño Jesús, que ya tenía seis años, estaba haciendo pajaritos de arcilla junto a su inseparable hermanastro Juan, pero eso era sin contar con José: él les señaló con razón que ese día era sábado y que algo así no se hacía en sábado. Tanto Juan como Jesús miraron con tristeza sus creaciones, pero Jesús supo qué hacer y dijo: «¡Pero si son pajaritos de verdad, papá!». Aplaudió y los pajaritos salieron volando gorjeando entre los vítores de Juan. José miró con asombro al pequeño Jesús

[43] Estos acontecimientos se describieron en los escritos apócrifos sobre el pequeño Jesús.

que lo consideró algo normal, se levantó y se retiró a su habitación. Johannes miró enfadado a su abuelo por haberle estropeado el juego y también se fue a la pequeña habitación que compartían. José, al igual que yo, se lo tomó a broma después, pero, por otro lado, nos preguntábamos: ¿qué nos espera aún? «Está en manos de Dios» fue la única conclusión a la que ambos pudimos llegar. De hecho, solo era el principio. Los primeros años de nuestro hijo no siempre fueron fáciles. A José, en su vejez, le resultaba cada vez más difícil entenderlo. Jesús, con sus extraños poderes, a veces ni él mismo sabía qué hacer. El niño era aún demasiado pequeño para comprender lo que provocaba y a veces jugaba con su poder. Matar a un compañero de juegos para luego resucitarlo de entre los muertos. Cuando los niños se burlaban de José por su avanzada edad como padre de Jesús, él los dejaba temporalmente ciegos. Al principio esto causó mucho revuelo entre los vecinos, y muchos niños eran mantenidos alejados de él con mucho cuidado. Jesús, con sus seis años, era lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de esto, y poco a poco comenzó a usar su poder para el bien: curar mordeduras mortales de víboras, incluso resucitar a nuestro vecino Zeno, que se había caído del tejado… en resumen, se hizo cada vez más conocido por su bondad y, a veces, la gente venía de lejos para ver a este maravilloso pequeño sanador. Incluso José, en la medida en que aún hacía algo en su taller, se quedaba asombrado y contaba con ojos de sorpresa cómo Jesús alargaba rápidamente un poco una viga que él había cortado demasiado corta, para que pudiera volver a

Empezar. Ahora que tenía seis años, debía asistir a clases de la Torá y de la ley en una de las escuelas del rabino Joshua ben Gamala, aquí en Nazaret. Pronto surgieron problemas. Su primer maestro, Zacheus, comenzó a enseñarle el alfabeto y, ya desde el significado de la primera letra, la alfa, las cosas se torcieron. Jesús empezó a discutir con él y, al parecer, el pobre Zacheus no supo responder a ninguna de las preguntas de Jesús. Zacheus suplicó a José que lo llevara de vuelta a casa. A continuación, un nuevo maestro le enseñó el alfabeto a Jesús de una manera autoritaria y coercitiva, y Jesús lo maldijo. El pobre hombre cayó al suelo y fue llevado a su casa. Un tercer maestro lo abordó con más sensatez y dejó que Jesús mismo impartiera la enseñanza, mostrándole respeto. Mi hijo lo valoró mucho, comprendió que había sido demasiado duro con su anterior maestro y lo curó. La gente de Nazaret ya no se asustaba de nada y, poco a poco, se sentía más segura con él que insegura. Más aún porque, en un momento dado, un obrero de la construcción se cayó del tejado y se rompió el cuello. Se pidió urgentemente a Jesús que fuera a «echar un vistazo», con la esperanza de que pudiera hacer algo más. Desde el principio fue de gran importancia que la gente mostrara fe y confianza en su capacidad como condición para devolver la vida a las personas. Quienes estuvieron presentes no pudieron callarlo durante meses y los rumores llegaron hasta el templo de Jerusalén.

María Magdalena

Hannah y Rebecca estaban bien y ahora vivían en su propio hogar, así que volví a tener tiempo para lo que llevaba mucho tiempo siendo una espina clavada: ya era hora de que, como madrastra de los rollos de papiro de Zacharias, me convirtiera en su madre. Gritaban a voz en cuello para llamar la atención y yo ya no podía seguir escuchando sus lamentos. Los saqué de debajo de la cama y besé cada rollo uno por uno, y sí, se callaron. Pero entonces, de repente, alguien llama a la puerta: Rebecca con Hannah. Abro y Rebecca entra sin rodeos: «Sabe pronunciar tu nombre… Mira, Hannah, ¿quién es esa?». Hannah parecía un poco tímida ante el entusiasmo desbordante de su madre: me miró, lo pensó detenidamente, porque un nombre tan largo requiere concentración, y ¡sí! «Ma… Ma». Rebecca no quería ponérmelo demasiado difícil para saber si era eso o solo un comienzo: «¡Muy bien, Hannah: esa es Ma Ma! ¡Hannah y Ma Ma!». Me volví loca de felicidad y abracé a Hannah: «Te da un beso enorme Ma Ma». Y ella gorjeaba de alegría y no paraba de decir Ma Ma, Ma Ma, Ma Ma. Bailé con ella alrededor de la mesa.

Rebecca se fijó en los rollos de papiro que había sobre la mesa y los miró con gran curiosidad, pero no se atrevía a tocarlos. «Desenróllalos con cuidado, Rebecca», le dije, y ella se quedó embelesada contemplando las hermosas letras de la escritura y se le escapó: «Ojalá pudiera leer y escribir esto… No sé leer ni escribir ningún idioma».

«¿De verdad quieres? Yo te lo puedo enseñar. El griego es un idioma precioso, conozco lo básico…». Ella asintió con vehemencia: «Oh, sí, me encantaría». «Antes de poder leer y escribir, tienes que conocer las reglas básicas y yo te las enseñaré; solo entonces podremos entender este texto a fondo».

A los cuatro rollos de papiro con la historia de El hijo del rey no les gustó nada: «Ya está otra vez… ¡y nosotros otros cinco años debajo de la cama!». Una vez que Rebecca y Hannah se hubieron marchado, les pedí sinceras disculpas a los rollos y empecé a prestarles atención uno por uno. No pasó ni media hora antes de que no hubiera nada más importante en el mundo que esos escritos. Zacarías los había numerado todos, parecía como si se tratara de un solo libro. Un solo manuscrito y todo escrito íntegramente en griego, y qué contenta estaba de haber recibido ya en Magdala, con Eufrosina, una iniciación en el alfabeto, la gramática y las reglas del idioma. En el primer rollo de papiro había un pequeño texto escrito a mano por Zacarías en arameo[44] .

«Querido hallador,

Leer este texto exige un gran esfuerzo por parte del lector: el griego no es fácil para nosotros, los judíos. En los últimos rollos he recopilado las reglas más importantes de la

[44] El arameo era la lengua hablada habitual de los judíos, el hebreo era más bien elitista y estaba reservado a las personas cultas, y el griego era más bien la lengua universal de toda la cuenca mediterránea.

La gramática estaba escrita y también se había añadido el vocabulario con todas las conjugaciones. Quien quiera desenterrar un tesoro debe hacer grandes sacrificios, y el tesoro que tuve el privilegio de leer, que me entregó un noble visitante de presumiblemente alta cuna en el templo de Jerusalén, valió más que la pena. Cuando le pregunté de qué trataba, me respondió: «Es la historia del Hijo del Rey», y enseguida tuve la sensación de que él mismo era un rey, pero lo negó. Antes de marcharse, añadió: «Porque aún está por llegar». Y se marchó. Tras semanas de esfuerzo hasta dominar el griego y comprenderlo un poco, volví a pensar en ello, y quién sabe si él era el niño de la historia o si era un ángel. Deseo al lector valor, perseverancia y tenacidad, pues la posibilidad de una redención inminente para la humanidad parece grande.

Tu Zacharias».

Apreté agradecido mis labios sobre su nombre y todo quedó en silencio en mi corazón, como si contemplara el inmenso vacío que ahora debía llenar. Cuatro rollos de papiro de mano desconocida guardaban un silencio recatado, pues conocían el secreto y, al parecer, se alegraban de ser cuatro para no tener que llevar solos el mensaje. Los otros rollos de papiro eran de la mano de Zacarías, con la gramática griega, las conjugaciones y las palabras traducidas al hebreo. Grité con

las manos en la cabeza: «¡Ayuda! ¡Ayúdame, Djibril, no sé suficiente griego!». Un rollo cayó de la mesa, lo recogí y ese rollo de gramática me recordó exactamente a mis clases de antaño en Magdala. Empecé a leerlo. No: ¡ya estaba en ello!

María

Cuando Jesús estaba a punto de cumplir trece años, se le permitió viajar por primera vez al templo de Jerusalén junto con José, conmigo y muchos nazarenos para celebrar allí la fiesta más importante de la salida de Egipto, la Pascua. Trece años era la edad en la que todo niño debía participar en las fiestas más importantes. José insistió en que yo lo acompañara cada año, aunque a la mayoría de las mujeres no se les permitía ir con sus maridos. José consideraba de suma importancia no dejarme sola, ya que en una ocasión se me acusó de adulterio durante su ausencia. Ni siquiera le parecía bien que entrara sola en el templo. Las historias sobre Jesús ya nos habían precedido y seguramente nos preguntarían al respecto, por lo que era mejor que nos presentáramos juntos, como padre y madre, para causar menos confusión. ¡Jerusalén y José! ¿Llegaría a tiempo? Por mucho que le pesara el gran esfuerzo, insistió en ir. La fiesta de Pascua duraba tres días; los dos primeros se celebraban de forma ininterrumpida con servicios continuos, en los que varios rabinos se turnaban para que toda la multitud pudiera participar en una sucesión ininterrumpida

Iban y venían. El último día era solo un medio día festivo, por lo que quienes lo desearan podían regresar a casa medio día antes. En un momento dado, perdimos de vista a Jesús. Buscamos y buscamos hasta que uno de nuestros hermanos peregrinos de Nazaret nos avisó de que Jesús estaba al fondo del templo, en medio de los doctores de la ley, los ancianos y los sabios, hablando para sorpresa de todos. Nos acercamos, pero no nos atrevimos a entrar; sin embargo, bastaba con escucharlo en aquella sala en silencio sepulcral. En un momento dado, alguien le preguntó: «¿Qué libros has leído?». Nuestro hijo comenzó a enumerar todos los libros que había leído, con el vasto contenido de leyes, prescripciones y estatutos, y luego habló de los misterios de los libros de los profetas, en los que profundizó con una explicación y una aclaración tan naturales que ningún ser humano podía comprenderlas con su entendimiento. Algunos doctores de la ley intentaron fingir que lo entendían y Jesús escuchó con respeto sus respuestas. Fue tan justo que les hizo preguntas de las que estaba seguro de que conocían las respuestas, para tranquilizarlos y hacerles ver que él tampoco lo sabía todo. En cualquier caso, los fariseos no solo estaban asombrados, sino también inquietos, con un asombro desesperado ante cómo un muchacho tan sencillo podía dar de memoria una lectura tan sublime de los libros más difíciles que jamás se habían escrito. José y yo nos retiramos rápidamente y nos mezclamos de nuevo entre la multitud. Poco después nos encontramos con un grupo de nazarenas mujeres que me

Insistieron en que las acompañara a un servicio especial para mujeres. Tranquilizaron a José de inmediato; después, por la noche, yo iría con ellas al campamento de las mujeres y José al de los hombres, para partir hacia Nazaret a la mañana siguiente. A la mañana siguiente, partí temprano hacia casa con las primeras mujeres. José hizo lo mismo, suponiendo que yo llevaba a Jesús conmigo. La noche siguiente pudimos encontrarnos de nuevo entre la multitud y dimos por hecho que uno de los dos llevaba a Jesús consigo. ¡Pero no era así! Estábamos desconcertados y muy preocupados, ambos nos sentíamos responsables del malentendido y, sin pegar ojo, al amanecer dimos media vuelta hacia Jerusalén. Dejé a José montado en el burro, pues esto era demasiado para su avanzada edad. Caminamos lo más rápido posible, pero nos veía muy obstaculizados por la inmensa marea humana que se desplazaba en dirección contraria a la nuestra. No fue hasta bien entrada la noche cuando llegamos a Jerusalén y dejé a José atrás para dirigirme al lugar donde habíamos visto a Jesús por última vez, en la parte más recóndita del templo. Las luces seguían encendidas y la gente seguía esperando fuera para poder vislumbrar lo que ocurría dentro… Como una leona, me abrí paso a través de la entrada y vi a mi hijo todavía en el mismo lugar, discutiendo con los ancianos. Durante tres días, según se supo después. Me acerqué a él: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Estábamos preocupados…». Y entonces él respondió:

cuando aún no era más que un niño: «¿No sabían que debía estar en la casa de mi Padre?». De repente, se hizo un silencio sepulcral en la sala y ningún experto en la ley ni fariseo se atrevió a moverse, pues se sentían tremendamente pequeños ante este niño de apenas trece años, cuya fuerza y sabiduría no habían logrado comprender en absoluto tras tres días de debate. José y yo nos sentíamos tan pequeños como todos los presentes, pues mi hijo me había enseñado una lección importante: yo, como sierva, le había dado mi carne, pero él era en verdad Dios, como hijo de su Padre en el cielo. El regreso transcurrió en silencio y con recato, y Jesús se comportó igual que al principio, como el niño de trece años que se sometía a nosotros y hacía todo lo que le pedíamos.

María Magdalena

Hannah y Rebeca se sintieron rápidamente como en casa en su casita, lo que me dio tiempo para seguir estudiando griego con los manuales de Zacarías. Rebeca ya podía hacer los primeros ejercicios sencillos, y mis conocimientos básicos me permitieron progresar rápidamente. Al cabo de tres meses, ya podía descifrar el primer rollo de papiro.

El hijo del rey – El hijo del rey

Prólogo: «El hombre en el Edén era desde el principio el rey de su conciencia y de su amor, y así, el árbol del bien y del mal era indispensable para hablar de un amor en libertad.

«Prólogo: el hombre en el Edén era, desde el principio, el rey de su conciencia y de su amor, y por eso el árbol del bien y del mal era indispensable para hablar de un amor en libertad.»
Para ello, Dios solo tuvo que pedir una prueba: no comer del fruto del árbol del bien y del mal; de lo contrario, el amor perdería su libertad y Adán y Eva perderían su estatus real. Amor perfecto sin coacción, eso era lo que Dios tenía previsto para su criatura.

En la historia del Hijo del Rey, vivió una vez un rey del amor que quería más, que consideraba absolutamente necesario crecer sin límites y para quien los límites perfectos de su amor ya no se percibían como perfectos, por lo que llamó a su Mago para que le resolviera este asunto. El Mago se sintió muy importante y preparó la poción mágica más dulce a base de manzanas, lo que provocó que todos los súbditos sintieran una felicidad extrema y ya no distinguieran si el rey era el padre o su hijo muy joven. Así, su hijo ocupó temporalmente el lugar del padre con la condición de que él mismo nunca bebiera de la poción de manzana. Dicho y hecho: el príncipe subió al trono y el rey padre partió en busca de la mayor sabiduría, y nadie se daría cuenta de nada. El rey dejó a su hijo a su suerte dentro de los muros. El Mago se encargaría de todo. No tardaría nada, pensó. Regresaría cuando hubiera encontrado «eso». Dios observaba con compasión cómo su reino, bajo el liderazgo del Mago, se convertía en una mentira, mientras el rey padre pensaba que no tenía nada que perder. Partió decidido y era insaciable, adquirió gran sabiduría, fuera de sus murallas era más aclamado que en su día dentro de ellas, era adorado porque tenía la respuesta adecuada para cada pregunta. En todas partes se le alababa y se pedía su estatua; una y otra vez era invitado a los reinos vecinos para transmitir su fabuloso conocimiento. Y humilde como era,

No se le podía reconocer que alguna vez hubiera sido rey. Y así era, ya no merecía que se le llamara rey, a menos que fuera proclamado rey de la soberbia. Ni siquiera recordaba ya a su hijo, el niño rey. Así transcurrieron muchos años».

Dejé el rollo de papiro a un lado por un momento.

Rebecca y yo nos quedamos completamente en silencio, y esto no era más que el principio.

María

Mi hijo hacía todo sin oponer resistencia hasta que cumplió trece años. ¿Todo? No, había una cosa que se negaba a hacer. El día que cumplió trece años, se negó a participar en el ritual en el que el rabino de Nazaret entregaba los tefilín[45] del brazo izquierdo y la frente a todos los niños de trece años como señal de madurez. «¿Por qué, mi querido hijo?», fue, naturalmente, mi pregunta. «A mi Padre no le gustan las apariencias», fue su respuesta. Era la segunda vez que le oía hablar de su Padre. Me alegró mucho porque salía de él mismo

[45] Un tefilín era una cajita negra en la que se guardaba un fragmento de texto de la Torá que debía llevarse durante la oración de la mañana y de la tarde: una cajita alrededor del brazo izquierdo y otra alrededor de la frente. Estas cajitas se entregaban en la transición de niño a joven. Tefilín es el plural de tefilín.

sucedió, pues ni José ni yo le habíamos hablado de su Padre celestial, y eso demostraba lo mucho que estaba unido a su verdadero Padre. José y yo nos sentimos aún más tranquilos al saber que, de alguna manera, él podía hablar realmente con su Padre y que estaba guiado. Ya no estábamos solos en esto, aunque me avergüence decirlo ahora como si no apreciara la ayuda de Djibril. Perdóname, Djibril, una vez más. Pero tuve la sensación de que su Padre se haría cargo ahora por completo de mí, por lo que solo podía estarle agradecida. Yo era una sierva del Señor y ahora, más que nunca, seguiría siéndolo con alegría y gratitud.

María Magdalena

Estaba muy emocionada por trabajar cada vez más rápido en la traducción de la historia. Rebeca seguía de cerca mi traducción y cada día venía con su pequeño travieso para dar la bienvenida a cada nueva frase y asimilarla… La confianza y la autoestima de Rebeca crecían con cada rollo de papiro.

Πέρασαν πολλά χρόνια.

«Pasaron muchos años».

La sencillez y la bondad hicieron del rey Príncipe un monarca muy querido.

«La sencillez y la amabilidad hicieron del rey Príncipe un monarca muy querido».

«Con una mirada afable, soportaba el pesado fardo del reino sobre sus frágiles hombros. Todos hacían todo lo posible por complacer al rey Prins. Sí, incluso se importaban delicias especiales de las tierras más lejanas para Su Majestad. Cuanto más envejecía el rey Prins, más preguntas se hacía sobre su padre, el rey. Cada vez, los cortesanos respondían: «Pero, Señor, no se conoce a ningún padre de Su Majestad en el reino. ¡Solo hay un Rey!», y sonreían amablemente entre ellos. El solitario príncipe se consumía y suplicó consejo al astuto Mago. Este le recetó una «poción para dormir». El desolado príncipe cayó rápidamente en un estado de muerte aparente; su cuerpo dormía, pero su espíritu no murió y vagaba desesperadamente en busca de su padre, primero dentro y luego muy lejos de las murallas. Un día, el rey padre se dirigía una vez más a un reino, un reino sumamente importante y de renombre universal. El viaje era largo, pero eso no le importaba. Vio en la lejanía la hermosa fortaleza y aceleró el paso. Nunca había visto una fortificación tan fabulosa, pero por ninguna parte veía gente yendo ni viniendo. Siguió adelante, no, siguió caminando asombrado y de repente vio, bastante más allá, a un niño sentado en medio del camino de arena. Le preguntó al niño qué estaba pasando, pero el niño no respondió, al contrario: el niño le hizo una pregunta: «Rey, ¿qué hace usted aquí, tan lejos de su reino?». El niño siguió jugando en la arena y, con un solo movimiento de la mano, derribó el castillo de arena que tenía delante.

De repente. El rey alzó la vista y el castillo parecía haberse desvanecido en el aire. El rey quería decirle algo más al niño, pero este también había desaparecido. El rey del egoísmo comprendió lo que había perdido: un rey sin amor por un niño y por sus súbditos no es un rey. Por fin encontró lo que aún debía buscar y dio media vuelta.

Y así sucedió que un día el rey volvió a llegar a las fronteras de su reino olvidado. Ya no era joven y casi no se le reconocía. El viejo rey apenas podía recordarlo.

¿Recordar?

Sí, recordar lo que había dejado atrás como rey. Tras un largo viaje, llegó hasta el guardián de la puerta y gritó con voz potente: «¡Guardián, abre! ¡Aquí está tu rey!».

El guardián se rió del anciano por aquella broma de mal gusto y, cuanto más insistía el anciano, más se enfadaba el guardián, hasta que finalmente perdió la paciencia y detuvo al viejo rey: sí, aquel anciano estaba loco y suponía un peligro para el príncipe heredero».

Rebecca lloró cuando leí este segundo rollo de papiro. Cuando le pregunté por qué, solo negó con la cabeza: «No sé por qué». Hannah se acercó a ella

consolarla y darle besitos. Rebecca volvió a recordarlo: «Yo también he vivido tanto tiempo sin amor».

«¿No hacemos todos esto, en mayor o menor medida, Rebecca, antes de darnos cuenta de lo importante que es el amor?»

«Έχεις δίκιο», respondió ella sonriendo con unas palabras en griego.

«Efectivamente: tienes razón», le traduje, y nos abrazamos.

José

Había superado con creces los 80 años y, ahora que Jesús se hacía mayor, sentía en lo más profundo de mi ser que mi vida se apagaría silenciosamente. Decidí visitar por última vez el templo de Jerusalén para pedirle a Miguel, arcángel y líder de los ángeles, que me asistiera en mi muerte. Tenía miedo de morir. Ante el telón púrpura y escarlata que María había tejido cuando era joven, quise pedir perdón por última vez por todas las faltas de mi vida. Cuando volví a casa, enfermé y sentí cómo toda mi fuerza vital se desvanecía lentamente. Me invadió el miedo. No podía controlarlo. Era una sensación terrible. María no se apartó de mi lado ni un instante y tarareaba los himnos que me tranquilizaban.

María

José me pidió en su lecho de muerte que llamara a Jesús y comenzó a confesarle los pecados de su vida, haciendo hincapié en la desconfianza y la ira que había sentido hacia mí cuando, al principio, no creyó en mi palabra sobre mi embarazo. Le dio las gracias a Jesús por el respeto que siempre le había mostrado y por la gran ayuda que le había prestado en su taller de carpintería. Jesús le respondió brevemente: «Bienaventurado seas, mi padre José. Con la gubia de la rectitud y con el cincel de la honestidad te has ganado un lugar junto a mi padre en el cielo». Y vi por primera vez a mi hijo secarse conmovido una lágrima, y José también se había dado cuenta: «Bienaventurado seas, mi amado hijo, el miedo a la muerte me atormentaba, pero ahora que oigo tu voz, todo temor se desvanece y puedo morir en paz… Acepta el alma y las lágrimas de este moribundo, mi Dios y Salvador». Jesús cerró los ojos de José, lo abrazó e insistió en enterrarlo en el valle de Jehoshaphat, junto a Jerusalén. Y así sucedió.

María Magdalena

Seguí trabajando frenéticamente y Rebecca me ayudó encargándose de las tareas más pesadas mientras yo cuidaba de Hannah de vez en cuando. Los dos últimos rollos despertaron al máximo nuestra curiosidad y calculamos que había un rollo por temporada, así que esperábamos que llegara pronto el invierno.

era emocionante y Rebecca y yo hicimos una pequeña competición para ver quién se acercaba más al desenlace. Cada nueva frase que desentrañábamos nos hacía descartar todas las hipótesis. Pero lo que fue muy gratificante fue que, poco a poco, ideamos una hipótesis juntas, trabajamos juntas y pensamos como una unidad. Eso nos unió aún más. ¡Ay, ojalá durara mucho tiempo!

Βαθιά μέσα στα μπουντρούμια του παλατιού του, ο γέρος βασιλιάς ήταν τώρα φυλακισμένος.

«En lo más profundo de las mazmorras de su propio palacio, el viejo rey se encontraba ahora prisionero».

Sin embargo, había una suerte: su calabozo estaba justo al lado del foso del castillo y el agua se filtraba constantemente, por lo que no tenía que beber de la bebida de manzana encantada que le ofrecían a diario. Aún recordaba vagamente cómo, de niño, jugaba entre las piedras del castillo en construcción; se divertía apilando piedras hasta formar un auténtico muro tras el cual se escondía, y entonces le encantaban aquellas piedras, que le ofrecían seguridad. ¡Seguridad!

De repente, recordó vagamente cómo había abandonado a su joven hijo a su suerte en el trono, bajo una corona demasiado pesada.

Ante todos estos pensamientos, el viejo rey se entristeció, lloró amargamente y anheló pedir perdón a su hijo.

La noticia se difundió a la velocidad del rayo: un viejo loco se había presentado en la puerta de la ciudad haciéndose pasar por el rey y había sido arrestado de inmediato por orden del Mago. Ah, sí, el Mago no dudó de que se trataba del viejo rey y emitió de inmediato un edicto para tranquilizar a todos, afirmando que el propio rey Prins había ido a visitar a la persona en cuestión a su celda y podía asegurar a la población que el difunto rey aún no había regresado. Sin embargo, el guardián más anciano, cuya esposa había sido salvada en su día gracias a la intervención del rey, llevaba mucho tiempo desconfiando del Mago y hacía años que no bebía sidra. Decidió resueltamente informar personalmente al rey Prins. Llamó a la puerta de la sala del rey, pero fue el Mago quien abrió. «¿Nos deja solos? ¡Mago! Quiero hablar con el rey Prins».

«¿Hablar? Siempre puedes intentarlo», se burló el Mago, seguro de la victoria, y salió de la habitación con una sonrisa burlona. El guardián se alarmó al ver lo debilitado que estaba el Rey Príncipe y esperó que aún recuperara el conocimiento. Tiró inmediatamente todos los frascos y jarras del Mago. Veló durante tres días y tres noches junto a la cama para asegurarse de que el Rey Príncipe solo bebiera agua pura y se encargó de que el Mago no pudiera volver a poner un pie allí.

El rey Prins recuperó el conocimiento, pero estaba muy debilitado. Lo que ya no podía hacer con los músculos de la boca, lo conseguía aún con una sonrisa al ver al viejo guardián. Intentó hablar, pero no pudo; solo le quedaba escuchar. El guardián habló despacio y le contó lo del anciano prisionero que se hacía pasar por rey. «Hace meses que no bebo sidra, Majestad, y he bajado a las mazmorras y tengo la fuerte sospecha de que ese anciano que está allí es su padre. Él no lo confirma, pero tampoco lo niega. Sin embargo, lo reconozco por sus ojos de antaño». El guardián le dio al príncipe rey un sorbo de agua y, con el dedo, le limpió la mucosidad seca de la boca. A continuación, le volvió a dar agua al príncipe rey. Este intentó hacer gárgaras, pero no esperó más para hablar por miedo a desmayarse de nuevo. Susurró: «Guardián, estoy viviendo mi último día. No dejes entrar a nadie, quédate conmigo y no salgas de esta habitación».

Aquí terminaba el tercer rollo de papiro.

De repente, se hizo el silencio en la mesa. Ya no era solo Rebecca la que lloraba; yo tampoco podía contener las lágrimas, y Hannah vino a consolarnos a las dos a la vez con sus bracitos y sus grandes besos. Cuando nos calmamos un poco, volvimos a imaginar cómo terminaría la historia del príncipe y el rey. Sentíamos tanta lástima, tanto por el niño como por el rey. ¿Se volverían a encontrar?, nos preguntábamos.

Recordé la introducción de Zacarías: «Quien quiera desenterrar un tesoro debe hacer grandes sacrificios, y el tesoro que tuve el privilegio de leer, recibido de un noble visitante de alta cuna en el templo de Jerusalén, valió más que la pena». Poco a poco empecé a entenderlo, porque esta historia no parecía solo una historia: Rebecca, la niña abandonada, la princesa que había perdido a sus padres, podía empatizar mejor con la soledad del príncipe, mientras que yo me identificaba más con el rey: quiero saber, saber cada vez más.

«¿Podríamos encontrarnos?», le pregunté a Rebecca.

«¿No es eso lo que ya estamos haciendo?». Ella me miró.

«Pero ¿no te dije al principio de nuestro encuentro que algún día te dejaría?». De repente, yo misma dudé de lo que había dicho.

«Gracias a nuestro encuentro y a tu amor, he recibido un corazón, y ese corazón te seguirá dondequiera que estés». Hannah se acurrucó contra ella y Rebecca añadió entre sollozos: «Y Hannah también…».

La historia ya era un inmenso regalo de unión y solo era el tercer rollo de papiro de los cuatro.

Después de que se marcharan, volví a buscar la primera parte de la historia y encontré: «Pero, señor, ¡Su Alteza sabe bien que a un rey no le está permitido traspasar las fronteras impunemente!». ¿Sería entonces

¿Me dolería de verdad si, al fin y al cabo, fuera el rey? Tenía que saberlo lo antes posible y estaba deseando que llegara la mañana para empezar a leer el último rollo de papiro.

No podía conciliar el sueño. «Djibril, ¿ni siquiera tú puedes ayudarme? Estoy temblando por dentro…»

María

Corría un extraño rumor y se propagaba más rápido que los vientos del mar, viniera de donde viniera: un joven afirmaba anunciar a un nuevo Mesías e invitaba a todos a bautizarse en el Jordán. Se lo conté a Jesús. Él me miró con cariño y me susurró: «Voy a ver a mi Padre». «¿Es ese joven tu padre?». No entendía nada. Jesús me sonrió y negó con la cabeza. «Dame tu bendición, madre», dijo, y se arrodilló ante mí. Lo ayudé a levantarse y le susurré: «Tú, Hijo de Dios, tú debes bendecirme, porque soy sierva del Señor hasta mi muerte». Y mi hijo dijo: «Te bendigo, María, hija de Ana y Joaquín, madre del Hijo de Dios, que te ama infinitamente, pase lo que pase». Y mi hijo me bendijo y se marchó. Di gracias a Dios por su confianza, pero hasta el día de hoy sigo sin poder comprender por qué me ha permitido ser su sierva. Entonces oí algo a mis espaldas y allí yacía un pan. Señalé, sonriendo para mis adentros,

con el dedo índice levantado hacia el cielo. No estaba sola. Nunca estuve sola.

María Magdalena

Esa mañana empecé, con muchísima ganas, la traducción de la cuarta y última parte de «El hijo del rey». La cosa fue tan rápido como la primera vez y, al cabo de cuatro semanas, Rebecca y yo habíamos terminado.

Las horas pasaban lentamente. De repente, los ojos del príncipe se abrieron: «Toma mi corona y baja».

«Las horas pasaban lentamente. De repente, el Príncipe Rey abrió los ojos y le dijo al Portero: "Lleva mi corona y desciende a las profundidades de las mazmorras: llévate todas las llaves del reino y encontrarás a tu Rey. Todas las llaves…" Entonces llamaron a la puerta».

¡Y de repente llamaron de verdad a mi puerta aquí en Ein Karem! Abrí con cautela y vi ante mí a un joven desaliñado vestido con un traje de camello de arriba abajo. Una barba descuidada ocultaba una boca con dientes blancos como la nieve y sus cejas pobladas ocultaban los ojos más hermosos que puedas imaginar. Djibril disfrazado de joven desaliñado. ¡Menuda sorpresa!

«Djibril, justo estaba escribiendo y leyendo "llaman a la puerta" y tú llamas a la puerta: eso no puede ser una coincidencia…

«¿Qué disfraz llevas ahora? ¿No era mejor el de mendigo? Así todo el mundo huye de ti». Yo seguía despotricando, mientras el joven se quedaba fuera sonriendo e intentaba decir algo entre mis gritos: «Me llamo Johannes y estoy visitando la casa donde nací…», y sonreía con tanta amabilidad que eso solo me alegró más y, una vez más, no le dejé seguir hablando: «¿Johannes? ¿El pequeño Johannes? ¡Ese queridísimo renacuajo! ¡Entra en tu casa! ¿De dónde vienes? Me alegro tanto de verte. Entra. Entra. Te prepararé algo de comer enseguida…» pero él me interrumpió: «¿Cómo te llamas, querida señora, y cómo has llegado hasta aquí? ¿Conociste a mis padres?»

«Ah, sí, Juan, te pareces como dos gotas de agua a tu difunto padre Zacarías. Me llamo María de Magdala, pero todo el mundo me llama María Magdalena. Ayudé a tus padres aquí cuando acababas de nacer». Le ofrecí una silla a la mesa y enseguida empecé a preparar té y a hacer un plato de pan, sin poder apartar la mirada de él. Mientras tanto, él vio los rollos de papiro sobre la mesa, los miró y cogió mi traducción, en la que estaba trabajando. «¿Puedo?», preguntó. «Por supuesto, Juan, los rollos eran de tu padre». Leyó mi último fragmento de traducción y luego lo devolvió todo rápidamente a su sitio, tras lo cual dejé los cuatro rollos sobre la cama para que pudiéramos comer juntos en la mesa y compartir nuestras historias. «Dime, ¿cómo está tu madre, Isabel?».

Volvieron a llamar a la puerta.

«¿Estás bien, mamá? Acabo de ver a un desconocido llamando a tu puerta y quería asegurarme de que todo va bien».

«Pasa, Rebecca, tengo una visita importante… Juan, estos son mis vecinos más cercanos, Rebecca, y detrás de ella va una traviesa; esa niña pequeña se llama Hannah. Rebecca, este es Juan, el hijo de Zacarías y Elisabet». Al principio fue un poco incómodo, sobre todo para Hannah, que se escondía aún más tímida detrás del vestido de Rebecca y de vez en cuando se asomaba para mirar a «ese hombre raro con ese traje raro». Rebeca y Juan tenían prácticamente la misma edad y, cuando nos sentamos todos alrededor de la mesa, Juan empezó a hablar de su madre y de cómo había sobrevivido en la montaña y más tarde en el desierto, pero noté que no podía contarlo todo en presencia de Rebeca. Rápidamente tomé el relevo de la conversación hablando de su padre y de los dramáticos acontecimientos que lo rodearon, para luego llegar a Jesús. Sus ojos brillaron de inmediato, pero, lamentablemente, no pude contarle nada reciente porque llevaba años viviendo aquí, en una isla, esperando a… sí… a él y a Elisabeth. Por su actitud, intuí que sabía más sobre Jesús y María que yo misma, y fue tan amable que él mismo empezó a hablar de ellos. Habló de ambos con reverencia y la nostalgia en mi corazón crecía por segundos. Sobre todo, la extensa historia de Jesús a los trece años en la casa de su Padre en Jerusalén desató una enorme alegría en mi corazón. Rebeca lo vio y ya

Aunque intuía lo que estaba por venir, siguió disfrutando intensamente de mi alegría.

«¿Quieres un poco más de té, Juan? Me temo que se te va a quebrar la voz después de una historia tan bonita».

«Con mucho gusto, María Magdalena, con mucho gusto. Pero, ¿puedo preguntarte algo? Cuando entré aquí vi esos rollos de papiro con la historia del Hijo del Rey. ¿De mi padre?».

«No, al parecer se lo dio un desconocido en el templo de Jerusalén».

Vi que miraba con asombro y oí sus pensamientos, así que me adelanté a él. «Voy a volver a poner los rollos aquí sobre la mesa para que puedas verlos y leerlos. ¿Sabes griego?» Rebeca empezó enseguida a despejar la mesa.

«Aprendí arameo, hebreo y griego de mi ángel de la guarda». Él mismo se sorprendió de que, al usar la palabra «ángel de la guarda», revelara más de lo que quería decir, pero yo fingí no darme cuenta y puse los cuatro rollos sobre la mesa con mis traducciones al lado. Le di tiempo. De repente, leyó en voz alta, emocionado: «Quien quiera desenterrar un tesoro debe hacer grandes sacrificios, y el tesoro que tuve el privilegio de leer, recibido de un noble visitante de alta cuna en el templo de Jerusalén, valió la pena con creces». Y, fascinado, comenzó a examinar los rollos con más detenimiento y volvió a mirar mi última traducción, que se interrumpió abruptamente porque en ese momento llamaron a la puerta.

«¿Ya casi has llegado? Me refiero a este rollo, ¿no?». No sabía muy bien a qué se refería y asentí con la cabeza; el final de la historia estaba a la vista, eso era seguro. Y tanto a Rebecca como a mí se nos quedó la boca abierta cuando leyó en voz alta el resto del rollo, como si no supiéramos leer griego. Y, traduciendo con fluidez del griego, empezó a leérnoslo directamente en arameo:

«Entonces llamaron a la puerta.

El Portero abrió y dejó que la Muerte se llevara el cuerpo del Hijo del Rey lejos, más allá de los límites del reino, con una paz y una tranquilidad que no había podido conocer en vida.

El trono estaba ahora vacío.

Cuando el Portero volvió a cerrar la puerta tras de sí, observó, abandonado en el lecho de muerte del Niño, un pequeño cofrecito de ébano con herrajes de oro. Este cofrecito no tenía ni llave ni cerrojo.

El viejo y sabio Portero, el portador de las llaves, lo comprendió y se llevó consigo todas las llaves del reino, todas, y descendió a las mazmorras. Contó ciento un escalones.

Llegó a las mazmorras, pero ¿cómo diablos iba a reconocer al Rey? Gritó: «¿Quién de vosotros es el Rey?».

Entonces Juan dejó el rollo y siguió contando de memoria. Miró hacia delante, a lo lejos, como si él mismo estuviera presenciando los hechos en la mazmorra.

Gritó: «¿Quién de vosotros es el Rey?».

Todos los prisioneros se levantaron de un salto y gritaron al unísono: «¡Yo soy el rey! ¡No, yo soy el rey!». Se desataron como locos furiosos.

Solo un prisionero, el Forastero, permaneció inmóvil y en silencio.

El guardián abrió la puerta de su calabozo y vio a un hombre, con la boca cerrada, los ojos cerrados.

«¿Es usted el rey?», preguntó el guardián. El

prisionero negó con la cabeza.

«¿Entonces no lo sabe?», preguntó el guardián en voz baja.

No hubo respuesta y nunca la habría.

El guardián tomó entonces la cajita de ébano y la depositó en el regazo de aquel que ya no sabía, y abrió la cajita.

Como si el contacto con el contenido fuera una llave, los ojos tristes del Forastero se abrieron de repente.

Cuando el Guardián de la Puerta miró en sus oscuras cavidades, fue como si le abrumara la visión del alma del Niño.

«¡Mi Rey!». Cayó al suelo llorando y colocó la corona sobre la cabeza del anciano Rey.

Juan guardó silencio y nos miró a todos fijamente a los ojos, que rebosaban de profunda felicidad, pero lo que vimos en su mirada fue un atisbo de un mundo más allá del nuestro, en una época en la que el mundo se detuvo. Ni siquiera Hannah se movió. Cuando apartó la mirada de nosotros, preguntó inmediatamente por el siguiente rollo de papiro. Nos sobresaltamos: «No hay otro rollo de papiro, ¿verdad?». Se levantó sorprendido y preguntó si podía salir un momento. «Por supuesto, Johannes, aquí estás en casa». Y salió. Rebecca y yo nos miramos presas del pánico: «¿Un quinto rollo de la historia? ¿Has mirado debajo del colchón?». No había nada por ninguna parte. Rebecca miró por la ventana trasera al jardín: «Está hablando con alguien…». Johannes volvió al poco rato.

«Johannes, lo siento, pero realmente no encontramos el quinto rollo…»

«No pasa nada, María Magdalena, mi padre era un hombre sabio. Algún día alguien podrá contarte más al respecto. Solo hay una persona que conoce la profundidad del último rollo. Para mí tampoco está del todo claro todavía, y sería una tontería por mi parte si te diera información errónea», concluyó con una amplia sonrisa.

Rebecca cogió a Hannah en brazos y se colocó delante de él: «Por favor, bendícenos». Johannes me miró un momento con

mirada interrogativa. Me coloqué justo detrás de Rebecca y Hannah y repetí: «Bendícenos, por favor».

Johannes parecía buscar, desconcertado, qué debía hacer: «No puedo bendecir a nadie… solo puedo… bautizar… bajo el agua. A diez horas a pie de aquí hay un tramo poco profundo del Jordán. Acabo de llegar de allí». Y bajó la mirada.

María

La casa parecía vacía y como si fuera a seguir así. José se había ido, Jesús se había ido. Y Juan había seguido a Jesús. Mis vecinos eran muy amables conmigo y a menudo me preguntaban si podían hacer algo por mí, pero yo, con mis 41 años, aún era lo suficientemente joven como para ayudar a otros necesitados con el oro de Melchor. Con el incienso de Gaspar podía, si era necesario, aliviar mi soledad cuando las cosas se pusieran difíciles. Ni siquiera tenía que quemarlo; con solo tenerlo en su bonito envase en mi cocina, evocar el recuerdo ya era un consuelo. Le había confiado la mirra de Baltasar a María Magdalena. Pensar en ella siempre me dolía un poco. Tenía tanto que contarle. Por suerte, siempre estaba ese único amigo en el que podía confiar incondicionalmente, y ese era Djibril. Y todo apuntaba a que María Magdalena, tarde o temprano…

María Magdalena

Esa m i s m a noche, antes de ir al Jordán, tuve una larga conversación con Johannes. Sentí que por fin podía hablar abiertamente con alguien sobre mis experiencias con Djibril. Él escuchó con atención las señales y las muchas coincidencias que había experimentado. Me tranquilizó de inmediato y no dudó de mi historia, pues me confió cómo, con cinco años, había sobrevivido a la temprana muerte de Elisabeth en una cueva y cómo había sido criado y educado por un ángel que cuidaba de él desde la mañana hasta la noche. La cosa se puso realmente divertida cuando contó la historia del burro inteligente con el que Elisabeth huyó con él hacia el Horeb, y cómo ese animal seguía ayudándole y conocía todos los caminos y atajos mejor que todos los judíos juntos. Solo había que decirle adónde querías ir, por ejemplo, a su casa natal, porque el animal lo entendía todo, pero con una condición: había que pedírselo con educación. Él se rió alegremente. «Pero aún no he visto ningún burro por aquí», comenté. Juan se rió: «Con solo pensar en él, ya está ahí, listo. Vamos, vamos a echar un vistazo juntos». Se levantó y me dejó abrir la puerta, y allí estaba el animal, esperándonos. Le habló muy discretamente al oído y luego se volvió hacia mí: «Os presento: "Lem, esta es María Magdalena; María Magdalena, este es Lem". Él está de acuerdo: mañana Hannah y Rebecca podrán ir juntas a lomos de él». Me miró sonriendo.

«Encantado de conocerte, Lem. ¿Puedo hacer algo por ti?», le dije, mirando a Johannes para ver si había sido lo suficientemente educado… Johannes asintió con la cabeza y cerró la puerta tras nosotros. Los dos volvimos a entrar, divertidos. Llené las tazas de té y le pregunté si podía preguntarle algo que me había estado rondando la cabeza desde esa misma mañana. Él asintió. «Esta mañana me quedé de piedra cuando vi que te sabías de memoria el final de la historia del Hijo del Rey. ¿Dónde y de quién lo has aprendido, si me permites preguntártelo?».

«Mi madre lo sabía por mi padre, que se lo había contado. Y cada noche, antes de acostarse, se leían fragmentos el uno al otro. Una noche el padre a la madre, otra noche la madre al padre. Todas las noches. Y así, con el tiempo, ambos se sabían la historia de memoria y mi madre me la contaba todas las noches por partes hasta que me dormía. Cuando ella murió, el ángel Rafael se hizo cargo de ello durante años, hasta que pude valerme por mí mismo. Antes de que se despidiera, le pregunté: "Rafael, ¿qué le pasa al Rey ahí abajo, en la mazmorra?"

El ángel respondió: «Mi nombre, Rafael, significa "el restaurador de Dios", y esa es también mi misión; tú eres el precursor del Mesías, y lo que le sucederá al Rey allá abajo, en el calabozo, comienza contigo. Tú eres el inicio de la restauración».

«¿Cómo podré reconocer al Mesías, Restaurador?», le pregunté a Rafael.

«Tú vas por ahí anunciando la llegada del Mesías, y todos los que creen en él se dejan bautizar por ti en el Jordán. El Mesías, que está entre ellos, también se presentará ante ti y una paloma descenderá sobre su cabeza». Y Rafael desapareció de mi vista. Y así, querida María Magdalena, así es como empecé a bautizar. Multitudes de personas que creen en la llegada del Mesías, que sin duda está por venir, se bautizan ahora como preparación para su llegada, hasta que el Mesías se revele a la humanidad. Mañana por la mañana partiremos hacia Betania y llegaremos allí al atardecer. Al día siguiente os bautizaré, junto con otras personas. Mis ayudantes allí lo saben». Entonces empecé a darme cuenta de algo… El Mesías del que hablaba no podía ser otro que el pequeño Jesús al que tuve el privilegio de conocer los primeros días junto con los tres Reyes Magos, ¿verdad? Saqué la mirra de Baltasar de su precioso envoltorio y se la entregué a Juan, y le conté toda la historia que la rodeaba. Juan se emocionó y lloró de conmovimiento. De repente, su mirada se tornó sombría y pareció abstraerse por completo del mundo: «¿Me das un poquito de mirra?». No me sorprendió tanto la pregunta como su especie de tristeza, de melancolía, de alegría y dolor contenidos, de nostalgia por sus padres. Una vez, los vecinos Hannah y Jair me habían regalado una bolsita de cuero a modo de agradecimiento. Me pareció perfecto usarla: por un lado, era prácticamente impermeable y práctica para alguien que tenía que bautizar; por otro lado, cabía

También algo de Hannah: permanecer cerca del precursor del Mesías. «Llévalo lo más cerca posible de tu corazón», le dije, y Juan lo sujetó hábilmente al interior de su chaleco de piel de camello, a la altura del corazón. No quería quedarse a dormir dentro, porque no estaba acostumbrado a eso, y prefirió dormir fuera, junto a Lem. Lem significa «pertenece a Dios» y no pude objetar nada.

No sabía muy bien qué pensar de todo aquello: era demasiado pequeña para comprender el panorama general con mi mente, pero me resultaba imposible no confiar con el corazón en el hijo de Zacarías y Elisabet. Y así, de repente, me vino a la mente Isabel, tal y como había dejado su casa en aquel entonces con el pequeño Juan, y busqué inmediatamente su tela morada para hacer seis sencillos pañuelos. Después me quedé dormida como un tronco, casi de pie.

María

El silencio me sentó bien. Y volví a sacar mi telar. Volví a tensar los hilos verticales de elón y, con los restos de lana escarlata y púrpura de antaño, comencé a tejer de nuevo. Recordé el alboroto de las cinco jóvenes vírgenes que debían velar por mi virginidad y entre las que María Magdalena destacaba con creces. Ay, sí, ahora sé para quién estoy tejiendo, y eso me fortaleció en la idea de que ella venía

desde muy lejos y que anhelaba «a nosotros» tanto como yo. Los hilos de elón zumbaban suavemente con cada pasada de la bobina. No estaba sola. Detrás de mí sabía que siempre estaba Djibril, con quien mantenía las conversaciones más íntimas, de corazón a ángel. Estaba muy ocupada.

María

Magdalena Yo

aún dormía.

De repente oí fuera el alboroto de una vocecita muy joven y alegre, entremezclada con el rebuzno de un burro igual de entusiasta que rebuznaba de alegría. «Shhh, Hannah, mamá todavía está durmiendo», dijo Rebecca, lo que provocó aún más alboroto. «Quédate quieta, Hannah. Lem, tienes que callarte un momento», oí decir a Johannes entre risas, «así podré echarle una mano a Rebecca». A través de las rendijas de la trampilla, disfruté del espectáculo entre humanos y animales. Como un ladrón, salí a hurtadillas por la parte de atrás para poder seguirlo todo mejor desde la esquina. Me retiré cuando pasó la primera vuelta de práctica con Johannes al final, como maestro de burros, dando instrucciones constantemente a Rebecca y Lem. Me alegró ver esto, pero, por otro lado, de repente presentí que no volvería del Jordán. Todo sucedió mucho más rápido de lo que podría haber imaginado dos días antes. Si quería conocer el final de la historia del Hijo del Rey, yo también tenía que abandonar este reino. «Quien quiera desenterrar un tesoro debe hacer grandes sacrificios». En realidad, me aterrorizaba lo desconocido, pero mi ansia de verdad era mucho mayor. Seguí trabajando rápidamente en el acabado de los pañuelos; tampoco debía olvidar llevarme la mirra y, después, poner la mesa para la partida. En

Me despedía con dolor de todo lo que tocaba, pero tenía una gran certeza y consuelo: «María, ya voy…»

Rebecca

¡Menuda experiencia! Las dos en un burro, perdón: en el señor Lem, que entiende tu idioma y sabe mejor adónde quieres ir sin que tú misma lo sepas todavía. Hannah cacareaba sin parar y Lem mantenía sus sensibles orejas muy motivadas y giradas hacia delante todo el tiempo para protegerse de su agudo graznido. Johannes disfrutaba con nosotros. Ups, mamá nos llama a la mesa. Hannah estaba completamente fuera de sí, se olvidó incluso de comer y balbuceaba y parloteaba cosas que nadie entendía, pero sus grandes ojos lo decían todo: ¡Lem era su ídolo! Después de comer, Johannes se llevó a Hannah afuera para darle de comer a Lem juntos, mientras yo ayudaba a María a recoger. Noté lo anormalmente nerviosa que estaba. Guardó todos los preciosos rollos de papiro con cuidado y los volvió a meter en el cofre: «Estos son los cuatro rollos de la historia y aquí están mis traducciones, y eso es el vocabulario y la gramática del padre Zacarías. Y esto de aquí…». Entonces rompió a llorar y me abrazó con pasión. En un solo instante comprendí lo que me esperaba y solo necesité un segundo para darme cuenta de que no podía hacerle mayor regalo por todo lo que había hecho por nosotros que ser fuerte en ese momento y, desde luego, no ponerme a llorar, para que

pudiera seguir su camino con tranquilidad. «Seguro que nos volveremos a ver, mamá, he aprendido tanto de ti. Pongámonos de acuerdo: dejemos de llorar ahora por la despedida y solo lloraremos —y ten por seguro que serán lágrimas a raudales— de alegría cuando nos volvamos a ver». Incluso empezó a reír, y mientras sus ojos aún derramaban lágrimas, dijo: «¿Te he enseñado yo eso?». Se secó la cara y añadió en tono jocoso: «No me lo creo». Y las dos pudimos volver a reír. La vida seguía. Pero aquella noche en mi cama, ahora que tenía que dejar ir a mi única y verdadera madre, mi antigua vida volvió a pasar por delante de mis ojos y sentí aún más profundamente todo lo que había recibido de esta madre durante estos años para poder convertirme yo misma en una buena madre para Hannah. El fatídico círculo vicioso se había roto y, por primera vez en mi vida, también pude dar las gracias a mis padres biológicos por esta nueva vida. Y si las lágrimas pudieran hablar y escribir, esa noche habría escrito un grueso libro titulado «Gracias, mamá».

Lem

¡Ie AAA! ¡Ie AAA!

María Magdalena

Lem grita. Fue casi divertido que me despertaran así en medio de mi estado de ánimo triste de

Mi primera impresión aquella mañana. Actué de forma totalmente automática y me refugié tras un muro de seguridad, pero no había contado con la dulce Hannah, que debió de percibirlo y que no podía entender mi marcha de aquel lugar tan querido, al igual que yo. Era como si el llanto incesante de Hannah fuera mi propio llanto. Rebecca acudió en mi ayuda y fue su mirada cariñosa y comprensiva la que me descongeló, lo que también hizo que Hannah se calmara.

Nos fuimos.

Lem, con Rebecca y Hannah al frente.

Detrás, Johannes, para vigilar a las niñas y acudir en su ayuda si fuera necesario.

Me escondí detrás de Johannes, para poder echar de vez en cuando un vistazo a escondidas hacia atrás, a una casa llena de recuerdos muy queridos de mi vida. La belleza de la naturaleza se me escapaba por completo. Por muy azul que brillara el cielo y por mucho que pudiera alegrar el ánimo a cualquiera, a mí no me lo conseguía. Pensé que en ese estado podría escapar a la mirada de Johannes, pero al parecer tenía un par de ojos extra en la espalda. Cuando vio lo bien que se llevaban Lem y los niños, se detuvo un momento para colocarse a mi lado. Fue directo al grano. «Se necesita valor, María Magdalena, para encontrar el reino».

«¿Para qué, Juan, para pudrirme en las mazmorras de un castillo?»

«No, para encontrar lo que has estado buscando toda tu vida».

«Si sabes lo que buscas, quizá sea fácil, pero yo…»

«Solo puedo darte un consejo: ten confianza. Tu corazón te dice que te quedes, pero tu intuición te dice que te vayas. Te vi haciendo bufandas moradas y me di cuenta de que te las has traído en este viaje. Sigue esa pista».

En ese momento, lo recuerdo muy bien, me sentía muy hundida. ¿Confiar? ¿En qué? No había luz para ver nada, ni oídos para escuchar buenas noticias, apenas oxígeno para respirar, ni lágrimas para llorar, ni voz para hablar, ni idea de dónde estaba, y menos aún de adónde iba. De repente, Lem se detuvo. Delante de él había un desconocido. Lem se quedó quieto, Rebecca y Hannah parecían paralizadas, Johannes no movió ni un músculo. Me acerqué y miré al hombre a los ojos. Hablé con él en mi mente: ¿cómo no iba a reconocerte, mi querido ángel? Gracias por venir. Vuelvo a tener confianza. Y él asintió brevemente, pasó junto a mí, acarició a Lem y pasó junto a Rebecca y Johannes. Lo seguí con la mirada hasta que desapareció de mi vista y pude volver a respirar y usar mi voz: «¿Chicas y señor Lem? ¡Seguimos adelante!». Volví a caminar detrás, junto a Johannes, y le dije lo que él ya sabía de antemano: «Djibril», y Johannes me respondió: «Todo irá bien, María Magdalena».

Me concentré todo el tiempo en la destreza y la precaución de Lem ante cada obstáculo en la primera

parte del recorrido, hasta que llegáramos a senderos más fáciles y transitados, tal y como nos había prometido Johannes. Rebecca se mantuvo valiente y, durante cada descanso, Johannes iba a charlar con Lem y le daba alguna golosina con sus hierbas favoritas, que Johannes recogía constantemente mientras caminábamos.

Cuando el sol estaba en su punto más alto, llegamos a un puentecito sobre un pequeño río, un afluente del Jordán, según nos contó Johannes. «¿Queda mucho, mamá?», se quejó Hannah, y Johannes intervino de inmediato: «Vamos a descansar y a comer aquí un rato, estamos a mitad de camino».

Rebecca, con las piernas entumecidas, se bajó de Lem con cierta torpeza, pero no se inmutó. Antes de que pudiera preguntárselo, ya se me había adelantado: «¿Estás bien, mamá? Quizás deberías sentarte tú con Hannah en Lem más tarde, me gustaría dar un paseo, porque me siento entumecida después de estar tanto tiempo sentada». ¡No me lo había imaginado! ¡Qué encanto! Por supuesto que no se sentía «entumecida», solo quería darme la sensación de que yo la estaba ayudando a superarlo para que no me negara. Fue un acto de puro sacrificio y le agradecí enormemente ese gesto. «Es muy bonito por tu parte, mi amor, lo haré encantada, muchas gracias».

Comimos algo, bebimos algo y cerré los ojos un momento.

Después seguimos nuestro camino. Yo iba sentado con Hannah sobre Lem. Seguimos los meandros del río río abajo, lo cual resultaba más cómodo tanto para Lem como para nosotros. Hannah se quedó dormida en mis brazos, mecida por el vaivén. Recordé

María y el pequeño Jesús sobre el burro en Belén. Por fin podía imaginarme un poco esos sentimientos maternales que nunca había conocido. Era como si fuera a tener que entregar a mi hijo en cualquier momento. Tragué saliva. Cuando Lem tenía que superar un obstáculo difícil con mucho cuidado, lo hacía siempre muy despacio para no despertar a Hannah bajo ningún concepto. «Gracias, Lem», le decía siempre en voz baja después de cada dificultad y, por la posición de sus orejas, podía ver claramente si me había oído. ¿Un animal sagrado? ¿Existiría eso? Me lo pregunté en serio por un momento. Se lo concedería a esos animales, aunque quizá en mi fantasía fuera un poco demasiado lejos. Juan se acercó a mí: «¿Estás bien?». ¡Otro santo más! Juan vio enseguida el brillo de mis ojos y leyó mis pensamientos: «Oh, no, señora, quítese eso de la cabeza». «Te estoy muy agradecida, Juan, hijo de Zacarías y Elisabet, por lo que haces por nosotros y por la humanidad». «Todo irá bien, María Magdalena, pase lo que pase: el Mesías vencerá al mal». Intercambiamos nuestra gratitud con la mirada, tras lo cual Juan se reunió de nuevo con Rebeca, que se mantenía valiente. En la siguiente parada volvería a reunir a esta madre con su hija sobre la noble espalda del señor Lem. Cada vez que veía a Juan, me preguntaba si aún reconocería al niño Jesús. Juan y Jesús eran compañeros de edad y a ambos los había cuidado de bebés. No había reconocido a Juan en absoluto, ¿cómo iba a reconocer entonces a Jesús? No había ni la más mínima posibilidad de reconocerlo. Después del bautismo me dirigiría a Nazaret

Me apresuré para volver a ver a María, y allí seguramente me encontraría con Jesús.

Llegamos a Betania justo antes del atardecer. Reinaba un bullicio tremendo. Mucha gente pasaría la noche a orillas del Jordán a la espera de la mañana siguiente. Al parecer, Juan había quedado con una de sus colaboradoras: «María Magdalena, esta es Rachel, ella cuidará de vosotros. Siento tener que dejaros ahora, pero mañana nos volveremos a ver». Lem empezó a balar y él se acercó a él, le habló al oído un rato y Lem se calmó. Rachel nos llevó consigo y nos había preparado un lugar para dormir. La madre de Rachel nos recibió muy cordialmente y, después de cenar, estábamos tan agotados que insistí en que nos despertaran un poco antes de lo previsto para poder conocernos. Rebecca estaba realmente «cansada» a esas alturas, Hannah se portaba mal y yo ya me estaba quedando dormida mientras hablaba. Voy a dejar de escribir ahora: ¡quiero dormir!

Rebecca

Estaba tumbada en la cama. Agotada, pero completamente despierta. Agotada por las emociones más que por haber salido. Ese desconocido de esta mañana… Mamá no era en absoluto ella misma, estaba irreconocible, y tampoco podía decir que estuviera triste o infeliz. Hasta que llegó ese desconocido. No conseguía ubicarlo, me devanaba los sesos, le dio una caricia a Lem mientras me miraba a los ojos un segundo y

sí, entonces creí saberlo: el hombre del «encuentro fortuito» en el hielo, creo yo, el hombre al que le debo mucho. Se lo preguntaré mañana a mamá antes de que pase mucho tiempo sin volver a verla.

María

Mi hijo llevaba ya meses fuera, no llevaba la cuenta de los días. El nuevo día parecía que iba a ser como todos los demás, si no fuera porque había un pan junto a mi telar. Miré de inmediato a mi alrededor, pero no se veía nada. Cerré los ojos: «¿Djibril? Gracias por el pan». Volví a abrir los ojos y empecé el día de buen humor. Resultó ser un día espléndido: los hilos de urdimbre azules ofrecían sus sonidos más hermosos, como gotas danzantes, a los colores rojos de los hilos de trama horizontales del telar. Desde la mañana hasta la noche me sentí profundamente feliz.

Solo mucho más tarde, ya en retrospectiva, pude recordar aquel mismo día cuando se supo que, muy lejos de allí, estaba ocurriendo algo importante para la humanidad. Cómo a veces las cosas más pequeñas te hacen inmensamente feliz, y cómo, en retrospectiva, resultan ser mucho más importantes y valiosas. Una sensación de que algo surge inmediatamente a partir de la aparente nada. La casualidad no existe. Parece que existe, pero no es así.

María Magdalena

Juan estaba sumergido hasta la cintura en el Jordán y una multitud de personas formaba una larga fila para manifestar su fe en la llegada del Mesías. No pude evitar intentar reconocer a Jesús entre aquellas largas filas. Era una tarea imposible; pensé que podría ser él al menos en el caso de diez hombres. El hombre que estaba detrás de mí en la fila era uno de ellos, pero no era él. Lo dejé estar y me concentré en el propio Juan: parecía tan diferente de cómo lo conocíamos: serio, profundamente creyente, convencido de aquello para lo que había sido enviado. Inspiraba un inmenso respeto a todos los que se presentaban ante él. No era un juego, era pura seriedad, pero mucho más importante aún: irradiaba amor por los cuatro costados. Imagínate: durante siglos se había predicho la llegada del Mesías y ahora, precisamente ahora, tal vez el Mesías se revelaría ese día. Todas las señales estaban presentes: catorce mil padres de niños asesinados habían sido testigos de cómo incluso el gobierno se tomaba en serio este rumor; en Belén, los pastores y los habitantes habían visto la estrella y la llegada de tres magos de tierras lejanas. Esas cientos de personas que acudían a diario al Jordán tenían todas una convicción de esperanza y confianza en un joven desaliñado, envuelto en piel de camello, que sin miedo se exponía para preparar al pueblo para la llegada del Mesías. Mientras hacíamos cola, vimos a fariseos, saduceos y doctores de la ley con sus magníficos

iban y venían con sus caballos o carruajes. No podían ocultar su preocupación o enfado.

Llegamos al agua. Rebecca estaba delante de mí y yo llevaba a Hannah en brazos. Hannah estaba callada y no dejaba de mirar hacia atrás. Era como si le diera miedo el agua y no quisiera verla, aunque su rostro no mostraba ningún signo de miedo. Al contrario. Poco después comprendí por qué no dejaba de mirar atrás. Sin embargo, yo tenía que concentrarme para no caerme y avanzamos paso a paso en el agua hasta que le tocó el turno a Rebecca. Un ayudante de Johannes le preguntó los nombres de sus padres, pero ella no respondió. «No pasa nada, Rebecca», la tranquilizó Johannes. Y ella se entregó a Johannes. «Te bautizo, Rebecca, hija de Aliza y Joah, como persona nueva». Y de inmediato fue sumergida y ayudada a levantarse por los ayudantes de Johannes. Ella quiso preguntarle algo a Johannes al instante, pero él se le adelantó: «Tus padres se llamaban Aliza y Joah. ¿Cómo se llama el padre de Hannah?». «Uri», balbuceó ella y se secó rápidamente los ojos para poder abrazar a Hannah. «Te bautizo, Hannah, hija de Rebecca y Uri, como persona nueva». Hannah se sobresaltó, lloró y Rebecca la abrazó rápidamente. Yo dije espontáneamente los nombres de mis padres. «Te bautizo, María Magdalena, hija de Lott y Levi, como persona nueva». Salí del agua y me sentí extraña. Después caminé lentamente hacia la orilla, donde Rebecca me esperaba. Observamos. Los dos hombres justo detrás de mí iban a ser bautizados, pero al parecer había algo

Hubo un gran revuelo y confusión, como si Juan se negara a bautizar a esas personas, pero al final accedió. Me sorprendió, al igual que a tanta gente en la orilla, y, intrigado, aguzé el oído.

«Te bautizo, Juan, hijo de Salomé y Zebedeo, como hombre nuevo».

A continuación se acercó su amigo y oí: «Te bautizo, Jesús[46], hijo de María y José y del Altísimo, como nuevo ser humano».

No podía creer lo que veían mis ojos. De repente, descendió una paloma y se posó sobre la cabeza de Jesús, ¡el Mesías! ¡Por supuesto! ¡Y Juan, el nieto de José y María! Mi alegría no tenía límites y mis pensamientos se dirigieron inmediatamente a María. De repente, las nubes se abrieron y resonó una voz: «Este es mi Hijo, mi amado, en quien tengo complacencia». Y Juan el Bautista gritó tan fuerte como pudo para que todos lo oyeran: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo y que no bautiza con agua, sino con el Espíritu Santo». Juan le pidió a Jesús que lo bautizara. «Yo te bautizo, Juan, hijo de Isabel y Zacarías, como hombre nuevo». Toda la gente inclinó la cabeza mientras Jesús y Juan se acercaban a la orilla, y yo también caí de rodillas.

---

[46] Un hombre entre los hombres, pero de origen divino. En los evangelios apócrifos de Jesús de los ebionitas y los hebreos, de los dos primeros siglos d. C., el hombre Jesús no fue reconocido como «Su Hijo» por Su Padre hasta después del bautismo de Juan.

Me arrodillé e incliné la cabeza, y Rebeca siguió mi ejemplo. Vi unos pies detenerse en la arena ante mí. «¡María Magdalena, levántate!». Las lágrimas de alegría me impedían decir una sola palabra, pues ninguna palabra podía expresar lo que sentía. Y aún hoy tampoco. Sería menoscabar esos segundos más sagrados de mi vida. Mirar a sus ojos llenos de amor era como hablar, y yo sabía que él sabía lo que yo sentía y pensaba. Él solo asintió y dijo sin palabras: «¿Irás a Nazaret y le contarás a mi madre lo que ha pasado aquí?». Asentí. Juan, que era cinco años mayor que Jesús, al parecer aún me recordaba bien y me abrazó: «¿Dónde están tus pañuelos morados?». Y yo me disculpé, desconcertada como estaba, las busqué nerviosamente y les di a Jesús y a Juan un pañuelo de la tela de Isabel. Y así partieron ambos y, por dondequiera que pasaban, la gente seguía mi gesto y se arrodillaba ante el Mesías y Juan, su futuro apóstol más querido. En la ciudad de Betania, mientras tanto, mucha gente había oído la voz desde las nubes y se apresuraba hacia el Jordán. Juan el Bautista siguió bautizando hasta bien entrada la noche, a la luz de las antorchas, hasta que se presentó la última persona.

Lo esperé mientras Rebecca y Hannah ya se habían retirado hacía rato a descansar. Le di a Juan un pañuelo morado como regalo de despedida, junto con un mensaje de su madre: «¡No le tengas miedo al morado!», una despedida para siempre, como pronto se vería. Desde una colina

vi a los últimos espías de los fariseos observando y dando media vuelta para ir a informar a toda prisa a Jerusalén.

A la mañana siguiente me despedí de Rebecca y Hannah y les regalé a cada una uno de mis últimos pañuelos. Las mariposas moradas volaron hacia todos los puntos cardinales. Todos nos mantuvimos fuertes, incluso Hannah y un Lem callado. Rebecca estaba encantada de haber recibido los nombres de sus padres, Alizah y Joah. «Por fin tengo los nombres de mis padres y quizá algún día pueda encontrarlos. Y Ma Ma, tengo otra preguntita: anteayer, cuando acabábamos de salir, ese hombre extraño, ¿era Djibril?». Asentí con la cabeza. «¿Y Jesús es el rey de la historia del Hijo del Rey?». Respondí: «¿Quizás sea el hijo del rey, o el guardián de la puerta? No lo sabemos, pero algún día lo entenderemos».

Acaricié al señor Lem una vez más y le pedí que tuviera cuidado. Hannah suplicó con los brazos extendidos para recibir un último abrazo. Lem se marchó en silencio y Rebecca se dio la vuelta: «¿Vendrás a visitarnos, verdad?».

«¡Por supuesto, cariño!».

María

La noticia del bautismo del Mesías por Juan el Bautista desató una tormenta de rumores sobre esperanza, dudas, pero también envidia, rencor e incluso odio. Mis pensamientos se dirigían sobre todo hacia Isabel, Zacarías y José. Cuánto los echaba de menos en ese momento. Sentía como si fuera la única en el mundo que no podía dudar en absoluto de la misión de mi hijo.

Pero me equivocaba de lleno. Llamaron a la puerta. ¡María Magdalena! Sin que se hubiera dicho aún nada, vi en sus grandes ojos que no estaba sola en mi fe en mi hijo y que nunca lo estaría. Mi corazón se enterneció ante su risa contagiosa y caímos en los brazos la una de la otra como dos niñas. Éramos, con razón, un regalo de Dios la una para la otra. Ella era y sigue siendo la única persona en mi vida a quien a veces me atrevo a dejar ver mi corazón. Y aún hoy me atrevo a hablar por ella y decir que es algo totalmente recíproco. Nuestra alegría se transformó rápidamente en un torrente de lágrimas y emociones por nuestras experiencias compartidas: Zacarías, Isabel, José, la huida a Egipto, catorce mil niños, Ana, Jair, con algunos momentos de luz importantes de vez en cuando: los tres Reyes Magos, Rebeca con la pequeña Ana, Gabriel, Juan el Bautista y, por supuesto, la divertida historia de Lem, el maravilloso, que María Magdalena alargó tanto.

Burro, me alegró saber que, al parecer, algunos animales también podían recordar el Edén. María Magdalena pensó de repente en algo, lo buscó y lo encontró entre sus pertenencias. «¿Te importa si le he dado a Juan el Bautista un poco de la mirra?», preguntó, y me devolvió aquel precioso y valioso regalo. «Por supuesto que no, pero ¿por qué?».

«Cuando bautizó a Jesús, descendió la paloma y resonó una voz desde las nubes, vi cómo los espías a caballo observaban con desprecio y cómo algunos se marchaban a toda prisa. Tras el asesinato de Zacarías, ya no me siento tranquila. Espero que la mirra proteja a Juan el Bautista. Y él se alegró mucho por ello».

Inmediatamente sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo y no me atreví a contarle a María Magdalena lo que había intuido y aprendido durante mis años en el Santo de los Santos sobre el significado de la mirra, pues, al fin y al cabo, la mirra servía para aliviar tanto el dolor espiritual como el físico, o para embalsamar un cadáver, y no tanto para proteger al ser humano. Esa fue precisamente la razón, según comprendo ahora, por la que, como joven madre, al nacer Jesús, le entregué instintivamente la mirra para que la guardara. Por entonces todavía le tenía miedo a la mirra, no era lo suficientemente fuerte y, desde luego, no tenía la edad suficiente para atreverme a enfrentarme a ella. Y seguía sin querer explicárselo porque no tenía sentido inquietarla. Por otro lado, podía agradecerle sinceramente que la hubiera guardado bien todo ese tiempo en el que yo aún no era capaz de hacerlo, pero al mismo tiempo me invadía una y otra vez

esa pesadez cuando vi la mirra como regalo para mi hijo.

Rápidamente cambié de tema y le pregunté si sabía algo más sobre dónde se encontraba Jesús. Ella respondió que lo último que había oído era que se había ido al templo de Jerusalén, junto con Juan y algunos de sus seguidores. Esperaba que volviera a casa a tiempo, porque habíamos recibido una invitación para una boda en Caná de los zelotes [47] Simón y Raquel. Pero, con fiesta o sin ella, había llegado claramente el momento de las preocupaciones maternales. Y eso llegó mucho antes de lo esperado. Tres días después, al caer la tarde, volví a recibir una visita ilustre: Juan, mi querido hijastro, estaba en la puerta. Juan era en realidad mi nietastro, pero como solo era unos años mayor que Jesús y nunca había conocido a su madre, yo lo consideraba un hijo con la bendición del difunto José, al igual que él me consideraba a mí su madre. Nuestra huida a Egipto forjó un vínculo inolvidable entre nosotros. María Magdalena y yo estábamos encantadas de verlo, y él parecía cada vez más dulce y amable de lo que jamás había sido. Era un tesoro.

---

[47] Un «zelote» es un defensor fanático de un objetivo religioso, político o ideológico, que a veces recurre a la violencia o a medios extremistas para difundir sus ideas. El término se deriva originalmente del grupo judío histórico de los zelotes, un movimiento rebelde que se opuso por la fuerza al dominio romano.

de un joven y nuestra primera pregunta fue: «¿Y Jesús?».

«Aún no ha llegado, se supone que no partirá hasta mañana, al menos eso espero, porque la cosa se puso fea en el templo de Jerusalén». María Magdalena también frunció el ceño de inmediato y me miró con preocupación. Nos sentamos a la mesa: «Pero, pero ¿qué ha pasado entonces, Juan?».

«Nada grave, de verdad. Llegamos al patio del templo y Jesús se enfadó, volcó las mesas de los cambistas y echó a los vendedores de palomas, a los pastores de cabras y a los ganaderos. Gritó en voz alta: "No convirtáis la casa de mi Padre en un mercado". Y tenía razón. Los comerciantes estaban asustados y enfadados, recogieron rápidamente sus cosas y abandonaron el patio sin dejar de mostrar claramente su odio. También los fariseos lo miraban furiosos. Me sorprendió un poco la actuación de Jesús, nunca lo había visto tan furioso». Que Juan, que conocía a Jesús como nadie, dijera que nunca lo había visto tan enfadado, me conmocionó mucho. Creo que palidecí de miedo: ¿mi querido hijo, hijo de Dios, de un Dios que es Amor, que recurrió a la violencia? Apenas podía creerlo. ¿Qué le había pasado?

De niño [48], una vez «maldijo» a uno de sus maestros de la Torá y este cayó al suelo echando espuma por la boca. El amor y la violencia nunca van de la mano, ¿o sí? Pensé que entonces había aprendido la lección. Sentí que el suelo se me escapaba bajo los pies. ¿Había cometido algún error en su educación?

Johannes

Me asustó ver cómo la alegría de mi querida madrastra se convertía en preocupación y, sí, incluso en pánico. Me acerqué rápidamente a ella, la abracé y la acaricié suavemente mientras la oía sollozar en voz baja. «Quizás sea

---

48 En el evangelio apócrifo de los ebionitas se narra cómo, durante su bautismo a cargo de Juan el Bautista en el Jordán, Jesús fue «adoptado» por su Padre, lo que podría haber supuesto el fin oficial de su uso, en ocasiones «incorrecto», de su poder milagroso. Sin embargo, su violencia posterior en el templo no fue de naturaleza milagrosa, sino de pura agresión física humana, algo que ya no volvería a repetir más tarde, al igual que también tuvo que «desaprender» su agresión verbal frente a las tumbas blanqueadas (Mateo 23) y no la repitió en el momento de su detención. Dialéctica = llegar a una síntesis coherente a través de preguntas y respuestas. La historia de la vida de Jesús es una historia humana y divina basada en tal fundamento dialéctico. La educación y formación de su madre desde los tres años en el templo fue tan especial y única, que ella misma ni siquiera tuvo que pasar por un proceso de aprendizaje de base dialéctica, lo que hace que algunas de las acciones durante el proceso de aprendizaje del hijo del Dios del amor nos resulten a veces más difíciles de comprender y aceptar. María demuestra una vez más haber sido de inmensa importancia para los aspectos humanos y también divinos de su crecimiento espiritual.

de agotamiento y, a veces, el hijo de Dios no es más que un ser humano. No tienes ninguna culpa, mi querida madre».

María Magdalena también estaba muy preocupada. Ella también se sentía desolada. La consternación de ambos me alarmó. Les dije a ambos: «Es bueno que le habléis de esto juntos. Mi hermano es una persona muy bondadosa y los milagros que ha realizado por el camino confirman sin lugar a dudas que es el Mesías. Supongo que por eso me pidió que fuera a veros, para que no os enteraseis por extraños». Sin embargo, no estaba tan seguro de que eso fuera lo correcto y ahora dudaba de si había hecho bien en contarlo de forma espontánea. Había subestimado mucho su consternación. Me sentía un poco culpable, aunque fuera la verdad y con buena intención. De lo que sí estaba seguro era de que estaba agotado. Las emociones de las últimas semanas no habían sido pocas: ni un momento de descanso y siempre respondiendo a las preguntas de la gente, llevando a los enfermos ante Jesús, exhortando a la gente a la paciencia, escuchando sus preguntas, respondiendo a todas sus posibles preocupaciones como si yo también fuera un Mesías. Y ahora, ver a María y a María Magdalena afligidas fue la gota que colmó el vaso, mi corazón y mis párpados se hicieron más pesados y supliqué por una cama.

María

Oí cómo María Magdalena llevaba a Juan, que estaba agotado, a la cama. Lo más doloroso de la ira de mi hijo en el templo fue que yo no la entendía y que, como mínimo, carecía de la perspicacia necesaria para poder interpretarla. Sin embargo, desde su infancia le había enseñado que cuando se peleaba con un niño del barrio, por ejemplo, que se burlaba de él por tener un padre anciano, y este niño, echando espuma por la boca y convulsionando, caía inconsciente, que algo así no se podía hacer y que debía comprender que él era diferente a sus compañeros y que ellos no tenían un padre en el cielo. Pero ahora me preocupaba mucho que lo mataran por ello, tal y como habían acabado con Zacarías. Fue María Magdalena quien me corrigió en esto y me dejó claro que él tenía una misión como Mesías y que nunca podríamos comprender la profundidad de esta misión si él mismo no nos hablaba de ella. «Supongo que a menudo no lo entenderemos», concluyó sabiamente María Magdalena, «y lo que no entendemos no debemos aprobarlo ni rechazarlo. Debemos esperar hasta que podamos hablar de ello con él mismo». Sentí entonces una necesidad urgente de estar a solas y me retiré a mi litera, y también María Magdalena se retiró a su habitación. Estábamos todos agotados. No podía conciliar el sueño, tenía muchas preguntas pero ninguna respuesta.

María Magdalena

El alboroto que armó Jesús en el templo tras su bautismo también me sorprendió profundamente. Cuando fue bautizado junto a nosotros por Juan el Bautista, nada indicaba que fuera a recurrir a la violencia de ninguna manera: la paloma de la paz que descendió y se posó sobre él, la voz de su Padre desde el cielo que lo confirmaba en su origen… Me preguntaba qué pensaría Juan el Bautista de esto y si podría entenderlo. Tenía muchas ganas de volver a encontrarme con Jesús aquí, en su hogar, después de tanto tiempo, y hablar con él sobre ello. Lo que sí creía firmemente era que debía haber una buena explicación, porque no podía ser de otra manera, dados todos los milagros que había realizado al curar a los ciegos y a los cojos. Tenía plena confianza en ello y lo dejé estar, hasta que pudiera hablar con él al respecto. Mientras esperaba, me pareció que a la mañana siguiente sería un buen momento para distraer un poco los pensamientos de María contándole la historia de los cuatro rollos de papiro de Zacarías con la historia del Hijo del Rey. Había guardado las palabras literalmente en mi memoria al traducirlas y, como por arte de magia, pude relatar cada detalle. María escuchaba con atención. Terminé con el guardián de la puerta que depositó el alma del niño como una llave en el regazo del rey y con ella le abrió los ojos, ojos que, fijos e inmóviles en la eternidad, dejaban vagar sus lágrimas en el vacío y tras los cuales se desarrollaba algo cuyo sentido y significado ningún ser humano podía desentrañar. Guardé silencio. Esperé. Fue sorprendente

para poder percibir también esa mirada en los ojos de María. Esperé sin expectativas. Me quedó claro que aún no estaba preparada para ello y, desde luego, tampoco para la historia en sí. Esperé como llevaba meses esperando el desenlace del misterio del quinto rollo de papiro y me pregunté si María quizá ya conocía el quinto rollo de papiro a través de su estrecho contacto con Djibril. María parecía una estatua. En este caso, la falta de respuesta era también una respuesta, y sentía que sería indescriptiblemente doloroso. Darme cuenta de que la incomprensión se debía a mi propia falta de madurez resultó ser, en retrospectiva, un comienzo importante. De hecho, superaba por mucho mi comprensión, al menos por el momento. El segundo paso que conduciría a la comprensión fue amar inmensamente a María. El tercer paso fue darme cuenta de que yo mismo no tenía el más mínimo mérito para adquirir ese conocimiento. Y tras tres pasos, aún no había llegado.

Juan

Dormí muy intranquilo y, en mi sueño, reviví un suceso del pasado, cuando Jesús y yo aún éramos pajarillos juguetones. Al parecer, no fue un sueño fortuito. Volví a ver ante mis ojos cómo el joven Jesús reaccionó con ira ante el hijo de Anás y cómo hizo que el joven Ethan se marchitara como un arbusto. El padre del niño, como es lógico, se enfadó y Jesús deshizo el hechizo. Me desperté de golpe y, por muy cansada que estuviera, ya no pude volver a conciliar el sueño. Las mujeres también se habían ido a dormir y en la casa reinaba un silencio sepulcral. Aunque era cinco años mayor

que Jesús, ahora me sentía cinco o incluso diez años más joven que él. Él había superado con creces la madurez de un sumo sacerdote. Este pensamiento hizo que mi confianza en mí misma se tambaleara por completo. Había sido tan tonto como para contarles inmediatamente a María y a María Magdalena, al volver a verlas, lo que había pasado en el templo, y ¿por qué tuve que darles tantos detalles? Me sentía triste porque había dejado a las mujeres completamente desconcertadas y había asustado tanto a María. Había sido tonto al no dejar que Jesús mismo se lo contara a ellas. Me pasé toda la noche dando vueltas en la cama y, cuando me quedaba dormida, era para despertarme de golpe al instante. Lo confieso: era culpable y no merecía el sueño reparador.

María

Aquella noche contemplé la noche con los ojos cerrados. Los ojos abiertos en la noche son como estrellas que miran fijamente la oscuridad del universo; los ojos cerrados en la noche, por el contrario, funcionan a la inversa y son como el universo que contempla millones de estrellas sin cansarse de mirarlas. Los ojos cerrados que miran en la noche te hacen escuchar intensamente tus pensamientos, liberados de toda distracción. Tus pensamientos se convierten en estrellas, cada vez más, y emprenden un viaje de descubrimiento, fascinados, seguros, y te hacen sentir cada vez más curiosidad por la cuestión más profunda de tu vida. Una estrella llamó mi atención y me enseñó lo importante que era que Jesús

fuera Dios y hombre para poder ser reconocido en su condición de Hijo del Hombre de Dios Padre. Supongamos que no comete ningún error contra el amor; entonces no es humano y es solo Dios. Supongamos que comete errores como nosotros; entonces no es Hijo de Dios. Ahora podía comprender lo que sucedió en el templo y que no podía ser de otra manera: o no era humano, o no era Dios.

Cuanto más te adentras, más quieres adentrarte, y aquella noche visité otras catorce mil estrellas-madre. Una tras otra. La última en aparecer fue la madre de Ascalón: «Soy la madre de catorce mil hijos y tengo catorce mil nombres, pero tú, tú eres la madre del hijo de todos los hombres». El mensaje era claro: mi turno llegaría. Yo era la número catorce mil y uno, y estaba en paz con ello. Ya no tenía que temer el dolor que vendría. Ya no tenía enemigos, porque amaba a todos los seres humanos. Me rendí y, de ahí en adelante, permanecí en las manos del padre de nuestro hijo, y se haría Su voluntad. Ya no tenía por qué tener miedo. Fue un regalo de Dios que Juan viniera a anunciárnoslo antes de que viéramos a Jesús en persona y así tuviéramos tiempo para prepararnos para su llegada.

Pude dormir.

María Magdalena

Aquella mañana no conseguí levantarme a la primera: todo lo de ayer seguía rondándome por la cabeza. Mi bautismo en el Jordán, donde fui testigo del bautismo de Jesús y de lo cariñoso que fue al dirigirse a mí. Y ahora esta tormenta en mi cabeza con la pregunta: ¿cómo es posible? ¿Qué difícil debió de ser eso para María? Era mejor que me levantara en silencio para no despertar a los demás y preparara el desayuno. Me llevé un susto de muerte. La mesa ya estaba puesta y una tranquila María me dio la bienvenida y enseguida me sirvió mi té favorito… La observé minuciosamente, pero no vi la más mínima perturbación y esto me sorprendió aún más. Se me adelantó, como si me hubiera leído el pensamiento: «Esta noche he recibido la respuesta y Jesús mismo te responderá. ¿Un poco más de té?» Y esto era precisamente lo que significaba nuestra amistad y nuestro amor, porque esta respuesta nunca habría sido suficiente para otro mortal y habría suscitado una sensación de falta de confianza y amor, pero entre nosotros dos no era así. Me alegré de que ella ya estuviera tranquila y ella se alegró de que yo supiera ahora que Jesús me lo explicaría él mismo. Y volvimos a contarnos nuestras experiencias de todos esos años y nos sumergimos juntos en ellas. Poco después, un Johannes abatido y con los ojos llorosos se unió a nuestra mesa. «¿Estás bien, chico?», le preguntó María. Él soltó de inmediato: «No debería haberos contado lo del templo. Lo siento mucho». Por supuesto,

Le dejé la respuesta a María, ya que ella lo tenía todo claro: «¿Te acuerdas de Ascalón? ¿De la mujer de Ascalón? ¿Estabas allí cuando el jovencísimo Jesús realizó un acto que puso el cosmos entero patas arriba? Él es hijo de un ser humano y de Dios. Cuando te hable de ello, debes evocar al mismo tiempo el recuerdo de la mujer de Ascalón a quien curó el pecho». María se levantó y le acarició el pelo con ternura: «Tienes que afeitarte bien otra vez». Y todos nos echamos a reír.

Juan

Todo lo que decía mi madre había que tomárselo muy en serio, excepto eso de afeitarse. Reírse, en realidad, lo hacía todo más fácil porque crea buena voluntad y deja espacio para algo más serio, y refuerza el recuerdo del mensaje para más adelante. Como ahora también. Esperé a la noche siguiente para intentar recordar todos los detalles del suceso en Ashkelon. Porque, créeme, para un chavito de ocho años era muy difícil entenderlo. «Usted es la madre de todas las personas», eso se me quedó grabado y ya entonces me pareció un bonito cumplido para ella, pero no se trataba en absoluto de un cumplido… La noche siguiente solo conseguí añadir una pieza más al rompecabezas: la mujer que al principio se le acercó de forma agresiva, al parecer lo entendió todo unos minutos más tarde, le mostró un respeto sorprendente e incluso se volvió sumisa cuando le dijo «usted es

«la madre de todos los seres humanos», al parecer también de sí misma. Eso era todo lo que aún recordaba vagamente. En aquel momento estaba tan asustada y tan preocupada por el miedo a la ira de la multitud que nos rodeaba, que me escondí detrás del burro, y desde allí solo veía todo a retazos. No me atreví a salir hasta que la multitud se calmó de repente y se inclinó ante ella y ante Jesús, y luego volví a refugiarme a salvo detrás del manto de José. La gente se retiró disculpándose y abandonó la plaza muy impresionada. Pero, ¿qué era lo que les había impresionado tanto? Quizás olvidé lo que vi, o minimicé la importancia de algo, o no lo vi, o no oí lo más importante… Realmente no vi nada más esa noche y aún pasaría mucho tiempo antes de que viera todo el rompecabezas. Una cosa sí sabía: no haría caso omiso del consejo de mi madre: al parecer, la mujer de Ascalón le era muy querida. Mi madre, así lo veo ahora después de muchos años, ya quería entonces, en presencia de María Magdalena, prepararnos a ambos para la imagen final completa del rompecabezas.

¡Ya está saliendo el sol y ahora me voy a afeitar!

María Magdalena

Se respiraba cierta tensión en casa. Pero no solo en casa: la pequeña ciudad de Nazaret estaba alborotada y su llegada no pasaría desapercibida. Sobre todo nuestros vecinos, que lo habían conocido bien de niño, lo miraban

Esperaba con ansias la visita de Jesús. Y en mi cabeza no dejaba de pensar en todo lo que tenía que preguntarle. Llevé mi bufanda morada desde la mañana hasta la noche. Una pregunta me ardía en los labios: si conocía la quinta parte de la historia del hijo del rey. Un día nos llegó una noticia, una noticia muy triste: resultaba que Juan el Bautista, a petición de los fariseos, había sido detenido por Herodes y había acabado en la cárcel. Juan y yo entramos en pánico, mientras que María nos sorprendió por mantener la calma. «Aún no ha llegado la hora de Jesús», nos tranquilizó, pero esa afirmación tampoco presagiaba nada bueno. Juan y yo salíamos a menudo y a veces íbamos a visitar a los vecinos para que María pudiera descansar un poco.

María

María Magdalena y Juan acababan de irse a visitar a los vecinos cuando alguien llamó a la puerta y yo fui a abrir. Era mi querido hijo. Estaba completamente solo. La capucha de su manto le ocultaba el rostro, para poder atravesar Nazaret sin ser molestado. Lo abracé y le susurré al oído: «Gracias a Dios, hijo mío. Juan y María Magdalena están visitando a gente en la ciudad. Siéntate, todavía tengo té en la tetera al fuego. Tu té favorito. Pareces cansado…»

Me senté a su lado en la mesa y le dejé recuperar el aliento un momento, mientras no podíamos apartar la mirada el uno del otro. Yo

rompió el silencio y fue directo al grano, sacando a relucir todas mis preguntas de golpe: «¿No te resulta terriblemente difícil y confuso ser a veces hijo de Dios y a veces hijo de un ser humano? ¿Cuándo reaccionas como ser humano y cuándo como Dios? ¿No te asustas a veces de ti mismo? Lamento que también hayas heredado algo de mi temperamento. El alboroto en el templo es cosa de los hombres, ¿no temes que esto haga que a la gente le resulte más difícil entender el mensaje de ti y de tu padre? ¿Puedes intuir tan rápidamente que allí solo había gente mala?» Jesús no me miró con verdadera sorpresa. «Tienes razón, madre, esto no debería haber pasado así. Quizá tampoco sea la última[49] vez que ocurra algo así, espero que no, porque volvería a estar mal. Pero tienes razón: por eso tengo precisamente un padre como Dios y una madre como ser humano. Cambia por sí solo y así soy yo mismo y no soy solo ninguno de los dos. Mi padre ama a mi madre como mi madre ama a mi padre. Que yo sepa, nunca he llorado, ni de niño ni de adulto. Llevo mis lágrimas por dentro. Soy lo contrario de Henoch, el Metatrón. Así como él, como humano, recibió el estatus de ángel, yo, como hijo de Dios, recibí el estatus de humano. Henoch y yo le damos a cada persona que muere una lágrima. Me sorprendió mucho la diferencia cuando, de niño de trece años, visité el templo con vosotros y el ser humano que hay en mí se conmovió

[49] Mateo 23: una avalancha de reproches dirigidos a los fariseos

«sobre eso». Le respondí de inmediato: «Sé muy bien lo difícil que es a veces controlar la ira y yo también he tenido que aprenderlo de Djibril». Me interrumpió: «Mi padre ya te perdonó esa ira hace mucho tiempo; de lo contrario, nunca te habría elegido para ser mi madre, y cada noche le doy las gracias a mi padre por haberte permitido ser mi madre».

«¿Me permites, hijo mío, estar orgullosa de ti, aunque yo no tenga ningún mérito en ello? Creo que es algo puramente humano de lo que me cuesta escapar como persona». Reflexionó un momento, sonrió de antemano, acercó su silla hasta muy cerca de mí y me susurró al oído: «Quiero compartir un secreto con mi querida madre: yo también estoy orgulloso de ti como mi madre, pero mi padre no debe saberlo». Me miró con los ojos más cariñosos y traviesos.

Le respondí: «Quiero mucho a tu padre, porque también es mi padre».

Él continuó: «Sé que una de las noches pasadas soñaste con la mujer de Ascalón; yo estaba a tu lado entonces, cuando era niño, y sé que ahora estás preparada: he aquí qué madre, en su más pura humanidad, es capaz de algo así. Mi padre tuvo que esperar mucho tiempo hasta encontrar una madre así para mí».

«No merezco algo así, y es en parte gracias a Djibril, que me ayudó».

«Así es, y por eso tú me ayudaste, para que ahora yo pueda ayudar al mundo».

Enseguida intuí hacia dónde se dirigía nuestra conversación en ese momento y ya no dudé: «La historia del Hijo del Rey parece una profecía, pero el quinto rollo de papiro se ha perdido. Juan el Bautista le contó a María Magdalena que su madre, Isabel, le había hablado de la existencia de este quinto rollo, pero que no se encuentra por ninguna parte».

Mi hijo me miró profundamente a los ojos, como si estuviera seguro de que yo podría soportar la respuesta. Respondió: «El hijo del rey sale de la mazmorra, pero una vez arriba, en el mundo caído, es crucificado».

No tuve que llorar. Ya en mi sueño me había liberado de toda duda, miedo e inquietud, y ahora se me hacía evidente la importancia de su llegada para la humanidad. Tomé conciencia de que debía seguir de cerca su misión desde la distancia para estar con él cuando llegara ese momento dramático. Inmediatamente pensé en María Magdalena: «¿Puedo contarle algo a María Magdalena?»

«Yo mismo se lo diré en el momento oportuno, si te parece bien. Después, podrán compartirlo entre ustedes».

Asentí con la cabeza y continué: «La mujer de Ascalón me dijo, después de que tú curaras su herida en el pecho, que yo soy la madre de todos los hombres, pero te digo a ti, hijo mío, y por tanto

también de tu padre y del mío: vosotros sois padre e hijo de todos los hombres».

«Es el portero de la historia quien ahora habla en ti. Y tú, madre, hablo también en nombre de mi padre: eres bendita entre todas las mujeres y verdaderamente la madre de todos los hombres».

Se hizo el silencio entre nosotros. El tiempo se tomó su tiempo. Bajó la mirada y de repente vi cómo una lágrima, de las más raras, rodaba por su mejilla. Abrió los ojos y me habló en voz baja: «En este preciso instante están decapitando a Juan el Bautista». Me sobresalté y no me sobresalté, le besé en la frente y le susurré: «Descansa un rato en mi cama, hijo mío, hasta que María Magdalena y Juan regresen a casa». Se levantó y se retiró.

Sentí igualmente la necesidad de estar sola y me senté en el banco junto a mi telar. Apenas me reconocía a mí misma. Era como si entrara en una nueva habitación desconocida en mi mente y contemplara con asombro un mundo totalmente nuevo. De repente, ya no era la madre de un niño, sino que resulté ser la madre de un plan de salvación para la humanidad, ahora y en el futuro. Tampoco tenía nada que ver con el conocimiento o la razón. Al contrario, solo un sentimiento afloraba en esa nueva habitación y era la confianza, ten confianza. Ya no tenía que pensar. Y precisamente ese pensamiento me trajo a la mente un recuerdo muy querido, sí, al fin y al cabo, pensar. De repente recordé que cuando era niña en

En el Santo de los Santos, entró una criada torpe que, al parecer, era nueva y no sabía que no debía entrar allí, y yo tuve un mal pensamiento. Esa misma noche me encontré con Djibril, aunque sin pan, quien me dirigió las mismas palabras que yo había pensado para la criada: «Tonto». Casi me desmayé y apenas pude articular: «En verdad, Djibril, soy un ser estúpido». Al fin y al cabo, yo era estúpido, no la criada. Al principio sufrí durante días por ello, para luego aprender de ello durante el resto de mi vida cómo debía purificar mis pensamientos. Incluso mi hijo, ahora, mitad humano, tenía que aprender como yo en su momento y aún tenía que aprender de Djibril a base de tropiezos y levantones. Mi querido Djibril, ¿qué habría podido hacer sin ti? Y de repente me sobresalté: ¡Dios mío, esa nueva habitación de la que acababa de hablar se parecía mucho al Santo de los Santos donde permanecí durante años!

Los hilos de elón a mi espalda no se movían por casualidad; cerré los ojos y el himno con el canto de ofrenda se presentó en mi corazón. Le di las gracias al Padre de mi hijo porque me preparaba para lo que estaba por venir.

María Magdalena

Cayó la tarde. Los vecinos estaban tan contentos de encontrarse con su pequeño Juan de antaño y contaron muchas historias sobre su juventud junto a Jesús, y sobre sus

milagrosas historias de las que ellos también habían sido testigos en ocasiones. Nos despedimos de ellos.

La puerta exterior estaba entreabierta. Johannes y yo entramos con cautela. María se llevó inmediatamente el dedo índice a los labios. Llevaba el pañuelo morado alrededor del cuello y, con un gesto de la mano, nos invitó a sentarnos con ella a la mesa de la cocina. Ahora solo quedaba una silla libre y Johannes y yo la miramos. Ella solo asintió con la cabeza. ¡Abrí mucho los ojos! Articulé: «¿Jesús?». María asintió. Juan y yo no sabíamos qué hacer con tanta alegría y María nos instó a mantener la calma. Habló en voz muy baja: «Jesús descansa ahora en mi cama. Pero también tengo malas noticias: Juan el Bautista ha sido decapitado». Juan, que a menudo había acompañado a Juan el Bautista a las numerosas ceremonias de bautismo en el Jordán, reaccionó consternado y apenas pudo contener las lágrimas. Apretó con todas sus fuerzas los ojos y la boca, pero fue en vano. Las lágrimas le corrían por la nariz. Me levanté lentamente, indicándole a María con un gesto que también iría a buscar su pañuelo, y volví rápidamente para dárselo a Juan. Él se secó las lágrimas con él. Juan contó que era este pañuelo el que había recibido de Juan el Bautista después de que yo se lo hubiera regalado. Juan contó que había cortado un trozo y había envuelto en él la bolsita con la mirra para guardarla cerca de su corazón. María y yo derramamos nuestras lágrimas sobre el pañuelo de María. Estábamos todos tan tristes que no nos dimos cuenta de que Jesús apareció de repente detrás de los hombros de Juan y puso su mano sobre

le dijo: «No llores, hermano mío, llegará un momento en que volverás a encontrarte con él». Juan se levantó de inmediato y abrazó a su hermano con ternura. Jesús miraba fijamente al frente, como si viera muy lejos en el futuro, y la única emoción que se le podía ver claramente era el amor. Pero ni una lágrima. María me contó al día siguiente que él guardaba sus lágrimas en su interior.

Jesús se sentó en la cuarta silla alrededor de la mesita y tomó un extremo de cada pañuelo en cada mano; María, sentada al otro lado, hizo lo mismo, y Juan y yo también cogimos los pañuelos entre nosotros de la misma manera. Formamos un círculo de color púrpura. El silencio hizo el resto. El púrpura y el silencio nos devolvieron el equilibrio y la armonía entre el espíritu y las emociones. Lo que me llamó la atención en ese silencio fue cómo María había cambiado tanto en lo más profundo de su ser en tan solo un día, y también lo mucho que Jesús se parecía ahora a ella en su aspecto exterior. Jesús se levantó de repente, buscó su manto y se dirigió ya hacia la puerta. Yo… no pude contenerme. Corrí hacia él: «Jesús, ¿puedo acompañarte un rato?». Él asintió y nos dirigimos hacia el sol del atardecer.

Juan

Me quedé solo con María. Ninguno de los dos habíamos soltado el pañuelo morado. Ella me miró: «¿Has pensado en la mujer de Ascalón?». Asentí con la cabeza: «Al principio tenía mucho miedo de la multitud enfurecida. Lo único que recuerdo es el final, cuando el...

La multitud se quedó de repente en silencio cuando aquella mujer te dijo: «Eres la madre de todos los hombres». Y entonces me interrumpió bruscamente: «Y esto sucederá pronto». Me miró fijamente para ver si lo entendía. «¿Quieres decir que a Jesús le espera el mismo destino que a Juan el Bautista?». Lo confirmó con un breve asentimiento. Tuvo la amabilidad de pasar rápidamente a su pregunta, para que mis pensamientos no se descontrolaran hasta que estallara en lágrimas. «Lo que quiero pedirte, Juan: síguelo a todas partes y ayúdanos a seguirlo en su camino. Espera un momento». Entonces se levantó y se dirigió a su dormitorio, y regresó con una bolsa de oro. «Esto me lo dio Melchior cuando nació Jesús; cómprale comida, pero también dos burros para que María Magdalena y yo podamos seguirlo desde la distancia. Si te conviene a ti o a otros, también puedes usar este oro cuando quieras. ¿Un burro para vuestro grupo de apóstoles? Tú decides». Se levantó de inmediato, se acercó a mí y me abrazó con ternura, como solo una madre cuida de un hijo, y me susurró al oído: «Todo irá bien».

Tengo más de cien años mientras escribo esto y sigo pensando cada día de mi vida en estas palabras, después de que ella falleciera en mi casa de Éfeso en presencia de los ángeles de Dios. Los ángeles la envolvieron en el cortinaje púrpura rasgado del templo que ella misma había tejido en su juventud como doncella y así la llevaron al

cielo. Ella era mi madre y yo era su hijo. Oh, sí, todo salió bien, mi querida madre.

«¿Dónde estás, Belial, amigo mío?», gritó Jesús en voz alta entre las montañas rocosas del desierto. «No temas, Belial, quiero hablar contigo. ¿O debo dirigirme a ti como "Yahvé, el que mata a los hombres"?» Jesús no esperaba respuesta y continuó de inmediato: «Te he traído un regalo de mi Padre, algo que te puede ayudar». Y Jesús extendió la mano con la última manzana intacta. Jesús no tuvo que esperar mucho más y el señor del inframundo apareció en una cueva y gritó: «¿Qué vienes a buscar aquí, en mi reino? ¡Cómete tú mismo tu manzana! Millones de personas ya han mordido tu manzana desde que les metí por la garganta la historia del Edén junto con la manzana. No hay vuelta atrás, mi querido amigo. ¿Vienes a burlarte un poco de mí?».

«No, vengo a decirte que mi Padre todavía te ama. Hagas lo que hagas, Él quiere concederte el perdón. Conserva esta manzana intacta. Por eso te traigo este regalo».

«Un poco tarde, ¿no? ¿No será que venís a burlaros de mí y a incitarme aún más? ¿Ya me oís cantar de nuevo el trisagio en el Santo de los Santos? Santo, santo…» Belial ya estaba empezando a tener arcadas. Continuó: «¿Te diré lo que has venido a hacer, novato? ¡Escucha bien!

Uno: al parecer, tu Padre acaba de darse cuenta de cómo funciona mi plan y de cómo se estableció la desigualdad entre hombre y mujer. Enhorabuena por ello, después de tantos siglos.

Dos: te das cuenta de que es irreversible. La desigualdad entre hombre y mujer está ahora grabada para siempre en leyes y normas.

Tercero: tú formas parte de un plan de tu Padre que intenta remediar esto.

Cuarto: este plan de tu Padre llega demasiado tarde y solo creará más desigualdad entre hombres y mujeres y sembrará la división entre los pueblos, por lo que le doy las más sinceras gracias a tu Padre, pues también este paso, mi querido amigo, fue planeado por mí. ¡Te esperaba mucho, mucho antes!», respondió triunfante, y seguro de la victoria continuó: «Te voy a hacer un regalo, bondadoso como soy: pronto recibirás la cruz más hermosa que existe». No podía dejar de disfrutarlo y no podía ocultar su amplia sonrisa.

Jesús se mantuvo tranquilo y sereno: «Mi Padre siempre te ha amado, tú llevabas la luz al mundo. Siempre puedes volver. Mi Padre es misericordioso. Depón las armas».

Belial empezó a hartarse: «¿Qué vienes a hacer aquí, mocoso? ¿No tienes ya bastante trabajo recorriendo todas esas sinagogas y curando las dolencias y enfermedades de la gente? Ah, sí, lo admito, causa una gran impresión en la gente, pero yo...

¿Prometes que, tras tu muerte, nadie volverá a creer en tus milagros? O, al menos, que todos dudarán profundamente de ellos. Y sí, sé que tu Padre puede matarme, pero sé igualmente que nunca lo hará, al igual que no matará a ninguno de mis discípulos, por lo que le damos nuestro más sincero agradecimiento. En otras palabras, mi querido amigo, al no matar a mis demonios, matamos sin ninguna resistencia a las personas que tu Padre no quiere matar. Tu Padre es, pues, cómplice, querido amigo, por omisión culpable, ¡y eso se llama amor! Yo lo llamo hipocresía y os suplico humildemente que sigáis así. Os estaré eternamente agradecido».

Jesús no respondió y, cuanto menos decía, más se enfurecía Belial. Jesús guardó silencio y sabía lo que hacía. Se ofreció a Belial como el cordero definitivo en la cruz. Belial no se daría cuenta entonces, ni tampoco más tarde, del error irreversible que cometía con ello en su plan.

Jesús se retiró y Belial, junto con el general Iedereen, celebró triunfalmente en las profundidades de la tierra su victoria sobre Jesús.

María Magdalena

El verano se acercaba poco a poco. El sol aún no tenía ganas de ponerse. Estábamos sentados a la orilla del pequeño río donde a Jesús y a sus amigos les gustaba jugar en aquella época.

«¿Estás cansado?», le pregunté para romper el hielo. Su respuesta fue muy instructiva, pues me enseñó de inmediato que no tenía que andarme con rodeos. Fue directo al grano.

«Vengo a mostrar al ser humano el camino correcto hacia su Creador. El ser humano libre eligió un camino hacia el mal, pero, como ser humano libre, anhela volver a encontrar el camino hacia su verdadero Padre. El ser humano libre es, en sí mismo, un ser hermoso, pero en comunidad esa libertad plantea retos difíciles para vivir juntos en armonía. Difícil porque hay dos fuerzas presentes: por un lado, el alma del ser humano busca un camino hacia arriba, hacia la Paz[50] en el Silencio, hacia la experiencia de lo divino y de la estabilidad interior. Por otro lado, hay cuatro fuerzas opuestas en el ser humano: la oscuridad, el deseo, la ignorancia y la ira, que intentan alejar al alma de esta paz. Estas cuatro fuerzas utilizan para ello razonamientos falsos en la mente del ser humano. El ser humano debe liberarse de estas

[50] Según el Evangelio de María Magdalena 15,1-17. Rollos de papiro que datan aproximadamente del año 120 d. C. y que fueron hallados en Nag Hammadi en 1946.

liberarse de los razonamientos al ver más allá de ellos y distanciarse de ellos, para así neutralizar estas fuerzas. La fuerza contraria de la ignorancia es la más astuta de las cuatro. Mientras el ser humano no acepte que yo [51] estoy constantemente EN él, Belial tiene vía libre con las otras tres fuerzas contrarias en este ser humano. Yo soy el alfa y el omega del ser humano».

Me sorprendió un poco esta revelación espontánea, pero al mismo tiempo me sentí honrado: «¿Acaso el amor no es suficiente o el amor solo surge de forma natural tras la derrota de estas fuerzas contrarias?»

«Tú lo dices: la Paz en el Silencio crea el espacio en tu mente para un amor inconmensurable hacia cada ser vivo y no vivo».

«¿No temes entonces acabar como Juan el Bautista?», pregunté.

«La respuesta de mi madre a esto te resultará más fácil de entender que la mía, pero pregúntaselo a ella después de que haya abandonado Nazaret».

Cogió una piedrecita y la lanzó al agua. «¡Mira!», dijo. «Ves cómo el curso del agua solo se ha alterado por un instante y, sin embargo, su influencia perdurará hasta el último confín más allá del último confín del mar. Así ocurre con el alma de cada persona: lo que la altera es

[51] Con «yo» aquí se refiere a «yo, que soy el amor», pero esto se puede generalizar perfectamente con «cada persona que tiene amor». Al fin y al cabo, no puede ser que antes de la llegada de Jesús nunca hubiera existido el amor.

«Lo que perturba es inquietud para siempre; lo que ella calma, permanece en paz para siempre».
«¡Qué hermosa es esa imagen!», dije. «Nuestro bautismo en el Jordán es, pues, igualmente eterno».
«Todo lo que hizo Juan el Bautista es amor eterno. ¿Por qué tendríamos que seguir temiendo a la muerte?»
«¿Crees que entonces debería preguntarle a tu madre sobre la muerte? ¿Quizás solo la asuste o, por el contrario, no la asuste en absoluto?»
«La respuesta está al final de tu pregunta. Vamos a volver, porque eres un alumno demasiado listo». Se rió y ya se estaba levantando: «¿Vienes? Vamos a ver a mamá antes de que te vuelvas más listo que yo». Y me miró con ojos pícaros.
«Tu sonrisa sigue siendo tan contagiosa como cuando eras un bebé», respondí. Le hizo gracia, pero respondió con cierta seriedad: «Te sonreía de bebé porque entonces me caías bien». De vuelta, intenté imaginarme todo el rato si un hombre adulto puede recordar realmente lo que pensaba de bebé, si es que ya podía pensar entonces, y, sin embargo, creí en su sincera respuesta. Mi mente era demasiado pequeña para ello, como para muchas de sus afirmaciones, pero mi corazón me convencía por completo, sobre todo cuando recordé la voz de su padre desde el cielo en su bautismo en el Jordán: «Él es verdaderamente el hijo de Dios». ¿Cómo podría yo mismo comprender infaliblemente la profundidad de todos sus actos y palabras?

¿Sondear? Esa noche me sentí un poco arrogante y quizá demasiado curioso, aunque intuía que él también disfrutaba de mi franqueza y descaro casi infantiles, si es que se puede llamar así a mi edad madura. ¿Infantil? Bueno, sigue siendo una sensación agradable… Los últimos rayos del sol nos acompañaron de vuelta a casa.

María

A la mañana siguiente, Juan y Jesús se pusieron de acuerdo sobre los planes para los días siguientes. Juan iría al mercado de Magdala, donde muchos comerciantes de todos los rincones venían a vender sus mercancías y donde, por lo tanto, también había muchas bestias de carga a la venta. Al mismo tiempo, podría comprar comida, mantas, velas y aceite. Juan se marchó por al menos cuatro días y Jesús volvió a salir con María Magdalena hacia el río. Por el momento, nadie en nuestro pueblo se había dado cuenta de que Jesús estaba en casa. Me retiré tras mi telar y di gracias al padre de mi hijo. Pasara lo que pasara, yo era su sierva y que se hiciera su voluntad, ahora y siempre. Había comenzado una nueva obra con la imagen del ángel con una lágrima. Uno no comprende hasta mucho más tarde por qué la intuición es la guía más sensible y acertada en la vida. Toda mi vida era como una gota de lágrima caída desde muy alto que se entregaba al mar.

María Magdalena

Jesús y yo volvimos a llegar al riachuelo. El sol de la tarde nos acompañaba de nuevo y prometía todo lo bueno. María nos había dado algo de comida.

«Anoche no dejé de pensar en la historia del Hijo del Rey que aparece en los rollos de papiro de Zacarías.

Juan el Bautista me dijo que el quinto rollo solo lo conoce de verdad una persona y que aún está por escribirse».

No dije nada más.

Fui paciente. Para mí ya era suficiente poder estar aquí con él. El silencio a veces puede ser la respuesta perfecta: crear espacio y dar tiempo a quien recibe la pregunta, y quien la formula aprende a ser paciente. Guardé silencio y me conformaría con la falta de respuesta. De repente, él alzó la vista hacia un águila en lo alto del cielo y luego contempló con admiración y serenidad la naturaleza que nos rodeaba. Todo estaba bien para mí y, por eso, también lo estaba para él. Me miró: «La historia de El Hijo del Rey no es una historia. Es una pena para la humanidad que no sea fantasía, sino realidad. He sido enviado por mi Padre celestial para mostrar a la humanidad dónde falla este viejo mundo, con el fin de ofrecerle un nuevo comienzo». Me miró con extrema ternura, con una empatía y una preocupación tan sinceras por mí, como si yo fuera el ejemplo perfecto de la humanidad. Me sentí incómodo, porque me sentía más pequeño que elegido.

Le pregunté por qué la restauración debía venir de los judíos. ¿Eran ellos los alumnos más fáciles o los más difíciles?

No tuvo que pensarlo: «Ambos: los judíos se distinguían de los demás pueblos por sus largos años de esclavitud forzada y exilio

en el poderoso Egipto. Llevaban siglos viviendo con nostalgia de su tierra perdida. Suplicaban a su Yahvé la liberación de la esclavitud y la restauración, aunque eso significara, en primer lugar, una restauración material, además de un anhelo de libertad y autogobierno. Los profetas anunciaron, siglo tras siglo, la tierra prometida. Fue mi Padre quien decidió, pero incluso Él tuvo que esperar».

Pude seguirle, pero no entendía por qué era aceptable esperar tanto tiempo cuando un pueblo había tenido que sufrir tanto durante siglos, e incluso sentí que la ira brotaba en mi interior, pues también se trataba de mis antepasados que habían sufrido: «Pero ¿esperar qué, Jesús?», respondí con descaro.

Él me miró con ojos suaves y comprensivos, porque sabía que me sentiría abrumado por la vergüenza tras su respuesta: «Mi padre tuvo que esperar siglos… a una mujer que pudiera ser madre para el plan de salvación de mi padre para el nuevo hombre».

Me sentí mortificada y rompí a llorar. Me sentía tonta, tan descarada, tan traviesa, tan fea, tan ingenua, tan… débil. Las lágrimas brotaban sin control. No podía parar: cada vez que pensaba en mi querida amiga María, empezaba a llorar, durante minutos, hasta que él me abrazaba para aliviar mi dolor y yo hundía la cabeza contra su corazón y veía un destello del velo púrpura de Isabel. Sangre y mar. Me hacía efecto como una medicina, me tranquilizaba y me devolvía a la cordura. Jesús esperó pacientemente hasta que me

me hubiera calmado por completo: «¿Estás bien? ¿O quizá prefieres ir a casa a descansar un rato?», me preguntó con dulzura.
«Oh, no, querido amigo, por favor… te lo ruego: sigue contando. Estoy totalmente de acuerdo con tu Padre: María es una mujer única, a veces lo olvidaría por su humildad y dulzura casi espontáneas, como si fueran algo natural. Ya has visto tú mismo que puedo enfadarme conmigo misma…» e intenté sonreír entre sollozos, pero no me salió del todo bien.
Él me sonrió con tanta ternura y consuelo que me hubiera dado por comérmelo: «Por favor, sigue, Jesús, con tu historia del Niño del Rey…»
Él reflexionó un momento y me hizo la pregunta: «¿Quién es el niño en el camino de arena que le pregunta al viejo Rey: "¿Qué hace usted aquí, tan lejos de su reino?"»
Empecé a pensar mucho en ello, pero no conseguía pensar en absoluto. Así que seguí simplemente mi intuición y lo solté sin pensarlo más: «Era un niño con alma de rey». Me sorprendí a mí misma y, al mismo tiempo, sentí curiosidad por saber si era correcto.
«Exacto. ¿Y cómo se recibe a los recién nacidos?».
Respondí en voz alta, reflexionando: «Nunca he dado a luz a ningún hijo, pero durante un tiempo fui ayudante de una comadrona en Eufrosina: los primeros días tras un primer parto no siempre son fáciles para una madre, está cansada de tanto pujar y de las dolorosas contracciones, pero al final, una vez que la lactancia va bien, ves a la madre su hijo como el mayor tesoro en tierra

acoger. A veces hay excepciones, como las mujeres que han sido violadas, por ejemplo. Pero se puede afirmar que tener un hijo es el amor más accesible y abrumador que se puede recibir en la vida, al menos eso supongo. Cuando te tuve en mis brazos en Belén, me sentí inmediatamente colmado de amor. ¡Tú eras mi rey!

Jesús me miró: «Tú lo dices: en el mundo antiguo, la mayoría de los niños siguen naciendo como reyes y, por lo tanto, son realmente reyes. ¿Y qué pasó con el padre del rey Príncipe?».

«Él también era rey, pero quería adquirir más conocimientos y perspicacia, y llegó incluso a olvidar la existencia de su hijo. Buscaba sabiduría y honra, y le gustaba que lo adoraran». Yo seguía sin entender adónde quería llegar, pero sentía mucha curiosidad.

Jesús continuó: «En el momento en que el rey tomó conciencia de su fracaso, el niño desapareció ante sus ojos del camino de arena, tras haber arrasado el castillo de arena, y comprendió que recuperar el amor de un niño era más importante que recuperar todo el juicio, el honor, la fama o la riqueza. El rey se dio cuenta de repente de que, por su comportamiento, ya no era digno de ser llamado rey. El rey que podía llamarse rey con razón no era él, sino un rey que siguió siendo un niño hasta que murió. El anciano se presentó en la puerta de su antiguo reino, ya no fue reconocido y fue encerrado en el calabozo. Su hijo murió como un

verdadero rey y, como última orden, pidió al guardián de la puerta que entregara su alma como llave a su padre descarriado, tal y como corresponde a un verdadero rey del amor dar amor. El anciano guardián entregó esta llave al anciano padre en la mazmorra, y el padre sintió inmediatamente que el amor del niño volvía a florecer en su interior y supo que había renacido como un rey completamente nuevo: un rey en la mazmorra que, aunque parezca prisionero, el amor llena todo el cosmos. El amor hace que el hombre caído se levante, sea cual sea el pozo profundo en el que se encuentre». Jadeaba y miré a los ojos de Jesús, que brillaban de deleite como si él mismo fuera ese cosmos. Yo también me sentí interiormente feliz como un niño, como si en ese momento me hubieran entregado a mí misma una llave así: «Por favor, detente un momento…». No podía más, era una historia de amor dolorosa que me conmovía tan profundamente que tenía que jadear para respirar. Mis ojos no tuvieron tiempo de secarse. Lo miré entre lágrimas y vi una mirada extraña, como si estuviera hablando con alguien. Eso me tranquilizó: «Querido Jesús, ¿puedo intentar expresarlo yo misma para asegurarme de que sigo ahí?» Él asintió.

«Es justo que nos reciban como reyes al nacer. O no, es que realmente somos reyes. ¿Para poder morir como reyes debemos seguir mimando siempre a ese niño que llevamos dentro?»

«Tú lo dices. Ahora soy el niño del camino de arena. Es más, soy el niño que hay en ti, en cada persona. Más adelante, en la historia, me espera una tarea más difícil».

«Me encantaría ser tu hijo o tu madre, pero no lo entiendo. De nuevo, no...», dije un poco tímida.

Eso le conmovió y me dio un poco de tiempo. Me preguntó si estaba bien. Asentí con la cabeza y él continuó contando en voz baja: «El cuarto rollo de papiro termina al final del mundo antiguo, con el viejo rey purificado encadenado en el calabozo, mientras que en la superficie el mundo se desata como un loco bajo el mando de un astuto mago. Pero las máscaras caen: el diabólico mago Belial domina el mundo, pero el alma del niño que hay en el rey prisionero sigue intacta. La batalla no está perdida. El quinto rollo de papiro cuenta la historia de la batalla definitiva entre el bien y el mal por el corazón de cada ser humano. Así como el diablo ya reinaba en la superficie, así vendría realmente un niño con pasión y amor por el corazón de cada ser humano».
Lo miré sin miedo, como si pudiera corregirlo: «¿Acaso? ¿Podría ser? ¡Yo lo conozco! Desde que nació. He visto cómo los ángeles, una estrella y los tres Reyes Magos le rendían homenaje, conozco a su madre, anteayer mismo estaba hablando con su hermano en casa de los vecinos sobre sus milagros de niño, no entiendo con qué me lo he ganado, pero le quiero muchísimo». Le miré a los

ojos, pero él desvió la mirada en silencio hacia un lado, donde una pareja lavaba a sus hijos mientras jugaban en el río al otro lado, y habló casi con timidez: «Amo a todas las personas, María Magdalena».

Ambos guardamos silencio y contemplamos juntos, fascinados, el espectáculo al otro lado del río: los niños jugando entre ellos, riendo, haciendo tonterías, los padres felices; era sencillo, pero sumamente precioso.
Jesús, el hijo del rey en el nuevo mundo, reflexionó en voz alta: «Quien no se haga como un niño no entrará en el Reino de mi padre, y ese reino[52] de amor está en ti y es inmortal, y funciona como un espejo, honesto y severo, pero sobre todo tan amoroso que Belial ya no tiene influencia sobre lo que ocurre».

Ahora lo entendía perfectamente. Solo con confianza y amor por mi prójimo puedo alcanzar el mar y, una vez que lo alcance, seré como el mar. Tal y como María ya lo es.

Se levantó y me tendió la mano: «Está anocheciendo». Lo abracé un instante, como un niño abraza a su padre. Justo entonces empezó a llover suavemente. Levantó la cabeza hacia el cielo y disfrutó de las gotas de lluvia, extendió las manos y las recogió en ambas

[52] Ese «reino de amor en nosotros» representa la gracia divina que está potencialmente presente en cada ser humano y nos espera.

palmas de las manos y, con las gotas en las manos, entró con cuidado en el río, las entregó al río y las vio partir en su viaje hacia el mar infinito. Lo imité, una profunda emoción se apoderó de mí y una lágrima se mezcló con las gotas de lluvia, y sentí que la felicidad y el amor también pueden doler suavemente. Un dolor suave para que el ser humano sienta que sigue siendo una misión y que el ser humano no determina lo que el mar es o no es. No me pareció mala idea hablar de ello con María, gota del mar.
«¿Puedo hablar con tu madre sobre todo esto?»
«Claro, para ella no es nada nuevo».

Todo lo que ocurrió aquella tarde fue de tal sencillez, intensidad y sabiduría que todavía me pone la piel de gallina, y aquel día junto al sencillo riachuelo supuso un hito en mi vida. Pero, al mismo tiempo, sigo sin poder entender que, al instante, me invadiera un miedo que me arrebató toda la paz. No pude callarlo y mis ojos asustados comenzaron a hablar: «Zacarías fue asesinado, Juan el Bautista fue asesinado, ¿acaso no sientes miedo? Espero que tu padre al menos te perdone…», sonó desesperado. También era pura desesperación, y la desesperación rara vez es buena consejera. «Mi Padre no mata ni a personas, ni a animales, ni a insectos», sonó con severidad, «solo Belial mata. En el Antiguo Mundo, Yahvé parece un dios castigador y vengativo; mi Padre, por el contrario, solo da vida y no mata. Al contrario?

Él sufre con el sufrimiento del ser humano. Las gotas de lluvia son también Sus lágrimas».
«Perdóname, ¿es una tontería? Porque no conozco a tu padre. ¿Acaso tu padre no es Yahvé?»
«Mi nombre, *Jesús*, significa "Yahvé que salva" y no "Yahvé que mata". El verdadero Yahvé es el Padre, el Hijo y el Espíritu, ¡pero no somos el Yahvé inspirado por Belial! Soy el hijo del Padre y de María. Devuelvo la vida a los muertos». Insistió en ello con firmeza para asegurarse de que nunca más pudiera dudarlo y me miró fijamente.
«Pero, ¿entonces hay dos Yahvé?» Me sentí completamente confundido.
«Hay un Belial que se disfraza de Yahvé. Muchos narradores malintencionados, y más tarde también escritores, instigados por Belial, abusaron del nombre de Yahvé ya desde el primer relato de la creación con Adán y Eva. El mayor triunfo de Belial fue encontrar, en un momento crucial para él, un cómplice humano masculino adecuado y un líder influyente en la Tierra que manipulara esta historia entre la humanidad para oprimir así a la mujer, cargándola de toda la culpa a partir de entonces. Belial se apropió indebidamente de la historia del Edén de mi Padre. La versión adaptada por Belial se difundió a gran velocidad, especialmente entre un pueblo extremadamente vulnerable en el exilio, donde hombres impotentes y profundamente decepcionados aprovechaban cualquier oportunidad para poder volver a ejercer un dominio absoluto sobre la mujer. En esencia,

Se trataba de la envidia del hombre hacia la capacidad de la mujer para dar a luz, mientras que el hombre, tratado como un esclavo por los egipcios, se sentía profundamente humillado y, además, tenía que admirar a la mujer por aquello de lo que ningún demonio podía privarla: traer nueva vida al mundo. El objetivo de Belial era claro y letal: la igualdad entre hombre y mujer en el Edén debía romperse y el hombre debía dominar a la mujer. Ella debía ser sumisa a su marido, pues era la culpable de la caída del hombre según la falsa historia del Edén y seguiría siéndolo hasta el fin de los tiempos. Belial añadió algo sobre lo que ningún ser humano se había atrevido a preguntarse desde entonces: Caín tuvo hijos sin mujer. Toda la humanidad aceptaría esto de ahora en adelante sin más, sin ningún interrogante; es más: no se atrevían a cuestionarlo porque la historia del Edén se había vuelto «sagrada». Fue una broma de Belial y Belial en su máxima expresión: reírse descaradamente en la cara de la humanidad por su estupidez y salirse con la suya, glorificándose, siglo tras siglo. La historia manipulada del Edén fue inmediatamente declarada sagrada por los primeros sacerdotes, naturalmente sacerdotes varones, y las mujeres ya podían darse por satisfechas de poder dar a luz a sus hijos con la esperanza de que hubiera muchos varones entre ellos. Fue una fiesta de la soberbia: el hombre perdió su amabilidad y la mujer perdió su voz. Solo hubo unos pocos profetas en el mundo antiguo que advirtieron a la humanidad de la llegada de un Salvador que

los liberaría de la esclavitud de Belial, quien se encargó de que el pueblo desterrado creyera que se trataba de la liberación de su esclavitud física en Egipto. Incluso Moisés, con las mejores intenciones, estaba cegado. «Tranquila, María Magdalena, el Yahvé tal y como Belial se lo presentó a la humanidad no es mi Padre. Mi Padre es el Amor y no mata ni a un egipcio ni a un judío. Mi Padre tiene el poder de matar a Belial, pero el verdadero Amor no quiere actuar contra el verdadero Amor. Al contrario, mi Padre sigue esperando a Belial, su hijo perdido».

Me sobresalté y me alegré al mismo tiempo: yo era mujer y cuántas veces había tenido que sentir cómo mis hermanos me adelantaban en todo. Zacarías y José eran justos en su trato con las mujeres, pero en el mercado a menudo era diferente: cuando un hombre llegaba a un puesto, siempre le atendían primero a él, a menos que él mismo me diera prioridad. Cuanto más guapa eras, más fácil era. Él me miró sonriendo y me preguntó: «¿Por qué crees que no soy hija de mi Padre aquí en la tierra? Como mujer, no me aceptarían como Redentora y me lapidarían inmediatamente».

Me pregunté: «¿Es eso a lo que te referías con el poder negativo de la ignorancia? ¿Que en este momento ningún hombre ni mujer se da cuenta de que la historia del Edén fue falsificada, y que el hombre tiene tanta culpa como la mujer en su expulsión del Edén?».

«Exacto, ni el hombre ni la mujer se dan cuenta de que la historia actual es falsa. Así es como el triunfo de Belial es total. Belial se disfrazó de Yahvé del Amor para convertir a la mujer, en la historia manipulada de la creación del Edén, en esclava de su marido. El hombre se revuelca desde hace miles de años en la inocencia, cargando eternamente la culpa en su conciencia, para así dominarla. No hay mayor peligro que una religión que no luche por el amor puro y la igualdad de sus semejantes. Belial quería mutilar fundamentalmente la creación de mi Padre y lo consiguió».
Me estremecí hasta lo más profundo: «Esto me parece un terrible abuso hacia la mujer, pero también un abuso del verdadero amor de Dios. Me enfurece mucho: ¡tantos siglos de miseria, tanto dolor, esto sí que es esclavitud!».
«Tu reacción actual es precisamente errónea: la ira no te ayuda, al contrario, paraliza tu amor, y el amor es precisamente la razón de tu existencia. Estás matando lo más importante de ti misma. Eso también forma parte del plan de Belial: que, si el plan se cumpliera, la mujer se vengara del hombre. Por eso mi Padre intervino de tal manera que ese plan de Belial tampoco tuviera éxito y se restableciera la igualdad entre hombre y mujer de una manera justa y pura. Esta ignorancia debe llenarse con amor y respeto mutuo».

Hubo un momento de silencio entre nosotros y yo necesitaba tiempo para asimilarlo todo. Jesús tenía razón: al final

El hombre actual también era una víctima de esta situación, alguien que nunca había pedido nada de esto. Por otro lado, era justo que el hombre tomara medidas y aceptara la igualdad y las obligaciones, y que, como mínimo, dejara de comportarse como si fuera superior o como si hubiera una igualdad aparente. Jesús leyó mis pensamientos: «No se trata de enfrentar a la mujer contra el hombre. Debemos velar a toda costa por que Belial no pueda volver a abusar de estas correcciones. El hombre debe reencontrar a la mujer y la mujer debe reencontrar al hombre, tal y como vivían en el Edén como una sola unidad».

Sin embargo, en ese caso me parecía que el proceso iba demasiado lento. «Me gustaría convertirme lo antes posible en un ser humano nuevo, como tú y como lo es Juan el Bautista». Sus ojos se suavizaron de nuevo: «Ya eres un ser humano nuevo, pues fuiste bautizada por Juan el Bautista, María Magdalena, hija de Lot y Leví: tu nombre está escrito para siempre en la palma de la mano de mi Padre. Solo tienes que sacudirte aún el viejo manto de tu piel adquiriendo más perspicacia, y solo entonces podrás dejarte medir el nuevo manto paso a paso. Pero ya te lo digo ahora: vas por buen camino, no dudes, no vaciles, no tengas miedo, ten confianza y cae como una gota de lluvia apasionadamente desde muy alto, de la nube al charco, del arroyo al río, no temas a las cascadas, cae y descansa un momento en un lago, pero no dudes: sigue tu camino, pues la recompensa es grande y déjate acoger junto con millones de gotas como niños en un mar de Paz

«y el silencio para que todos fuéramos uno en el mar, y así convertirnos en el mar».

Sentí como si él me bautizara de nuevo en un charquito. No me importaba que ahora solo estuviera en un charquito, porque estaba decidida a convertirme en el mar. Eso me llevó, de manera maravillosa, a mi siguiente pregunta, y ya no sentía miedo de hacer preguntas, fueran estúpidas o no.

«¿De dónde surgieron de repente esa ira y esa desesperación en mí, Jesús? ¿Son pecados?», pregunté, aunque ya sin desesperación, pues ahora sentía que aprender del fracaso podía ser sumamente beneficioso.

«Tu pregunta demuestra lo mucho que has avanzado, querida María Magdalena. Los pecados no existen siempre y cuando tú misma corrijas tus errores reconociendo que te equivocaste ante ti misma, y que no buscas excusas fuera de ti. Hago hincapié en la palabra "ti misma". El enemigo está dentro del ser humano y no fuera de él, al igual que yo estoy dentro de ti, pero hablaremos de eso más adelante. El mal no existe como tal. El pecado es únicamente la negación de lo bueno que hay en ti por parte de ti misma. Otro ser humano no es ni puede ser responsable de ello y, por lo tanto, no debes nombrar al otro como tu enemigo ni tratarlo como tal. El amor solo juzga sobre sí mismo y para sí mismo, y no sobre otro. Solo eres tu propio enemigo. Una persona de amor ve en cada persona el amor y nada más; no conoce el «sí, pero». La responsabilidad por los actos que van en contra del amor no existe y es de las personas, pero no de

El amor, al igual que mi Padre y ahora también mi madre, consisten por completo en amor. Yo soy el hijo y, como hijo, también debo aprender. Los milagros que se me permite realizar solo puedo llevarlos a cabo en el momento en que soy uno con mi Padre. Yo solo no tengo ese poder; al parecer, solo lo obtengo cuando los tres somos uno: Padre, Espíritu y Hijo. He aprendido a sentir si en ese momento soy capaz de devolver o no la vida a una persona, de curar a las personas de sus enfermedades, de hacer ver a los ciegos y de levantar a los cojos. El sentimiento más importante al respecto es la humildad; debo ser el siervo del Señor y no el Señor, al igual que mi madre tuvo que ser sierva del Señor. Al igual que mi Padre quiere ser siervo de todo ser humano que lo reconozca como Padre.

Mañana te enseñaré sobre los cuatro fundamentos del mal en cada persona: la ira, la ignorancia, la oscuridad y el deseo; cada uno con sus razonamientos falsos: piénsalo esta noche en la cama e intenta desenmascarar sus razonamientos falsos… Sobre la ignorancia ya sabes lo más importante. Es un proceso de aprendizaje, pero todo te irá bien. Disfruta de la noche con los ojos cerrados y observa con la mente abierta».

«No quiero corregir un razonamiento erróneo con otro razonamiento igualmente erróneo, eso me da miedo. ¿Cómo salgo de ese círculo vicioso?»

«Pregúntamelo y reza así: "Señor Jesucristo, Hijo de Dios, hago esto en tu nombre, pero, por favor, corrígeme[53] si me equivoco."
Asentí con alivio.
Llegamos a casa… y me acosté muy temprano para darles a María y a Jesús la oportunidad de hablar entre ellos.
Cerré los ojos y dejé que sus palabras se repitieran en mi cabeza: ira, ignorancia, oscuridad y deseo; cada uno con sus razonamientos falsos… y corrígeme cuando esté equivocado…

María

Noté inmediatamente la diferencia entre cómo se marchaba María Magdalena por la mañana con Jesús y cómo regresaba por la noche. Una paz se había apoderado de ella. «¿Has podido hablar con ella sobre el quinto rollo de papiro?»
«Le he contado los antecedentes y está dispuesta a que se lo cuentes tú, pero espera un poco hasta que me vaya de nuevo con Juan. Es fuerte y puede con ello. Mañana volveré a salir con ella para seguir instruyéndola. Es inteligente y tiene ganas de aprender, y tiene todo lo necesario para dar clases ella misma más adelante. ¿No te dejo demasiado solo?»
«No, claro que no. No estoy solo. Ven a ver mi telar…»

[53] Esta sabiduría proviene de la Iglesia ortodoxa.

Mi hijo exclamó: «¡Henoch! ¡Es precioso!». Besó las yemas de sus dedos y acarició con reverencia la cabeza del ángel… y de inmediato brotó una lágrima de su ojo derecho que se secó al instante en la tela de lana y suavizó el color. Me incliné y besé la lágrima. Mi hijo me abrazó, mejilla con mejilla, y nuestros corazones se fundieron. Cerré los ojos y él cerró los suyos. El tiempo fue clemente con nosotros y no tuvo prisa por comenzar un nuevo día. Como dos estatuas entrelazadas, nos fundimos el uno en el otro hasta formar una sola imagen de amor. Yo lo llevaba y él me llevaba a mí, y ninguno de los dos se cansaba. No pasaba nada por mi mente. Éramos un solo reino de amor. La madre llevaba al niño y el niño llevaba a la madre.
Solo al amanecer nos soltamos con cuidado y comenzamos el día tomando té juntos. No sentíamos falta de sueño.

María Magdalena entró y Jesús y yo nos miramos inmediatamente. Me levanté y le preparé enseguida una taza de té de jengibre. Poco después, ambos salieron por la puerta y yo me senté ante mi telar. La bobina dirigía los hilos de elón en cánticos celestiales.

María Magdalena

Mi cama estaba hecha un desastre de tanto dar vueltas. El día de ayer fue tan bonito, demasiado bonito para empezar un nuevo día. Miedo, miedo al fracaso, a volver a perderlo todo. No conseguí hacer nada de mis deberes sobre los cuatro poderes. De repente, ya no tenía control sobre nada. Cuanto más quería recuperarlo, más se me escapaba entre los dedos. Ayer estaba completamente segura de que a partir de entonces nunca más podría perderlo todo, de que mi nueva vida había comenzado. Pero fue el miedo el que se apoderó de mí: ¿y si Jesús continuara su misión en el mundo en los próximos días y ya no pudiera preguntarle nada? Ayer pude contemplar la belleza del mundo como una gota de lluvia desde lo más alto y, mientras caía, escuchar al viento cantar su canción de bienvenida, en lo más profundo de mi mente. Fui acogida suavemente por una hoja meciéndose de la madreselva, que me regaló su aroma y me dejó deslizarme suavemente hacia abajo. Allí fui recibida festivamente en un arroyo increíblemente encantador, donde diminutos insectos se sentían acogidos como en un lago. Por mucho que lo deseara, mi alma nunca podría formar parte del mar divino.

Me levanté y me senté a la mesa de la cocina, y era como si no viera a nadie. Solo veía dos sombras inmóviles, «desconocidas» , , ,

En tierra de nadie, me quedé mirando fijamente una taza de té. La seguridad de ayer parecía haberse desvanecido. Lo único de lo que aún estaba seguro era de esa taza de té que tenía delante. Supliqué que brotaran las lágrimas, pero no llegaron. Algo dentro de mí había levantado una presa y yo solo había logrado llegar hasta un pequeño arroyo.

Jesús me habló en voz baja en presencia de su madre: «Recuerda esto toda tu vida: estoy en ti, soy como un niño en ti. Al mar se llega paso a paso, se aprende paso a paso. Cada vez que caes, debes prepararte para tu próxima caída; así tu Nous[54] se hace cada vez más grande y tu alma asciende cada vez más alto en su camino hacia mi Padre. Dos pasos adelante y uno atrás, y así sucesivamente. Requiere valor una y otra vez, María Magdalena. Cada día es un nuevo comienzo». Y tomó la taza de té que estaba destinada a mí y me la tendió. Di un sorbo. Su cálida voz obró milagros. Di otro sorbo, respiré hondo y cerré los ojos: «Me siento como atrapada en un cuerpo material y, cuando muera, todo desaparecerá. ¿Podemos nosotros, la gente común, llegar a ser hijos de Dios como tú?

---

[54] El ser humano gnóstico (gnosis = conocimiento por revelación) es un ser en búsqueda cuya *Nous* (la capacidad de conocer) está convencida de que no pertenece al mundo, sino a Dios, pero cuya alma (psique) se ve, al mismo tiempo, obstaculizada en su camino hacia su destino divino por cuatro fuerzas: la ignorancia, el deseo, la ira y la oscuridad. En los siguientes párrafos daré un pequeño ejemplo de cada fuerza en forma de pregunta y respuesta de María Magdalena a Jesús. Empezaré por la ignorancia.

¿Eres su hijo? Siento que nunca podré ser hija de Dios como tú lo eres de él».

Jesús respondió: «Piensa en el viejo rey de la historia del Hijo del Rey, cómo se había perdido desde lejos y tuvo que volver a buscar su camino para reencontrar al niño que llevaba dentro. Sin embargo, su hijo siempre estuvo en él, al igual que yo siempre estoy en ti».

Seguí con los ojos cerrados y me alegré de no tener que abrirlos, porque me avergonzaba profundamente lo siguiente: «Estoy celoso porque no soy de origen divino como tú. Te envidio. Me parece más fácil ser un dios que un ser humano. ¿Por qué no podemos ser todos dioses?». Me avergoncé durante este desahogo, pero era una elección: ser hipócrita o ser sincera.

Jesús respondió: «La envidia es mortal para el amor del que naciste y que te espera con amor. Ya eres de origen divino, María Magdalena. Ámate a ti misma, ama a tu prójimo, ama tu corazón y tu alma, porque este amor te precede en la reunificación con el amor divino. Cada ser humano tiene en sí mismo todo lo necesario para alcanzar la gracia divina».

Ahora me sentía aún más rebelde: «Estoy enfadado, muy enfadado, porque en este momento no recibo ninguna prueba ni apoyo de que tenga un alma capaz de ascender hasta Dios. ¿Es eso amor, dejar que un ser humano se debata así y sufra?».

Jesús respondió: «No te dejes esclavizar por tu mente. La gota de lluvia no piensa, sino que cae. Yo estoy en ti, y sígueme en el camino hacia el Padre. Ten confianza. Yo soy el camino y estoy aquí para ti: utilízame, pero utiliza tu ira solo contra tu ira. Tu ira solo sirve contra tu ira». Me sorprendió la vehemencia de sus palabras, en las que pude intuir una enorme preocupación y amor por mí. Me conmovió y lo sentí como un bálsamo curativo sobre una herida abierta. Continué: «Justo quería decir que cuando muera solo quedará la oscuridad, que ya no podrá mostrarme ni enseñarme nada a mi alma, si es que el alma existe. Eso quería decir, pero ya siento por mí misma que eso no es cierto, que es una trampa, porque tú siempre estás en mí, viva o muerta». Sollocé: «¿Puedo abrir los ojos, por favor?».

Jesús me abrazó y me estrechó contra él mientras me susurraba al oído: «Mantén los ojos cerrados un momento más, María Magdalena. Quiero enseñarte a ver sin necesidad de los ojos. Ahora no me ves, pero sabes con certeza que estoy cerca de ti porque me sientes. En este momento, no puedes evitar sentirme. Voy a soltarte un momento y daré solo un pequeño paso atrás». Y me soltó y guardó silencio un momento. «Sabes con certeza que sigo aquí, aunque no me veas. Ahora piensa en una pregunta sin decirla en voz alta y espera con los ojos cerrados». Y él guardó silencio y yo me quedé allí, todavía con los ojos cerrados. Ya no oía nada a mi alrededor, ni siquiera a María. ¿Seguía yo misma en la casa de María? Se hizo largo. Ah, sí, tenía muchísima curiosidad por saber cómo le iba a

Rebecca y Hannah. Pasaba un buen rato y me senté un momento en el suelo, sin abrir los ojos. Esperé. Me pareció oír cómo se abría una puerta y unos pasos arrastrados, y sentí que él se sentaba a mi lado. «Abre los ojos, María Magdalena. Tengo algo para ti». Abrí los ojos y tuve que acostumbrarme a la luz. Vi que María seguía sentada a la mesa. Él esperó un momento y primero me mostró un largo mechón de pelo castaño oscuro de Rebecca, luego un bonito mechón rubio de Hannah y después, sí, un mechón de pelo negro. ¡Me abalancé sobre él! No me importaba si le gustaba o no. Estaba en la gloria. Jesús y María se echaron a reír.
«¿Rebeca ha conocido a un hombre?»
«El hombre se llama Samuel [55]y están esperando un bebé». Esperó un momento a que me calmara un poco y me devolvió a la lección: «Solo si confías en mí podré ser la luz para ti en tu oscuridad. Conozco tu alma y tu alma me reconocerá en la oscuridad, pero no podrá seguirme sin esfuerzo. Solo porque te mantuviste firme en mantener los ojos cerrados con confianza, tal y como te pedí, pude responder a tu pregunta. La oscuridad suplica confianza para poder convertirse en luz. Todo ser humano conoce la luz del sol tanto de día como de noche. Nadie tiene por qué dudar de ello. La oscuridad espiritual y la luz no son diferentes. La confianza en mi amor por el ser humano es el sol. La desconfianza en mi amor es la oscuridad. La oscuridad

[55] *Samuel* significa «Dios ha escuchado».

Oculta el mal. La oscuridad es la menos agresiva de las cuatro fuerzas opuestas, pero precisamente por eso es la más difícil de distinguir. La oscuridad espera pacientemente una noche con la luna oculta. Pero tú ya lo sabías, en conversaciones anteriores, que puedo leer tus pensamientos y aun así no me creíste. Algún día tendrás la ardua tarea de transmitir todo esto a otras personas que buscan.

Su suave voz atravesó la última oscuridad. Mis ojos espirituales se abrieron y mi gota de lluvia cayó en un río.

María se levantó y preguntó en voz baja: «¿Quieres un poco más de té?». No esperó respuesta y ya se lo estaba sirviendo. «¿Un poco de azúcar? También tengo algo rico». Parecía que nada había cambiado en ella. De repente me di cuenta de lo mucho que ella me superaba espiritualmente y, sin embargo, seguía siendo tan modesta y amable conmigo. María ya vivía así desde niña y dominaba los cuatro escollos sin pensarlo dos veces. ¿Qué había hecho yo para merecer estar tan cerca de ellos? Ya me reía para mis adentros de ese pensamiento erróneo y oscuro; miré a Jesús y él me devolvió la mirada guiñándome un ojo y sonriendo: «Ya lo he visto». Jesús se levantó al cabo de un rato: «Ven, daremos un paseo por el pueblo». Abrazó a su madre y salimos juntos de la casa. María me siguió unos pasos, me tomó de la mano y me susurró: «Gracias por tu amor», y volvió sobre sus pasos. Me quedé clavado en el suelo: ¿puede una persona que es amor en todo ser más humilde? Mucho más tarde lo comprendí

lo comprendí: la humildad sincera es la esencia del amor verdadero.

Pasamos junto a los primeros vecinos y, antes de que nos diéramos cuenta, todo el barrio se había reunido a nuestro alrededor. La fama de Jesús era imposible de ocultar en Nazaret. Nos lanzaron tantas preguntas y mucha gente pensaba que éramos pareja, aunque yo parecía bastante mayor que el treintañero, pero, para ser sincera, debo confesar que, para tener más de cuarenta años, tampoco estaba tan mal. Eso halagaba mi vanidad, pero lo resté importancia con humor: «En Magdala vive un buen curandero».

Jesús y yo seguimos caminando tranquilamente. Pasamos por delante de la casa de Annas, que ya había fallecido, pero donde ahora vivía su hijo Ethan con su mujer y sus hijos. Ethan salió: «Hola, Jesús, quiero pedirte perdón una vez más por lo que hice en su día al malgastar así el preciado agua en el jardín de mi padre, y sí, me di un buen susto cuando me convertiste en un arbusto. Todavía les digo a mis hijos, cuando se portan mal, que voy a ir a buscarte, pero ahora estás aquí…». De repente, sus cuatro hijos salieron corriendo detrás de él y se rieron tímidamente. Jesús se agachó ante ellos y todos se le echaron al mismo tiempo al cuello y a la espalda, tirándole de los brazos y las piernas. Había cosquilleos, risas, tirones de orejas, gritos, «¡ay!», «¡no!», muecas, «¡no lo hagas!», tirones de barba, risitas. Ethan y yo yacíamos exhausto por el

Risas: ¡el hijo del rey en plena situación de emergencia! Jesús sobrevivió por los pelos al atentado y Ethan lo abrazó: «Esta es mi venganza por tu arbusto, mi querido amigo». Seguimos adelante. Dos callejones más allá, se detuvo de repente junto a una casa y miró hacia el alto tejado. «Aquí vivía…», comenzó a decir, pero la puerta ya se había abierto de par en par: «¡Jesús! ¡Mi mejor amigo! ¡Qué sorpresa!». Ya nada me sorprendía. «María Magdalena, este es Zeno[56] , uno de mis mejores amigos», me guiñó el ojo ostentosamente. Zeno protestó: «¿Mejor? ¡Mi "mejor" amigo, sí! ¡Le debo la vida!». Y Zeno empezó a explicarme de inmediato que, de niño, se había caído del tejado y había muerto, y que Jesús lo había devuelto a la vida mientras jugaba. Zeno me miró y luego volvió a mirar a Jesús: «¿Os vais a casar? Os deseo a los dos al menos tanta felicidad como la que yo tengo». Y se refería a su mujer y a sus queridos hijos. Jesús respondió: «Estoy casado, si se quiere llamar así, con cada persona, Zeno. Amo a todas las personas». Zeno se arrodilló ante él y le pidió que bendijera a su familia. Los hijos y la esposa de Zeno siguieron su ejemplo y Jesús puso la mano sobre la cabeza de cada uno de ellos y los llamó por su nombre. Yo observaba conmovido y también me arrodillé ante él. Luego me ayudó a levantarme y me susurró: «Vamos al río». Sin embargo, sus bendiciones provocaron una reacción en cadena en el pueblo: mucha gente siguió el

[56] También tomado de los mismos escritos apócrifos.

Ejemplo de la familia de Zenón. Me causó una profunda impresión y fortaleció enormemente mi fe: «Él es verdaderamente el Hijo de Dios». Más tarde supe que su vecindario le tenía mucho cariño, pero el resto de la ciudad en absoluto; allí incluso querían expulsarlo por unas declaraciones que había hecho en la sinagoga cuando era más joven. No hay «profeta» en su propia tierra.

Tardamos un rato en llegar al río. Una vez allí, la gente nos mostró respeto para dejarnos descansar. Volvimos a estar solos.

«¿Puedo hacerte una pregunta?» Me pareció la mejor pregunta para empezar, porque mi respeto y mi amor por él crecían día a día después de todo lo que ya había podido ver y aprender.

Me miró y asintió con la cabeza.

«Siempre hablamos del espíritu, pero ¿qué hay del cuerpo? Soy mujer, fui creada para dar a luz. Supongamos que no tengo hijos, ¿significa eso que he fracasado?» «Para responder a esto, debemos volver a la historia del Edén. La versión que Belial dio de ella estaba muy hábilmente construida, en el sentido de que confirmaba la imagen de cómo Yahvé hace que la mujer surja como una entidad propia de la carne del hombre: por un lado, es una hermosa imagen de unidad, igualdad y amor mutuo inquebrantable; por otro lado, el hombre debería asumir entonces la responsabilidad por el error de la mujer y defender a su mujer, su igual, pues un error entre dos iguales es inmediatamente un error compartido por igual. Y

Eso es precisamente lo que el astuto Belial evita que suceda en su versión de la historia de mi Padre, pues así el hombre no puede seguir siendo la víctima del error de la mujer en los siglos venideros. De este modo, la mujer está condenada a sufrir eternamente su castigo, los reproches y la opresión, y queda reducida a un mero útero para engendrar hijos. Y después, Belial se envía a sí mismo como un Yahvé con piel de cordero y los expulsa sin piedad —algo totalmente indigno de un Dios de amor— del Edén paradisíaco, y así Belial confirma al hombre, aparentemente inocente, para siempre en su papel de víctima como consecuencia del error irreparable de su estúpida mujer, y así el hombre la considera su propiedad. Hasta aquí la funesta y retorcida historia de Belial sobre el Edén, que hasta la fecha se ha registrado como la historia divina del Edén. La verdadera historia divina del Edén es algo muy diferente: la Naturaleza[57] en el Edén es la raíz pura del bien absoluto donde el Padre comparte generosamente su gracia divina con su creación, pero todo lo que el hombre cree poder crear por sí mismo con adaptaciones, decretos, reglas de honor y

[57] «La Naturaleza con su raíz pura» se menciona realmente con ese nombre en el Evangelio de María Magdalena (EvMar 7, 5-8) y tiene su origen en la doctrina de la escuela de Marco Aurelio y el platonismo. En mi opinión personal, equivale al Edén puro del primer libro de la trilogía, segundo capítulo «Edén», en la página 23. En resumen: la Naturaleza = Amor Puro con el que nace cada ser humano.

La gloria solo conduce al sufrimiento o a la confusión. La propia Naturaleza acabará por deshecer y corregir todo ello hasta su raíz, hasta su puro principio y fin: el amor cristalino. La Naturaleza considera los errores cometidos, ya sea consciente o inconscientemente, contra el amor como adulterio y engaño. El pecado no existe en sí mismo, sino que surge únicamente de este adulterio o traición al bien. En el verdadero Edén divino no existía el pecado mientras el Hombre y la Mujer fueran uno en la raíz pura de la Naturaleza. Todo sufrimiento y confusión proviene de lo antinatural, causado por el propio ser humano. Por eso me dirijo hoy al ser humano: sed todos uno de corazón y no mezcléis ese corazón puro con nada: ni reglas, ni jerarquía[58] , ni artimañas, ni amor propio, ni ansia de poder, ni engaño, y el pecado no existirá. Repito tu pregunta: «Soy mujer, fui creada para tener hijos. Supongamos que no tengo hijos, ¿he fracasado entonces?». Mi respuesta: no existe ninguna regla que diga que debas tener hijos o que no puedas tenerlos. Solo hay una regla: amaos los unos a los otros, independientemente del género». Jesús guardó silencio y miró al frente

A pesar de ello, me sentí más identificada con los errores que él mencionó que con lo bueno. Al parecer, estaba haciendo algo mal. No por él, sino por mí misma. Yo era

[58] La palabra «jerarquía» proviene del griego *hierarchia*, que significa literalmente «orden sagrado» o «dominio sagrado». Se compone de las palabras griegas *hieros* («sagrado») y *archein* («dirigir» o «gobernar»), que juntas denotan una estructura divina o sagrada de poder y autoridad. La pregunta clave es si estas dos palabras no son una contradictio in terminis.

Desesperado en mi interior, luché contra ello, pero no conseguí deshacerme de ese sentimiento. Reuní todo el valor que me quedaba y empecé: «¿Puedo hacerte una última pregunta, una pregunta que me resulta difícil…?»
«Por supuesto, María Magdalena. No tengas miedo». Me dio la sensación de que Él ya sabía lo que iba a preguntarle. Así que se lo solté rápidamente: «¿Qué?… ¿Qué?…¿Qué hago con este enamoramiento? Estoy muy enamorada de ti. Pienso en ti cada segundo, querría estar contigo en todo momento, no puedo estar sin ti, quiero besarte, tener un hijo contigo, ya no puedo pensar con claridad. Creo que cualquier mujer se enamoraría de ti. ¿Es eso entonces… es eso entonces adulterio por amor? ¿Es eso amor propio?»
No me atrevía a mirarle a los ojos, ya era bastante difícil que Él viera dentro de mi corazón.
«Tu amor por mí es sincero y, por lo tanto, es amor. Al igual que mi amor por ti es sincero, pero hay una gran diferencia de naturaleza entre nosotros dos. Tu naturaleza puramente humana no es como mi naturaleza divina. Intentaré explicártelo desde tu propia naturaleza: mi Padre siguió preocupándose por su criatura y no sería el Amor mismo si no le tendiera una mano al hombre caído, pues de lo contrario todo conocimiento del amor desaparecería. Les concedió la capacidad de enamorarse. La principal característica del enamoramiento es su amor gratuito y natural, que apenas requiere esfuerzo y parece estar garantizado para siempre. Este estado de felicidad entre dos personas libres muestra

les ofrece un atisbo del Edén perdido. En medio de las numerosas y terribles guerras entre pueblos, el enamoramiento de las personas sigue siendo a menudo testimonio del amor edénico de antaño y sigue siendo una fuente del impulso de sobrevivir para vencer al mal. Sin el enamoramiento, el ser humano no podría ni podrá sobrevivir fuera del Edén. Pero, hay un pero, el ser humano caído se enamora de otro ser humano caído y, por supuesto, esto es un regalo inmenso, pero muy rara vez es el ser humano capaz de conservar este regalo celestial completamente intacto porque, tarde o temprano, se convierte en un verbo. Casi todo enamoramiento pierde tarde o temprano su carácter natural y debe, a base de tropiezos y levantones, volver a adaptarse al amor; casi diría «redescubrirlo», aunque esta palabra sea errónea, pues el amor nunca ha estado ausente. Es una réplica directa de la caída del hombre en el Edén, con la que no se pueden comparar ni los terremotos más fuertes de la Tierra. Solo el hombre y la mujer de la pareja enamorada que buscan la causa de la pérdida del enamoramiento únicamente en sí mismos y no en su pareja, pueden sobrevivir a su terremoto y consolidar su amor a pesar de todo».

Él calló y yo callé, y de repente me sentí más tranquila gracias a la comprensión que había adquirido. Apoyé la cabeza en su hombro y supe que ahora podía hacerlo sin preguntar, porque ya había aprendido que él podía leer mis pensamientos, que comprendía que él ya me había dado todo su amor y que no tenía que esperar nada más. Recibí

Al mismo tiempo, me vino este pensamiento: recibo todo su amor, pero ¿qué puedo perder? ¿Cuál es el dolor más insoportable que puede sentir un ser humano? Él respondió a la pregunta sin que yo tuviera que formularla: «El dolor por la muerte de un hijo». Me quedé en silencio y recordé a mis tres hermanitos asesinados. Ya no me invadían pensamientos de «ansias de amor» o de «pérdida», sino que experimenté un atisbo de paz, paz en el silencio. Parecía como si ahora sintiera amor por él como una anciana sin ningún deseo de tener hijos que hubiera convivido con él durante años. Me sentí liberada de mi enamoramiento a cambio de un amor no menos puro por él. Volví a mirarlo y en su mirada vi un destello que me hizo comprender que él sí podía leer mis pensamientos. Ya no necesitaba plantearle la siguiente pregunta con palabras y, de hecho, no lo hice, pero para el lector no puedo evitar escribirla aquí: «Jesús, ¿puedes leer los pensamientos de todas las personas?». Él respondió que sí podía: «Si las personas me aceptan interiormente como Cristo o el Hijo de Dios, Belial desaparece de inmediato y ya nada se interpone en el camino».

Decidió: «Ahora hablaré desde mi naturaleza divina. Amo a todas las personas; incluso cuando percibo las fuerzas diabólicas en los fariseos, los amo porque son víctimas de una falta de comprensión y conocimiento de los cuatro poderes: la ira, la oscuridad, la ignorancia y la codicia. Oh, sí, cada persona es responsable en última instancia de esto, pero yo he venido para...

mostrarles que no deben seguir a esas fuerzas diabólicas, y dejarles claro que cada persona tiene en su interior el poder para neutralizar esas fuerzas diabólicas. Si yo ya soy capaz de amarlos como hijo del hombre, como hijo del hombre y de Dios, ¿cómo es posible que mi Padre, que es pura divinidad y es el Amor, no sienta amor y compasión por todos los descendientes de Adán y Eva caídos? Él me envía para ser el cordero de la Pascua. Esa es mi misión. Querida María Magdalena, no intentes comprender esto todavía: todo en la tierra tiene su tiempo».

En aquel entonces, la verdad es que no tenía ni la más remota idea de lo que significaba «ser el cordero de la Pascua». No sabía gran cosa sobre los rituales judíos. Mi padre era un zelote y mi madre, mi hermano y mis hermanas fueron asesinados por los romanos; yo fui el único que sobrevivió. Me resultaba difícil, por no decir imposible, sentir simpatía por los romanos. Quería hacerle otra pregunta a Jesús de inmediato, pero él se me adelantó de nuevo: «La diferencia entre tu naturaleza y mi naturaleza divina es que yo no solo nací de los descendientes de Adán y Eva caídos. Mi Padre ha esperado siglos por una mujer tan pura como Eva del Edén. Para él fue como esperar una gota del mar. El enamoramiento me es ajeno, porque amo a todas las personas por igual. Se podría decir que estoy enamorado de todas las personas, pero ningún ser humano puede comprenderlo. Contigo puedo hablar abiertamente de esto, tal como podía hablar de ello con mi madre o con José, que en paz descanse. Pero

«Cuando me encuentro con gente en la calle, debo adaptarme y hablar el idioma que ellos entienden. Nadie puede ocultarme lo que hay en su interior ni fingir, y nadie puede conocer lo que hay en el mío, salvo mi Padre». Miró en silencio hacia el infinito. Sin embargo, me sobresaltaron las palabras «a menos que sea mi Padre». ¿Y por qué no también su madre?, pensé, pero en ese momento no obtuve respuesta de él. Mucho más tarde, bajo la cruz, comprendí por qué: quería ahorrarnos el sufrimiento a las dos, a María y a mí. En aquel momento lo acepté y no insistí más.

«Esa adaptación, como acabas de decir, al lenguaje del hombre caído, ¿pueden ser también los hechos? Ahora recuerdo cómo nosotros, María y yo, nos quedamos consternados cuando nos enteramos de que habías expulsado a los mercaderes del templo. ¿Había algo más que ira detrás de eso? ¿Puede la ira ser una expresión de amor?»

«No, eso no puede ser y es imposible. Demuestra que yo también desciendo en parte del hombre caído, a pesar de que mi madre recorre un camino de vida intachable del que puedo aprender todo lo que es humano. Puedo hablar en nombre de mi Padre, porque esto no era en absoluto lo que mi Padre tenía en mente.

Para mí también ha sido un proceso de crecimiento y adaptación en mi doble[59] papel como parte de ser humano en una parte de Dios. Recuerdo que cuando eché a la fuerza a esos mercaderes, me dolió mucho por dentro, algo que nunca antes había sentido como ser humano. Mi espíritu y mi cuerpo se rebelaron en mi interior sin piedad hacia mí mismo. Con razón. Esto muestra la verdadera naturaleza de mi Padre, que incluso Él, que sufre cuando yo sufro, sigue amando eternamente a cada ser humano caído. Los milagros que puedo realizar solo puedo hacerlos en el momento en que soy uno con mi Padre. Yo mismo no tengo ese poder; al parecer, solo lo tengo a mi disposición cuando mi Padre y yo somos uno en un mismo espíritu. Desde mi infancia [60]he aprendido a base de trial and error, a intuir si en ese momento soy capaz de sanar a un ser humano o incluso de devolverle la vida, o no. El sentimiento más importante al respecto es la humildad: puedo ser el siervo del Padre, al igual que mi madre es la sierva del Padre. O como mi Padre quiere ser siervo de cada persona que le reconoce con gratitud como su Padre. Sin el Padre, yo y el ser humano no somos nada. Por otra parte, también tengo

---

[59] A pesar de la confusión que esta bipolaridad parece generar, es precisamente esta característica la que hace que el dios sea accesiblemente humano y divino. Da aliento a nuestra intuición y a nuestra nostalgia por seguir buscando el Edén.

[60] Obsérvese cómo esto parece contradecirse por completo con, por ejemplo, la historia anterior de Etán y la zarza en los evangelios apócrifos. Es un buen ejemplo de lo contradictorios que parecen algunos milagros si se parte de la base de que no hubo una evolución con altibajos.

nunca ha contemplado el Santo de los Santos. Y con razón».

Cayó la noche rápidamente. Los pajaritos buscaron su lugar para dormir. Y con el silencio llegó la paz. Repasé mentalmente los tres días que habíamos pasado muy unidos. Ambos nos habíamos desnudado el uno ante el otro. Había recibido respuesta a todo. Pero un solo cabo suelto seguía rondándome la cabeza y, justo cuando iba a formular la pregunta, Jesús se detuvo, se sentó, miró al cielo y comenzó a hablar él mismo sobre ello: «El Rey con alma de niño regresa al mundo para salvarlo y será crucificado por los hombres». Me detuve un momento, pero no por sorpresa. Su noble rostro, bañado por la luz dorada de la luna llena, delataba su origen real. Sus ojos admirativos escrutaban embelesados las profundidades del universo. Acaricié suavemente con las yemas de los dedos los rasgos de su rostro y le expresé mi profesión de fe: «Tú, que tienes el poder y la fuerza del amor y te eriges en ejemplo para el ser humano de que nadie tiene derecho a matar a un enemigo a menos que sean las fuerzas enemigas que hay en mí, tú, que estás en mí, nunca podrás morir». Le di un beso en la frente y no necesité derramar ninguna lágrima, pues entre nosotros dos nunca podría existir una despedida. Habría sido la última conversación profunda entre nosotros, aunque María y yo siguiéramos siguiéndole a distancia.

Llegamos a casa y había tres burros cargados y agobiados junto a la casa. ¡Juan había llegado!

María

Me sorprendió un poco, porque me costaba creer que Juan ya hubiera vuelto. Él se rió ante mi sorpresa: «Mira, madre, he vuelto con tres campeones. Te los voy a presentar: Oz, Uz y Az. Gracias a Dios, pude comprarlos al principio de mi viaje de ida a un ganadero que también se dirigía a Magdala, por lo que no tuve que seguir a pie y pude alternar a los animales con regularidad para que llegáramos rápido a Magdala. Te los presento: este es Az, no es el más rápido, pero sí el más cariñoso y el que mejor obedece a una mujer amable, y esa eres tú, mi querida madre. Este es Oz y es perfecto para María Magdalena: tiene un poco más de carácter, pero sigue siendo dócil. Y Uz es el más testarudo, pero también el más fuerte, y por eso es ideal como animal de carga para las provisiones de los demás apóstoles, como puedes ver». Quería entregarme el oro que quedaba, pero me negué: «Ayuda a los pobres por el camino, Juan». Un poco más tarde nos sentamos a la mesa y también se unieron Jesús y María Magdalena. Juan dio cuenta de su viaje a Magdala. María Magdalena hacía una pregunta tras otra: dónde había estado Juan, dónde había dormido, dónde había comido. Todos ellos eran mis hijos. Y Djibril también estaba presente, porque esta

esta tarde un pan junto a mi telar. Jesús fue el primero en levantarse y dirigirse a su lecho.
Lo que hizo por María Magdalena durante esos tres días, lo hizo igualmente por mí, para que tras su muerte tuviera a mi lado a una verdadera amiga que pudiera comprenderme.
Sin mis dos queridos hijos, mañana la casa parecería vacía, pero nunca lo estaría. María Magdalena y Djibril seguían allí.

María Magdalena

Ahora que por la mañana sabía que me despediría de Juan y Jesús, no me invadió ninguna pesadumbre, al contrario: revoloteaba como una mariposa púrpura y no se me ocurrió nada mejor que levantarme al amanecer para preparar todo para el desayuno y provisiones para el camino, de modo que María no tuviera que hacer nada más y tuviera todo el tiempo para despedirse de Juan y Jesús. Me encantaba llevarme a los burros, porque me hacían recordar con gratitud a Lem, Hannah y Rebecca con su Samuel y el bebé que estaba por llegar. Había juntado sus mechones de pelo para guardarlos en una bolsita de la tela morada de Elisabeth. Lo llevaría conmigo a todas partes y cada noche le daría un beso de buenas noches a la bolsita, y eso es lo que sigo haciendo. No necesitaba volver a verlos necesariamente, porque siempre estaban conmigo. Todo estaba listo, la mesa puesta, y salí a sentarme en el banco y disfruté de la suave salida del sol y del concierto de bienvenida de los pajaritos.

Desde nuestras conversaciones, una paz se había apoderado de mí. La certeza de que Él nunca podría alejarse de mí y de que siempre podría encontrarlo en mi interior y recurrir a Él era una sensación celestial. Conocer las cuatro fuerzas que debían combatirse en todas sus facetas más pequeñas era la clave del amor, el amor por el prójimo, pero también el amor por uno mismo. Y solo así comprendí que, en el desierto más vasto, nunca más podría perderme ni morir de hambre. Ya no necesitaba un templo de piedra, ni reglas ni obligaciones, ni grandes gestos, salvo ese único mensaje: vence la oscuridad, la ira, la codicia y tu ignorancia en lo más profundo de tus pensamientos, y así ya no conocerás al enemigo y tu alma se convertirá en un templo de amor donde Dios mismo habita en ti y donde cada uno de tus semejantes que te visitan se complace en permanecer.

Había recibido y, a partir de entonces, llegó el momento de dar.

María Magdalena

El día después de que Jesús y Juan se marcharan al amanecer con los dos burros y María y yo les despidiéramos con la mano, nos sentamos solos a la mesa por primera vez. María vio lo mucho que me había afectado su partida y me sorprendió que a ella no le pasara lo mismo. Al contrario, me atendía como si yo estuviera por encima de ella, pero, por supuesto, no era así: parecía inmensamente feliz con el cambio que había experimentado tras tres días de conversaciones con Jesús. No pude soportarlo y me tiré al suelo a sus pies. Ella me levantó suavemente y me abrazó con ternura. Le susurré al oído: «Cuéntame sobre tu vida, ¿cómo te has vuelto tan fuerte?».

María

Le susurré a mi vez: «Tú tres días, yo toda mi vida». Al fin y al cabo, en el Santo de los Santos había aprendido cómo el tiempo se volvía atemporal y, una y otra vez, segundo a segundo, vislumbraba la eternidad que se hacía cada vez más eterna. No podía explicárselo con más claridad. Yo solo podía sentirlo, pero no expresarlo con palabras ante mi prójimo: cualquier palabra para describirlo es demasiado débil, carece de significado. Lo único que podía decirle era que iba por buen camino, y eso fue lo que le dije.

Yo también se lo dije, aunque eso no saciara su hambre y a ella le pareciera solo una palabra de consuelo. Mi hijo estaba a punto de escalar una montaña de lo más dura, con el peso de toda la humanidad sobre sus hombros, y antes de emprenderla, como un hijo preocupado, quiso asignarme una amiga del alma que pudiera compartir mi dolor y que realmente pudiera sufrir conmigo. María Magdalena, junto a Djibril, como se demostraría más tarde, fue, por así decirlo, su regalo de despedida para mí, gracias al cual su despedida de la tierra no pudo ser sentida por mí como desesperación. Mi hijo había levantado un poco el velo sobre todo el plan de salvación del Padre y yo tuve a alguien a mi lado que podía comprender ese poco tanto como él. De repente pensé en Dismas y Gestas, los dos ladrones durante nuestra huida a Egipto, el bueno y el malo, pero ¿qué no habría vivido quizá el «malo» Gestas en su juventud? Yo mismo no pude establecer en ese momento la conexión entre los dos ladrones y mis cavilaciones sobre María Magdalena y yo. ¿Quizá el ladrón bueno y el malo eran los mejores amigos el uno del otro?

María Magdalena

De repente, me oí contarle en voz alta lo que pensaba: «Jesús me dijo con toda tranquilidad que él, el hijo del rey, iba a ser crucificado». María se limitó a asentir y yo continué: «Su breve comentario me pareció una extraña obviedad. Reaccioné

«Apenas, porque estos días me ha quedado claro que él está en mí, y esa imagen nunca podrá ser crucificada, él nunca podrá morir en mí». Me quedé asombrada de mí misma. «Por otro lado, no puedo negar que me da miedo contemplar algo tan terrible». María se acercó a mí, me abrazó y me susurró: «Tú misma has dado la respuesta a tu pregunta. Es cierto que él no puede morir. Recuerda su maravilloso nacimiento, los tres Reyes Magos. Estaban tan convencidos de ello que fueron a buscarlo desde tan lejos. No olvides volver a llevar mirra». Fue como si en ese momento hubiéramos forjado juntas un pacto para la eternidad, para que, tras la resurrección de Jesús, cada una siguiera su camino para dar testimonio del hijo del rey que nunca moriría. Al igual que los tres Reyes Magos, que vinieron desde muy lejos para honrar el nacimiento del niño y luego se separaron, María y yo honraríamos la muerte del niño en cualquier parte del mundo.
Parecía que iba a convertirme en apóstol de Jesús. La mirra ya estaba preparada.

María

Cuando mi hijo y Juan se marcharon, Juan me preguntó cómo podían localizarme mejor cuando María Magdalena y yo fuéramos a ir y dónde podrían encontrarnos. «No te preocupes, Juan, estaremos allí en el momento en que sea necesario», le dije y le di mi bendición. Después me despedí de mi hijo, lo abracé y él me susurró: «Hasta

, madre de Ascalón, pronto me tocará a mí». Me soltó y sonrió suavemente para tranquilizarme. Asentí con la cabeza, le acaricié el pelo una vez más y le di un beso. Me di la vuelta y me reuní con María Magdalena, que sujetaba al burro mientras Juan ataba el último equipaje. Poco después partieron.
María Magdalena y yo los seguimos con la mirada hasta que desaparecieron de nuestra vista.

María Magdalena

Después, se hizo el silencio en la mesa. Cada uno procesaba la despedida a su manera. María se retiró a su telar y yo fingía estar ocupada, pero en realidad no hacía nada. No sabía qué hacer conmigo misma. Hasta que, sin darme cuenta, me encontré agarrando con fuerza la bolsita con los mechones de pelo de Hanna, Rebeca y también Samuel. La miré. María me miró desde su habitación y se acercó a mí: «Rebeca dará a luz pronto. Llévate a los burros Oz y Az para que ambos te conozcan. Rebeca te necesitará. Ve tranquila, tienes tiempo y confía en Djibril. No me mires: me vendrá bien estar sola un tiempo y Djibril vela por mí. Te daré algo del oro para Rebeca. Y dale también recuerdos al señor Lem». Sonrió. La miré con gratitud y su propuesta me sacó de mi estado de ánimo sombrío. Acepté y preparé todo para el viaje a Ein Karem. A la

A la mañana siguiente partí con los dos burros, y mi experiencia con Lem me vendría muy bien. No tuve que acordar nada con María sobre cuándo volvería. Ambos sabíamos que los ángeles alimentarían nuestra intuición cuando llegara el momento.

María

La casa estaba de nuevo vacía, pero nunca me sentí solo. Las cuerdas del elón cantaban de alegría y ahuyentaban mis preocupaciones. Pasara lo que pasara, era el plan de salvación de Dios para la humanidad, ¿y de qué iba a tener miedo?

Cantaba los salmos y oía en mi mente las oraciones de Zacarías refrescándome la memoria con claridad, y me imaginaba de nuevo en el Santo de los Santos. Ni siquiera tenía que hornear pan ya. Djibril nunca estaba lejos. Fuera cual fuera la tormenta que se avecinara, yo estaba preparada.

Que así sea.

María Magdalena

Oz y Az estaban ensillados y partimos. Conocía el camino como la palma de mi mano, de día y de noche. Alternaba a los burros con regularidad para poder sentir a ambos y elegir para María al más dócil, es decir, el menos testarudo. Al caer la primera tarde, estaba claro: Az sería para María y lo felicité por la buena elección. Oz se quedó allí como si lo entendiera todo y parecía desilusionado y celoso. Le susurré al oído para que Az no pudiera oír nada: «Oz, tú eres mi campeón, pero no se lo digas a Az». Ambos estaban ahora contentos y tuvieron tiempo de comer en el prado. Lo que antes me llevaba al menos ocho días a pie, ahora lo haría fácilmente en cuatro días. ¡Mañana por la noche! ¡Qué ganas tenía!

Rebecca

Aquella mañana encontré un pan en mi puerta. Lo reconocí enseguida. María Magdalena me había hablado de él y se ajustaba perfectamente a cómo lo había descrito: la *«chi»* griega y la *«ro»* griega en la corteza, símbolo del Redentor. Se lo mostré a Samuel con los ojos muy abiertos y llenos de expectación. Supe al instante qué iba a hacer con él, me tumbé en la cama y coloqué el pan sobre mi vientre, ya muy avanzado. Hannah y Samuel se tumbaron a mi lado. «¡Nuestro bebé está bendecido! Djibril está...

«¡Ojalá María Magdalena estuviera aquí!». Y, de repente, el bebé dio una fuerte patada. A Hannah le hizo gracia porque el pan se movía sin parar, y los tres pusimos las manos sobre el pan y el bebé se calmó. Mi querido Samuel ya había oído todas mis historias maravillosas y para él era ahora la primera vez que él mismo vivía algo maravilloso. Aunque esto no era cierto, era la segunda vez, pero la primera vez no pudo creer que no fuera una coincidencia.

Samuel

Soy el hijo de un comerciante muy rico de Massilia[61] y mi padre me envió por primera vez completamente solo en una misión con mercancías valiosas para un comerciante de Jericó. Los judíos eran conocidos por su comercio fiable. Tras un largo y peligroso viaje por mar, atracé en el puerto de Ashdod y continué mi camino con una pesada carga de mercancías en una carreta tirada por dos búfalos. Al caer la tarde, a mitad de camino de mi destino, llegué a un cruce y, por extraño que parezca, en aquella carretera solitaria vi a un anciano que me abordó espontáneamente: «¿Adónde vas, joven?». «A Jerusalén y luego a Jericó, buen hombre», respondí cortésmente. «No quiero ser indiscreto, pero ¿supongo que transportas mercancías valiosas? Entonces creo que lo mejor es que gires aquí a la derecha. Allí vive alguien

[61] El Marsella actual

que es más rico que nadie en Jerusalén y te dará mucho más por tus mercancías que nadie. Ten confianza, es alguien a quien conozco bien. Estuve allí esta misma mañana. Di que te envía Djibril». Y se dio la vuelta y desapareció en la noche. Al principio dudé, pero mi curiosidad era mayor que el dinero. La luna llena me permitió continuar el viaje y seguir el camino que el hombre me había indicado. Hacia el amanecer divisé una pequeña ciudad en un valle y empecé a dudar mucho de si había tomado la decisión correcta. No veía ningún palacio ni gran almacén. Solo veía a lo lejos, en mi camino, en lo alto de una colina, una casita con una luz encendida y allí iría a llamar en busca de consejo. Sentí que me enfadaba bastante, sobre todo conmigo mismo, y me sentía engañado por ese «buen hombre». Llegué a la casita, muy bien cuidada y acogedora. Llamé a la puerta. Se abrió y una mujer guapísima me recibió: «Bienvenido a la casa natal de Juan el Bautista».

Rebecca

Me enamoré al instante de sus hermosos y dulces ojos oscuros. Ninguno de los dos pudimos ocultarnos nuestros sentimientos por mucho tiempo y solo nuestras sonrisas recíprocas, llenas de pura felicidad, nos derretían el corazón. De repente, me volví torpe junto al fuego y él actuó con la misma torpeza al atar sus búfalos. Ambos nos reímos y no sabíamos cómo comportarnos. En ese momento

de repente apareció Hannah: «¡Oh! ¡Un papá!». El hielo no podía derretirse, porque nunca había habido hielo.

Samuel

Me sentí abrumada. En primer lugar, por esta mujer tan amable y su adorable hijo, pero también me impresionó mucho haber llegado aquí, a la casa natal de Juan el Bautista. Al llegar a Ashdod, solo se hablaba de dos personas: Juan el Bautista y Jesús el Salvador. Y yo no podía saber si Rebeca, aquí en este lugar tan lejano, ya se había enterado de que Juan el Bautista había sido decapitado. De inmediato sentí mucha curiosidad por la historia de Juan el Bautista, pero aún más por la historia de la propia Rebeca. Esta casa respiraba solo amor, mientras que en el palacio de mi padre solo había conocido frialdad. Fue un regalo. Era un regalo de Dios, y esa misma noche aprendí el significado de esa palabra. Ella se sorprendió de que pudiera entender y hablar su idioma maravillosamente bien. Le conté que ya había atracado muchas veces con mi tío en Haifa para comerciar en Magdala, y que ahora había atracado en el puerto de Ashdod porque estaba mucho más cerca de Jerusalén, para poder seguir hacia Jericó.

Rebecca

Mientras tanto, Hannah se había ido a dormir y nosotros nos quedamos sentados a la mesa, a la luz de una lámpara de aceite, compartiendo nuestras historias de vida.

Empezamos como extraños y pasamos a ser compañeros en el dolor y la alegría, en los reveses y los acontecimientos felices, y así nos fuimos acercando cada vez más el uno al otro. Nuestras diferencias y nuestros secretos mutuos se desvanecieron como la niebla ante el sol de la mañana y dieron paso a una calidez, seguridad y respeto mutuos como nunca antes habíamos conocido. Al amanecer de aquella noche maravillosa, le dije que había sido un regalo de Dios. Él frunció el ceño. «Venga, te lo explicaré mañana. Ahora vete a dormir a mi cama. Yo me quedaré despierta: Hannah se va a despertar. ¡No protestes, querido amigo!», y le mostré mi cama. Me quedé despierta para cuidar de Hannah.

Samuel

Estaba enamorado. Luchaba contra el despertar de mis instintos carnales. Anhelaba besarla, cortejarla. Cómo había hablado de su juventud, solo por contar y en absoluto para llamar la atención o buscar compasión. No, en realidad su intención era puramente ensalzar el papel de una tal María Magdalena. Ella también había conocido a un anciano en el hielo que le había mostrado el camino correcto. Y sí, aquel anciano tenía razón entonces y la tiene ahora. En Massilia me declararían loco. Y por eso quería quedarme aquí: lejos del dinero de mi padre y de la codicia. Su aroma en la cama me recordaba a la lavanda de mi lejana

mi país natal. Nunca había conocido un silencio así. No podía soportar que ella estuviera allí sola, sentada en una silla esperando a Hannah, así que me levanté: «Rebecca, ven a tumbarte a mi lado en la cama con nuestra ropa puesta, para que puedas acoger a Hannah en cuanto llegue». Y así, un momento después, yacíamos en silencio uno al lado del otro y dejábamos que el silencio escribiera en nuestros corazones, con una suave pluma, nuestros incipientes sentimientos el uno por el otro. Al día siguiente le pregunté por Juan el Bautista. Tenía que hacerlo, necesitaba tener certeza y no quería que me reprocharan, con razón, haber ocultado algo así. No tenía nada que perder y, en la mesa, di el primer paso: «En el puerto de Asdod bullían los rumores sobre Juan el Bautista y Jesús el Nazareno, y no eran buenas noticias». Ella me miró inmediatamente con los ojos muy abiertos; estaba claro que aún no lo sabía, y yo le dije en voz baja: «Juan el Bautista fue decapitado por Herodes». Se levantó bruscamente y quiso huir, pero me adelanté y la abracé con fuerza. Ella sollozaba y se lamentaba, y se entregó a mí. Al cabo de un rato volvió a dejarse caer en su silla y Hannah se acurrucó inmediatamente en su regazo: «¿Por qué llora mamá? ¿Papá le ha hecho daño a mamá?». «Pero no, cariño, papá es muy bueno con mamá». Y Rebecca me miró a los ojos. Le acaricié la mejilla llorosa y acaricié a Hannah. Y yo, yo lloré en silencio ante tanta belleza en la tierra y le susurré al oído: «El anciano tenía razón. Ah, sí, se llamaba Djibril, se me había olvidado decírtelo».

Rebeca se recompuso, animada por ello: «Vamos, comamos juntos de su pan…». Parecía una cena de bodas.

Rebecca

Por muy poco amor que hubiera visto entre mis padres, por muchas peleas encarnizadas hasta la sangre que hubiera vivido, por tantos golpes que hubiera recibido, ahora me quedaba cada día estupefacto ante lo dulce y tierno que puede ser el amor entre un hombre y una mujer. Samuel empezó a hacer planes: entregar la mercancía en Jerusalén y, con ese dinero, comprar un arado y vides, semillas de todo tipo, desde hierba hasta cereales, bulbos de plantas, arbolitos frutales, una sierra y un machete, un martillo y un pico, y un montón de cuerdas para cultivar uvas en las laderas del sur, debajo de nuestra casa, y hacer vino. Los búfalos se quedarían para arar y tirar del carro. «Mi padre no me echará de menos, siempre ha preferido a mis otros hermanos y ellos se alegrarán de no tener que compartir nada más conmigo». Y añadió en tono jocoso: «Pero yo he elegido la herencia más bonita y más querida». Y entonces yo tenía que alejarme riendo para no acabar en la cama: solíamos jugar a esto porque Hannah siempre se ponía tan contenta cuando nos veía tan entretenidos. «¡Rápido, Ma Ma, más rápido!», y entonces Samuel fingía estar completamente sin aliento y le guiñaba un ojo. «¡Ma Ma puede correr mucho más rápido que tú, papá!». Pero aun así, había momentos en los que Hannah no estaba, en los que a «Ma Ma» le gustaba dejarse adelantar por «papá» y, de repente, aunque no de forma inesperada,

Dejé de sangrar y mis pechos volvieron a ponerse firmes… Samuel sonreía de oreja a oreja y Hannah estaba en la gloria y se lo fue a contar inmediatamente a Lem. Y yo… echaba de menos a María Magdalena para compartir esta alegría con ella.

Samuel

Éramos inmensamente felices. La plantación del viñedo iba según lo previsto y aún me quedaba dinero de reserva. Hannah ya podía subirse a Lem desde un tocón de árbol y se atrevía a dar un pequeño paseo con él. A menudo pensaba en el antiguo jefe de Lem, Juan el Bautista, y en sus padres, y me sentía más que agradecido de poder crecer en esta casa natal, donde habían vivido personas queridas, hasta convertirme en el progenitor de mi familia. Cuando pensaba en la bulliciosa y ambiciosa Massilia, me daba cuenta de en qué oasis de paz y amor había podido llegar con la mujer más querida, que más que ninguna otra comprendía lo precioso que es el amor. Era maravilloso ver crecer a nuestra hija y sentirla cuando por la noche podía poner mis manos sobre su vientre. Y si Hannah ya era una niña tan buena, ¿cómo podría ser mala esta niña? Solo me preocupaba el parto, no sabía cómo funcionaba. Ojalá María Magdalena estuviera aquí ahora.

Rebecca

Hace menos de una semana ocurrió algo extraño. Me levanté, me miré al espejo y vi que me faltaba un pequeño mechón de pelo. Llamé a Samuel para que echara un vistazo a ver si por detrás también se me había caído algún pelo y, mientras me miraba, vi lo mismo en él: le faltaba un trozo de pelo negro. Hannah notó nuestra inquietud y se acercó a nosotros, y efectivamente, a ella también le faltaba un mechón de pelo. Hannah salió corriendo inmediatamente y volvió enseguida: «¡A Lem no le falta ningún pelo!». Nos reímos de ello; por muy extraño que pareciera todo, nada indicaba que alguien hubiera robado nada, y con nuestro pelo el ladrón no habría podido hacer gran cosa. Samuel puso la mano sobre mi vientre, ya muy avanzado: «Tómate las cosas con calma, cariño. Si pasa algo, nunca estoy lejos». Y se marchó a su viñedo en ciernes.

María Magdalena

Acababa de cambiar de la A a la O. Ya no quedaba mucho. Llegué al desvío a la derecha; a este ritmo, en una hora estaría allí. Mi corazón latía con fuerza por la emoción, los muchos recuerdos de este lugar me invadieron y no pude contener las lágrimas: Zacarías, Isabel, Ana y un Samuel desconocido, Juan el Bautista, Rebeca y la pequeña Ana, los rollos de papiro, Lem… era mi familia. Le pedí a Oz que volviera a reducir la velocidad, disfrutaba inmensamente de este anhelo de reencuentro y, de repente, quería que

durar más: quería revivir todos los detalles de los recuerdos tanto como fuera posible, eran demasiado valiosos como para no revivirlos tal y como me sorprendieron en su momento y me habían enriquecido para poder convertirme en quien soy. Ah, sí, Djibril, a ti no te olvido, desde luego. Oí a lo lejos el rebuzno de un burro. ¡Lem! Y Oz ya no se dejó frenar…

Rebecca

Estaba ordenando todo poco a poco: hacía algo, me sentaba un rato y así sucesivamente. Hannah era mucho más tranquila de bebé. El bebé tenía que ser un niño, tan lleno de vida como su papá. ¡Uy, eso prometía! Se me cortó la respiración por el dolor repentino. Llamaron a la puerta. Esperé un momento a que el dolor desapareciera y abrí la puerta. «¡Dios mío! ¡María Magdalena! ¡Mamá!». Nos abrazamos. «¡Qué guapa estás!», me susurró al oído, ¡pero de repente volví a sentir un fuerte espasmo en el vientre! Me asusté y sentí cómo el líquido amniótico me resbalaba por las piernas. ¡Tenía los ojos y la boca muy abiertos por el pánico!

María Magdalena

No hubo tiempo para saludos y comprendí de inmediato lo que estaba a punto de suceder: «Todo irá bien, Rebecca, has roto aguas, es muy normal, tu bebé está en camino. Ya estoy aquí. Ahora mismo te ayudo a llegar a la cama». Avivé el fuego para calentar agua. Y de repente, Hannah se colgó de mi falda y me miró sonriendo, sin darse cuenta de lo que estaba a punto de pasar. La abracé un momento: «Mi amorcito, ¿te vas a...

«¿Llamas a tu papá un momento?». Ya se había ido corriendo. Las contracciones se sucedían cada vez más rápido y le di a Rebecca un trozo de madera para que se mordiera y aguantara el dolor. Al parecer, todo iba rápido, lo cual no era anormal en un segundo parto, y ya se veía la cabecita. Ejercí presión en los bordes para evitar desgarros y, poco a poco, empezó a asomar la naricita; después, todo fue muy rápido: «¡Empuja ahora, Rebecca! ¡Ahora!». Y la cabecita salió de golpe. La cabecita giró dócilmente junto con los hombros y ¡hop! Ahí apareció el pequeño príncipe en todo su esplendor. Puse al pequeño sobre su vientre y Rebecca acarició y tranquilizó al bebé que gritaba. Até el cordón umbilical, esperé a que se desprendiera la placenta y pude atar y cortar el cordón. Todo salió como debía y, desde lejos, oímos gritar a Hannah y la voz de un padre preocupado. Entraron corriendo al mismo tiempo y Samuel se abalanzó primero sobre Rebecca y la inundó de besos y lágrimas. «Mira, mi amor, mira: ¡pelitos negros y un niño, un pequeño Samuel!». Samuel le dijo a Hannah: «Mira, Hannah, este es tu hermanito y ahora tú eres la hermana mayor». De repente me di cuenta de que ese amor nunca estaría destinado a mí, pero se lo deseaba más que a nadie. Me retiré un momento a la cocina para lavar los paños y oí a Rebecca desde lejos: «Querido Samuel, tú puedes elegir un nombre para tu hijo». Escuché con curiosidad y fue mejor que no estuviera presente. Su respuesta no se hizo esperar. «Johannes, sí, quiero llamarlo Johannes».

«Podría mencionarlo, pero solo si a ti te parece bien. Esta fue su casa natal y murió por sus convicciones. Todo Israel habla de él. Es un honor que nuestro hijo naciera en esta casa». Esto me abrumó: un extranjero de un país lejano, que podría haberse inventado nombres extraños y que, sin saber mucho de nuestra religión, era capaz de mostrar tanto respeto… Necesitaba respirar un poco y me acerqué a los burros. Lem ya había conocido a Oz y a Az. Le susurré al oído a Lem: «Ha nacido un nuevo Juan», y él empezó a rebuznar de alegría. Hannah se acercó y se lanzó a mis brazos. «¡Cómo has crecido, mi querida Hannah! Qué bien que ahora tengas un hermanito, ¿verdad?». «Te he echado de menos, Ma Ma. Quiero darte un montón de besos…» y empezó a dármelos. «¡Para, cariño! Tienes que guardar algunos para tu hermanito», y ella no soltó sus brazos que me rodeaban. De repente vi el lugar donde le habían cortado el mechón de pelo. Besé ese lugar, sabiendo que Jesús lo había tocado. Palpé un momento para ver si la bolsita morada con sus mechones seguía en su sitio y eso me tranquilizó. Volvimos a entrar. Samuel corrió hacia mí.

Samuel

«María Magdalena, ¡no sé cómo darte las gracias! Gracias a ti, todo ha salido bien. Te estaré eternamente agradecida… Rebecca y Hannah te echaban mucho de menos. No puedo creer que, por casualidad, hayas llegado justo a tiempo

llegó. Esto es un milagro, aunque no soy de los que creen en los milagros, pero aquí en Massilia hay muchos videntes y afirman que las personas que piensan mucho unas en otras están, de alguna manera, unidas…» Rebecca intervino: «Querido, déjalo estar, hace tiempo que ya no creemos en las casualidades». Comprendí que lo mejor era dejar que todo se asentara un poco. El pequeño Juan empezó a llorar y me pareció mejor dejarlos solos un rato. Estaba confundido y sentimientos contradictorios luchaban por mi atención. Siempre había considerado a los judíos un pueblo extraño, pero nunca habría podido encontrar en Massilia a una mujer como Rebeca. ¡Un hijo! Oh, nunca cometería los mismos errores que mi padre. Era un caos en mi cabeza. Necesitaba urgentemente aire fresco.

Rebecca

Por fin tuvimos un rato de tiempo y nos quedamos a solas: «María Magdalena, Ma Ma, es un milagro que hayas llegado justo a tiempo y eso no fue una casualidad. ¿No te ha asustado Samuel? Viene de Massilia y apenas conoce nuestras costumbres». María Magdalena no se asustó. Nos contó que en su ciudad natal, Magdala, adonde llegaban grandes caravanas comerciales de todas partes, había visto a muchos comerciantes extranjeros de todo tipo.

Samuel es un hombre amable y atento y, en realidad, me alegro de que no conozca las tradiciones judías. Desde mi bautismo en el Jordán y mi encuentro con Juan el Bautista

y al propio Jesús, tampoco siento la más mínima necesidad de someterme a las antiguas costumbres del judaísmo. Juan me tocó aquí, en esta casa, me bautizó y me dio los nombres de mis padres, para que por fin fuera alguien, y Jesús se dirigió a mí tras su bautismo: a estas dos personas puedo confiar mi vida.
Y me dirigí a María Magdalena: «Hoy soy la persona más feliz de la tierra: mi marido no creyente y padre de mi hijo le puso a mi hijo el nombre de Juan, con quien aquí, en este lugar, pudimos escuchar la última parte de la historia sobre el Hijo del Rey. Soy doblemente feliz porque mi marido no creyente, Samuel, no piensa ni actúa en absoluto como un no creyente, solo que aún no lo sabe, ¿y es eso necesario?». Juan empezó a llorar y mis pechos respondieron de inmediato. María Magdalena me ayudó y, un momento después, el pequeño Juan se estaba alimentando de la leche más rica.

María Magdalena

¡Qué mujer tan plena se había convertido Rebeca en este último año! Por muchas desgracias que pueda sufrir una persona, un nacimiento puede hacer que se olviden todas las desgracias del mundo. Me atrevo a admitir que a veces echo de menos la maternidad. Pero cuando pienso: imagina que tuviera que elegir entre traer un hijo al mundo o, teniendo en cuenta mis recientes conversaciones con Jesús, saber que Jesús mismo vive en mí cada día, creo que ganaría lo segundo. Cuando pienso en mis padres, tengo que reconocer, ahora que soy adulta,

A mi edad me cuesta imaginarme cómo era aquello. Por muy cariñosa que fuera mi madre conmigo, y aunque apenas conocí a mi padre, apenas recuerdo nada de aquella época. Samuel también da un ejemplo de ello: al parecer, abandona su país natal para siempre. Llevo a Jesús en mi interior y no puedo olvidarlo; cada acto y cada pensamiento se someten a examen y, si se me olvida contrastarlo con él, a veces, solo unos segundos después, me siento agradecida por haberlo olvidado. Sí, Samuel me intrigaba y me gustaría conocerlo. Pero primero Rebecca y Johannes, y por supuesto la curiosa Hannah. Samuel no pudo resistirse a venir un momento más a ver este milagro y me dejó claro dónde podría encontrarlo siempre que pasara algo. «Vuelvo enseguida» era una frase que repetía cada hora y que se convertiría en una costumbre. A Rebecca y a mí nos hacía reír cada vez: «¡Ahí está otra vez!». ¡Es un padre maravilloso!

En los días siguientes, Rebecca empezó a preguntarme cada vez más sobre mi estancia con María. Me contó lo mucho que había llorado cuando Samuel le dijo que Juan el Bautista había sido decapitado, y aún le costaba mucho recordar el momento en que él empezó a recitar de memoria el cuarto rollo de papiro aquí. «¿No dijo él que existía un quinto rollo de papiro?» Esperaba esa pregunta, pero en el fondo esperaba poder evitarla. No fue así. Me senté a la mesita, Rebecca también, con el pequeño Juan al pecho. «No me lo tienes que contar, Ma Ma, no pasa nada», dijo ella; al parecer,

al dar esa impresión con mi silencio. «No sé cómo empezar a hablar de esto. Me gustaría, pero no sé cómo. Dame un poco más de tiempo. ¿Te parece bien?». Ella asintió con convicción. El pequeño Johannes empezó de repente a llorar y me sobresaltó la coincidencia. ¿Qué significaba eso? ¿Quería ayudarme a no tener que decir nada o, por el contrario, quería decirme que tenía que hablar? Cuando dejó de llorar, me miró y no apartó los ojos de mí. «Mira, mamá, cómo te mira, ¿a que es un tesoro?». Sabía lo que tenía que hacer. «El cuarto rollo de papiro termina con el rey en la mazmorra, donde se encuentra con el alma de su hijo y así vuelve a ser niño. El guardián de la puerta le ayuda a salir de la mazmorra y a liberar a las personas perdidas de su reino del mago diabólico». Tuve que guardar silencio un momento. Vi a Rebecca con los ojos llenos de esperanza, llena de expectación por un final feliz de la historia. El pequeño Juan volvió a mirarme con sus grandes ojos. «Pero el rey con el alma del niño es asesinado por la gente. Y solo así pudo el rey del amor, que murió por amor a la humanidad, mostrar a la humanidad el verdadero amor. Y lo demuestra viviendo en nuestro corazón». Se hizo el silencio y el pequeño Juan buscó entonces la mirada de su madre. «Siento mucho, querida Rebecca, tener que contarte esto». Rebecca respondió con decisión: «De acuerdo, Juan primero y Jesús después, pero no sin salvarnos primero del diablo. Conozco al diablo, incluso fui una de sus mejores discípulas, pero mira: fui bautizada

por Juan y Jesús me conocía por mi nombre y recibí el amor no solo en mi corazón, sino también en mi marido y en este niño».

Oh, qué pequeña y agradecida me sentí por poder estar presente junto a esta gran dama.

Uno de los días siguientes, mientras cenábamos —era una tarde preciosa—, nos quedamos charlando un rato más. Samuel ya se había acostumbrado tanto a mi presencia que podíamos hablar de cosas más importantes que simplemente «¿qué vamos a comer hoy?», y yo sentía cada vez más curiosidad por conocer la historia de su vida, la ciudad de donde venía y qué dioses conocían. Se mostró entusiasmado y pidió un trozo de rollo de papiro en blanco. Cogió una pluma y dibujó a grandes rasgos todo el trayecto hasta Massilia. «Primero hay que navegar más allá de Creta, luego pasar por Sicilia y después hacia el norte, pasar por Roma, y allí, un poco más arriba en la curva, se encuentra la ciudad de Massilia. ¿La distancia? ¿Te puedes hacer una idea de la distancia de Ashdod a Creta? ¡Pues hay que recorrer casi cuatro veces esa distancia! Con el barco a plena carga, eso supone casi un mes de navegación si tienes suerte con el viento. Lo hice durante muchos meses, hasta que este año encontré el tesoro aquí». Estaba radiante. Pocas veces he visto a alguien hablar con tanta felicidad en los ojos. Le pregunté: «Supongo que esta gran ciudad está bajo la autoridad de Roma, pero ¿quizás también tiene su propia religión?». Samuel se rió un poco ante estas preguntas: «Nómbrame un dios y en Massilia se le adora: conocemos a los griegos

«Dioses, dioses celtas, dioses orientales como Isis o Mitra y, por supuesto, los dioses romanos. Hay para todos los gustos». Se quedó callado. Se dio cuenta de que era un tema delicado. La pregunta obvia sería: «¿Qué religión profesas, Samuel?». No me atreví a planteársela directamente, pero él respondió espontáneamente: «Espero que sí, pero, por favor, no me lo tomes a mal, ya no creo en ningún dios. Si ocurre algo que a primera vista parece extraño o inexplicable, es una coincidencia. Solo me queda la fe en el amor y la encuentro aquí, con vosotros, juntos: vosotros sois mis dioses». Todos nos quedamos en silencio en la mesa y realmente sentimos su amor por nosotros. Era una persona maravillosa. Respondí al cabo de un rato: «Eres una persona maravillosa, Samuel. Pero en cuanto a la coincidencia, no puedo hacer nada al respecto y tampoco tenía intención de sacarlo a colación ni de dárselo a nadie porque me gusta tanto. Esta pequeña joya me ha dado tanta fuerza en las últimas semanas y, sin este regalo aparentemente sin valor, ni siquiera estaría aquí con vosotros en este momento. Pero ahora que te escucho y valoro mucho tu honestidad, quiero darte esta pequeña joya. No es gran cosa, parece de muy poco valor, pero ¿quieres enfrentarte a esta coincidencia, Samuel?». Samuel no tuvo que pensarlo mucho: «Querida María Magdalena, Rebeca ha hablado tan bien de ti que tengo plena confianza en que tus intenciones hacia nosotros son buenas». Rebeca miró a su marido con orgullo y Hannah quedó muy impresionada por el ambiente sereno.

sentada a la mesa y no prestaba la más mínima atención. Fui a buscar mi equipaje a mi habitación y saqué la bolsita morada: «Esta bolsita contiene un tesoro de verdad y yo misma recibí su contenido no hace mucho tiempo. Lo guardé en un trozo de tela morada que había aquí cuando vine por primera vez. Me ha dado tanta fuerza estas últimas semanas. Rebecca seguramente reconocerá esta tela…». Rebecca asintió: «La tela es de aquí, de Isabel, la madre de Juan el Bautista». «Te regalo esta bolsita, Samuel. Ábrela».

Samuel lo abrió y tres mechones de pelo diferentes cayeron sobre la mesa. «¡Mamá, mira, ese es mi pelo!», exclamó Hannah. «¡Y también el de papá y el de mamá!». Samuel y Rebecca se quedaron clavados en el sitio: «¿Cómo?». A Samuel se le abrieron los ojos y sacudió la cabeza: «¿Cómo?». Miró a Rebecca: «¿Cómo es posible, cariño?». Rebecca lo miró con ternura: «A mí no me parece tan difícil: para mí es un gran regalo y espero que le hagas un hueco en tu corazón, mi amor… Mamá, ¿cómo lo has conseguido? Todavía recuerdo bien aquella mañana… nos pareció raro, pero no le dimos mucha importancia».

«Tuve el gran privilegio de pasar tres días aprendiendo de Jesús. Sentía curiosidad, no me creía todo sin más; por ejemplo, no podía creer que Jesús estuviera siempre presente en mí sin que tuviera que verlo en persona. Entonces me pidió que cerrara los ojos. Ni siquiera cinco minutos después, pude volver a abrirlos. Y he aquí: vuestros mechones de pelo están aquí, ante vosotros. El

Un mechón de pelo negro hizo que mi corazón se llenara de alegría: ¡Rebecca tiene un marido! Y él me contó además que estabas embarazada. Así que me apresuré a venir aquí. Sin él, habría llegado demasiado tarde para tu parto. ¿Acaso no existen las casualidades y tenemos que saber siempre cómo es posible? No somos dioses y nuestra mente no puede comprenderlo. Nuestro corazón es capaz de más que nuestra mente. La fe no es más que una herramienta para poder elegir libremente entre el bien y el mal, entre el amor y el odio». Rebecca añadió algo sorprendente: «Creer en la casualidad se parece un poco al enamoramiento, una especie de confianza ciega en algo o alguien sin garantías de éxito. Atreverse a seguir tus sentimientos, en lo que la sensación de miedo puede ir creciendo poco a poco hacia una confianza cada vez mayor y, gradualmente, tener que atreverse cada vez menos». Fue sobre todo esta intervención de la enamorada Rebecca lo que hizo que el enamorado Samuel cambiara por completo de opinión. Samuel cogió la bolsita, la llenó con los mechones de pelo, pero me miró. Fue a buscar un cuchillo al armario de la cocina, me cortó un mechón de pelo y lo añadió a «la familia», como él lo llamaba, ató la bolsita con el cordel y la besó. El pequeño Johannes vio que todo estaba bien. Rebecca resplandecía. Y Hannah nunca podría olvidar ese momento, aunque no lo entendiera del todo. De repente oímos a Lem rebuznar. Samuel salió inmediatamente a mirar y volvió con un mechón de pelo de Lem, y mientras lo metía en la bolsita, dijo: «Lem sigue siendo el burro de Isabel y Juan el Bautista, ¿verdad?».

Hannah, que ahora era la que más tiempo pasaba con Lem, corrió hacia Samuel y se abrazó a sus piernas: «Eres el mejor papá». Suspiré en mi interior, llena de felicidad celestial: ¡qué poderoso es el amor entre las personas!

Los días pasaban y las semanas, aún más rápido. Tenía que volver con María. Me invadió la inquietud y me marcharía ya a la mañana siguiente. Podía dejar a esta familia con el corazón tranquilo. Samuel trabajaba sin descanso en su ladera, y la plantación de las vides sería muy pronto. La última cena juntos comenzó con un ambiente triste. El pequeño Juan no dejaba de llorar. Hannah estaba sentada allí, abatida. Samuel estaba muy nervioso y Rebeca no dejaba de intentar calmar al pequeño Juan. Intenté acallar el llanto y me dirigí al pequeño Juan: «Pequeño hombre, te contaré la historia del pequeño Jesús con los tres Reyes Magos en grandes camellos». Y él se calló y me miró con curiosidad. Rebeca me entregó al pequeño Juan en mis brazos y empecé a contarle cómo yo iba delante, junto a Caspar, en su camello, y cómo flotábamos en la noche en busca del pequeño Jesús. Me levanté y lo hice flotar alrededor de la mesa. De repente vimos una estrella y nos dirigimos hacia ella. Llegamos a la casita y allí encontramos al pequeño Jesús… y el pequeño Juan se quedó dormido de tanto flotar en el aire y yo lo volví a depositar suavemente en los brazos de Rebeca. «Ah, sí», dije, «ahora que lo pienso: tengo otro regalo para vosotros de María». Fui a buscarlo y volví: «Esto es para vosotros de

«María». Abrieron el papiro, bellamente decorado, que lo envolvía y se quedaron asombrados al ver el enorme trozo de oro. «Esta es una parte del oro que Melchor de Persia regaló con motivo del nacimiento de Jesús. María insistió en regalároslo a vosotros». Samuel, sobre todo, se quedó atónito: «Pensaba que estabas contando un cuento de hadas». «Querido Samuel, realmente sucedió así: tres sabios astrólogos en sus camellos: Caspar de Arabia, Melchior de Persia y Balthazar de Egipto, que se encontraron porque los tres habían visto y seguido la estrella especial desde sus países. Así lo habían predicho los profetas judíos siglos atrás. No te preocupes, Samuel: todo a su tiempo. Todo irá bien. Nos volveremos a ver». Las palabras «nos volveremos a ver» me hicieron recordar aquellos ojos tan dulces del joven Caspar. Y yo también era tan joven entonces… ¿Qué bonito sería volver a vernos algún día? Me recompuse; cuando le dije a Samuel «nos volveremos a ver», nunca podría haber imaginado lo ciertas que serían esas palabras.

Al día siguiente me fui muy temprano; solo Rebecca estaba despierta y me ayudó a marcharme sin hacer ruido. Me susurró al oído: «¿Les das recuerdos a María y a Jesús? ¿Has vuelto a ver a Djibril?». Le respondí susurrando: «Date la vuelta y mira: ¿ves a ese anciano allá a lo lejos que nos saluda con la mano?». Ella sonrió agradecida y le devolvió el saludo, y yo me fui de buen humor con Az y Oz.

María

María Magdalena llevaba solo una semana fuera cuando un mensajero con Uz, el asno de Juan, me informó de que estaba invitada al tercer y último día de la fiesta de bodas de un tal Simón el Zelote, en Caná. También estaban invitados Jesús y algunos de sus seguidores. Desde su bautismo en el Jordán, varios hombres se habían unido a él, entre ellos sus medio hermanos Juan y Santiago.

Caná se encontraba a solo cinco millas de Nazaret y era conocida por las casas construidas en la ladera con hermosas terrazas. Acompañé al mensajero. Después de lavarme las manos detenidamente, Juan me dio la bienvenida a su mesa, mientras Jesús se sentaba con sus discípulos. Jesús me miró un momento y, con los ojos cerrados, inclinó la cabeza ante mí, y yo respondí a su saludo con el mismo gesto de respeto. De repente, oí a algunos sirvientes a mis espaldas preocupados porque el vino se estaba acabando, cuando la fiesta final apenas había comenzado. Estaban molestos porque algo así simplemente no debía suceder en una boda. Los judíos saben ayunar muy bien, pero en una boda se sueltan todos los frenos y no hay reglas. Era el tercer y último día de la boda y no era de extrañar que las seis grandes jarras de piedra estuvieran casi vacías. El novio, Simón, no estaba nada contento con la escasez y estaba en pánico. A continuación hubo mucho

Murmullos y alboroto. Me levanté, me acerqué a mi hijo y le susurré al oído: «Se les ha acabado el vino». Él me miró con ternura: «Mujer, ¿qué significa esto para mí y para ti?». Mis pensamientos siempre habían sido un libro abierto para él. Era como si mi hijo hubiera esperado a que yo le pidiera que hiciera vino, aunque ya sabía perfectamente que no había suficiente y que lo habría hecho espontáneamente aunque yo no hubiera estado allí. Él ya había intuido lo que yo pensaba y había esperado a que se lo pidiera, para poder concederme el mérito de que fuera gracias a mi intervención que volviera a haber vino. Quería atribuirme el mérito a mí y no a sí mismo, sabiendo muy bien que el mérito no me atraería. Eso era lo que significaba para mí, y para él significaba mucho más: yo había demostrado confianza en él al realizar un milagro por primera vez en presencia de tanta gente que no conocía personalmente. Así me honró en público para demostrar que me tenía en alta estima y que se ponía por debajo de mí. Fue un homenaje mutuo con apenas palabras y no solo para mí, sino para todas las mujeres del mundo. Muchos de los hombres presentes se quedaron sorprendidos, pero no se atrevieron a estropear la fiesta. Muchas mujeres se sintieron enormemente respetadas, pero se mantuvieron humildes para no ofender a los hombres.

Ya había vivido tantos milagros y prodigios, incluso antes del nacimiento de mi hijo: cómo Isabel, incluso antes del nacimiento de mi hijo, hablaba de «la madre del Señor», los tres Reyes Magos, la estrella, los milagros durante nuestra huida a Egipto. Después, los milagros del

el propio niño Jesús, aún en la zona: las palomas de arcilla, la resurrección de Zeno, demasiados para mencionarlos todos. Sin embargo, estos milagros siempre ocurrían en un círculo muy reducido, por lo que todas las historias eran posteriormente puestas en duda y nadie se atrevía ya a creerlas. Pero esta era una boda con gente de todas partes que de repente bebió vino tras haber sido testigo de cómo mi hijo convirtió el agua en este vino y que, al regresar a casa, no pudieron callar lo que habían vivido, para gran enfado de los fariseos y aún más de los más estrictos saduceos. El propio Simón el Zelote quedó tan impresionado y agradecido que, tras la fiesta, siguió a Jesús y se convirtió en un fiel discípulo suyo.

María

Era ley escrita que cualquier judío adulto mayor de treinta años pudiera compartir libremente sus opiniones sobre los textos de la Torá en cualquier sinagoga. Este derecho no se podía prohibir en ningún lugar.

En cada ciudad o pueblo donde había una sinagoga, Jesús tomaba la palabra, y su fama y sus curaciones le precedían, por lo que cada vez más oyentes acudían con curiosidad a escuchar la buena nueva, y él sanaba a quienes depositaban su fe en él. Para muchos se convirtió en un profeta, pero en nuestra propia familia no se le consideraba en absoluto como tal. Recibí la visita de todo tipo de familiares por parte de José. Al parecer, reinaba una gran confusión en la gran familia: entre ellos solo unos pocos creían en la misión de Jesús, la gran mayoría pensaba que estaba fuera de sí y quería protegerlo de sí mismo. Exigían que yo los acompañara para convencerlo de que dejara todo ese alboroto. En realidad, no se trataba tanto de protegerlo a él, sino más bien de no caer ellos mismos, por su vínculo familiar con él, un apóstata, en desgracia ante los fariseos, que eran poderosos en todas partes en las juntas de las sinagogas y los consejos municipales. Sus hermanastras y hermanastros, algunos de los cuales vivían literalmente a costa de los fariseos, sospechaban de Jesús, a instancias de estos fariseos, que hacía milagros por el poder del

el demonio Belial. Esto me resultó muy duro y me vi obligada a acompañarlos a Cafarnaúm, donde él se alojaba temporalmente. Mi presencia debía ayudarles a convencer a mi hijo. Si José aún hubiera vivido, habría tomado su bastón y les habría conjurado a que aceptaran a Jesús como el Hijo de Dios, el Mesías. Habría suplicado a sus rebeldes hijas e hijos que se arrepintieran. Se habría arrancado la barba de la decepción y el dolor. Pero Jesús no necesitaba ningún bastón y se dirigió a ellos en público. Preguntó a sus familiares sin rodeos: «¿Quiénes son mis hermanos y quién es mi madre?». Y señaló a mí y a sus discípulos, pero no a tíos, tías, primos o primas. Solo quien creía en él era su familia. Ninguno de sus hermanos o hermanas era ya familia para él y casi todos le dieron la espalda por miedo a los fariseos. Para mi hijo, el parentesco espiritual era más importante que el parentesco de sangre.

En cualquier caso, fue un día muy negro. A partir de entonces, apenas recibí visitas de la familia, y si alguien venía, era en el mayor secreto. Me consolaba saber que José ya no tenía que pasar por esto.
Jesús siguió su camino por Galilea y, pasando por Samaria, llegó a Judea, por así decirlo, la capital de los propios judíos. Por todas partes acechaban los fariseos, mientras cada vez más gente le seguía fielmente de ciudad en ciudad. Las mujeres entre

Se reunían en un grupo aparte, para estar más seguros y que no se les acusara de promiscuidad. La red se cerraba cada día más a su alrededor. Fue una suerte que nuestro joven vecino Zeno fuera un vendedor ambulante que, bajo esa apariencia, también se desplazaba a las ciudades donde Jesús iba a hablar, de modo que podía mantenerme informado personalmente o, si no podía avisarme él mismo, enviarme mensajeros. Sus informes eran cada vez más inquietantes. Llegó la fiesta de los Tabernáculos en Jerusalén y Jesús se había dirigido allí a propósito sin discípulos para no ponerlos en peligro. Tomó la palabra con gran audacia en el templo, para horror de la mayoría de los fariseos. Zeno lo había seguido una vez más, pero cada vez temía más ser descubierto y visto como un discípulo de Jesús. Muchos oyentes comunes se convencían cada vez más por sus palabras y sus milagros, de modo que los fariseos, en medio de aquel bullicio, no se atrevían a actuar para capturarlo. Jesús no se ocultó de ellos y abandonó la ciudad tal y como había llegado. Zeno informó de lo sucedido y lloró porque Jesús, que le había devuelto la vida cuando era niño, no se atrevía a ponerse a su lado en público y dar testimonio de él. Consolé a Zeno y le aseguré que Jesús tampoco querría que él se pusiera en peligro a sí mismo ni a su familia. Le di las gracias y le recalqué lo mucho que apreciaba lo que estaba haciendo, y le aseguré que Jesús también valoraba mucho que me mantuviera informado.

Aunque sabía que acabaría mal, que él, al igual que Juan el Bautista, correría la misma suerte, mi corazón de madre seguía sufriendo. Estuve sola durante muchos días y el recuerdo de mis primeros años en el Santo de los Santos me había enseñado a mantener la fe frente a la desesperación. Con los ojos cerrados, busqué la luz en la oscuridad de la noche y volví a encontrarme con la madre de Ascalón: «Soy la madre de catorce mil hijos y tengo catorce mil nombres, pero tú, tú eres la madre de todos los hombres».

Djibril nunca estaba lejos.

María Magdalena

En un momento estaría en casa, y mi hogar era Nazaret. Oz y Az lo habían sentido en sus carnes y veían estrellas. Estaba emocionado y agitado: tanta gente por el camino que no paraba de hablar de Jesús y de que se había atrevido a aparecer en la sinagoga de Jerusalén, y de cómo habían oído a los fariseos hablar abiertamente entre ellos de capturarlo, pero aún no se atrevían a hacerlo porque tanta gente veía en él al Mesías. No dejaba de pensar en María y en Jesús. Mis emociones abarcaban todos los colores del arcoíris: por un lado, risas de pura felicidad por el pequeño Juan; en medio, inquietud y preocupación por María y Jesús; y, por otro lado, luchando contra las lágrimas ante la muerte segura de Jesús.

Me debatía en un río embravecido y chocaba contra las rocas, lo que me causaba un dolor atroz con cada metro que me acercaba al mar. Todo se oscureció ante mis ojos. Pero peor aún era la oscuridad de mi corazón. Luché contra ello: ¡no soy ignorante! ¡No siento ira! ¡No siento deseo! ¡Él está claramente presente en mí! ¡Amo a todos los seres humanos! Y el río desembocó en un lago y vi las rocas ahora claramente en lo profundo debajo de mí y la paz volvió a mí hasta que bajé de Az en la casa de María.

María

Nos abrazamos y lloramos de alegría. «¿Estás bien?» Nos hicimos la misma pregunta al mismo tiempo y nos reímos como dos niñas. María Magdalena aprovechó la ocasión para presentarme a los burros: «¿Cuál crees que será el tuyo: Oz o Az?» Ya me reía de antemano y elegí al burro con las orejas más largas, que resultó ser Az. «¡Exacto! ¡Eres una experta en burros!». Riendo, entramos. Le preparé su té favorito, y ella trajo su equipaje y encontró su cama esperándola, como siempre. Un rato después estábamos sentadas a la mesa e insistí en que ella contara primero; realmente necesitaba una historia sin malas noticias y su rostro ya lo decía todo. Sus ojos radiantes lograron alejar de mi mente los pensamientos más oscuros que arrastraba en mi interior. Lo viví como un regalo de mi hijo y de su padre. Me pareció especialmente fantástico que Samuel quisiera un mechón de pelo del burro en la bolsita. Ambos llegamos a la conclusión de que nosotros también somos un poco como burros, testarudos y obstinados a veces. Recuerdo como si fuera ayer cómo nuestra alegría se vio repentinamente interrumpida: llamaron a la puerta. ¡Zeno! Con la triste noticia de que un buen amigo nuestro, Lázaro, había fallecido el día anterior. ¡Qué drama para sus hermanas María y Marta! Cuando Jesús tenía doce años y, durante tres días, dejó boquiabiertos a los escribas en el templo de Jerusalén con su brillante conocimiento, ellas también se encontraban entre los oyentes, y nos contaron

con todo detalle cómo había sucedido todo y cómo habían acogido a Jesús a la espera de nuestro reencuentro. No fue una casualidad, simplemente tenía que ser así. Lázaro actuó entonces como un padre para él y yo no dudé de que Jesús se despediría de él.

María Magdalena

Betania estaba un poco más cerca que Ein Karem y el camino era algo más fácil para los burros, siguiendo el Jordán hasta las alturas de Jerusalén. Zeno contó que había oído decir que Jesús también iría allí para despedirse de su amigo. Esa tarde me encargué inmediatamente de preparar comida extra para los burros. María preparó paquetes de comida y, al amanecer, partiríamos. María tenía pocas amigas, y habíamos conocido a Marta, María y Lázaro cuando ella estaba embarazada de Jesús y fuimos a visitar a Isabel, también embarazada, en Ein Karem. Nos habíamos equivocado de desvío y llegamos a Betania al atardecer, y llamamos a la primera casa que encontramos. Lázaro nos abrió la puerta y nos recibieron con los brazos abiertos. Cuando regresamos a Nazaret, tomamos el mismo camino de vuelta para darles las gracias una vez más y también entonces nos quedamos allí todo un día. Las hermanas eran algo mayores que nosotros, pero Lázaro era al menos diez años mayor que ellas y ya debía de haber fallecido a una edad avanzada. Me había llevado la última tela morada de Isabel para Lázaro

Salimos temprano por la mañana. Al sol no le apetecía salir de su lecho y, avergonzado, se escondía tras un manto de nubes en forma de oveja. A Oz y Az no les importaba en absoluto, pues ya seguían el camino hacia el Jordán a ciegas. Eran animales fuertes que inspiraban respeto. Estaban en la flor de la vida. Yo iba delante, porque Oz siempre quería ser el primero y eso le venía bien a María, ya que así podía prestar más atención a los muchos pequeños obstáculos del camino. No había necesidad de apresurarnos para despedirnos. Al fin y al cabo, según la costumbre, Lázaro sería enterrado rápidamente en una de las muchas cuevas debido al cálido clima primaveral. La primera noche pasamos la noche en el pueblo de Enón, en Samaria, a orillas del Jordán. La noche siguiente la pasamos en una posada junto al Jordán, en la frontera con Judea. Al día siguiente nos acercamos a Jericó y, desde la cima de una colina, pudimos ver a lo lejos una gran multitud. Teníamos que pasar por allí. Desde lo alto de una montaña vi a un hombre dirigiéndose a la multitud. Me volví hacia María con mirada interrogativa. Ella también asintió con la cabeza y envié a Oz hacia allí. Mientras nos dirigíamos hacia allí, la gente seguía llegando en masa. Cuando pudimos oír la voz de Jesús, nos detuvimos y dejamos pasar a los demás. Reconocí a algunos apóstoles de Caná, y Simón el Zelote le hizo una señal a Juan para indicarle que estábamos allí. Juan se mostró gratamente sorprendido y nos hizo un gesto de que vendría hacia nosotros. Unos instantes después estaba junto a nosotros y preguntó: «¿Cómo sabían que había una reunión aquí?».

Y enseguida nos susurró: «Detrás de ustedes han llegado unos fariseos a caballo; quédese quieto, pero no hable demasiado alto». María le contó que íbamos de camino al funeral de Lázaro en Betania. Entonces Juan nos miró con ojos alegres: «Entonces tengo una noticia estupenda para ustedes: Jesús lo resucitó de entre los muertos tres días después de su muerte. ¡Está vivo! María y Marta están encantadas, y denles de nuevo nuestros saludos. ¿Se quedan aquí esta noche o siguen viaje?». Le respondí que sin duda seguiríamos nuestro camino, pero que ahora nos gustaría escuchar un rato a Jesús. Juan dijo en voz baja: «Tened cuidado…». Se refería una vez más a los fariseos y a los doctores de la ley que nos seguían, y nos dejó discretamente, dando un gran rodeo para volver con sus hermanos.

Jesús

«Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: al que te golpee en la mejilla derecha, ofrécele también la otra; y si alguien quiere llevarte a juicio y quitarte la túnica interior, dale también la túnica exterior; y al que te obligue a recorrer una milla, recorre dos con él. Dad a quien os pida, y no le deis la espalda a quien quiera tomar prestado de vosotros.
Habéis oído que se dijo: «Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo».

Pero yo os digo: «Amad a vuestros enemigos y bendecid a los que os maldicen; haced bien a los que os odian; y orad por los que os ofenden y os persiguen, para que seáis hijos del Padre que está en los cielos, pues Él hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos. Porque si solo amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen lo mismo los publicanos?

María Magdalena

Se produjo una gran indignación a nuestras espaldas y algunos fariseos no pudieron evitar exclamar: «¡Si quieres tener éxito, siempre serás bienvenido!». Muchos fariseos tenían un recaudador de impuestos en la familia y podían sacar provecho del fraude. Me cubrí el rostro y me volví discretamente hacia ellos. Algunos estaban montados en sus caballos o los habían dejado al cuidado de jóvenes orgullosos. Todos llevaban su toga con sus cordones de oración y largos flecos con borlas sujetos a las cuatro esquinas de su vestimenta, destinados a ser un recordatorio constante de los mandamientos de Dios. Lo que me llamó la atención fue que el lenguaje hostil de la mayoría de ellos claramente no era compartido por algunos, es más, que estos se distanciaban discretamente del gran grupo. Dos de ellos me llamaron aún más la atención por sus ojos bajos, llenos de reverencia por el mensaje de Jesús, y porque se atrevían a asentir

asentir con la cabeza. No fue hasta más tarde cuando los conocí: José de Arimatea y Nicodemo.

Jesús

«Cuando deis limosna a un necesitado, no dejéis que vuestra mano izquierda sepa lo que hace la derecha, para que vuestra limosna sea en secreto, y vuestro Padre, que ve en lo secreto, os recompensará en público. No juzguen, para que no sean juzgados, porque con el juicio con que juzguen, serán juzgados ustedes mismos, y con la medida con que midan, se les medirá a ustedes también. ¿Por qué ven la paja en el ojo de su hermano, pero no se dan cuenta de la viga que hay en su propio ojo? ¿O cómo vais a decirle a vuestro hermano: «Déjame sacarte la paja de tu ojo», cuando hay una viga en el vuestro? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás ver bien para sacar la paja del ojo de tu hermano».

María Magdalena

El tumulto y los abucheos a nuestras espaldas se intensificaban: «¿Y tú no juzgas? ¡Hipócrita! ¡Habla por ti mismo! Te juzgaremos igual que tú nos juzgas a nosotros. El que ríe último, ríe mejor, tonto».

Era aterrador. María y yo no nos atrevíamos a movernos.

Jesús

«Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; pero estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran».

María Magdalena

Se rieron de él: «¡Vamos a cerrar tu puerta, querido amigo! ¡Ya no tienes que ir a ningún sitio! No te compliques la vida. ¡Estaremos encantados de ayudarte!».

Era aterrador, pero, por otro lado, nos sorprendió oír a Jesús hablar de una manera tan didáctica. Vi a un Jesús que no se podía comparar en absoluto con el Jesús del río. No podía ser una coincidencia que hubiéramos llegado aquí. Hablaba un lenguaje muy diferente que aún no le había oído antes. Severo, incluso duro, pero en todo momento sentí en sus palabras su preocupación por el ser humano. No era ira, ni ignorancia, ni oscuridad, ni deseo. Era más que preocupación, era una gran inquietud o incluso un grito de socorro para exhortar al ser humano a dar un giro y a revestirse de un nuevo atuendo. Al mismo tiempo, resultaba espantoso escuchar cómo se tramaba abiertamente a nuestras espaldas cómo matarlo. ¡Qué terrible debía de ser esto para María!

Y ella pareció leer mis pensamientos y me habló en voz baja, cara a cara: «Vámonos, María Magdalena. Esto no me hace feliz. Yo no conozco así a mi Hijo, aunque diga la verdad. Pero lo comprendo demasiado bien. Al fin y al cabo, sufre por lo que él mismo debe decir; habla con severidad, y quizá incluso con demasiada severidad, pero alguien debe levantarse contra el mal. Yo lo conozco: en su interior llora por el hombre descarriado y suplica a cada persona que dirija su mirada hacia el amor, y no hacia la noche que oscurece la belleza. Es conmovedor ver a esa multitud y cómo él lleva esperanza a sus corazones, y sin embargo, él sufre por ello. Incluso cuando tacha a los fariseos de hipócritas y a los publicanos de estafadores, sufre por estas palabras porque sabe cómo ellos mismos sufren bajo el yugo del mal. Quiere abrir su tumba y llamarlos a la resurrección en un nuevo comienzo, una nueva vida. Sabe que solo puede hacerlo pagando él mismo el precio más alto por ello. Doy gracias a su Padre por haber podido comprender esto, aunque sea un poco, desde los primeros días de su nacimiento, cuando se me ofreció el regalo de la mirra. Tan grandiosa y amorosa como fue creada la creación, tan doloroso es contemplar la decadencia del ser humano. Ante nosotros hay hombres llorando y mujeres con niños en el pecho que le adoran, entusiasmados por su severidad en su propio bien y alimentando la esperanza de un mundo mejor para sus hijos. Mientras que a nuestras espaldas se desatan hombres furiosos que traman abiertamente planes para mi

«matar a su hijo. Mi querida amiga, ven, vamos a buscar a Lázaro y a celebrar la vida en lugar de la muerte». Nos dimos la vuelta con delicadeza y, de repente, me encontré con las miradas de los fariseos «buenos», que inclinaban la cabeza ante nosotros con suavidad y discreción.

Nunca antes había visto a María confiarme una confidencia tan larga. Eso decía mucho de su propio dolor y angustia en ese momento. Estar allí, entre la gran multitud de gente sencilla que acudía embelesada a escuchar a su hijo, y al mismo tiempo entre personas que solo esperaban el momento oportuno para matarlo… significaba consuelo, pero también una inquietud angustiosa. Yo no tengo hijos y ya me duele mucho solo de pensarlo. Durante todo el camino a Ein Karem estuve dándole vueltas al asunto y mi ánimo se fue agobiando cada vez más. Me sentía como si hubiera caído por una gran cascada y aún no hubiera llegado a la superficie para respirar. Esperaba fervientemente poder hablar con Jesús en persona una vez más.

Al atardecer llegamos a Betania.

La felicidad, el amor y la gratitud nos abrieron la puerta y tenían también otros nombres: Marta, María y Lázaro. Lo que vivieron aquel día con Jesús, que resucitó a su hermano de entre los muertos, fue tan impresionante y tuvo un efecto tan contagioso, que pudimos dejar a un lado las dolorosas emociones que nos invadieron durante el Sermón de la Montaña. María y Marta estaban eufóricas, pero fue Lázaro quien vio en María algo que ninguno de nosotros vio. Se levantó y le preguntó a María si podía mostrarle la tumba de roca de la que había resucitado. Ella asintió agradecida con la cabeza y Lázaro, aún entumecido, se levantó con dificultad, tomó su bastón, le entregó una de las dos antorchas y juntos se adentraron en la noche.

María

La cueva estaba al pie de una colina, no muy lejos de su casa. Llegamos a la cueva y nos agachamos para pasar por la entrada. Una vez dentro, pudimos ponernos de pie, y a la izquierda de la cueva había una mesa baja hecha de piedras planas. Lazaros se tumbó con cuidado sobre la mesa de piedra y no dijo nada. «¿Qué te pasa, Lazaros?», le pregunté en voz baja.

«Gracias a tu hijo sigo aquí, y sin ti tu hijo nunca habría existido, y por eso quiero darte las gracias especialmente», dijo con cierta torpeza.

«¿Puedes decirme por qué me pediste expresamente que viera esta cueva?», le pregunté, porque entonces aún no entendía por qué era importante verla.
«No lo sé, María. Algo me dijo que tenía que mostrarte este lugar: un lugar donde permanecí muerto solo tres días. Me siento muy agradecido cada vez que visito este lugar, al menos una vez al día. No quiero olvidar nunca este lugar, al igual que no quiero olvidar nunca mi gratitud hacia Jesús y hacia ti».
«¿Qué pasó cuando moriste? ¿Recuerdas algo de cuando estabas muerto?»
«No, no recuerdo nada de esos tres días. La gente me contó después que mi cuerpo ya había empezado a descomponerse y me envolvieron completamente en tiras de lino. Por cierto, todavía tengo marcas claras de manchas cadavéricas». Parecía totalmente sorprendido por lo que le había pasado. Se sentó, aparentemente recordando cómo había despertado de entre los muertos, y me miró: «Primero oí una voz suave que me susurraba: "Lázaro, levántate y anda", y poco después, de nuevo, pero más alto: "Lázaro, levántate y anda", y hice lo que la voz me pidió». Y Lázaro me miró, y en sus ojos el misterio seguía oculto. Le ayudé a levantarse.
«¿Volvemos, buen amigo? Las antorchas empiezan a apagarse y aquí cada vez cuesta más respirar».
De regreso, en plena noche, poco a poco fui comprendiendo lo sucedido. ¡Djibril! ¡Le di las gracias con todo mi corazón de madre! Este regalo era mucho más grande que un

pan. Djibril me preparó para la muerte y para la resurrección de mi Hijo. La resurrección de Lázaro sirvió de apoyo a todas las personas a las que Jesús amaba. «¡Ten confianza, María, madre del Hijo de Dios!». Ese fue su mensaje. Hizo que mi confianza inquebrantable fuera aún más fuerte y di gracias al Padre de mi hijo.

María Magdalena

Cuando vi entrar a María, volví a ver a esa mujer fuerte de Ascalón, la madre de catorce mil hijos. Hicieran lo que hicieran los fariseos con su hijo, tal vez pudieran matarlo como ser humano, pero no como hijo de Dios.
Nunca volví a sentir tanto amor por esta mujer tan fuerte y tan tierna como en aquel momento, en presencia de Lázaro, a quien habían resucitado.
Fue una noche en la que, cuando ambos nos fuimos a dormir, no nos dijimos ni una palabra, pero nuestras miradas se fundieron y nuestros corazones se llenaron de profundo afecto y respeto, el uno por el otro y el otro por el uno. Uno.

María

Al día siguiente busqué un momento para hablar a solas con María Magdalena, y a primera hora de la tarde tuvimos un rato libre para que pudiera mostrarle la tumba de Lázaro.

Nos sentamos juntos un rato en la cueva, en la mesa baja, mientras el sol se colaba por dentro. No quería privarla del consuelo que Djibril me había dado la noche anterior. «Ayer, después de salir de aquí con Lázaro, recibí un mensaje de Djibril. Nosotros dos somos los únicos con quienes Jesús habló sobre su muerte inminente. Lázaro ha estado aquí muerto sobre esta piedra durante tres días». La miré para ver si lo entendía, pero no le di tiempo a sentirse tonta: «Lázaro resucitó al tercer día por Jesús, por el poder del Padre. Y si el propio Jesús resucita de entre los muertos, ningún judío podrá decir ya que eso ocurrió por el poder de Belial. Así, el Padre mismo aporta la prueba definitiva de que Jesús es su hijo y de que el poder milagroso de Jesús proviene del Padre, ya que Jesús nunca se glorificó a sí mismo». Volví a mirar a María Magdalena, y su boca y sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. «¡Pero claro! ¡También el hijo del Padre será resucitado al tercer día por el Padre!». Nos abrazamos y lloramos lágrimas de alegría y consuelo. Nuestra alegría y nuestro consuelo se hicieron invencibles.

María Magdalena

También en mi cama pensé en la conversación junto al río cuando Jesús me dijo: «Los milagros que puedo realizar solo puedo hacerlos en un momento en que soy uno con mi Padre. Yo mismo no tengo ese poder, al parecer solo lo recibo para

«Decido cuando mi Padre y yo somos uno en un mismo espíritu. Desde mi infancia, a base de prueba y error, he aprendido a intuir si en ese momento soy capaz de curar a una persona, o incluso de devolverle la vida, o no. El sentimiento más importante al respecto es la humildad, porque no proviene de mí, sino de mi Padre».

El viaje nos ofreció todos los extremos que nosotros mismos no podríamos haber imaginado y nos vendría bien a ambos descansar un poco. Le hice una propuesta: «¿Qué te parece esto? Ein Karem está a solo un día de viaje de aquí si salimos muy temprano. La casita de los vecinos de Zacarías y Elisabet, que en paz descansen, sigue vacía y conocer a los niños de Samuel y Rebeca es un respiro. El rostro de María se iluminó y decidiríamos partir ya a la mañana siguiente. Les preguntamos a María, Marta y Lázaro si no les importaba y ellos se alegraron por nosotros de poder descansar en algún lugar. Esa misma noche nos despedimos de Lázaro, para que pudiera seguir descansando a la mañana siguiente. Al primer canto del gallo, María y Marta se levantaron con nosotros. Nos ayudaron con la comida y tenían preparada una sorpresa de bienvenida, especialmente para Samuel. Cuando nos marchamos, pensé de inmediato: estamos dejando el Edén. Gracias, Señor, por tu hospitalidad y tu mensaje».

María

Mientras María Magdalena estaba ensillando los burros fuera, Marta y María se acercaron a mí para despedirse. Me pidieron mi bendición y me conmovió mucho su petición. Me llamaron «la madre de Dios». Me sorprendió por un momento, pero yo misma no podía decir de ninguna manera que eso no fuera cierto. Yo no era más que una persona, no era más que una madre como todas las madres, no era más que un ser indefenso que intentaba hacer el bien, no me sentía diferente de ellas, era tan indigna y merecedora como ellas, tampoco entendía por qué no habían sido elegidas estas mujeres que sin duda lo harían mejor que yo, y que yo también dudaba a menudo y, sin embargo, a pesar de todo esto, me resultaba imposible negar que era la madre del hijo de Dios. Lo único que sabía con certeza era que yo misma no era una diosa y sí: que era la madre de su hijo. María y Marta habían ido rápidamente a buscar algo: uno de los largos paños con el sudor de la muerte que Lázaro llevaba en su resurrección. «Huélelo», dijo Marta. Hice lo que me pidió, y no olía en absoluto a sudor de la muerte, sino a flor de jazmín. «De verdad que no lo hemos lavado», añadieron. Ahora entendía por qué María y Marta se dirigían a mí como «madre de Dios»: ellas también establecían intuitivamente la conexión con lo que, según ellas, estaba a punto de suceder. Necesitaría pañales, pero no tenía por qué temerlos. Acepté el pañal con gratitud y

Me sentí tan afortunada de tenerlos cerca como quizá yo lo fuera para ellos.
María Magdalena entró sonriendo: «¡Los señores Oz y Az quieren marcharse! ¡Lem los está esperando!». No pudimos contener la risa. ¡Nos vamos a Ein Karem!

La primavera ya se había desatado por completo.

Al norte de Jerusalén discurría una importante ruta comercial este-oeste, desde Jope, en la costa del Mediterráneo, hasta Jericó y más allá, a través del desierto, hacia Siria. Esta carretera principal pasaba rozando la puerta norte de Jerusalén. El tramo de la ruta comercial entre Jope y Jerusalén se abría paso entre todas las colinas circundantes. Entre ellas serpenteaba ágilmente un río en el que las caravanas comerciales podían abastecerse.

Un día, al primer canto de los gallos, un hombre partió de Arimatea con un carro tirado por un caballo cargado de muebles grandes y pequeños, en dirección a la gran carretera este-oeste que llevaba al mercado de Jerusalén. No muy lejos de la puerta norte de Jerusalén, tuvo que detenerse para hacer sus necesidades. Trepó por la primera colina árida que encontró y buscó un lugar. Después se levantó y solo entonces se percató, allá abajo en un claro del verde valle, de un árbol inmenso en todo su esplendor y majestuosidad. Más abajo en el valle murmuraba un riachuelo. El hombre era carpintero y ebanista. Era rico. También era un

Venerable fariseo y miembro del Sanedrín [62]. Pero lo que nadie sabía era que era uno de los primeros discípulos de Jesús, el Nazareno. Se llamaba José. No se cansaba de contemplar aquel árbol. Le intrigaba y, aunque era un experto en madera, no lograba identificar de lejos de qué especie se trataba. Por sus proporciones, le parecía un manzano, pero en esta época del año todos estaban en flor, y sin duda en los cálidos valles. Descendió más hacia el valle y encontró, en medio de la pradera, el imponente árbol con un tronco de un perímetro sin igual. Inmediatamente examinó las hojas y, efectivamente, era un manzano. Le pareció un árbol precioso; el mero hecho de mirarlo le hacía feliz de una manera inexplicable y disipaba todas sus preocupaciones. Al experto le sorprendió que el árbol no floreciera en primavera y creyó entender que tal vez se debía a que toda la energía era necesaria para mantener viva la madera. En aquel momento no podía saber cuánta verdad había en esa idea. Calculó que el árbol tenía siglos de antigüedad, pero no se atrevió a aventurar una estimación y tampoco le pareció importante. Cuanto más le impresionaba, más firme se hacía su decisión de comprar el terreno con el árbol. Así podría estar seguro

[62] Sanedrín: el consejo y tribunal supremo de los judíos durante el periodo posterior al exilio, presidido por los sumos sacerdotes Anás y Caifás y con jurisdicción religiosa, civil y penal.

de tal manera que a nadie se le ocurriría talar este hermoso árbol.

Desde lo alto de la colina árida, observó detenidamente el lugar y se orientó hacia la colina más cercana, que tenía forma de calavera y por eso también sellamaba Gólgota[63]. Asombrado, continuó su camino hacia el mercado de Jerusalén.
Tras vender el armario, la mesa y las sillas, se apresuró hacia la entrada del templo, donde había una oficina de títulos de propiedad. Aunque sabían que era rico, solo le pidieron una cantidad simbólica por lo que figuraba como el «campo de sangre» y nadie supo decirle por qué ese lugar había recibido ese nombre. Los interesados desistían precisamente por el nombre aterrador, ya que la superstición no era ajena a mucha gente. José pagó la suma de buen grado. Cada vez que iba a entregar madera o muebles a los clientes por la ruta comercial, se detenía un momento junto al camino para disfrutar del árbol desde la cima de la colina. Un día, después de que hubiera llovido mucho, se detuvo como de costumbre, dejó su caballo y su carro al cuidado de un aprendiz y se acercó a admirar el árbol de cerca. Al bajar, tuvo que elegir otra ruta debido a las fuertes lluvias de los días anteriores y, al llegar al pie de la colina, encontró una abertura en la pared rocosa. Gritó y oyó un eco que confirmaba

[63] Gólgota significa «lugar de la calavera».

que debía de ser una cueva. No llevaba antorcha y decidió volver más tarde.

José

En el Sanedrín solo tenía un amigo en quien podía confiar plenamente. Le hablé del campo sangriento con el inmenso manzano y el agujero en la pared rocosa que tal vez ocultaba incluso una cueva, y le pregunté si no quería acompañarme a investigar. Nicodemo aceptó de inmediato. Éramos compañeros de edad y también habíamos sido testigos del Sermón de la Montaña en el grupo de los fariseos, pero no nos unimos a las burlas de la mayoría de los fariseos. Al contrario, ambos nos sentíamos avergonzados en su lugar, pero no nos atrevíamos a entregar nuestra toga al gran rabino para no levantar sospechas. Nos sentíamos muy mal por nuestro comportamiento cobarde ante aquel hombre valiente, que sabía muy bien lo que se tramaba constantemente contra él y que le era imposible escapar de ello. Él solo hacía milagros y nunca nada por sí mismo. Al contrario, Nicodemo había ido a buscar a Jesús una vez en plena noche y había mantenido una larga conversación con él. Todavía estaba impresionado por la mansedumbre con la que Jesús hablaba, sin el menor reproche y preocupado únicamente por cada criatura.

Nicodemo

Mi amigo José hablaba con tanto entusiasmo del campo de sangre con el enorme manzano sin manzanas y del hallazgo fortuito de una abertura en la pared rocosa, que me sorprendió de verdad. Al fin y al cabo, ese no era su estilo. De los dos, él era precisamente el que tenía la visión más calculada y realista de las cosas, mientras que yo solía exagerar o equivocarme por completo. A veces me entusiasmaba demasiado rápido y me atrevía más fácilmente a salirme de lo establecido. A veces esto me pasaba factura, pero mi atrevido encuentro con Jesús como miembro del Sanedrín fue la mejor decisión que tomé en mi vida. Jesús no se ofendió por mi atuendo de escriba; al contrario, sabía perfectamente el riesgo que corría. Y yo le creí en su palabra: «Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo fuera salvado por el Padre». Jesús era el Salvador, el Mesías, el arca de la alianza en persona, de la que ya había hablado Moisés; no cabe ninguna duda. José y yo decidimos mantener un perfil bajo dentro del Sanedrín hasta que, tal vez algún día, pudiéramos hacer algo para apoyar el plan de salvación de Jesús. Y esto sucedería antes de lo que podíamos imaginar.

José y yo nos dirigimos al campo ensangrentado con picos y antorchas. Nos pusimos manos a la obra de inmediato. La pared rocosa fue más fácil de abrir de lo que esperábamos. Una vez que la abertura fue lo suficientemente grande, encendimos las antorchas y nos metimos dentro. Inmediatamente nos recibió un aroma a flor de manzano. Estábamos en el suelo

clavado: parecía como si el árbol, sin frutos, conservara su floración en la cueva. «Qué maravilloso debe de ser ser enterrado envuelto en este aroma», sugirió José, y decidimos convertirla en una tumba de roca para el primero de los dos que falleciera. Exploramos la cueva minuciosamente y encontramos restos de cerámica y lugares de descanso alrededor de fogones con restos de carbón. Aquí había vivido gente. José me señaló dos ramitas, de las que aún emanaba un aroma penetrante de flores secas. Les dimos un lugar de honor en la cueva, donde no pudieran sufrir ningún daño. También buscamos rastros de sangre que pudieran explicar el nombre de «campo de sangre», pero no se vislumbraban por ninguna parte. Los días siguientes seguimos trabajando febrilmente para preparar nuestra cripta, no porque temieramos morir pronto, sino simplemente para disfrutar de ese aroma delicioso, pues nos preguntábamos si ese aroma se mantendría ahora que la entrada de la cueva estaba completamente abierta. Milagrosamente, parecía como si la pared rocosa llevara siglos impregnada de él y la propia cueva se alegrara de recibir a nuevos habitantes. El sol penetraba generosamente con sus rayos en la cueva y, tras un día de tallar la roca, un pequeño sendero nos llevó hasta el río, más abajo en el valle, donde encontramos frescor y alivio. No mucho más arriba, río arriba, había un precioso desfiladero. Los pajaritos gorjeaban, los conejitos nos miraban con asombro y no se molestaban por nuestra presencia. La anémona de corona roja lucía en las orillas. Los

los licis con sus flores carmesí y los granados con sus flores rojo anaranjadas competían entre sí por ser los más bellos.
Antes de partir, nos despedimos del imponente manzano. Nos llenó de silencio y humildad.

En resumen, nos sentíamos como en el Edén.

María Magdalena

Una vez que tomamos nuestro antiguo camino hacia Ein Karem, Oz conocía el camino mejor que yo. El tiempo nos acompañaba y el camino era llano y seco. De vez en cuando podía cerrar los ojos durante este largo tramo. El paso firme de Oz me trajo recuerdos. Recordé cómo, de joven, iba delante de Caspar en el camello, sostenida por sus fuertes brazos durante aquella noche maravillosa con la estrella justo delante de nosotros. Y me volví hacia María y exclamé: «Me recuerda a cuando iba de camino hacia ti y al pequeño Jesús en Belén». No entendía de dónde había salido eso de repente, fue simplemente una idea repentina. María tampoco respondió. Quizás tenía que ver con la mirra que siempre llevaba conmigo, fuera donde fuera. Ojalá presagiaran algo bueno.

Paramos, comimos, seguimos adelante, paramos, comimos, seguimos adelante. Oz y Az seguían manteniendo bien el ritmo, como si ya oyeran a su amigo Lem balar desde lejos. La puesta de sol era extraordinariamente hermosa y se extendía justo ante nosotros en nuestra última milla. Una última curva y, efectivamente, ya oíamos balar a Lem. Estiré el cuello para mirar hacia delante, pero lo que vi todavía me da escalofríos. Rebecca había salido al oír el bramido de Lem, nos vio llegar y gritó, presa del miedo y la impotencia: «¡Mamá, mamá!», y

Se acercó corriendo hacia nosotros: «¡Mamá, qué suerte! ¡Hannah! ¡Hannah!», y entre lágrimas ya no pudo articular palabra. Salté de Oz y la abracé. Llorando, se aferró a mí y, entre sollozos, me dijo: «Hannah, tiene una herida en la pierna… lleva días con fiebre… le duele, no puede comer ni beber nada… está inconsciente… se va a morir…» y entonces se derrumbó por completo. La sostuve. Mientras tanto, Samuel, con ojeras y pálido de cansancio, también había salido y la tomó de mis brazos. Me apresuré a entrar con María para ver si aún podíamos hacer algo. El pequeño Juan lloraba de emoción. La habitación de Hannah estaba a oscuras, solo una lámpara de aceite iluminaba su rostro pálido y moribundo. Al parecer, la fiebre estaba bajando, pero eso era una mala señal, como el comienzo de la rendición del cuerpo al espíritu. Le examiné la parte inferior de la pierna y el olor a descomposición era insoportable. Miré a María a los ojos y comprendí que debía dar un paso atrás. Me ocupé entonces de Rebeca y Samuel. Les conté quién era María, mientras ella rebuscaba en su bolso de viaje y encontraba las vendas que le habían dado Marta y María. Inmediatamente comenzó a limpiar con agua la pierna afectada de Hannah para luego vendarla con la venda que le había dado Marta. El hedor desapareció al instante y dio paso al aroma de las flores de jazmín. De repente, Rebecca y Samuel recuperaron la esperanza y consideraron que esto era en sí mismo un milagro. Especialmente para el incrédulo Samuel, esto era incomprensible, y el

despertó en él, una vez más, sentimientos y percepciones que su razón nunca volvería a negar. Rebecca se abalanzó sobre María y la oí susurrar: «Usted es la madre del hijo del rey, usted es mi madre. Le estaré eternamente agradecida». Día y noche nos turnábamos junto a Hannah; la fiebre no volvió a aparecer y Hannah recuperó una respiración y un color normales. Lavábamos los pañales dos veces al día, y la herida de la pierna se fue curando poco a poco. Pudimos darle agua, leche de cabra y miel con paños húmedos en la boca. Poco a poco empezó a succionar, hasta que al tercer día abrió los ojos, me vio y susurró con voz débil: «Ma Ma», para volver a caer en un sueño profundo.

María

Toda nuestra atención se centró, con razón, en Hannah. Esto desplazó mis preocupaciones por mi hijo hacia aquella niña pequeña en la casita donde una vez estuve con Elisabeth, vientre contra vientre, y donde Zacarías se llenó de gran gratitud y de una humildad aún mayor por poder recibir tanta felicidad a su edad. Los pañales de Lázaro habían curado a Hannah y significaban, una vez más, que no tenía por qué temer lo que le pudiera pasar a mi hijo.

Pero el miedo se puede combatir o reprimir, aunque nunca eliminar. Es un sentimiento con cien cabezas que hay que cortar una a una. Puedo afirmar que mi

Mi hijo, a través de Hannah, me ayudó a dejar a un lado mis preocupaciones durante unos días gracias al milagro de los pañales, pañales que ya estaban preparados también para mi hijo. Yo, que pensaba que no necesitaba ayuda, ahora me reía de mi propia tontería. Mi hijo y su Padre cuidaban de mí sin cesar. No era al revés. Ya nada me sorprendía, y mi confianza en su misión crecía día a día. Mi nombre era «Gota del Mar» y en el mar permanecería. Cuanto más amaba a mi hijo, más amaba a cada persona. Mi maternidad ya no conocía límites. Parecía convertirse en una naturaleza sin otoño ni invierno.

Junto con María Magdalena, me instalé en la casita de los antiguos propietarios, Jair y Hannah. La historia de María Magdalena sobre la muerte de Jair y el suicidio de Hannah me conmovió profundamente y era muy tangible: la cama en la que ambos murieron, la tumba con las florecillas moradas donde yacían juntos, ambos víctimas indirectas de la matanza de los niños de Herodes. Le pedí a María Magdalena que me dejara un momento a solas con ellos.

Me quedé sola ante su tumba.

Abrí mi corazón.

Lloré catorce mil lágrimas y las recogí en mis manos.

Cerré los ojos.

«Djibril, ¿dónde estás?». Me di la vuelta al mismo tiempo porque sabía que estaba detrás de mí.

«¿Quieres transmitir estas lágrimas por Jair y Hannah al padre de mi hijo?»

Sentí cómo Djibril tomaba las lágrimas de mis manos y volví a girarme hacia la tumba.

Abrí los ojos.

El ser humano no puede tocar al ángel, pero el ángel sí puede tocar al ser humano.
Y, una vez más, no fue casualidad que pudiera sentir el sufrimiento humano tan de cerca para poder soportar más fácilmente mi propio sufrimiento futuro ante la muerte de mi hijo. Y tal vez, pensé, mi futuro sufrimiento sería incluso menos pesado que el que Jair soportaba personalmente, tanto espiritual como físicamente, o que el de Hannah, que sufría profundamente por su impotencia al tener que presenciar día y noche, sin poder hacer nada, el sufrimiento de su amado Jair durante días y días. Ya entonces sabía quién era: la madre de todos los seres humanos, pero aún no había comprendido del todo que algún día, como Hannah, estaría muy cerca para acompañar el sufrimiento de cada persona. Durante los pocos días que permanecimos en Ein Karem, con el consentimiento de María Magdalena, me quedé completamente sola en la casita de Jair y Hannah y solo de vez en cuando iba a visitar a la pequeña Hannah. La estancia en esta casita era, en ese momento de mi vida, lo que necesitaba y lo que me daba fuerzas. Esta

casita respiraba mi misión en la vida. Aquí comenzó mi cruzada como madre de la humanidad.

María Magdalena

Estaba hablando con Samuel fuera sobre la milagrosa curación de Hannah. Samuel estaba desconcertado: «No puede haber tantas coincidencias, ¿verdad, María Magdalena? Nadie en Massilia me creería y, sin embargo, es verdad… ¿Cómo podemos agradecéroslo?».

«No tienes que darnos las gracias a nosotros, Samuel, sino a Jesús, el hijo de María».

De vez en cuando iba a ver a María y notaba en ella un cambio que, hasta el día de hoy, no puedo describir. Estaba más cerca, pero también mucho más lejos. No me expreso bien: estaba más cerca, pero también mucho más arriba. Tampoco es eso: estaba más arriba, pero también mucho más cerca. Sí, así parecía: sin apenas palabras, más cerca, más cerca del corazón del ser humano. No lo parecía, porque se sentía intensamente. Las palabras no pueden describirlo.

Y…

Y…

Te deja en silencio. En

un silencio audible.

Rebecca

El quinto día, Hannah ya podía comer alimentos más sólidos y mantener los ojos abiertos un poco más de tiempo. «¿Mamá?» No sabía muy bien a cuál de las dos se refería, porque ahora que María Magdalena estaba allí, de repente había dos mamás. María Magdalena y yo dimos por hecho que quien la oyera era la mamá a la que ella quería oír.

«¿Sí, cariño?»

«¿Me voy a morir?»

«No, cariño». Tuve que tragar saliva.

«¿Sigue aquí esa mujer de los pañales?». Sus ojos se iluminaron por un instante. «Quiero darle un besito». Pero el mero hecho de hablar ya le resultaba demasiado agotador, con la diferencia de que se marchó al país de los sueños con una sonrisa en el rostro. Le pedí a María Magdalena que me relevara un momento, porque iba a buscar a María para darle las gracias en nombre de Hannah. María Magdalena me miró preocupada: «¿Te encuentras bien?»

«No, no sé qué decir, pero tengo que decir algo. Tengo un lío en la cabeza».

«Sigue tu corazón y no temas», dijo Ma Ma en un intento por ayudarme, pero no sirvió de nada. Al menos eso creía yo.

Mientras me dirigía hacia María, me di cuenta de lo vacía que tenía la cabeza por el terrible miedo a perder a Hannah. Ahora que ella se estaba recuperando, debería volver a mirar hacia adelante, pero ya no veía ningún

futuro. Había perdido mi

confianza en la vida, o mejor dicho: había perdido mi confianza en el amor. Podía perder a Hannah en cualquier momento, o a Johannes o a Samuel. ¿Cómo se puede seguir creyendo entonces en un Dios de amor? Mi anterior vida desenfrenada parecía más fácil y segura; entonces no tenía nada y tampoco podía perder nada. ¿Por qué quería ir a ver a María? Ah, sí, para pedirle un besito para Hannah. Me temblaban las piernas por la debilidad, por la incertidumbre, con miedo a decir algo incorrecto, a decir algo tonto, algo… No, era por puro vacío.

Estaba delante de su puerta. No sé cuánto tiempo.

Me quedé mirando mis pies. De repente, me vino un pensamiento a la mente: el desconocido que en su momento me indicó el camino hacia María Magdalena. Si no hubiera confiado ciegamente en él, nunca, nunca, nunca… nunca habría estado aquí. Llamé a la puerta y esperé que no abriera.

María

«Pasa, Rebecca. Te he visto llegar y te tengo preparado un té de menta recién hecho». Ella dudó.
«Hannah se recuperará». Rebecca asintió con torpeza. «Y tú también te recuperarás». Y empezó a sollozar y todo se desató en su interior como una nube de tormenta que se vacía en un segundo. Buscó consuelo en mis brazos y su dolor también me dolió terriblemente, un dolor que me enseñó a lidiar con el dolor de otra persona

. Era como si yo asumiera su dolor, porque cuanto más se relajaba ella, más podía sentir su dolor. Sentir dolor no es agradable, pero sentir que puedes asumir el dolor de otra persona es como un bálsamo para el dolor que tú mismo sientes. Le di las gracias a Djibril por haberla enviado a mí.

Djibril me respondió bastante rápido sobre cómo debía manejar la situación: «¿Sabes, querida Rebecca? Yo también traigo un pañal especial para ti». Ella me miró con asombro y, tras lo que había visto con el pañal de Lazaros, enseguida se llenó de esperanza. Me coloqué detrás de ella y rodeé suavemente su vientre con mis dos brazos. «Mira, cuando mis brazos te rodean y mis dedos se entrelazan formando un todo, crean una unidad que te envuelve por completo como un pañal de amor. Y entonces digo: "Salve, Rebecca, el Señor está contigo"». La miré de reojo hasta que pude leer en sus ojos que ella también lo entendía así. «Pero… hay una condición: a mí también me gustaría formar parte de tu pañal, Rebecca…» y la solté. Rebecca entendió a dónde quería llegar. Se dio la vuelta y, a su vez, me rodeó con sus brazos, juntó las manos a mi espalda y me susurró: «Salve, María, el Señor está en ti». «Y entonces, querida Rebecca, te susurraré en tu corazón: "Salve, Rebecca, el Señor también está en ti". Ahora estoy aquí cerca de ti, pero cada vez que ya no esté y sientas tristeza o dolor o necesites ayuda, abre los brazos y junta las manos, y salúdame, y yo te consolaré con gusto con mi pañal». Mientras se lo explicaba, miré

Djibril nos miraba a los dos desde fuera de la ventana. La solté con suavidad y le prometí: «Mañana iré a darle un beso a Hannah».

Rebecca abandonó, liberada del dolor, la casita del dolor. Más tarde caí en la cuenta de cómo en esa casita recibí mi «formación» de Djibril y de cómo esa casita del dolor adquiriría la dimensión del mundo del dolor y necesitaría una cantidad ingente de pañales, que también me fueron proporcionados sin ningún mérito por mi parte. Cada corazón de cada persona fue un regalo de amor para mí. Le di las gracias al padre de mi hijo por tanta generosidad. Y hasta el día de mi muerte nunca entendí con qué me lo había ganado.

María Magdalena

Rebecca volvió de casa de María visiblemente aliviada. Me rodeó con sus brazos y sonrió aliviada: «María me ha dado un pañal». Y se dio la vuelta porque le gustaba saber algo que yo aún no sabía. Ese alegre juego continuó así todo el día y trajo tanta alegría a la casa que incluso Samuel pudo volver a sonreír y el pequeño Johannes también pudo volver a sonreír al desaparecer la tensión. Hannah también recuperó la sonrisa cuando se despertaba de vez en cuando y veía a una mamá feliz. No fue hasta la mañana siguiente cuando Rebeca contó lo que había pasado en la casita del dolor,

mientras me abrazaba con ambos brazos, tal y como había aprendido de María. Durante el día, Samuel vino a buscarme. «María Magdalena, ¿entiendes lo que está pasando aquí? ¿Quieres hablar conmigo más tarde? También tengo que hablarte de Lem, estoy preocupado por Lem. Hay algo. Esta tarde tengo tiempo».
Mientras tanto, fui a ver a los burros, porque estaba muy preocupado por Lem. Estaba tranquilamente junto a Oz y Az. Estos se comportaban de forma sorprendentemente sumisa y le dejaban comer lo mejor. Lem no parecía enfermo, pero ya era muy viejo para ser un burro. Tenía al menos cuarenta años. Esperé hasta después del mediodía para hablar con Samuel sobre ello.

Samuel

Rebecca parecía renacer. No paraba de preguntarle qué había pasado. Pero ella no dejaba de repetir: «Todavía no puedo contártelo, cariño. Yo misma apenas entiendo lo que me ha pasado. Dame tiempo hasta que lo entienda mejor. Pero sí te puedo decir que he ido a ver a María y ella me ha tranquilizado. Ahora sé que Hannah se recuperará sin duda». Por supuesto, yo no entendía nada, pero entretanto había aprendido que en esta familia no sucedían muchas cosas normales, pero sí siempre algo bueno. Así que mi mejor manera de responder fue abrazarla con fuerza y darle un beso, y de repente ella gritó: «¡Ay, tu pañal me hace daño!». Se partió de risa cuando me quedé mirándola con sorpresa. ¿Pañal???

Hannah se despertó con el alboroto y observó la discusión con ojos traviesos. Rebecca se calló de inmediato y me preguntó si no tenía que hablar con María Magdalena sobre Lem.
Encontré a María Magdalena antes de lo previsto junto a los burros y sentí curiosidad por saber qué pensaba al respecto.

«No estoy realmente preocupado, Samuel, pero tengo una idea de lo que está pasando. Lem es muy viejo para ser un burro y me parece que está agotado, está cansado de la vida, pero siempre ha sido fiel y no tomará ninguna decisión por su cuenta sin permiso. Voy a preguntárselo». Asentí con la cabeza, aunque no me parecía que su análisis tuviera sentido, como si un animal pudiera razonar como un humano. Empezó a recitar nombres en su oído. «¿Zacarías?», y esperó un momento, nada, y así continuó: «¿Juan?», nada, «¿Rebeca?», nada, «¿Hannah?», nada, «¿Samuel?», nada, «¿Isabel?», y de repente empezó a rebuznar a voz en grito. María Magdalena lo acarició y Lem volvió a cobrar vida. María Magdalena me miró: «Me parece lógico que quiera morir en el lugar donde murió Isabel, en el monte de Hebrón. Puede que me equivoque, pero debemos darle la libertad. Tenemos que quitarle su yunta para que pueda recorrer su último camino como un burro libre y no como una bestia de carga, para morir allí donde una vez estuvo su misión más importante. ¿Cómo seríamos nosotros mismos, Samuel?». Y sí, no era exactamente como si, era lo que ella quería decir: «No tienes por qué creerme, Samuel». Tuve que admitir a regañadientes ante mí mismo que Lem

Reaccionó como si entendiera nuestro idioma, porque se le veía alegría en los ojos. Oz y Az también sintieron que algo extraño estaba sucediendo, pero claramente no lo entendían. María Magdalena volvió a hablarle al oído a Lem: «Pártete esta noche, Lem, tú conoces el camino como nadie y mañana por la mañana ya estarás muy lejos del alcance de la gente. Yo me encargaré de tu testimonio y le pediré a Rebeca que se despida de ti».

Hice todo lo posible por creer que Lem lo entendía y, cuando lo hice así, me pareció, de verdad, como si él la entendiera. Me reí de mí mismo: ¿en qué me he metido? Y respondí a la pregunta por mí mismo: «¡En algo maravilloso, mi querido Samuel!». Pero al mismo tiempo me sentí un poco triste al pensar en mi padre y mis hermanos en Massilia: ojalá ellos también pudieran «aprender» a vivir así.

Fui directamente a ver a Rebecca y le conté la triste noticia. Después de tanta alegría por la recuperación de Hannah, de repente nos llegó otro revés, pero ella se lo concedió a Lem de inmediato e insistió en que Hannah también se despidiera, por muy débil que estuviera. Fui a buscar a Hannah, la envolví bien en una manta y así nos despedimos todos de un amigo fiel. Lem prestaba especial atención a Hannah y, al ver que ella tenía los ojos abiertos, pareció tranquilizarse; la olisqueó y le acarició la mejilla con el hocico con mucha ternura. A Hannah le hizo cosquillas y empezó a reír, y nosotros también. «Adiós, Lem», dijo Hannah, y dejamos todo en manos de María Magdalena y

volvimos a entrar. A la mañana siguiente, Lem se había ido, efectivamente, en su último viaje. Ya empezaba a encontrarme un poco acostumbrado y a darlo por sentado. Oz y Az se quedaban allí con aire abatido. Me sequé una lágrima y supe lo que tenía que hacer: comprar hoy mismo un burro para Hannah en el mercado de Ein Karem.

Tenía tantas cosas que preguntarle a María Magdalena, pero lo pospondría. Así razoné entonces, pero todo se precipitaría de repente.

María

Volví a visitar la tumba de Jair y Hannah y acaricié las florecillas púrpuras de primavera que cubrían su tumba como un manto. Me recordó al velo púrpura que tuve que tejer para el Santo de los Santos en el templo de Jerusalén cuando acababa de ser asignada a José. Trabajé en él durante meses y el color púrpura tiñó mi alma por dentro, volviéndose cada vez más púrpura con el paso de los años, y me aportó paz interior entre el pensamiento y la acción, y equilibrio entre el espíritu y las emociones. Solía llevar el chal púrpura de cuando me sentaba a la mesa en Belén con mi hijo, Juan y María Magdalena, y nos uníamos los unos a los otros, pasara lo que pasara. Y ese acontecimiento se acercaba cada vez más. La madre de Ascalón que había en mí nunca estuvo lejos y me preguntaba dónde se encontraban ahora las catorce mil almas. El

Era una pregunta inquietante que me hacía a mí mismo y que pedía una respuesta inquietante, y esa respuesta me vino a la mente al mismo tiempo: ten confianza, las almas de los difuntos permanecen en su confianza. Para ser sincero, no podía imaginar que alguien pudiera tener dudas al respecto y, sin embargo, ya había visto y oído esa desconfianza en numerosas ocasiones y pensaba, por ejemplo, en las terribles declaraciones de los fariseos a mis espaldas mientras Jesús hablaba en la montaña. Sí, lo admito, me asustó por un segundo, pero en ese mismo segundo ya sentí lástima por ellos por lo que estaban desperdiciando y hubiera querido abrazarlos y consolarlos por su ignorancia. Así como ahora también podría haber ofrecido consuelo a Jair y Hannah en su ignorancia sobre sus actos, con lo que su púrpura se habría teñido de oro puro a la luz del sol.

No fue hasta después de la muerte y resurrección de Jesús cuando comprendí que lo que para mí era tan obvio, no lo era en absoluto para mis semejantes. Y esto fue lo que yo misma aprendí y comprendí tras su resurrección: que estaba aún más abierta, de forma más amplia e incluso sin límites, a consolar a cualquier persona, caída o no.

Inmediatamente fui a darle un besito a la dulce y pequeña Hannah.

Empezó a llover suavemente.

Samuel

Mientras me dirigía al mercado a lomos de Oz, mis recuerdos me llevaron de vuelta a mi infancia y mi juventud. Mi padre estaba destrozado por la pena que le causaba la muerte de mi madre, que se desangró al darme a luz y murió en sus brazos. Tampoco fue capaz de volver a quererme después de eso, aunque él mismo también lo sufriera; simplemente no lo conseguía. Incluso sospecho que, a la larga, le pesó más el hecho de no poder quererme que la muerte de su mujer. La pena del pasado se desvanece más fácilmente que el arrepentimiento del presente. Mis tres hermanos eran la niña de sus ojos y tampoco aceptaron a la pequeña en su seno. La hermana mayor de mi madre se hizo cargo de mí. Mi padre no era mala persona y le estaba muy agradecido porque ella intentaba darme lo que él no podía darme. No tenía madre y, al fin y al cabo, tampoco tenía padre. Materialmente no me faltaba de nada e iba a una pequeña escuela, donde hice amigos, pero cuanto más crecíamos, más difícil se me hacía por los celos que sentían hacia mi origen acomodado. Descargaba todas mis frustraciones sobre todos los que quería: mi madrastra, mi padre y mis hermanos. Me había descarrilado: a menudo borracho, a menudo peleando, y buscaba el dolor físico para no tener que sentir el dolor interior. Mi padre se había convertido en un gran comerciante marítimo y solo encontró una solución, y esa fue enviarme a

enviar uno de sus barcos a lejanas zonas comerciales, con el puerto de Sidón, en Fenicia, como destino principal: descargar lo que venía de Massilia y comprar mercancías orientales, hacer luego una escala en Ashdod, en Judea, y venderlo todo después en Massilia. No era mala solución, pues el viejo capitán se convirtió en mi segundo padre, que me quería de verdad. A medida que fui creciendo, me distancié cada vez más de mi familia. Desde Massilia me encantaba salir al mar abierto, pero cuando tenía que volver a casa desde Ashdod, en Judea, o desde Sidón, en Fenicia, lo hacía una y otra vez con tristeza y de mala gana. El mar se había convertido en mi hogar. Cuando volví a partir hacia el puerto de Ashdod, en Judea, me esperaban malas noticias: mi viejo capitán había fallecido de repente y un nuevo capitán me esperaba. Desde el primer momento no hubo química entre nosotros. Él era solo unos pocos años mayor que yo y me costaba que me trataran como a un novato. Según él, todo lo que había aprendido en los años anteriores estaba mal y ahora todo debía hacerse de otra manera; para él, nada de lo que hacía estaba bien. Fue una bendición que encontrara el amor aquí, en Ein Karem, y María Magdalena fue realmente una segunda madre para mí y para Rebeca.
Ein Karem apareció a la vista.

El mercado de Ein Karem se encuentra a las afueras de la ciudad, y ya desde lejos vi que había algo de revuelo. La gente no prestaba tanta atención a los productos que se vendían, sino que se agrupaba en pequeños corrillos. Busqué el camino hacia el mercado de animales. Yo

Vi bueyes, caballos, gansos, gallinas y burros. Me llamó la atención un anciano que solo tenía un burro, y sospeché que ese hombre estaba pasando por dificultades económicas. Estaba vendiendo una burra joven y me pareció que al animal le gustaba estar allí. Oz también se interesó mucho por ella y se comportó de forma más que cortés. Rápidamente nos pusimos de acuerdo en el precio y, mientras pagaba al anciano, le pregunté con curiosidad qué estaba pasando con toda esa gente que discutía tan acaloradamente entre sí. «Jesús de Nazaret fue arrestado ayer por los fariseos después de que, montado en un burro, fuera recibido en Jerusalén como un rey por una multitud de gente como tú y como yo. Esto fue la gota que colmó el vaso en la capital de los gobernantes judíos. Pasará ante el Sanedrín en Jerusalén pasado mañana. La gente discute entre sí, unos están a favor, otros en contra. Solo puedo decir que, en mi opinión, ese hombre no hizo nada malo, y solo me atrevo a decírtelo a ti porque eres de otra raza y no le darás tanta importancia». De repente, me miró con miedo: «Espero que no, ¿verdad?». Lo tranquilicé y le pagué un poco más. Mi corazón latía con fuerza. Iba a volver a casa con malas noticias. Al principio salí tranquilamente de la ciudad, pero una vez fuera de la vista, animé a Oz a que caminara más rápido.

María Magdalena

Vi a lo lejos a Samuel regresar con un burrito a su lado. Le saludé con entusiasmo, pero él

no me devolvió el saludo. Cuanto más se acercaba, más notaba lo abatido que estaba, incluso a punto de llorar. Ya desde lejos gritó: «¡Han arrestado a Jesús!». Corrí hacia él y a mitad de camino ambos nos detuvimos. «María Magdalena, ¡Jesús comparecerá ante el Sanedrín pasado mañana! ¡Lo han arrestado!». Me di la vuelta de inmediato para llevarle a María la mala noticia. Ni un minuto después estaba sentada a su mesa. Nos miramos y nuestros ojos se dijeron lo que ya sabíamos desde hacía tiempo: el hijo del rey iba a morir.

María se levantó. «María Magdalena, vamos a hacer las maletas ahora mismo y a partir hacia Jerusalén». Asentí con la cabeza y ella pasó de las palabras a los hechos. Samuel y Rebeca ayudaron en todo lo que pudieron. Todos se mantuvieron fuertes. Todo se hizo con rapidez, pero sin prisas. Yo me encargué de la comida para el camino. Samuel se ocupó de Oz y Az y cargó con el equipaje. Rebeca fue la primera en despedirse de María y la abrazó con ambos brazos y dedos: «Salve, María, el Señor está contigo». María la abrazó con una sonrisa. Samuel la imitó con torpeza y le dio las gracias por cuidar tan bien de su familia. Hannah recibió un besito y María puso su mano sobre la cabeza del pequeño Juan. Los ojos de Rebeca me lo dijeron todo. No podía articular palabra más o se habría echado a llorar. Nos abrazamos. «Lo que tenga que pasar, pasará, y lo que pase será bueno. Sé fuerte. Nos volveremos a ver». Samuel me susurró: «Tenía

tantas cosas que quería preguntarte, pero ya lo haremos más adelante.
«Gracias por todo».

Y así, María y yo partimos hacia Jerusalén. Oz y Az estaban bien equipados y avanzábamos rápido. Había una pequeña posibilidad de que llegáramos a Jerusalén a tiempo. Durante el camino solo hablamos de lo estrictamente necesario y no queríamos complicarnos las cosas más de lo que ya estaban.

José de Arimatea

Nicodemo y yo llevábamos toda una semana trabajando en el campo de sangre y la cueva por fin estaba prácticamente lista. El agradable aroma seguía siendo intenso. Empezó a llover poco a poco y las nubes que se acercaban desde el mar no presagiaban nada bueno. Al caer la tarde se desató el infierno. Llovía a cántaros y los truenos y los relámpagos jugaban entre sí. Observábamos fascinados desde la cueva, a través de una cortina de lluvia, el campo de sangre. Incluso en este valle protegido, el viento arrancaba hojas y gruesas ramas de los árboles. Nunca habíamos visto un espectáculo semejante. De repente, un destello de luz inundó todo el valle y, en el mismo instante, un enorme rayo cayó sobre el manzano, seguido de un torbellino que lo levantó y lo derribó como si fuera un palito. El suelo temblaba, se estremecía, se agrietaba. Ya no nos atrevíamos a quedarnos en la cueva, temerosos de que se produjera otro terremoto. Estábamos empapados y temblábamos más de miedo que de frío, y nos aferramos unos a otros. Hablar entre nosotros era imposible debido al estruendo de la lluvia y el viento. El mundo se iba a acabar. Era como si la ira de Dios nos hubiera golpeado. Caímos de rodillas y rezamos pidiendo perdón y ayuda. El viento amainó, la lluvia se suavizó, las nubes se abrieron y una luna llena iluminó el valle. Nos atrevimos a levantar la cabeza de nuevo. Al unísono, lanzamos un grito de

Miedo: cuatro figuras nos rodeaban. Vestidas de blanco, envueltas en un resplandor luminoso. «No temáis, José y Nicodemo. El Señor está con vosotros. Este no es el fin del mundo, sino el comienzo del mundo nuevo». No dábamos crédito a lo que veían nuestros ojos al contemplar las cuatro figuras angelicales. No nos atrevíamos a hablar y no podíamos hablar, sin palabras ante tanta belleza sencilla y paz tras la tormenta.
«Somos Rafael, Gabriel, Enoc y yo mismo, Miguel. José, durante tu ausencia, los romanos le pidieron a tu discípulo Felipe que hiciera una cruz para el Redentor. Pero solo hay un tipo de madera digna de ser llevada por Cristo, y es la madera del árbol del bien y del mal del Edén, impregnada de todas las lágrimas de la humanidad desde la caída de Adán y Eva. La madera no es inhumanamente pesada, sino sobre todo dura. Ningún ser humano puede trabajarla. Para ello fuimos enviados por el Padre. Id en paz y nosotros nos encargaremos de la cruz. «Filipo os indicará cuándo podéis venir a recoger la cruz».

Nicodemo y yo nos levantamos con dificultad y nos sostuvimos mutuamente, pues nos mareaba la cabeza. Nos inclinamos ante tanta belleza y abandonamos tímidamente el campo de sangre. Pasamos junto al árbol caído y los ángeles ya estaban ocupados desprendiendo el tronco de la raíz. A Nicodemo se le ocurrió entonces la aterradora idea de que, al parecer, Jesús ya había sido

y, por lo tanto, posiblemente ya había sido condenado a muerte. Estábamos tristes, pero al mismo tiempo agradecidos por poder participar en el plan de salvación de la humanidad, y enseguida acordamos que enterraríamos a Jesús en la tumba de la roca del campo de sangre. Dejamos atrás el caballo y el carro, algo que nunca haríamos, pero aprovechamos las dos horas a pie para hablar y recuperarnos de nuestras emociones.

María Magdalena

María y yo llegamos a Jerusalén y vimos a una multitud corriendo. Sin saber de qué se trataba, seguimos a la multitud a ciegas y así llegamos a la residencia oficial de Poncio Pilato. Allí vimos por casualidad, en una de las casas contiguas, a Juan asomado al tejado de una casa adosada, mirando hacia el pretorio, donde Pilato iba a aparecer en público. Salté de Oz y le di las riendas a María. Iba a buscar a Juan y me abrí paso entre la multitud hasta la casa donde Juan ya me había visto y había bajado él mismo. «¿Dónde está María?», preguntó.
«Está esperando un poco más allá,
junto a los asnos». «Vale, voy
contigo».
Nos abrimos paso a través de la multitud. María se alegró de ver a Juan, pero a él le costaba mucho tener que darle la dolorosa noticia. «No sé cómo decírtelo, madre. Jesús fue arrestado anoche en Getsemaní y

entregado por Caifás a Pilato para ser condenado a muerte. Pero Pilato aún duda y, debido a que es el día antes de la Pascua, dejará que el pueblo elija: Barrabás o Jesús. Sin embargo, numerosos fariseos se han organizado y preparado bien. La situación pinta mal». María se mantuvo admirablemente fuerte.

José

Nicodemo y yo nos acercábamos a la puerta norte de Jerusalén, con el Gólgota a nuestra izquierda. Los romanos ya estaban preparando el camino hacia el Monte de los Cráneos, donde, según la costumbre, tendría lugar una crucifixión. Se me puso la piel de gallina. ¿Cómo puede un ser humano hacerle algo así a otro? ¿Cuánto odio hay que tener para eso? ¿Cómo se puede seguir viviendo con eso? ¿A qué Dios puedes entonces recurrir? ¿Cuán deformada y retorcida debe estar tu conciencia para eso? ¿Por qué? …….¿Por qué? Una multitud se agolpaba para entrar por la puerta. Nicodemo me dio un codazo de repente: «¡Mira, allí!», y señaló con el dedo: «¡Simón Pedro y Simón el Zelote! Y mira allí, al otro lado: ¡Mateo y Andrés! A los demás no los conozco tan bien y nunca los he visto de cerca… Al parecer, no se atreven a entrar en grupo». Nos unimos a ellos de camino al pretorio de Pilato. Mientras tanto, oímos de gente que sabía más del asunto cómo Caifás estaba empeñado en matar a Jesús, aunque no tenía el derecho judío de condenar a muerte a nadie y mucho menos de matarlos. Era el día antes de la Pascua, y ese día Poncio Pilato, según la costumbre anual, iba a liberar a un condenado a muerte. Pilato sabía lo delicado que era el tema de Jesús para el Sanedrín. Caifás era un maestro estratega que Pilato

se movía perfectamente por la esquina, aunque Pilato esperaba que, tras azotar a Jesús y mostrarlo luego al pueblo junto con el líder rebelde de los zelotes, Barrabás, la gente aún optara por liberar a Jesús. Sin embargo, los fariseos se habían preparado bien y se habían dispersado entre la multitud por toda la plaza. Nosotros seguíamos esperando frente al pretorio con nuestra ropa de trabajo, donde un colega fariseo, ataviado con todo su atuendo, nos vio. Se abrió paso hasta nosotros y nos saludó aparentemente con cordialidad, pero su verdadera intención quedó clara unos minutos más tarde. Pilato apareció con los dos condenados a muerte: Barrabás, físicamente intacto, con una mirada triunfante y desafiante, y Jesús, azotado, con una corona de espinas y un manto púrpura, una túnica ensangrentada y un letrero alrededor del cuello que decía «Rey de los judíos». Pilato gritó al pueblo: «¡Aquí tenéis a vuestro rey!». Muchos fariseos, ataviados con sus vestimentas de gala, comenzaron inmediatamente a gritar a pleno pulmón: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!», y mucha gente común no se atrevió a hacer otra cosa que unirse a los gritos. También nuestro colega gritaba con fanatismo, pero Nicodemo y yo guardamos silencio absoluto. La mayoría de la gente siguió nuestro ejemplo y no el del bárbaro y necio que estaba a nuestro lado. El colega miró hacia atrás y de reojo y se fue callando cada vez más hasta que calló por completo, pues de repente se sintió inseguro. Se puso su capucha neutra en la cabeza, para que sus compañeros no pudieran encontrarlo entre la multitud y exigirle explicaciones por su silencio. Las personas de buena voluntad cerraron filas y se aseguraron de que

que le resultaba imposible escapar para volver a intentarlo en otro lugar, y ya no se atrevía a moverse ni a mostrar alegría por el veredicto de Pilato. Entonces nos dimos cuenta de cómo nos habían salvado las personas que nos rodeaban y que habían acallado al hombre: este no se atrevió después a acusarnos ni siquiera a contradecirnos ante el Sanedrín. Pilato, por su parte, se lavó las manos en señal de inocencia: «No encuentro en absoluto culpa alguna en este hombre». Y los gritos apasionados, despiadados e incitadores de los fariseos comenzaron de nuevo; Pilato cedió y Caifás se llevó a Cristo con sus verdugos.

El veredicto nos afectó profundamente, aunque los cuatro ángeles ya nos habían preparado para ello. Los ángeles disiparon cualquier duda que nos quedara sobre que Jesús era el Mesías. El lugar se fue quedando poco a poco vacío y, de repente, vi a uno de mis jóvenes sirvientes buscándome. «Maestro, tu caballo y tu carro están listos en la puerta norte, cargados con una cruz». Parecía muy triste y le pregunté qué pasaba. Me dijo: «Me duele que vayas a fabricar y vender cruces». «Filipo, no es lo que piensas. Yo no fabrico cruces ni las vendo. Esta cruz la han hecho los ángeles de Dios y me han pedido que la transporte». No mentí. Él se quedó sorprendido, pero Nicodemo y yo nos quedamos aún más sorprendidos por su respuesta: «Jesús me ha devuelto a mi padre. Mi padre era un leproso repudiado y él lo curó. Nunca tendrán los judíos un rey más grande que Jesús. Me atrevo a decir que mi

«No le digas a mi padre lo que está pasando aquí». ¡Qué lenguaje tan maduro para un chico de doce años! Añadió: «¿Puedo irme a casa, por favor? No puedo soportar ver esto y quiero estar al lado de mi padre cuando se entere». «Por supuesto, Filipo, y ayuda a tus padres todo el tiempo que sea necesario». Nicodemo me miró: «Muchos fariseos tienen mucho que aprender de tu discípulo y no tienen tanto sentido ni comprensión del amor de Cristo. ¿Te importa si voy un momento a casa a contarle la noticia a mi mujer?». Y nos separamos con el corazón apesadumbrado. Volví a la puerta norte, donde estaban el caballo y el carro con la cruz bajo la lona. La toqué: vibraba sin cesar, la madera parecía viva, como si así pudiera mantener con vida a la víctima… La madera estaba pulida y tan lisa como un espejo, sin rasguños ni astillas con las que uno pudiera hacerse daño. Sin embargo, no encontré la tabla solicitada con las letras «INRI». Hice un gesto a un romano y le expliqué que esa era la cruz del Nazareno, que había olvidado algo y que iba a buscarlo rápidamente. Desenganché mi caballo del carro y, al galope, me apresuré hacia el campo de la sangre.

Llegué y subí con dificultad la colina. Una vez en la cima, miré hacia abajo y no vi ni rastro del árbol de antaño; solo en el centro vi a un ángel sentado junto al tocón del árbol. Mientras descendía con cuidado, vi cómo tocaba los anillos. Oí cómo el viento susurraba nombres de personas en mis oídos, nombres extraños: «Kenaz, Korach, Gatam, Amalek, Korah,

Seïr, Lotán, Sobal, Sibón, Dison, Eser, Disán, Chori, Hemam, Timna, Alwan, Manajat, Ebal, Sefo, Onam, Akan, Us, Arán, Bela». Me había acercado a él hasta quince codos [64] y reconocí a Henoch como el único ángel que quedaba. Ahora veía claramente cómo, con cada mínimo movimiento de su dedo índice sobre un anillo de boda, le asignaba un nombre y lo gritaba en voz alta, mientras una lágrima caía de sus ojos sobre el campo de sangre. Me quedé de pie, respetuoso, y escuché un rato con los ojos cerrados: «Seba, Obal, Abimael, Ofir, Chawila, Jobab, Eber, Peleg, Reü, Serug, Nachor, Terach, Abram, Sarai, Harán, Lot, Milka, Jiska…». No era de extrañar que la madera de la cruz retuviera vida y dolor en su interior y vibrara.

Seguí mirando a mi alrededor. Todos los restos del árbol del bien y del mal —raíces, hojas, ramas, astillas, serrín— habían desaparecido, salvo por una pequeña parte: estaba al alcance de Enoch. ¿Podría hacerle eso de que soltara el dedo del lugar donde lo tenía ahora? Paso a paso, me fui acercando. «Tebach, Gacham, Tachas, Maäka, Jisbak, Suach, Seba, Dedan, Efa, Efer, Chanok, Abida, Eldaä, Sochar, Nebajot, Kedar, Abdeël, Mibsam, Misma, Duma…» El letrero quedó al alcance de la mano, me agaché y Henoch siguió leyendo concentrado: «Arjok, Birsa, Tidal, Sunab, Semeber, Bera, Melquisedec, Amer, Eskol, Mamre, Eliezer, Agar, Serafín, Ismael, Isaac, Abimelec, Pikol, Milca, Nacor, Us…». Me arrodillé junto a

[64] 15 el son 10 metros.

él, toqué la placa con las letras INRI y esperé educadamente. Él continuó: «Tebach, Gacham, Tachas, Maäka, Efron, Laban, Ketura, Zimran, Joksan, Medan, Midian, Jisbak, Suach, Seba, Dedan, Efa», De repente se detuvo, mantuvo el dedo en el lugar donde estaba y, con mirada tierna, me miró directamente a los ojos: «José, Mamre, Eliezer, Bechor, Nicodemo, Japka, Ismael, Isaac, Felipe, Simón, Alejandro, Rufo, Abila». Sin mover el dedo y mientras pronunciaba mi nombre y el de mi mujer y mis hijos, el de Nicodemo y el del discípulo Felipe, derramó una lágrima por cada uno. Debo admitir que los nombres de Simón, Alejandro, Rufo y Abila no me decían absolutamente nada. A continuación, asintió respetuosamente para que retirara la tablilla, volvió a mirar su dedo para ver dónde se había quedado y continuó: «Jisbak, Massa, Chadad, Tema, Jetur, Nafis, Kedema, Esaú, Jacob, Jehudit, Basemat, Raquel, Lea, Zilpa, Bilha, Simeón, Leví, Judea, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón…»

Me retiré con paso vacilante, aturdido ante tanta belleza y abrumado por la emoción al pronunciar los nombres de mi mujer, mi hija y mi hijo. Me volví un momento y vi cómo otros ángeles habían apartado la piedra de la entrada de la cueva. Ya no cabía ninguna duda: aquel lugar estaba predestinado y allí daríamos a Jesús su última morada. Regresé apresuradamente con el letrero.

María

María Magdalena estaba a mi lado. Juan lo pasó muy mal cuando su amigo de la infancia y hermano, Jesús, cayó en manos de los fariseos, aunque sabía que esto acabaría sucediendo algún día. Toda la gente se apresuraba hacia el Gólgota. Muchos por curiosidad, muchos por regodeo, muchos por simpatía hacia él, muchos que dudaban porque no se defendía, cuando tanto habían oído hablar de los milagros que hacía, pero solo unos pocos comprendían plenamente quién era realmente. No podía culpar a la gente. La parte más importante del quinto rollo de papiro del Hijo del Rey aún estaba por llegar: su resurrección tras la muerte. Lo que otros tenían que intentar creer, yo no tenía que intentarlo. Para mí era como mi embarazo: algo que es imposible negar. Fue un regalo tener a María Magdalena a mi lado, porque ella tampoco tenía dudas, y ambas sabíamos, cuando estábamos en la tumba de Lázaro, que algún día estaríamos en la tumba vacía de mi hijo. Sin embargo, el sufrimiento de mi hijo, tanto espiritual como físico, no era para menospreciar. Solo pude superar mi impotencia mediante la confianza. Toda mi vida, desde mi admisión en el templo cuando tenía tres años hasta ahora, fue un largo camino, pavimentado con piedras profundamente arraigadas, que secó pantanos, tendió puentes sobre ríos y me había preparado para lo que ahora sucedía. Y tampoco ahora tropezaría con escalones altos ni sería

detenerme ni siquiera las aguas más profundas del mar. Así como subiría por la empinada montaña del Gólgota y, si fuera necesario, la allanaría. Nada podía detenerme.
Que así sea.

María Magdalena

Me quedé atónita al ver al hombre azotado con una túnica púrpura, coronado de espinas como «rey de los judíos» y vilipendiado, rechazado y ridiculizado por una multitud exaltada. El hombre al que amaba. El hombre que amaba a todas las personas. El hijo del rey en camino para mostrarnos el camino hacia su Padre y el de todos nosotros. ¿Cómo es posible no amar a este hombre? La túnica púrpura me hace recordar cómo nos sentábamos los cuatro en la mesa de la cocina de María cuando decapitaron a Juan el Bautista y nos uníamos con el pañuelo púrpura. Era una preparación para lo que está sucediendo ahora, eso lo entiendo ahora. No fue casualidad que también Juan y María sujetaran este trozo de púrpura entre sus manos. Era nuestra señal de fe en la vida y no en la muerte. La muerte de Jesús mató a la muerte, pero no a la vida.
¡Ah, sí! Estaba al borde de una cascada enorme con vistas al mar y salté sin la menor vacilación.

Juan

Jesús fue abucheado, escupido y burlado por una multitud enfurecida en su camino por la ciudad hacia la puerta norte. Allí le esperaba la cruz al pie del Gólgota. Un

Un tal José de Arimatea quiso ayudar a Jesús a llevar la cruz, pero los romanos lo detuvieron y desapareció de la escena. Detrás de él iban también dos malhechores, encorvados bajo la misma carga. El Gólgota, el lugar de la calavera, era una montaña terrible de subir: comenzaba con un puente nasal que se hacía cada vez más empinado para luego pasar de repente al último tramo, aún más empinado, de la frente de la calavera, y terminar en la coronilla horizontal. Los vítores y gritos de júbilo de gente sedienta de sangre completaban el infierno. Detrás de él le seguían otros dos famosos ladrones, que corrieron la misma suerte. Yo seguí el Vía Crucis de mi hermano junto a María y María Magdalena, subiendo sin descanso. Era la primera vez que las veía llorar a ambas. Cada vez que Jesús caía, las dos mujeres se abrazaban para no caer ellas mismas de la angustia. Era desgarrador. Yo mismo he reprimido conscientemente muchos recuerdos de aquello; de lo contrario, habría perdido para siempre mi fe en la humanidad. Me centré en la misión de mi hermano para la humanidad y toda mi atención se dirigió hacia allí. Yo no podía hacer lo que las mujeres sí podían: cuando más tarde lo recordé junto con ellas, me confirmaron que no solo sentían compasión por Jesús, sino también por los verdugos, los soldados y la gente exaltada que no sabía nada mejor y que, desde luego, no entendía por qué Jesús daba su vida por ellos y por la humanidad. «Un Salvador no hace distinciones a la hora de salvar», aclaró María. «Perdonadles, porque no saben lo que hacen», había

Jesús se lo dijo a su madre. Ah, sí, después me sentí muy pequeño frente a mi madre y a María Magdalena. Mujeres de una fortaleza increíble. Sin embargo, no me guardaron rencor, al contrario. Fue una lección de vida que nunca olvidaría y que siempre transmitiría a los demás.

José

Nicodemo y yo habíamos deliberado la noche anterior sobre lo que debíamos hacer. Nicodemo seguiría el Vía Crucis y yo me dirigiría lo antes posible a Pilato antes de que alguien más del Sanedrín lo hiciera. Insistí mucho en que no solo pidiéramos el cuerpo de Jesús, sino también que nos dejaran quedarnos con la cruz. Esta cruz adquirió un inmenso valor simbólico después de haber visto a Henoch en acción.

Me dirigí a las habitaciones de Pilato. Pilato me conocía personalmente de cuando fui a pedirle un favor en nombre del Sanedrín, y aquella conversación había transcurrido de forma muy cordial y con respeto mutuo. Cuando me presenté ante él hoy, incluso se alegró de verme. No podía entender que los fariseos reaccionaran con tanto fanatismo mientras liberaban a un asesino notorio como Barrabás. Seguía muy conmocionado por el hecho de que él fuera responsable de la muerte de Jesús, de un hombre en el que no veía el más mínimo mal. Al contrario, eso era algo que había podido deducir de muchas historias. El

Para mí también fue un alivio comprobar que pensábamos y sentíamos lo mismo respecto a Jesús, y le dejé claro que, en su lugar, yo tampoco habría podido actuar de otra manera. De repente se creó un espacio para enmendar juntos algo, y le pregunté si podía llevarme el cadáver de Jesús junto con la cruz antes de que comenzara el sabbat y transportarlo, escoltado por soldados romanos, hasta la tumba en el campo de la sangre, y si algunos soldados podrían vigilar la tumba durante una semana. Le pareció una idea excelente, pero no entendía por qué también Caifás había pedido que se vigilara la tumba durante una semana. Le expliqué que Cristo había dicho en varias ocasiones que resucitaría de entre los muertos al tercer día y que, por lo tanto, era importante tanto para los creyentes como para los no creyentes que una parte neutral pudiera dar testimonio de ello. Lo entendió y, de hecho, consideró importante que no se produjeran más disturbios. Su última pregunta fue: «¿Y tú, José? ¿De qué bando eres?». Le hablé de mi amigo Nicodemo, que una noche había visitado a Jesús en secreto, y de lo bondadoso que era este hombre y de todos los milagros que había realizado. «¿Y por qué esa cruz? Al fin y al cabo, no es más que madera». «Muchos creyentes lo considerarán un símbolo importante, señor», respondí. No pude decir nada más al respecto, no había tiempo para profundizar en el tema. «Te doy mi pleno consentimiento, José». Y no solo yo me sentí aliviado, sino Pilato, si cabe, aún más. Pilato me entregó un pergamino con su sello como salvoconducto absoluto para Nicodemo y para mí.

Ningún fariseo se atrevería ya a detenernos. Para Pilato, esto supuso una rectificación de lo que había hecho al dejarse manipular por Caifás. Ay de aquel que se atreviera a matarnos ahora. Este pergamino protegería nuestras vidas de cualquier asesinato. Había tanto odio en el propio Sanedrín y tanto odio sentía Pilato hacia el Sanedrín. Al salir de Pilato, le mostré el pergamino al centurión. Le encantó y enseguida envió a algunos soldados para que me acompañaran.

SIMÓN, EL PORTADOR DE LA CRUZ

A primera hora de la mañana en que Jesús fue detenido en el Monte de los Olivos, la noticia se extendió como la pólvora desde Judea hasta Samaria, Galilea, Perea, e incluso hasta la Decápolis al oeste del Jordán, y yo me apresuré a rendir homenaje a este hombre que curó a mi hijo.

La gente dice que los romanos me obligaron a ayudar a llevar la cruz de Jesús. Eso no es cierto en absoluto.

Toda mi familia judía procede de la lejana Cirene [65], una floreciente ciudad a orillas del mar Mediterráneo. Una gran persecución contra los judíos obligó a mis antepasados a huir y mis padres se establecieron en Sicar, en Samaria. Tengo dos hijos, Rufo y Alejandro. El menor, Alejandro, nació ciego y, cuando tuvo la edad suficiente, insistió en mendigar para contribuir de alguna manera al sustento de nuestra familia. No nos sobraban recursos. Sucedió un sábado cuando Jesús [66] pasaba casualmente con sus discípulos junto a Alejandro y este les pidió limosna. Oyó a sus discípulos preguntarle: «Rabí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que naciera ciego?». Jesús respondió: «Ni él ha pecado, ni sus padres». Después de decir esto, Jesús escupió en el suelo, hizo barro con la saliva y lo untó

---

[65] La actual Shahhat, situada al noreste de Libia (África del Norte), a orillas del mar Mediterráneo

[66] Evangelio de Juan 9:1-38

le untó barro en los ojos a Alejandro, y le dijo: «Ve, lávate en el estanque de Siloé». Alejandro hizo lo que se le pidió. Regresó ya viendo y gritó su agradecimiento por toda la plaza. Todos los vecinos se sorprendieron ante este milagro, y más aún siendo sábado, y le preguntaron: «¿Dónde está el hombre que te curó?». Alejandro no podía saberlo. Los vecinos no estaban tranquilos y llevaron a Alejandro ante los fariseos. Los fariseos le preguntaron cómo había recuperado la vista. Y él les dijo: «Jesús me untó barro en los ojos, me lavé y ahora puedo ver». Algunos de los fariseos dijeron: «Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado». Otros dijeron: «¿Cómo puede un hombre pecador hacer tales señales?» Había división entre ellos. Los judíos no creían que Alejandro hubiera sido ciego y ahora viera, hasta que llamaron a mi esposa y a mí. Y nos preguntaron: «¿Es este vuestro hijo, del que decís que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?» Y nosotros respondimos y dijimos: «Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo es que ahora ve, no lo sabemos, ni quién le abrió los ojos, tampoco lo sabemos. Él ya es mayor y puede hablar por sí mismo». Mi mujer y yo temíamos a los judíos, pues estos ya habían decidido entre ellos que si alguien confesaba a Jesús como el Cristo, sería expulsado de la sinagoga. Entonces llamaron a Alejandro por segunda vez y le dijeron: «Da gloria a Dios; sabemos que este hombre al que aparentemente curaste es un pecador».

Alejandro respondió sin vacilar: «Si es un pecador, no lo sé; pero una cosa sí sé: que yo era ciego y ahora veo». Y le dijeron de nuevo: «¿Qué te ha hecho entonces? ¿Cómo te ha abierto los ojos?» Él respondió: «Ya os lo he dicho, pero no me habéis escuchado. ¿Por qué queréis oírlo otra vez? ¿Acaso también queréis ser discípulos suyos?» Entonces insultaron a Alejandro y lo expulsaron de la sinagoga. Poco después, Jesús se enteró de que lo habían expulsado de la sinagoga, y cuando encontró a Alejandro, le preguntó: «¿Crees en el Hijo de Dios?». Alejandro respondió: «¿Y quién es Él, Señor? Entonces creeré en Él». Y Jesús le dijo: «Lo ves; el que te habla, ese es Él». Y él dijo: «¡Creo, Señor!». Y Alejandro le adoró. Y nuestra familia y muchos de nuestros vecinos adoraron a Jesús por este bien sin precedentes. Nuestra familia fue expulsada de la sinagoga por los fariseos, pero eso no nos importó; al contrario: la mayoría del pueblo, que había conocido a Alejandro cuando era ciego, no nos dio la espalda, dijeran lo que dijeran los fariseos. Cuando supe que lo habían capturado, no dudé, y llegué justo a tiempo a la puerta norte cuando Jesús cargaba la cruz sobre sus hombros en medio de una multitud que gritaba y que los romanos mantenían a distancia. Me abrí paso sin miedo entre fariseos enloquecidos y gente exaltada hasta que solo vi a los romanos detrás de Jesús. La multitud estaba

enloquecidos, y los fariseos estaban encantados: «¡Mirad allí! A otros podía curarlos, pero parece que no puede salvarse a sí mismo. ¡He aquí a nuestro Mesías!». Y, literalmente, le escupieron en cuanto vieron un hueco entre los soldados. Alcé la vista hacia el terrible Gólgota: «¡Dios mío! ¿Qué ser humano tan debilitado y torturado puede soportar algo así?». Sabía lo que tenía que hacer. Bajo ningún concepto cedería mi lugar justo detrás de los soldados. El pensamiento de Alexander me dio fuerza y valor. Ya había establecido contacto visual con el capitán de los soldados y asentí respetuosamente. No era joven, pero mis musculosos brazos le decían lo suficiente. Era evidente que el capitán hubiera preferido llevar a la cruz al liberado Barrabás, que había matado a una multitud de sus soldados. Despreciaba a los fariseos de manera evidente. Cuando uno de ellos intentó golpear a Jesús con piedras, reaccionó con rapidez y les tiró de la barba de forma humillante para que los espectadores que vitoreaban entendieran el mensaje.

Seguí el camino de la cruz cuesta arriba y, cuando Jesús cayó por tercera vez, el centurión buscó mi mirada y asintió. Los dos soldados que iban delante de mí dieron cada uno un paso a un lado y me permitieron ayudar a Jesús a llevar la cruz. Asumí todo el peso de la cruz que pude y me coloqué lo más cerca posible de él, para que el verdugo ya no pudiera golpearlo con su látigo sin golpearme a mí. Era terrible ver la corona de espinas desde tan cerca, como un casco de sangre coagulada. Intenté proteger a Jesús con mi cuerpo cuando vi

cómo algunos espectadores estaban dispuestos a escupirle o incluso a golpearle. Dios mío de Amor, si pudiera acercarme aún más a ti, lo haría, y perdóname mis pecados. De repente le oí murmurar con dificultad una sola palabra, un solo nombre: «Alejandro». Ya no pude contener las lágrimas. El centurión se acercó a mí preocupado y me preguntó si me encontraba bien. Asentí con la cabeza. Más tarde, José de Arimatea me contó que era el mismo centurión que había estado presente en la detención de Jesús en el huerto de Getsemaní y que había sido testigo de cómo Jesús curó la oreja cortada de un siervo.

Llegamos con gran dificultad a la cima del Calvario. Los soldados me quitaron a Jesús de los brazos. Yo ya no podía más. No podía soportar ver el final y aparté la mirada de la terrible escena que se desarrollaba a mis espaldas. Juan me recogió un poco más abajo en la montaña; entonces aún no lo conocía. Me rodeó los hombros con el brazo y, cuando comenzaron a golpear con los martillos sobre los clavos, nos encogimos juntos. Era un dios que era hombre y un hombre que era dios a quien estaban clavando en la cruz. Las mujeres estaban a la misma altura, y también ellas dieron la espalda a la cruz y lloraban desconsoladamente mientras se sostenían unas a otras. Pasó al menos una hora más hasta que los otros dos bandidos también fueron crucificados y se erigieron las tres cruces. De repente, en pleno mediodía, el sol quedó ensombrecido por aterradoras nubes negras de tormenta, como si se fuera a llevar a cabo una venganza, y los numerosos espectadores huyeron como liebres asustadas

el lugar del cráneo. Algunos romanos se quedaron vigilando el lugar. Le conté a Juan, a trompicones, la historia de Alejandro, y él me agarró y me susurró al oído: «Yo estaba allí cuando Alejandro pudo ver, Simón. Y sabe, querido Simón de Cirene, que eres bendecido por expresar aquí tu agradecimiento, no solo con palabras, sino sobre todo con tus actos, que dan testimonio de un gran valor».

Nos despedimos. Al pasar junto a las mujeres, una de ellas se me acercó y me dio las gracias por lo que había hecho… por su hijo. Bajé la montaña.

Cuando estaba a mitad de camino, de repente se hizo completamente de noche y dos hombres se dirigieron a mí: «Te hemos visto trabajar y te estamos muy agradecidos, pero nuestra labor aún no ha concluido y nos vendría bien tu ayuda…». Nos pusimos las capuchas, pues la lluvia y los relámpagos se desataban furiosos de vez en cuando. Anocheció antes de que cayera. No nos sorprendió. Y, con ciega confianza, me di la vuelta y volví a subir la montaña con ellos. Me contaron su historia por el camino. Y solo después de que yo contara la historia de Alejandro, José se sobresaltó y preguntó: «¿Acaso tienes un hijo que se llama Rufo? ¿Y tu mujer, se llama Abila?» Entonces me tocó a mí quedarme perplejo: «Sí, claro, ¿cómo lo sabes?» José me contó de dónde venía eso, y de inmediato se rompió el hielo entre nosotros y estos hombres se atrevieron a revelar su identidad: dos fariseos «buenos» y

me dijeron sus nombres, José y Nicodemo. Me alegré muchísimo de poder ayudarles.

Cuando nos acercábamos a la cima, vimos a tres personas de pie bajo la cruz: dos mujeres y un hombre. Solo reconocí a Juan y a la madre, que me dio las gracias. Nicodemo me dijo el nombre de la otra mujer: María Magdalena. José se detuvo un momento para explicarnos su plan: el caballo y el carro estaban listos al pie de la montaña; Jesús debía ser transportado junto con la cruz hasta el campo de la crucifixión. Entre los tres conseguiríamos subir el caballo y el carro antes de que comenzara el sabbat, tan pronto como saliera el sol. Los soldados romanos nos acompañarían y protegerían, y me mostraron el pergamino con el sello de Pilato. Me sentí más que honrada.

María Magdalena

Los romanos habían cumplido con su labor de verdugos y las tres víctimas colgaban de los clavos de la cruz, con el «rey de los judíos» en el centro. Eso no era en absoluto cierto, pues él era rey de todos los hombres y no solo de los judíos. María, Juan y yo nos dirigimos hacia la cruz de Jesús. Era mediodía e incluso el sol se avergonzaba ante aquel espantoso espectáculo. Aunque solo eran 20 codos [67]de distancia, nos parecía nuestro propio vía crucis hacia él. Cada paso era un paso de más. Era terrible ver cómo los tres cuerpos, por el peso de sus cuerpos, tenían dificultades para respirar. Los gruesos clavos clavados a través de los huesos del carpo y del tarso… Los gemidos. Al menor suspiro, por pequeño que fuera, se movían las muñecas y los pies. Si no gritaban de dolor, era porque no tenían aliento para hacerlo. Los dos criminales junto a Jesús eran muy musculosos, lo que solo haría que la muerte se prolongara. María se mantenía valiente, miraba atentamente a los dos ladrones y parecía conocerlos. Me pidió la mirra que llevaba conmigo.

[67] 14 metros

María

Los reconocí como los ladrones Dismas y Gestas, de cuando huimos a Egipto. Ellos también me reconocieron. Gestas le habló con descaro a Jesús: «Si eres Dios, sácanos de aquí. ¿A qué esperas?». Dismas respondió: «Nos lo merecemos, Gestas, pero él es el amor encarnado para el mundo, ahora y en el futuro». Y mi hijo respondió a Dismas: «Aún hoy te daré la bienvenida a mi reino». Gestas lo estaba pasando muy mal, sobre todo porque sus dos grandes pies ya se estaban desgarrando. Habían utilizado tres clavos, debía de dolerle terriblemente. Tomé la mirra[68] con su poder anestésico y le froté suavemente los tobillos con ella. El bruto de Gestas no podía creer que ya sintiera menos dolor. «Perdóname, mujer», dijo, y yo incliné la cabeza ante él. Después utilicé la mirra con Dismas y, por último, con mi hijo. Mi hijo se dirigió a nosotros con voz quebrada: «Mujer, he aquí a tu hijo». Y a Juan le dijo: «Hermano, he aquí a tu madre». Juan me tomó de la mano y ambos inclinamos la cabeza. Le dije aún a mi hijo: «Transmite mi agradecimiento a tu Padre por su confianza». Esto ya no le llegaba, ya no podía más y dijo: «Tengo sed». Un romano mostró su bondad y mojó una esponja en una ramita de hisopo con vino agrio y mirra, y se la llevó a la boca de Jesús. Mi hijo bebió de ella y, con un último esfuerzo, gritó de repente:

---

[68] La mirra es conocida tanto como anestésico de uso local como anestésico general disuelto en vino.

«Todo está cumplido». E inclinó la cabeza y entregó su espíritu. Un rayo cayó sobre el templo de Jerusalén y el trueno hizo temblar los muros del templo. Yo también incliné la cabeza y dije: «Todo está cumplido…». Esto se aplicaba a ambos. Me mareaba la cabeza y busqué apoyo en Juan, que me abrazó. Por muchas lágrimas que se me subieran a los ojos, no quería dejarlas brotar, porque mi Hijo y yo habíamos cumplido nuestra misión tal y como el Padre había querido. Por muy terriblemente doloroso que fuera, estaba bien así, porque era la voluntad de nuestro Padre. La crucifixión de mi Hijo fue terrible de ver, pero había algo al menos igual de doloroso: cómo algunos padres exaltados observaban con sus hijos y consideraban todo esto como un espectáculo. Dejaban que sus hijos, risueños y exultantes, se desataran para abuchear a mi Hijo y lanzarle piedras. ¿En qué se convertirían estos niños? ¿Qué habían vivido sus padres en su juventud para permitir este comportamiento de sus hijos? Recordé las palabras de mi hijo mientras lo crucificaban: «Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen» [69]; quizá fueron las palabras más importantes para la humanidad, durante y después de su vida, que mi hijo pronunció jamás. Si el Hijo dijo esto y se lo pidió a su Padre, no podía ser de otra manera que estas palabras provinieran también del Padre mismo, pues ambos son uno. Las nubes se apartaron por un instante para dejar que el sol se despidiera

[69] Esta afirmación pone en tela de juicio todo el juicio final.

El que era la luz del mundo y siempre lo sería. Yo no era más que una gota del mar que había tenido el privilegio de dar a luz al mar.
Juan insistió en quedarse con él en Jerusalén y yo consideré que era mi deber, como madre suya, estar ahí para él cuando me lo pidiera. A partir de entonces, Juan siempre se dirigió a mí como «madre». Esto me reconfortó y me sentí todo menos sin hijos cuando recordé las palabras de la madre de Ascalón. Ahora tenía derecho a ser la madre de todos los hombres.

María Magdalena
El hombre que amaba a todas las personas a pesar de todas sus imperfecciones murió consciente de ser el hijo del rey. Ahora podía añadir el quinto rollo de papiro, y este solo tenía que constar de una línea, una frase: «El Hijo del Rey viene a cada uno de nosotros». Estaba muy triste, pero al mismo tiempo agradecido de que él me hubiera tomado en confianza para prepararme para este momento. Ah, sí, él decía la verdad: «Yo estoy en ti». Lo sentía más fuerte que nunca. Para él, la ira era una variante errónea de la preocupación y debía evitarse a toda costa. La ignorancia nos invitaba a seguir buscándolo en nosotros de forma muy consciente. El deseo pedía dar amor, no recibirlo. La oscuridad estaba ahí para convertirnos nosotros mismos en luz.

No podía sentir ira hacia las personas responsables de su crucifixión. Yo también estaba

No desconocía este suceso, pues él mismo me había informado y preparado. Y quien cree en él mata de inmediato cualquier deseo, envidia o celos, lo que permite transmitir su mensaje de amor verdadero y desinteresado. Y la oscuridad y el extravío ya habían sido neutralizados desde nuestro primer contacto. Después de todo, él no está muerto, pues está en mí, para siempre. Él insistió en esto. No necesito buscarlo, pues siempre está ahí. No necesita venir porque siempre está ahí. No puedo encontrar fuera de mí lo que llevo dentro. Y lo que llevo dentro tiene vida eterna como un amor puro y desnudo, despojado de reglas, castigos y leyes, como un Edén nuevo y accesible donde el árbol del bien y del mal es sustituido por una cruz de madera purificada con lágrimas, pulida y despojada de todo mal.

Juan

La muerte de mi hermano tras tantos recuerdos de la infancia, tras tantos milagros y curaciones de personas. El cielo se cerró en luto y nubes negras y desbocadas chocaban entre sí. Jerusalén temblaba sobre los cimientos de una antigua fe.

En el momento en que Jesús entregó su espíritu, un intenso relámpago cayó con toda su fuerza sobre el templo de Jerusalén, donde Caifás dirigía triunfalmente el culto cuando, ante los ojos de todos, el velo púrpura que María había confeccionado se rasgó de repente por la mitad entre los dos querubines. Por ello, el Arca de la

La conexión con las tablas de piedra de Moisés impactó a todos los presentes y, asustados, muchos de ellos comenzaron a dudar de si no habrían asesinado al Mesías. Incluso a Caifás le costó mantenerse firme frente a ellos. Hizo cerrar inmediatamente las puertas del templo y prohibió a todos los presentes que se marcharan hasta que pudieran darle un sentido unánime a lo sucedido. Se desataron acaloradas discusiones. Poco después, unos espías vinieron a contar que los traidores José y Nicodemo, junto con otra persona, se habían llevado el cuerpo y la cruz del lugar de la calavera, bajo fuerte protección de soldados romanos con una orden de Pilato. Entonces todos oyeron a Caifás rechinar los dientes por la rabia y la impotencia reprimidas, y de inmediato se gestó un inicio de revuelta entre sus filas. Caifás los apaciguó afirmando que el tercer día tras la muerte de Cristo era el crucial y prometió que, si Jesús resucitaba, renunciaría a su presidencia. Los ánimos se calmaron, pero la posición de Caifás quedó debilitada a partir de ese momento. No fue hasta justo después del amanecer, al comenzar el sabbat, cuando los fariseos se atrevieron a salir, temerosos de la reacción de los habitantes de Jerusalén. De hecho, mucha gente común ya se arrepentía de haberse dejado incitar de esa manera y se sentía avergonzada, profundamente avergonzada por su comportamiento hacia un hombre que no había hecho daño a nadie, que, por el contrario, sanaba a las personas o incluso las resucitaba de entre los muertos. No se daban cuenta de que Jesús les perdonaría por ello si

lo pidieron. Un pensamiento de perdón es perdonado, porque Él no está muerto, al contrario: espera a cada persona en el interior de la propia persona, tal y como me lo prometió en privado: «No os dejaré huérfanos. Vendré a vosotros. El mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis. En aquel día sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros».

José

Aunque los tres estábamos agotados, al igual que los romanos que nos protegían y nos ayudaban, nadie se quejó. Junto con Nicodemo, había bajado a Jesús en una camilla, y Simón de Cirene, con la ayuda de un romano bondadoso, había cargado con la cruz hasta la mitad del Calvario; más allá no habíamos podido llegar con el carro tirado por caballos. Ahora que el sábado estaba a punto de comenzar con las primeras luces del alba, ya no se veía a ningún fariseo por ningún lado. A lo lejos vimos a dos hombres que nos seguían, claramente espías de Caifás, pero eso no nos importaba. El centurión romano insistió en acompañarnos en nuestro viaje con el carro tirado por caballos hacia el campo de la crucifixión. Estaba consternado por todo lo que había vivido desde la captura de Jesús en el huerto de Getsemaní. «¿Se encuentra bien, señor?», le pregunté preocupado. «Vi cómo Jesús le devolvió la oreja a alguien como si nada, y hace unos años conocí a un anciano rabino [70]que me contó que vuestro antepasado más lejano, Adán, fue enterrado en el Gólgota, el lugar de la calavera, y que allí

[70] Fuente: Juan Crisóstomo. «Hay quienes dicen que Adán murió y fue enterrado en el Gólgota, y que Jesús fue asesinado en el lugar de su tumba. Adán volvió a la vida gracias a las gotas de sangre que cayeron sobre su cráneo».

«Vendría un Salvador cuya sangre caería sobre su cráneo y resucitaría a Adán». Guardó silencio un momento y Nicodemo y yo nos miramos sorprendidos, pero fue Simón quien le respondió con decisión: «Jesús le ha devuelto la vista a mi hijo ciego de nacimiento, señor. Él es verdaderamente aquel a quien la humanidad ha estado esperando. Resucitará al tercer día». El centurión respondió encogiéndose de hombros: «Ya lo veremos».

Llegamos al campo de sangre, apartamos la piedra y nos recibió el aroma de los manzanos en flor. Acostamos a Jesús sobre la piedra plana para que descansara, ungimos su cuerpo con hierbas aromáticas y lo envolvimos con vendas, y le colocamos un paño sobre la cabeza. A continuación, se cerró la cueva. Después, Nicodemo fue con Simón a buscar la cruz, mientras yo buscaba el lugar exacto donde antes se encontraba el manzano y donde Enoch había recogido minuciosamente durante dos días todas las lágrimas de la humanidad. Levantamos la cruz bien recta y colgamos el pañuelo púrpura de María sobre ambos brazos de la cruz. Parecía como si, del manzano del bien y del mal, los ángeles hubieran raspado la madera del mal con los pecados del hombre, y solo quedara en el tronco un núcleo de la madera del bien, de amor puro, en forma de cruz.

Los primeros rayos del sol naciente disiparon las nubes oscuras que cubrían el valle. Simón, Nicodemo y yo besamos los tres lugares donde los clavos se habían clavado en el cuerpo de Jesús y nos quedamos en silencio. El centurión vino a decirnos que dejaría allí a tres soldados durante tres

días para vigilar la tumba. Le dimos las gracias por su comprensión y humanidad, y él nos dio una palmada en el hombro y se marchó. Nosotros partimos poco después e invité a Nicodemo y a Simón a pasar la noche en mi casa de Arimatea. Todos necesitábamos descansar y Arimatea era un refugio seguro para escapar de la venganza de Caifás.

María

La tensión en Jerusalén era palpable. No se hablaba de otra cosa que del tercer día. Se hacían bromas, se hacían apuestas, pero sobre todo se burlaban del clan de los fariseos a la cabeza. Corrían rumores por la ciudad de que Jesús era hijo de un legionario al que incluso le habían puesto nombre: su padre se llamaría Panthera. Me abucheaban y me humillaban abiertamente. Cada vez me atrevía menos a dar la cara, y Juan y todos los demás apóstoles se mantenían al margen en la ciudad. Pero no pude resistirme; antes del amanecer partí junto con María Magdalena, montados en Az y Oz, hacia el campo de la crucifixión para visitar la tumba, y allí nos quedaríamos hasta el mediodía. Los romanos fueron amables con nosotros, pero montaron un buen jaleo. Parecía como si estuvieran de vacaciones: el vino corría a raudales y se reían del comportamiento de los fariseos. Los imitaban, pero ante nosotros dos se comportaban con respeto: al fin y al cabo, todo ser humano tiene una madre y en Roma se tenía un gran respeto por la maternidad. María Magdalena se retiró

Volvió junto a la cruz, pues se sentía atraída por ella. Entendí perfectamente por qué: para ella, la cruz significaba a partir de entonces el trono del hijo del rey, un trono que nunca más estaría vacío y que se convertiría por siglos en el símbolo del niño crucificado. Yo, por mi parte, fui aquella primera mañana al riachuelo más adentro del valle en busca de un poco de tranquilidad, lejos del alboroto de los soldados. Por cierto, presentía a quién me encontraría allí. Era un lugar maravilloso con una historia de siglos. Me senté y miré el agua, miré la imponente garganta un poco más arriba, miré las hermosas rocas en el agua, y una de ellas captó toda mi atención.
«Dios te salve, María», sonó, no del todo inesperadamente, a mis espaldas y no tuve que darme la vuelta.

«Dios te salve, Djibril».

«Has observado bien, nueva Eva».

Me levanté tranquilamente sin mirar atrás, me adentré en el río helado, cogí la piedra en cuestión con las manos y la llevé a la orilla. Me senté. La piedra estaba caliente y vibraba suavemente, y la apreté contra mi corazón. Aquello me transportó hasta la primera mujer, Eva, en el Edén, y sonreí agradecida porque Djibril se había dirigido a mí de esa manera y me había dejado tan claro su mensaje: mi hijo estaba vivo.

«Gracias, Djibril», dije. Y besé la piedra y la volví a colocar en el mismo lugar. Regresé a la tumba y me paré junto a María Magdalena, cerca de la cruz, y le dije: «No te entristezcas, María Magdalena, él vive y mañana lo verás».

Me marché tranquilizado y la alegría reinaba en mi corazón. Y recé por todas las personas, jóvenes y mayores, y sobre todo por aquellas que me insultaban y me gritaban palabras desagradables, pues no sabían lo que hacían.
Llegamos sanos y salvos a casa.

¡Ya basta! ¡Ya es más que suficiente!
Ya he esperado lo suficiente. Nadie puede reprocharme que no sea paciente. Mi venganza es imparable y a mi querido general Todos ya le pican los codos. «Mi querido Todos, la misión es sencilla, pero de suma importancia. Aseguraos de que la noche del segundo día haya suficiente vino y la mejor comida para los guardias. Antes de que un ángel quite la pesada piedra de la tumba al día siguiente, los soldados presentes ya estarán sumidos en un sueño profundo. Tan profundo que no puedan recordar quién ha estado allí o quién se ha ido. Prepara el doble de botellas de vino vacías, para que cada visitante piense que estaban completamente borrachos. Así, las discusiones sobre la resurrección de Jesús se estancarán para siempre en una historia de «sí o no», de palabra contra palabra, de fe contra incredulidad».

El general Todos consideraron que era un plan magistral y lo llevaron a cabo a la perfección.

El Padre se dirigió a los Poderes y las Fuerzas en el Santo de los Santos: «Hoy mi Hijo resucitará de entre los muertos».

«Rafael y Enoc, llevad la cruz al Santo de los Santos y colocadla en lo más alto, por encima de los serafines, como el árbol del bien puro, despojado de todo mal».

«Djibril, tú tomas la manzana intacta del Carro del Trono y la colocas al pie de la cruz».

«Miguel, tú vigila la entrada de la tumba de roca, para que ninguna fuerza diabólica pueda entrar en ella mientras espera».

«Después, habrá que esperar a que Mi Hijo y su Madre se unan al Santo de los Santos».

Y así sucedió.

María Magdalena

Era muy temprano y aún estaba oscuro cuando me levanté el tercer día. No había pegado ojo. Pensaba que estaría sola, pero no había contado con María. Ella ya había preparado té y me sirvió una taza. «¿Vienes conmigo?», le pregunté.

Ella negó con la cabeza: «Más tarde iré con Juan y Simón Pedro».

«¿No tienes mucha curiosidad?». No entendía nada.

«Ya se ha levantado», dijo, y me miró con expresión de felicidad. «Os he preparado algo de comer, y Oz, Uz y Az ya han comido». «¿Puedo decir lo que pienso?», pregunté, mirándola fijamente.

Ella se me adelantó: «Mi querida amiga, tampoco puedo ocultarte nada. Ayer me encontré con Djibril junto al riachuelo».

Me quedé callada y no hice más preguntas; no necesitaba saber qué se había dicho o hecho. Solo le sonreí, como muestra de que me alegraba por ella después de todo el dolor de los últimos días. Si quería contarlo, lo haría por sí misma. Pero hay mensajes que requieren tiempo para poder ser comprendidos en profundidad, y toda su actitud me lo hacía sentir así. Mi sonrisa era la mejor respuesta y una sonrisa suya

hacia mí era la respuesta más hermosa y completa que podíamos darnos el uno al otro.
Ya estaba abriendo la puerta para marcharme cuando Juan entró bostezando, mientras que Simón Pedro, al parecer, aún dormía. No podía esperarles y me fui con Oz, el más rápido de los tres, y aceleré el paso.

Juan

Me senté a la mesa.
—¿Has dormido bien, hijo? —me preguntó María con mirada pícara.
«Me he despertado muchas veces, madre. Tengo muchas cosas en la cabeza. Es un lío. Me da dolor de cabeza». Y ella se colocó detrás de mí y me dio un beso: «¿Así estás mejor, hijo mío?».
Oh, sí, estaba mejor, pero me sorprendió mucho su optimismo aquella mañana. No era seguro que Jesús resucitara. Simón Pedro también se sentó a la mesa y dos personas preocupadas se miraron con la misma mirada dubitativa.
«Madre, ¿estás segura de que no vas a ir hoy al campo de la sangre?», lo intenté de nuevo. «Fui ayer y dale recuerdos a mi hijo». Pedro y yo nos miramos con los ojos aún más abiertos. «Pedro, llévate a Az, no te preocupes». Con esta respuesta nos dejó claro que insistir o hacer más preguntas al respecto era innecesario.
Ninguno de los dos entendíamos nada. ¿Cómo podía estar tan segura?

Poco después nos pusimos en camino con

Uz y Az. María Magdalena

El sol acababa de salir y, al acercarme, vi a los soldados, agotados, durmiendo la mona entre las botellas de vino vacías. Hice mucho ruido a propósito con la esperanza de que se despertaran y pudiera preguntarles si había pasado algo, pero nada sirvió. Me apresuré hacia la cueva. La gran piedra había sido apartada y miré dentro: ¡el cuerpo de Jesús había desaparecido! Las vendas y el sudario aún estaban allí, pero su cuerpo no se veía por ninguna parte. Grité su nombre a pleno pulmón. Le supliqué en voz alta que se mostrara, pero solo recibí el eco de mis palabras desde el valle.

No sabía qué pensar y volví corriendo a casa con Oz para informar a Juan y a Pedro. Me los encontré y les conté que «ellos» se habían llevado a Jesús y que no se le veía por ninguna parte. «¿Y los soldados?», preguntaron enseguida. «Están tirados en la hierba, durmiendo, completamente borrachos». Y volví con ellos a la cueva para ver si podían hacer algo. Juan y Pedro inspeccionaron la cueva tan desconcertados y desilusionados como yo: el sudario yacía amontonado en un rincón y las vendas en otro. Se marcharon a toda prisa para contárselo a María, pero yo quise esperar para escuchar la historia de los romanos borrachos, con la esperanza de que supieran algo más. Yo también había ido a mirar al riachuelo, pero allí tampoco

No encontré ni el más mínimo rastro. Después volví a la cueva para descansar un rato; entré y me sobresalté. Dos ángeles vestidos de blanco me esperaban y me preguntaron: «Mujer, ¿por qué lloras?». Tuve que recuperarme del susto, pero al mismo tiempo me sentí inmediatamente tranquila y llena de esperanza. «Se han llevado a mi señor y no sé adónde», dije. Todavía me dolían los ojos de tanto llorar.
Una voz de hombre detrás de mí me preguntó también: «Mujer, ¿por qué lloras?». Al parecer, era el jardinero. «Busco al hijo del rey y su nombre es Jesús de Nazaret. Se han llevado a mi señor y quizá usted sepa dónde puedo encontrarlo». Me volví hacia él. «María Magdalena», dijo en voz baja.

«¡Rabúni! ¡Mi maestro!», respondí aliviada, y caí de rodillas y extendí las manos para poder tocarlo, para sentir si era verdad lo que veía.
«No me toques, porque aún no he subido a mi Padre. Pero ve a mis hermanos y diles: “Esta noche os veré en Jerusalén”. Solo más tarde subiré a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios».
Y se dio la vuelta, y los dos ángeles lo acompañaron y se dirigieron hacia la cruz y se la llevaron consigo. Uno de los ángeles me miró con el pañuelo morado de María en la mano, lo dejó con reverencia

y me hizo un gesto con la cabeza. Yo le devolví el gesto con respeto y comprendí el mensaje.
Me apresuré a ir a Jerusalén para dar la buena noticia a María y a los discípulos. Todos estaban encantados y regocijados por la noticia.
Esa misma noche se apareció a todos sus discípulos, excepto a Tomás.
María se mantuvo un poco al margen y disfrutaba desde la distancia de sus rostros alegres. Me senté a su lado y solo entonces me contó lo de Djibril junto al río. Sabía que solo podía contárselo a una persona que lo creyera.
La casita de Juan en Jerusalén era muy pequeña y, como Juan se tomaba ahora más en serio que antes la misión de «ser hijo de su madre María» y allí se alojaban otros seis discípulos, me pareció mejor volver a Ein Karem. Hablé de ello con María.

Poco después nos enteramos de que los tres soldados fueron severamente castigados por Pilato debido a su comportamiento, pero sobre todo porque eso había jugado a favor de Caifás. Este se quedó en la ciudad diciendo que sus apóstoles habían robado el cuerpo de Jesús y lo habían hecho desaparecer, y que los soldados estaban involucrados en la conspiración. Caifás se lo creía y todo el Sanedrín dio un suspiro de alivio, a excepción de los apóstatas ausentes, José y Nicodemo.

María

El mensaje de María Magdalena de que debíamos partir no fue una sorpresa. Ni para ella ni para mí. El capítulo del niño Jesús y del hombre adulto Jesús en la Tierra había llegado a su fin y, a partir de ese momento, tanto ella como yo, junto con los apóstoles, recibimos una nueva misión: difundir el mensaje de Jesús a la humanidad. Estábamos unidos el uno al otro, por una enorme historia de acontecimientos imborrables, conversaciones profundas, alegrías y tristezas que compartimos juntos y que no necesitaban repetirse una y otra vez entre nosotros con más palabras, pero que ahora debían ser anunciadas a las personas, en cualquier parte del mundo.

Nuestros caminos no iban a separarse, pues ambos solo conocíamos un camino y ese era precisamente ese mismo camino. Fue conmovedor el modo en que María Magdalena se despidió de mí: cuando los ángeles se llevaron la cruz del campo de sangre, uno de ellos la miró y dejó ante ella mi mantilla púrpura. María Magdalena me la devolvió al despedirnos, aunque solo fuera la mitad. Pero lo que fue tan especial: no había cortado el pañuelo por la mitad a lo ancho, sino a lo largo, en toda su extensión. Ahora envolvió una mitad del pañuelo alrededor de mi cuello y luego hizo lo mismo con la otra mitad alrededor de su cuello, lo que nos dio a ambas una sensación de gemelaridad, y así se marchó con Oz, y yo la seguí un rato y le regalé Az, para Hannah. Sin palabras, sin lágrimas, solo alegría por lo que

que nos habíamos regalado mutuamente. Nunca volvimos a vernos en esta vida, pero pensábamos el uno en el otro cada día. El color púrpura significaba para nosotros también unión, no separación. Que mi hijo la hubiera elegido a ella por encima de Juan y Pedro para aparecer ante ella, como primera persona, tras su muerte en la cruz, fue de gran importancia, una importancia que suscitó mucha controversia en una sociedad en la que la mujer era subordinada. A María Magdalena le honraba que ella misma nunca, jamás, lo pusiera en la balanza. De Juan, que también la conocía desde pequeña, supe mucho más tarde cuánta resistencia tuvo que superar para mantenerse firme ante los celos, el desconocimiento y la subestimación de algunos apóstoles.

No hace mucho recibí la única carta que me envió tras todos esos largos años desde un país extranjero, en la que aludía a «nuestra» relación gemelar: «Te estaré eternamente agradecida por nuestro amor y confianza en nosotros, y por el amor y las lecciones de nuestro hijo».

Esto no me sorprendió: yo también los quiero a «nosotros».

Cuarenta días después de su resurrección, Jesús ascendió al cielo en el Monte de los Olivos, a las afueras de Jerusalén, y se reunió de nuevo con su Padre.

Los serafines, los querubines, todas las potencias y fuerzas, junto con los arcángeles y todos los ángeles, entonaron el trisagio: «Santo el nuevo Adán, y santa la nueva Eva, que regresan al Padre».

El nuevo Adán tomó asiento a la derecha de la cruz, a la espera de que María fuera recibida en el Santo de los Santos para tomar asiento a la izquierda de la cruz.

Tan pronto como María también tomó asiento junto a la cruz, más arriba que los serafines, la cruz se transformó en un nuevo árbol del bien eterno, y ningún ser humano pudo rechazar el regalo de bienvenida de una manzana intacta. Cualesquiera que fueran los errores que hubiera cometido, fue invitado a sentarse a la larga mesa bajo el árbol del nuevo Edén.

El amor no lanza ni la primera ni la última piedra.

EL EVANGELIO DE MARÍA MAGDALENA

INTRODUCCIÓN

Caifás se desató y estableció un régimen de terror en Jerusalén. Pilato no intervino y se mantuvo en gran medida al margen por temor al fracaso de los tres guardias romanos en la tumba. Poco a poco se había cansado de los judíos, de todos los judíos, siempre y cuando pagaran sus impuestos, y de eso se encargaba minuciosamente el astuto Caifás.

Los primeros años fueron bastante turbulentos para los apóstoles, y les costó mucho organizarse y ponerse de acuerdo como grupo. En todos los pueblos o ciudades donde Jesús había hecho milagros, había hablado en una sinagoga o había realizado un acto de amor, la gente sentía la necesidad de llorar juntos y, después, organizarse en pequeñas reuniones secretas para mantener viva la llama. Desde allí se enviaba a gente a lugares de los que habían oído que había aparecido un apóstol. Cada vez que un apóstol abandonaba un grupo, indicaba a qué pueblo o ciudad se dirigiría. Así, el número de mensajeros fue creciendo poco a poco y, gradualmente, también se empezaron a transcribir los discursos de los apóstoles y las cartas circulaban de grupo en grupo. Juan y María huyeron bastante pronto a Éfeso para luego regresar a Jerusalén, donde María visitaba a diario la tumba de

visitó a su hijo, para gran enfado de los fariseos y, sobre todo, de los saduceos, que incluso intentaron matarla. Pero los peregrinos que cada día la rodeaban en gran número la protegían. Al final, resultó que no había otra forma de escapar de la venganza de los fariseos que huir de nuevo a Éfeso. Simón Pedro tenía las manos ocupadas y, mientras tanto, recibió la ayuda de un tal Pablo, que se unió a los apóstoles y visitó muchas nuevas regiones y ciudades. Sobre todo José [71]de Arimatea figuraba en la lista negra de los fariseos, y partió hacia tierras lejanas para proclamar la historia del Mesías y dejó allí escritos. La extensa red de mensajeros proporcionó una base sobre la que el cristianismo pudo establecerse, a pesar de las numerosas y terribles persecuciones por parte de romanos y judíos. Sin embargo, no había quien lo detuviera. Muchos apóstoles escribieron sus vivencias: Tomás, Santiago, Lucas, Marcos, Mateo, los ebionitas, los egipcios, Pablo, Pedro… ¿Solo hombres?

Una mujer fue la excepción, una mujer a la que Jesús amó desde el principio y a la que Él también amó, y que fue la primera en dar testimonio de su resurrección: María Magdalena.

---

[71] José de Arimatea acabó en Inglaterra. Nicodemo murió en Jerusalén.

Me dirigía a Ein Karem, junto con Oz y Az. Mi corazón estaba dividido: había elegido a mi familia y no la misión de proclamar el mensaje de Jesús. Al menos, así me lo parecía. Me sentía como si estuviera huyendo, incluso como si fuera una traición, hasta que, a mitad de camino, de repente se posó una paloma justo delante de nosotros, en el camino. Oz y Az se detuvieron en seco y aguzaron amablemente sus largas orejas. La paloma me miraba inmóvil. Le pedí a Oz que siguiera adelante para que la paloma se fuera volando, pero Oz no se movió. Un recuerdo lejano se despertó en mí. Ya había visto esa imagen alguna vez. Me bajé de la bicicleta y la paloma seguía sin moverse, mirándome fijamente. Me agaché ante él, que de repente ya no era una paloma para mí, sino Djibril. «Muéstrame, Djibril, ¿qué camino debo seguir?»

Pensé que tenía que esperar su respuesta, pero más tarde comprendí que era más bien al revés. Era Djibril quien esperaba mi respuesta, y esa respuesta requirió tiempo para recordarme lo que Jesús me había inculcado en el corazón junto al río: «Yo estoy en ti». Solo con este pensamiento, Djibril se elevó volando hacia Ein Karem. Y yo le grité a pleno pulmón: «¡Él está en mí, Djibril! ¡Él lo es todo para mí!». Y me precipité desde un lago de montaña hacia abajo, hacia una isla figurativa llamada Ein Karem. Jesús lo es todo para mí y no hay nada por encima de todo. Un peso se me quitó de encima y mi ánimo se despejó. Tras todas las tensiones

En las últimas semanas pude volver a disfrutar de la soledad, sintiéndome a salvo lejos de la peligrosa Jerusalén, rebosante de alegría por volver a ver a la pequeña familia que considero la mía. El sol del atardecer se envolvia en un manto rojo púrpura y, desde lejos, podía ver el humo saliendo de la chimenea. Era como volver a casa.

Llamé a la puerta. Oí algo de jaleo y luego unos tirones torpes de la cuerda de la puerta, y enseguida adiviné quién estaba detrás de todo aquello. La voz de Rebecca intentaba calmar un poco a su pequeña, pero Hannah se le adelantó y abrió la puerta. «¡Mamá!», gritó alegremente y se abalanzó a mis brazos. Rebecca ya estaba buscando a Samuel y el pequeño Johannes se despertó y empezó a llorar, pero eso no pudo estropear la alegría. No conseguí que Hannah se soltara de mí hasta que de repente se fijó en Az y dejó de prestarme atención. Rebecca sacó al lloroso Johannes de su cuna y me lo entregó. Me sorprendió que no llorara más por mí; al contrario, dejó de llorar y empezó a reír… Rebecca se rió: «Mamá puede quedarse a vivir aquí, ¿verdad, Hannah?». Resultó ser una pregunta inútil, porque Hannah estaba demasiado ocupada con Az. Samuel entró y él también corrió hacia mí y me llamó «mamá» por primera vez. Lo miré y él también me miró a los ojos, y fue como si presentiera y comprendiera que había venido a Ein Karem principalmente por él. Y así era…

Rebecca nos hizo sitio en la mesa de inmediato. Un vaso de agua fresca de manantial me sentó de maravilla. Habían pasado tantas cosas y Rebecca y Samuel estaban muy curiosos y aún más preocupados por el futuro. Caifás, Pilato, José de Arimatea, el campo de sangre, la tumba de la roca, el árbol del bien y del mal del que surgiría la cruz, el Gólgota, la crucifixión, María y Juan bajo la cruz, la resurrección de Jesús, mi encuentro con Jesús, Jerusalén en plena agitación y el comienzo de la persecución de quienes adoraban a Jesús, la huida de María y José a Éfeso, Pedro como líder y el nuevo apóstol Pablo, que fue derribado de su caballo. Podría haber seguido hablando sin parar. Era sobre todo Samuel quien me interrumpía de vez en cuando para pedirme más explicaciones y no se apartaba ni un minuto de la mesa, mientras que Rebecca iba a ver a los niños con frecuencia. ¡Mi querido Samuel! ¡Cómo me reconocí en gran parte en él! Ambos tenemos un corazón que al principio cuesta abrirse y entregarse, hasta que estalla por completo y luego se entrega por completo y ya no conoce el camino de vuelta. Un corazón de todo o nada. No paraba de hacer preguntas y concluyó con tristeza: «Qué pena por mi ciudad natal, Massilia, y que mi padre, mis hermanos y mi hermana no sepan nada de esto».» Rebecca intentó consolarlo y dijo: «Nada nos impide ir allí, ¿verdad?». Y le abrazó la cabeza y me miró: «Mira, mamá, este es mi ángel y yo lo seguiré adondequiera que vaya». Y selló su promesa con un beso. Samuel se emocionó y me miró: «¿Qué opina s , madre?». Yo

No tuvo que pensarlo mucho: «Tu padre tiene barcos y se alegrará de volver a verte, y allí estarán más seguros los niños de cara al futuro. Y si os parece bien, viajaré con vosotros». Samuel y Rebecca se animaron de golpe. «¡Por supuesto, madre!», exclamó Samuel. «Te cuidaremos muy bien…»
«Ten en cuenta, Samuel, que quiero vivir sola y me encantaría visitaros para ayudaros con los niños, pero no olvides que tengo una misión que cumplir. Todo ser humano tiene derecho a escuchar la historia de Jesús el Salvador». Hannah entró: «¿Dónde estáis?». Y los tres nos levantamos al unísono y me instalé en la casita de Jair y la difunta Hannah, y Hannah, orgullosa como un pavo real, se encargó de transportar mi equipaje con Az, mientras Oz observaba con envidia.

Samuel

Esta tierra, mi esposa, mis hijos, mi nueva madre y su fe me habían dado y enseñado tanto, que consideraba un deber ofrecer esto a mi tierra natal. En cuanto hubiera podado las vides, partiría hacia el puerto de Asdod para ponerme en contacto con un capitán de la marina mercante de mi padre. Día tras día crecía mi nostalgia por mi tierra natal y ansiaba volver a ver a mi familia y a los amigos de antaño.

VISITA DE ALTO NIVEL

Todo seguía su curso en la casita de Rebeca y en la de María Magdalena. Samuel, por su parte, había partido hacia Asdod para recabar información sobre la travesía a Massilia. Hannah y Az aprendieron a confiar ciegamente el uno en el otro, y Hannah fue tan honesta que mimaba a Oz igual de mucho, robando de vez en cuando una zanahoria del frondoso huerto de Samuel. Cuando Rebecca le pedía cuentas, ella le mostraba la gran cicatriz de su pierna y decía que las zanahorias eran buenas para la curación. En resumen, era todavía una niña, pero nada tonta: recordarle a Rebeca que casi había muerto hizo que todo el castigo se desvaneciera al instante como la nieve al sol. No fue bonito, pero sí inteligente.
Llegó el verano. Un día, a última hora de la tarde, Hannah corrió emocionada hacia la casita de María Magdalena: «Mamá, ven a ver, ¡dos caballos!».

María Magdalena

Dejé todo y salí corriendo: dos jinetes se anunciaban sobre sus caballos humeantes. Reconocí a Pedro de inmediato, pero el otro me resultaba totalmente desconocido. Les saludé con la mano y Pedro también me reconoció; pasaron de largo la casita de Rebeca y se dirigieron directamente hacia mí. Habían cabalgado toda la noche bajo la luna llena y un «hombre amable» les había indicado el camino correcto en un cruce difícil e importante.

indicó. Hannah les dio de beber inmediatamente agua fresca de manantial a los caballos, y estos la aceptaron enseguida. Pedro presentó a su amigo: «Este es Pablo; se unió a nosotros hace poco y es de gran ayuda, pues conoce las costumbres y la lengua romanas como nadie. Por cierto, te envían saludos Juan y María, y te han pedido encarecidamente que vayas a visitarlos». Le di la bienvenida a Pablo y les ofrecí una comida con verduras frescas del huerto de Samuel y pan recién horneado. Fue sobre todo Pedro quien me hizo preguntas y quien, por ejemplo, me preguntó de inmediato por qué había huido a Ein Karem y no me había quedado con María en Jerusalén. Intenté explicarle que había seguido mi intuición, pero vi en sus ojos que consideraba que ese era un argumento débil. Entonces le hablé de la paloma que, durante el camino, había confirmado mi intuición al volar delante de mí, pero eso tampoco le pareció muy creíble. Continué entonces en tono suave: «Para mí, esa paloma es lo mismo, Pedro, que Jesús cuando le vuelve a poner la oreja cortada». Y entonces bajó la mirada: «Perdóname, María Magdalena. Estoy muy cansado del viaje». Y su tono se suavizó durante el resto de nuestra conversación.

Entonces Pablo tomó la palabra y contó brevemente su historia: cómo, en su pasado no precisamente glorioso como Saulo, había entregado a muchos creyentes a los fariseos, provocando así su muerte, hasta que, de camino a Damasco, fue fulminado por un rayo mientras cabalgaba.

y fue interpelado y cegado por Dios, y cómo, tras tres días de reflexión y arrepentimiento, recuperó la vista gracias a la imposición de manos de Ananías y, como el nuevo hombre llamado Pablo, quiso dedicar el resto de su vida al servicio del Hijo de Dios. Tras la virtuosa comida, después de una noche de insomnio, el cansancio se apoderó sin piedad de los dos hombres, y les ofrecí mi lugar para dormir para que pudieran descansar. Eso me dio tiempo para reflexionar, porque nada ocurre sin motivo. Pedro, el apóstol que siempre acompañaba a Jesús y había sido testigo de muchos milagros, y, además, Pablo, alguien que nunca había conocido a Jesús en persona, y allí, entre ambos, estaba yo, una mujer. ¿Por qué vinieron a buscarme a mí, «solo» una mujer? ¿Por ira, ignorancia, oscuridad o deseo? ¿O tal vez ellos mismos también sentían que Jesús estaba en ellos en todo momento? Fuera cual fuera la razón, se trataba de un acontecimiento importante y yo no podía sino estar agradecida. No tenía nada que perder; al contrario, quizá pudiera aprender algo de ellos. Fui a buscar a Rebeca para contarle de esta visita tan distinguida. Los caballos tenían suficiente comida y bebida; Hannah no se cansaba de admirar a esos hermosos animales, mientras Az observaba con envidia. Encontré a Rebeca en casa, dando el pecho a Juan. «Cada vez tengo menos leche», dijo, aunque se preocupaba sin motivo. «Así debe ser, Rebecca, es normal. ¿No fue así también con Hannah? Pasar poco a poco a la alimentación sólida», me oí decir, ¡como si lo supiera todo! Yo,

¡que nunca había tenido un bebé mamando en mi pecho! Al parecer, Rebecca pensaba lo mismo, porque se levantó riendo y empujó a Johannes hacia mis brazos: «¿Por qué no lo intentas tú con tus pechos?». Las dos nos partimos de risa e incluso Johannes no pudo evitar reírse y cacarear ante aquellas dos mujeres locas. Fueron momentos inolvidables de amor y felicidad, que años más tarde aún me permitían esbozar una sonrisa en los momentos difíciles.

Pedro

Aquella tarde soñé que entraba en una cueva con una antorcha y me encontraba allí con mi sombra. Empezamos a hablar y nos preguntamos cuál de los dos era el verdadero. Tanto mi sombra como yo pensábamos que cada uno de nosotros era el verdadero: pensábamos igual, nos movíamos igual y ambos pensábamos lo mismo al mismo tiempo. No teníamos secretos el uno para el otro y, tras un breve paseo, nos despedimos fraternalmente. Fuera de la cueva, el sol brillaba con toda su intensidad en mis ojos, aún sin acostumbrarse a la luz, y distinguí una figura en la luz deslumbrante. Estaba convencido de que era mi sombra la que me había seguido hacia la luz. La figura se dirigió a mí: «Estoy en ti», y sí, pude creerlo de inmediato y respondí: «Sí, tú estás siempre en mí como yo estoy en ti». Me distraje un momento por una paloma que se posó a mis pies y quise cogerla, pero la paloma fue más rápida que yo. Me volví rápidamente, pero la figura había desaparecido y me sentí

De repente me sentí solo, aunque sabía con toda certeza que no estaba solo. Me desperté de golpe y, todavía aturdido por el sueño, me dirigí tambaleándome hacia la sala de estar, donde Pablo y María Magdalena ya estaban hablando sobre las feroces persecuciones de los cristianos en las que él mismo había participado en el pasado, con gran pesar. De repente se callaron y me miraron: «¿Te encuentras bien, Pedro? Pareces abatido».
Les expliqué que había tenido un sueño extraño y que me había dejado con una sensación ambigua, de alegría y de añoranza. Fue Pablo, pero sobre todo María Magdalena, quien de repente se mostró muy interesada en mi sueño, y ambos insistieron en que se lo contara. Di un sorbo de té y les conté mi sueño con todo detalle. Pablo no entendió nada y María Magdalena lo entendió todo, como se vio después. En cuanto terminé mi última frase, ya tenía una pregunta preparada para mí: «¿Quién crees que era esa figura fuera de la cueva?». Respondí: «Era mi sombra, que me había seguido hasta fuera. Yo era uno con ella y me sentía seguro, en paz y en armonía». Miré a María Magdalena profundamente a los ojos y pude ver que ella opinaba lo contrario. Ella negó con la cabeza amablemente.

María Magdalena: «Esa figura a la luz del sol no era tu sombra, era Jesús. Durante nuestras conversaciones en Nazaret, junto al río, me insistió en que Él está en cada uno de nosotros: “Yo estoy en ti”. Tu sueño es mucho más que un sueño. Tu sueño es un mensaje de un valor incalculable, no solo para ti, sino para toda la humanidad».

Pedro: «Juan también me dijo algo parecido, pero, por otra parte, Jesús me encargó que tomara el mando».

María Magdalena: «Eso no es en absoluto contradictorio: tu misión principal es hacer comprender al ser humano que Él está en cada uno de nosotros. Eso requiere una confianza ciega en su amor, y no en normas o leyes terrenales. El amor no se beneficia de las leyes y solo pide que pongas tu corazón libre al servicio de tu prójimo. ¿Dónde puede estar Él más cerca que estando presente en cada uno de nosotros a cada segundo? De eso no se puede restar nada. La responsabilidad de nuestro amor por cada prójimo recae en cada uno de nosotros, pero la responsabilidad final recae en cada persona que acepta o rechaza tu amor, y nunca recae en Él. Tal y como Él hizo: se entregó a nosotros y está en nosotros, pero no culpa a quien ignora su amor. Debemos intentar poner en práctica nosotros mismos, para cada prójimo, el ejemplo que Él nos da en cada persona».

Pedro: «¿Por qué entonces nunca me lo dijo con esas palabras cuando me encargó que pastoreara a sus corderos? Pablo y yo estamos muy ocupados con la organización de su reino aquí en la tierra: organizar reuniones secretas , concertar citas , dar conferencias y ,

escribir cartas y hacerlas llegar en secreto de ciudad en ciudad mediante mensajeros. ¿Es eso tan innecesario?»

María Magdalena: «No, claro que no, pero el mensaje que le das a la gente debe ser correcto, tal y como se lo dijo literalmente a Juan: "Yo estoy en ti". Y también habló de las cuatro fuerzas primigenias que hay en nosotros y que luchan contra esto: la ira, la oscuridad, el deseo y la ignorancia. ¿Qué más tiene que pasar para que lo aceptes, Pedro? Jesús y Su Padre son la fuente de toda vida: el Padre creó la vida de todas las cosas, y el Hijo entregó su vida a cada ser humano y ahora sigue viviendo en cada uno de nosotros. No tienes por qué creerme a mí, Pedro, pero al menos cree a Juan si no me crees a mí. Jesús cuenta con ello. ¡Piénsalo bien!». Esperé un momento y continué con extrema cautela y en voz muy baja, por gran preocupación por su orgullo, apenas audible: «Y guárdate de la soberbia y la envidia, Pedro».

Pablo

La palabra clave había salido a la luz: la soberbia. Pedro palideció y se mordió los labios. Yo había estado escuchando en silencio todo el tiempo; era la primera vez que oía hablar a María Magdalena y, al cabo de cinco minutos, ya estaba profundamente impresionado por su fervor. Cada vez que ella decía algo, sentía más curiosidad por saber qué más le había contado Jesús. Estaba claro que Jesús y María Magdalena habían mantenido conversaciones muy profundas juntos.

Y me resultaba fácil imaginar cómo a Jesús también le gustaba hablar con ella, dada su inteligencia, su sed de conocimiento, su sincera autoconocimiento y su franqueza. Era un libro abierto y, cuando le pregunté, me habló de las cuatro fuerzas malignas que hay en nosotros: la ira, la oscuridad, la codicia y la ignorancia. Y, sobre todo, esa palabra, «ignorancia», nos impactó profundamente a Petrus y a mí. ¿Acaso éramos estúpidos? ¿O es que estábamos tan equivocados? Y precisamente esa palabra, «ignorancia», la explicó tal y como Petrus y yo nos sentíamos en ese momento: «¿Qué es lo que no sé, Señor?». La respuesta que ella misma había recibido en su día de Jesús, se la repitió ahora a Petrus y a mí: «La conciencia de que Yo estoy en ti, no te dejo ir, pero tú olvidas conocerme en tu interior». Y María Magdalena lo resumió después de forma aún más concisa: «Él es el amor en cada uno de nosotros y sí, a menudo nos olvidamos de ser amorosos». Me quedé de nuevo boquiabierta. Suena muy presuntuoso, pero me reconocí en parte en ella: ir a por ello, cueste lo que cueste. No me sorprendió en absoluto que María Magdalena fuera la primera persona a la que el Señor resucitado hubiera permitido encontrarse, y de eso no cabía duda alguna. Ella les contó a los apóstoles que Él le había dicho que les hiciera saber que se les aparecería esa misma noche, y así sucedió. No cabía la más mínima duda al respecto: ella había sido la primera en encontrarse con el Cristo resucitado. Eso significaba mucho, aunque ella misma no utilizara en absoluto este argumento como palanca para ganarse la credibilidad de Pedro en esta conversación. Ella

Por el contrario, abogaba por que Pedro también aprendiera de Juan, algo que pocos harían si se consideraran en plena razón. Y cuando le advirtió con delicadeza a Pedro sobre la soberbia y los celos, esto se percibió realmente como una preocupación muy fundada y más que justificada. Y eso se aplicaba igualmente a mí: me sentía pequeña frente a una mujer que se mostraba más humilde de lo que yo misma podría ser. Pedro se debatía una vez más con la pregunta: «¿Por qué entonces Él nunca me lo dijo así con esas palabras cuando me encomendó la misión?». Yo sabía por qué María Magdalena no quería responder a esto; al fin y al cabo, como mujer, no podía hacerlo sin revelar su humildad. La respuesta a la pregunta de por qué tenía que ser un hombre era que la sociedad en la que vivíamos seguía siendo una sociedad dirigida únicamente por hombres, y sería imposible para una mujer convencer a los hombres… Por cierto, esta conversación con ella ya era muy difícil de aceptar para Pedro. Y debo ser sincero, al principio a mí también me costó. Al parecer, hay tantas cosas de las que nosotros, los hombres, no nos damos cuenta. Pedro y yo hemos recordado a menudo este encuentro más tarde, juntos o por separado, y me doy cuenta demasiado tarde de que le ofrecí muy pocas oportunidades a María Magdalena y a todas las mujeres. No hacíamos más que crear normas y leyes, excluíamos a las mujeres de los órganos de gobierno más importantes y nos sentíamos superiores a ellas. Partimos de una base errónea.

Deberíamos haber escuchado desde el principio tanto a Juan como a María Magdalena.

María Magdalena

También seguía siendo difícil no herirlos. Me sorprendió que, al parecer, Pedro nunca hubiera conocido al otro Jesús en conversaciones personales, algo que no podía reprocharle en absoluto. ¿Por qué Jesús no hablaba con los hombres como podía hablar conmigo? No lo sé, aunque debe de haber habido una razón importante para ello, o al menos una razón práctica. Al menos quiero poder entenderlo [72]para hacer justicia al mensaje de Jesús y comprender todo el contexto. Jesús se mostró ante ellos y ante mí desde sus dos facetas, la humana y la divina, eso estaba claro. Pero, al parecer, solo a María, a Juan y a mí nos explicó también las facetas ocultas: qué significaban su naturaleza, sus peculiaridades, sus fuentes, su entrelazamiento de las facetas ocultas con las visibles en la práctica, por lo que estas a veces parecían comportarse de manera contradictoria y así

[72] La sencilla razón: en aquella época, la mujer era considerada siempre como inferior, y Jesús necesitaba mujeres fuertes como María y María Magdalena para dar voz a las mujeres. La arrogancia milenaria del hombre le obligaba a tener esto en cuenta; la desigualdad entre hombre y mujer era en aquella época cien veces mayor que ahora. Para María Magdalena esto era incomprensible, pues ella era todo lo contrario y defendía la igualdad de género. En otras palabras, su sensacional evangelio escrito nunca habría tenido éxito, ni entonces ni ahora.

que dieron lugar a malentendidos, por ejemplo, el papel del género humano, lo cual, aunque en nuestra conversación actual se trató con mucho respeto, lamentablemente no cambió ni resolvió nada para el futuro.

Pedro

Fui a ver los caballos. Sin más. Necesitaba aire fresco. Pero ni los caballos ni el aire fresco lograron acallar el torbellino de mi mente. Grité en mi interior: «¿Por qué nos has enviado aquí, Señor? ¿Para que aprendamos de tu amada lo que tú no nos enseñaste? Mi cabeza está a punto de estallar, mi corazón duda, mi fe se tambalea. Que caiga un rayo sobre mí y líbrame de esta tarea. Soy débil. Lo siento. ¿Qué hago aquí, Señor? Siento que hay algo que no sé, pero no sé qué es lo que no sé. ¡Me estoy volviendo loco!».

Estaba allí dando vueltas, literalmente, cuando de repente vi acercarse a una joven con un bebé en brazos y una niña pequeña de la mano. Johannes ya me había hablado de una familia joven que vivía allí.
Ya desde lejos gritó: «Siento no poder dejaros pasar la noche en la casa de Juan el Bautista, pero siempre seréis bienvenidos». Me apresuré a salir a su encuentro. Continuó diciendo: «¿Quizás os interesen los rollos de papiro de Zacarías, el padre de Juan el Bautista? No sé si María Magdalena os lo habrá mencionado. Ah, por cierto, yo soy Rebeca y estas son Hannah y esta

«El joven se llama Juan, porque nació en la casa de Juan el Bautista». Era una invitación más que bienvenida; yo pensaba que María Magdalena se alojaba en la casa de Juan el Bautista, pero resultó ser un error. De camino a su casita, Rebeca me contó cómo había llegado allí de forma milagrosa y no paró de hablar mientras preparaba el té. Solo se calló cuando tomó el primer sorbo de té. Me gustó estar allí y no tener que hablar casi nada. Empezó a hablar de Samuel, de que era hijo de un rico comerciante de Massilia y de que se irían junto con María Magdalena porque Samuel insistía en proclamar también en Massilia la historia de Jesús el Nazareno. Hannah se acercó y de repente vi esa fea cicatriz en su pierna y le pregunté de dónde venía. Rebeca contó toda la historia de María con los pañales milagrosos que la curaron, y terminó su relato diciendo: «He aprendido algo de María; en realidad, es más correcto decir que recibí un regalo de ella: me enseñó que, cuando tenga dolor o tristeza, debo rodear su cuerpo con mis brazos en mi mente y entrelazar mis dedos, como si así colocara un pañal de amor alrededor de su presencia, para luego darle la bienvenida con las palabras: "Salve, María, el Señor está contigo", y entonces ella respondería desde muy lejos: "Salve, Rebecca, el Señor está contigo"». Rebecca se levantó de un salto y quiso hacérmelo ver… tuve que ponerme de pie y ella me rodeó con ambos brazos, entrelazó

Puso sus dedos detrás de mi espalda y se apretó contra mí, y dijo en voz baja: «Salve, Pedro, el Señor está en ti». Y yo la rodeé con mis brazos, entrelacé mis dedos y respondí: «Salve, Rebeca, el Señor está en ti».
No pude evitar que se me llenaran los ojos de lágrimas; no estaba conmovido, sino más bien abrumado por la forma en que aquella joven, que ya casi no era una niña, se dirigió a mí con esas palabras y me hizo florecer el corazón. Parecía como si Zacarías y Elisabet, a quienes aún había conocido, me miraran y me animaran a dejar atrás mi miedo al fracaso y mi desesperación.

«Ah, sí», me sacó Rebecca rápidamente de mi ensimismamiento, «¿los cuatro rollos de papiro de Zacarías? Incluso Juan el Bautista se sabía los rollos de memoria». Asentí con entusiasmo y ella se metió enseguida debajo de la cama y sacó los rollos. «Este es el primer rollo y este es el de vocabulario y gramática». Examiné con gran curiosidad el primer rollo. El griego era para mí mi segunda lengua materna, por lo que no necesitaba el vocabulario ni la gramática. Mientras jugaba, le dije en griego que conocía bien ese vocabulario y ese idioma, y terminé con «ευχαριστώ πολύ» o «muchas gracias». Ella se rió y respondió con «γκρέγκενταν» o «de nada». El hielo entre nosotros se había roto por completo. El griego era, al fin y al cabo, mi segunda lengua, ya que mi madre era de origen griego. En media hora había leído los cuatro rollos e incluso releído algunas partes. ¡Qué bonito!

Un cuento de hadas, pero con un final tan triste: el rey que se arrepiente en una mazmorra al redescubrir al niño que lleva dentro, pero sigue encarcelado. Le devolví los rollos a Rebecca. «Una bonita historia, Rebecca, pero qué final tan triste… Guarda bien los rollos». Pero ella respondió: «Hay un quinto rollo y solo María y María Magdalena conocen el final». Hannah se aferró a sus faldas y a Juan le entró hambre, así que nos despedimos. Me fui muy intrigado por María Magdalena y el quinto rollo de papiro.

Pablo

María Magdalena se sintió muy decepcionada cuando Pedro se marchó con la excusa de «ir a ver los caballos». Inmediatamente la tranquilicé: «Lleva una pesada carga sobre sus hombros y no está acostumbrado a tratar con una mujer, y mucho menos con una mujer que ha conocido a Jesús mejor que él mismo. A mí también me cuesta aceptarlo, porque mi madre era la mujer más sumisa que he conocido. Mi padre era quien mandaba. El hombre es el jefe entre los judíos y en todos los países vecinos en los que he estado. Es una pena que Jesús nunca hablara de ello en público ni con sus apóstoles, cuando era evidente que en sus actos se mostraba muy respetuoso con las mujeres. Por eso muchas mujeres lo querían. Es terrible decirlo y, lo que es peor, me avergüenzo profundamente de mi mal pasado: he llevado a la muerte a más mujeres que a hombres. ¡Perdóname! Las mujeres eran

más firmes en su fe y pocos hombres resistieron durante los tormentos, a veces espantosos. Me avergüenza profundamente decir esto. Una vez estuve presente cuando una mujer que amamantaba a su bebé y a quien yo había capturado, se llevó a su bebé al fuego. Siempre lo recuerdo, como cuando llegamos aquí y vi a esa joven con su bebé en brazos que nos saludaba con la mano, me duele cada vez que lo pienso… Y, sin embargo, Jesús me ha perdonado. ¿Puedes perdonarme tú, María Magdalena?

María Magdalena: «No tengo que perdonarte, Pablo, porque ya estás perdonado. Creo que, gracias a mis conversaciones con Jesús, yo también podría soportar cualquier muerte por tortura y perdonar a mi torturador con las mismas palabras que Jesús: "Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen". Como tú ahora sabes lo que entonces no sabías. Es valiente por tu parte confesarle esto a una mujer y eso te honra, porque pocos hombres se atreverían a decirlo. Espero que Pedro aprenda esto algún día…». Se hizo el silencio. No debería haber dicho esto último, no debo juzgar a otra persona, debo decírselo a Pedro en persona. No creo que Pablo lo entendiera, parecía seguir paralizado por el recuerdo de aquella joven con el bebé en el fuego. Sentí lástima por él y, al mismo tiempo, lo admiré: admitir esto ante una mujer era algo que apenas existía en esta comunidad. Pablo siguió con el

Mirando fijamente por la ventana. Se sentía culpable. ¿Qué había vivido en su juventud? Recordé mi infancia, cuando vi cómo los romanos masacraban a mi madre y a mis tres hermanos como represalia, después de que mi padre, un zelote, ya hubiera muerto en combate. Eso marcó mi vida y me enseñó una cosa importante: que el mensaje de Jesús es de un valor incalculable para salvar a este mundo de más desgracias. Y Pablo, aquí ante mí, era la prueba de que eso era posible. Este pensamiento me hizo levantarme y acercarme a él para abrazarlo y consolarlo como una madre, como una María al pie de la cruz, y Pablo lloraba como un niño que ya no se avergüenza de sus lágrimas. Se aferró a mí desesperadamente y su dolor se clavó profundamente en mi corazón, y yo tampoco pude contener las lágrimas y lo consolé: «Jesús está en ambos, Pablo. ¡Levántate y camina, Pablo!». Y el paralítico se levantó y dijo entre lágrimas: «¡Puedo caminar!». Ambos reímos de felicidad, nos secamos las lágrimas y le serví otra taza de té.

Inmediatamente cambié de tema. «Pronto me iré con Rebeca, Samuel y los niños a Massilia para hablar de Jesús. Siempre puedes venir a visitarnos, pero no te asustes: te trataré como a un igual, tal como Jesús me trató a mí como a un igual de un hombre. Así que no hagas distinciones y, desde luego, no establezcas distinciones, reglas ni leyes en torno al género de las personas. El conocimiento divino es compartido por hombres y mujeres, y lo que uno

Lo que uno sabe, el otro puede complementarlo con lo que él sabe. Trátame como a un hombre y yo te trataré como a una mujer, y así ambos seremos iguales y equivalentes ante el amor. Y si hay que llegar a acuerdos prácticos al respecto, la igualdad seguirá arraigada y garantizada en ese amor, y superaremos la polémica en torno a las diferencias entre hombres y mujeres. Entonces, las leyes y las normas, repito y no me cansaré de insistir en ello, serán por completo innecesarias. Jesús, que mora en ti y en mí, no se preocupa por nuestro género. El mensaje de Jesús es universal. Ah, sí, yo estuve enamorada de él. Mi amor era sincero y se lo conté».

Pablo me respondió: «Te agradezco tanta franqueza. ¿Puedo preguntarte cómo lo tomó él?»

«Me dijo que su amor por mí también era sincero, pero que nuestro amor era de naturaleza diferente: yo vivo según la naturaleza humana y él vive según la naturaleza divina y humana. La naturaleza humana considera el enamoramiento como un importante motor perpetuo para la supervivencia del ser humano, mientras que en él el amor divino supera por completo al enamoramiento humano y lo hace casi irrelevante. El amor divino ama desinteresadamente a toda criatura, algo que apenas podemos imaginar». Paulus asintió. ¿Quién podría saberlo mejor que alguien a quien se le concedió el perdón tras haber condenado a una mujer y a un niño a morir en la hoguera? ¿Y era él culpable? Le pregunté cómo había sido su infancia. Esta pregunta lo sobresaltó enormemente,

como si yo ya supiera la respuesta. Dudó un momento y no se atrevió a mirarme a los ojos: «Mi padre era un bruto y mi madre no se quedaba atrás, porque yo era su hijo no deseado. Yo era un estorbo. ¿Te importa si no te respondo más a esta pregunta?».

Vi cómo se partían los juncos ante mis ojos. Solo pensar en su infancia indefensa me dolía; ¿cómo debía de ser entonces para este adulto culpable que tenía que pasar por la vida con una idea errónea del amor? «Por supuesto que no, Paulus», le dije, y esperé a que pudiera levantar la cabeza tras ese desconcertante sentimiento de vergüenza. Me daba muchísima pena y traté de aliviar la herida: «La culpa que duele es el comienzo de la curación, pero al mismo tiempo es bueno que comprendas que probablemente tus padres también hayan pasado por cosas terribles». No parecía calarle. Todavía no.
«Nunca podré perdonarme a mí mismo», dijo en voz baja, porque la profunda vergüenza hacía que su voz se quebrara.
«¿Por qué es tan difícil perdonarnos a nosotros mismos, querido Paulus?»
Paulus se quedó pensativo un momento, pero luego me miró con desamparo y no supo qué responder. Eso lo decía todo: a pesar de su avanzada edad, no había avanzado ni un paso respecto a cuando era niño. Continué: «En mi opinión, no podemos perdonarnos a nosotros mismos porque rara vez logramos perdonar los errores de nuestros semejantes.

¿Has perdonado a tus padres en el sentido más profundo de la palabra?».

Me miró con asombro y negó con la cabeza con humildad. Continué con mi argumento: «Creo que esta es la esencia de la caída del hombre: el hombre del Edén sigue sintiéndose con derecho a no perdonar a la mujer, nunca, lo que le permite seguir mostrándose superior y castigar a la mujer durante siglos, y por eso se siente "mejor y más". O no, él cree que es mejor y que sabe más. Jesús vino para mostrar al ser humano que perdona tanto al hombre como a la mujer y quiere transmitir este mensaje: el amor es universal y no tiene nada que ver con los géneros, y menos aún con la opresión, el desprecio o los ajustes de cuentas. Jesús es igual en cada hombre y cada mujer, y su llegada debe ser un punto de inflexión en la historia de la humanidad tras la caída del Edén, tras la separación entre hombre y mujer. Él espera que perdonemos a nuestro prójimo, haga lo que haga, para que destruyamos nuestra propia culpa y nos volvamos a dar acceso al amor: un nuevo Edén. Y el hijo de Dios en la tierra nos dio el ejemplo».

Se hizo el silencio. Parecía sin palabras, pero no herido. Al contrario, vi incluso esperanza en su mirada.

Lo confieso: es una tarea enorme y casi imposible de llevar a cabo para un ser humano. Si no hubiera amado a Jesús personalmente y de cerca, yo también habría necesitado siglos para comprender el trauma del Edén en el ser humano

. Lo sentí como si fuera un mensajero de Jesús, aunque me consideraba profundamente indigno de esta misión. Todavía me pregunto por qué no se lo encomendó directamente, por ejemplo a Pedro, en lugar de a dos mujeres. ¿No habría sido eso más eficaz? Solo se me ocurre una débil explicación: una mujer que lleva un hijo en su vientre y da a luz está ya más cerca del secreto del amor, y yo, que no he vivido eso y nunca lo viviré, me encuentro un poco a medio camino entre el hombre y la mujer en todo este acontecimiento. Lo que vivió María es de un orden mucho mayor y me parece insondable para cualquier mortal. María es la única persona que se eleva a tal altura que su naturaleza humana se transforma poco a poco en una naturaleza divina que, entre bastidores, puede hacer más por el ser humano que desde delante. Pienso, por ejemplo, en la ayuda que le brindó a Rebeca.
El ánimo de Paulus fue mejorando poco a poco. Miré por la ventana y vi llegar a Petrus. Lo dejé entrar, y unos ojos alegres y brillantes se convirtieron, poco después, en palabras a la mesa.

Pedro

«¡Rebeca! ¡Su historia sobre María! ¡Cómo María le enseñó a rezar! ¡Ella me lo enseñó y yo la imité, y sentí que una paz descendía sobre mí! “Dios te salve, María, el Señor está contigo…” ¡Pablo, tenemos que comunicar esto en una carta a nuestras comunidades cristianas!»

Pablo

Y Pedro nos lo hizo. No entendía por qué Pedro ahora sí podía aceptar «el Señor está en ti», mientras que antes había puesto en duda la historia de María Magdalena. María Magdalena me miró a mí en lugar de a él y tampoco ella entendía el cambio de postura. Consideré mi deber señalárselo a Pedro. «Pedro, ¿no has oído bien a Rebeca? "El Señor está en ti". Pedro se sobresaltó por un momento, me miró a mí y luego a María Magdalena.

Pedro

Lo pensé un momento y me senté. Solo había dos posibilidades: «en ti» o «contigo». Entendí enseguida el mensaje de Pablo: «contigo» suscita menos controversia que «en ti», y lo repetí una vez más: «Dios te salve, María, el Señor está contigo». "Contigo" es mucho más amplio y fácil de imaginar». Y añadí: «¡Bajo mi responsabilidad!».

Pablo

Mi amigo no lo entendía en absoluto y yo temía que volviera a perder los estribos. María Magdalena soltó un golpe de martillo, aunque no fuera su intención: «Pedro, ¿te consideras superior a la propia Madre de Dios?», y eso fue la gota que colmó el vaso. Pedro ya había tenido suficiente: «¿Te ha nombrado Jesús guardián de su Iglesia? A mí me ha encomendado la tarea, no a

ti, y al parecer tenía buenas razones para ello. ¿Acaso dudas de Él?». María Magdalena respondió: «Los dos somos humanos, ¿no?, y ambos podemos equivocarnos. Pregúntaselo a María misma, porque en el fondo es muy importante».
El tono de Pedro se suavizó y propuso un compromiso: «Por ahora lo usaremos con "con usted", a la espera de que María nos dé una respuesta definitiva». Y María Magdalena cedió por el bien de todos y, al mismo tiempo, me miró. Yo solo asentí con la cabeza. María Magdalena se dirigió hacia Rebeca.

María Magdalena

Salí corriendo: las cuatro fuerzas luchaban en mi interior contra el amor. Pero yo luché con fuerza.
¿Ira? Enfádate con tu ira. Cálmate y perdona. ¿Ignorancia? Sé consciente de que no lo sabes todo.
¿Deseo? Sé humilde y agradece todo lo que alguna vez recibiste.
¿Oscuridad? Detén esta lucha y ríete de ti mismo.
Y para cuando llegué a casa de Rebeca, todo estaba ya como antes. Había recuperado mi paz interior.

Pedro

Estaba furioso porque me tomaban por tonto. No puedo negar que estaba celoso porque ella, al parecer, tenía una relación mucho más íntima con Jesús y porque fue ella, y no yo, quien pudo ver primero la resurrección de Jesús. No podía relativizar todo esto en absoluto.

Lo que me molestaba aún más era que tenía la sensación de que Paulus le creía a ella antes que a mí. Tuve que luchar contra mí misma para no discutir con Paulus, y el resultado fue una guerra fría entre nosotros. Me sentía fatal por dentro. Y cuanto peor me sentía, más maldecía a María Magdalena por haberme acorralado en esa situación. Un poco de respeto no habría estado de más. Es fácil hablar desde fuera. Por mucho que Pablo intentara ser amable conmigo, resultaba contraproducente mientras no se pusiera abiertamente de mi lado, pero no: él optó por darle la razón a ella, al menos en parte. ¿Cómo podía detener este comienzo de odio hacia María Magdalena? «Para mí, esa paloma es lo mismo, Pedro, que Jesús volviéndole a poner la oreja cortada». ¿Cómo se atreve? ¡Señor, ayúdame si te place! ¿Por qué me elegiste a mí en lugar de a María Magdalena? Me retumba en la cabeza. No tengo a dónde ir. Y justo ahora, en este momento, ¡Pablo viene a decirme con total naturalidad que se va a dar un paseo! De un amigo espero algo diferente. Ahora estoy aquí sola. Ah, sí, lo veo dirigirse hacia la casita de Rebeca y María Magdalena, qué buen amigo tengo... ¡Ya puedo contar con eso! Ve a perseguir a algunos cristianos más, hombre, ¡tu trabajo aún no ha terminado! ¡Cocínalos a fuego lento! Estaba fuera de mí y ya no me reconocía. Hasta que, de repente, una paloma se posó en la ventana y me miró fijamente. En ese momento me derrumbé. Caí al suelo y me encogí de vergüenza y dolor: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios,

«Ten piedad de mí, pecador [73]», y seguí repitiendo esta frase durante horas para que nada más pudiera interponerse en mi mente, y sentí cómo la gracia descendía realmente en mi corazón. Recibí la gracia que había suplicado. Pablo entró y nos abrazamos fraternalmente y nos pedimos perdón mutuamente. El cielo se despejó.

Poco después, María Magdalena vino a ver si podía hacer algo más por nosotros y yo respondí de inmediato: «Por supuesto». Y también la abracé y le pedí perdón. Un destello en sus ojos me hizo comprender por qué Jesús la amaba tanto y me inspiró las siguientes palabras: «El Señor está en ti». Y ella me respondió: «Perdona mi impetuosidad y rezo por que Su fuerza te acompañe en tu tarea». Le di las gracias y a continuación le pregunté: «He leído los cuatro rollos de papiro de Zacarías, pero Rebeca me dijo que hay un quinto rollo. ¿Puedes decirme algo al respecto?». Ella asintió y ambos nos sentamos a la mesa con Pablo.

---

[73] Esta es la oración más importante que aún nos transmiten desde los monasterios ortodoxos, donde, durante dos horas, en la oscuridad, con una luz tenue sobre los iconos de Cristo y María, monjas y monjes se turnan para recitarla en voz alta. Existe una variante más importante de esta sencilla frase que se aplica de forma individual. Supongamos que odias de verdad a alguien llamado Pablo; entonces, el padre espiritual te aconseja que reces la oración de la siguiente manera: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, por las santas oraciones de Pablo, ten piedad de mí, pecador». Si repites esto en tu interior con gran concentración durante días e incluso semanas, entre una actividad y otra, los sentimientos de odio desaparecerán poco a poco y experimentarás esta liberación como algo fundamental para el resto de tu vida.

Pablo

Nunca había oído hablar de los cuatro rollos de papiro. María Magdalena explicó primero a grandes rasgos de dónde procedía el texto, contó algo sobre Zacarías e Isabel y cómo Juan el Bautista se sabía de memoria el cuarto rollo, tras lo cual le pidió a Pedro que contara la historia, ya que aún la tenía fresca en la memoria. Mientras tanto, ella preparó té recién hecho y puso en la mesa galletas secas con pasas. Pedro se sumergió de lleno en la historia, y era asombroso con cuánto detalle era capaz de recordarla. Terminó diciendo: «El guardián tomó entonces la cajita de ébano y la depositó en el regazo del desconocido que ya no recordaba nada, y este abrió la cajita. Como si el contacto con el contenido fuera una llave, los ojos tristes del forastero se abrieron de repente. Cuando el portero miró en sus oscuras cavidades, fue como si le abrumara la visión del alma del Niño. "¡Mi Rey!", dijo. Cayó llorando y colocó la corona sobre la cabeza del viejo Rey».

Pedro y yo volvimos a tener los ojos llenos de lágrimas de emoción, mientras María Magdalena miraba inmóvil por la ventana. Pedro y yo empezamos enseguida a especular en voz alta sobre qué podría significar aquella historia. Dábamos rienda suelta a nuestra imaginación, sobre todo porque Rebeca le había dicho que existía un quinto rollo de papiro y que el propio Juan el Bautista también había aludido a ese quinto rollo.

Pedro le preguntó de inmediato a María Magdalena qué más había escrito en el quinto rollo de papiro.

María Magdalena
Me volví hacia ellos dos y les pregunté: «¿Qué creéis que pasó después?». Reflexionaron un momento y empezaron a buscar una respuesta entre ellos y entre todos.

Pedro: «El mago es el símbolo del mundo enloquecido».
Pablo: «Es el diablo, que solo ansía el poder y la maldad y quiere dominar al ser humano».
Pedro: «Sembra el caos y teme que el Rey regrese».
Pablo: «El niño está ahora en el padre. Y… Y también al revés: el padre en el niño».
Pedro: «Exacto, es notable cómo esto concuerda con Jesús y el Padre, a quien Él siempre se refiere».
Pablo: «Y el guardián, ¿quién es ese?»
Pedro: «¿El portero? Bueno… me parece una especie de enviado, un mensajero de las alturas. ¿Qué opinas tú, Pablo?».
Pablo: «Oí que cuando Juan el Bautista bautizó a Jesús en el Jordán, una paloma se posó suavemente sobre el hombro de Jesús… debe de ser algo parecido».
Pedro: «De hecho, no es en absoluto imposible, y después de todo lo que hemos vivido no debería sorprendernos que los antiguos rollos de papiro sean un presagio de un escenario que se nos ofrece desde las alturas para

confirmar una vez más que Jesús es el hijo del rey. Al igual que, por cierto, la estrella de su nacimiento es increíble, pero aun así ocurrió. Pero, ¿qué podría haber entonces en el quinto rollo de papiro? ¿Cuál es su propósito?».

Pedro me miró inmediatamente con expresión interrogativa. Por supuesto, ya me lo esperaba y tenía preparada mi respuesta: «El quinto rollo de papiro, querido Pedro, tenía como objetivo principal preparar a María, su madre, para lo peor. Le contó palabra por palabra lo que le iba a suceder: el hijo del rey volvería al mundo para salvar a la humanidad de todas las fuerzas y poderes oscuros y despiadados. Le dijo literalmente que sería crucificado para que ella pudiera prepararse para ello. ¿Cómo podría el amor en persona no ser bondadoso con su madre? El quinto rollo no es un rollo de papiro, sino la historia completa de la vida de Jesús que vamos a proclamar al mundo. El quinto rollo nos cuenta cómo se venció a la muerte. El quinto rollo es un libro infinito en el que cada persona tiene un papel protagonista y la libre elección entre optar por la muerte espiritual o por el amor eterno».

De repente, se hizo el silencio en la casita de Jair y Hannah. Me pareció prudente no mencionarme a mí misma como fuente y limitarme a hablar de María. Ya había comprendido lo difícil que les resultaba a los hombres aceptar que Jesús me hubiera concedido más confianza que a ellos. Para ellos ya era muy difícil entender que, tras

su muerte se me apareciera primero a mí. Se mantuvo el silencio y me disculpé; los dejé solos un momento, porque Rebeca me necesitaba a esa hora del día para bañar a los niños y acostarlos.

Pedro

Pablo me miró con los ojos muy abiertos, lo cual era comprensible, pues él había visto y oído muy poco de todos los milagros que nosotros, los apóstoles, habíamos presenciado en los últimos dos años.
Ahora ambos entendíamos por qué María había insistido en que fuéramos a visitar a María Magdalena. Nos quedamos sin palabras y seguimos bebiendo nuestro té en silencio, comimos unos trozos de fruta y nos fuimos a descansar. A primera hora de la mañana, al amanecer, volveríamos a Jerusalén. Llegamos con las maletas vacías y salimos de Ein Karem cargados de bienes valiosos. Recordé mi primer encuentro con Jesús, quien me vio pescando con las redes vacías y me aconsejó que echara las redes al otro lado, y estas se llenaron hasta reventar. Y ahora había sido María quien, a su vez, me había instado a buscar a María Magdalena… Que así sea.

SAMUEL Y EL CAPITÁN DEL PUERTO

El puerto de Ashdod no había cambiado en absoluto desde que me fui de allí hace años. Subí al muelle para ver si por casualidad había algún barco de mi padre atracado. Habría sido una gran coincidencia, pero Ashdod no es Ein Karem. Inmediatamente recordé con gratitud todos los pequeños milagros que había vivido allí. Me dirigí entonces a la casita del capitán del puerto y vi desde lejos que la puerta estaba abierta. El anciano Caleb [74] llevaba años como capitán del puerto y, en sus primeros años, era buen amigo de mi padre. Cuando yo lo pasaba tan mal conmigo mismo, él siempre estaba dispuesto a ayudarme. De repente lo vi aparecer en el umbral. Me miró con incertidumbre y no me perdió de vista hasta que vi cómo se le iluminaba el rostro y, cojeando con su bastón, vino a mi encuentro lleno de alegría. Ya desde lejos gritó: «¡Samuel! ¡Gracias a Dios!». Cuando me abrazó, me susurró que todos pensaban que había muerto: «¡Has resucitado de entre los muertos, hijo mío!». En aquel entonces, él me consideraba como un hijo porque no tenía hijos propios. Le respondí alegremente: «Solo conozco a una persona que puede resucitar de entre los muertos». Y él miró inmediatamente a su alrededor para ver si alguien había oído algo. Tranquilizado, dijo en voz baja: «¡Cristo ha resucitado!». Yo había oído de María

[74] *Caleb* significa «cariñoso, de todo corazón».

Magdalena me enseñó a responder con voz alegre: «¡Verdaderamente ha resucitado!». Se sobresaltó de nuevo y volvió a mirar a su alrededor para ver si alguien lo había oído. Yo seguía sin entenderlo. Un rato después estábamos sentados dentro de su casita con la puerta cerrada y él empezó a servir un delicioso té árabe. Le di las gracias: «Hace tanto tiempo que no podía beber esto. ¿Este té es de Sidón, en Fenicia?». «No, este viene de la llanura del Hermón. Por supuesto, este té llegó aquí en los barcos de tu padre desde Sidón».

Se sentó a mi mesa: «Todo el mundo pensaba de verdad que te había pasado algo terrible y que habías muerto. Te fuiste de aquí con un valioso cargamento destinado a Jericó y nunca más supimos nada de ti; tus hermanos preguntan por ti una y otra vez; tu padre está doblemente triste, al parecer, porque no te trató con suficiente cariño y también porque ya no tuvo la oportunidad de arreglar las cosas. Y antes de que me lo preguntes: sí, sigue vivo y se alegrará muchísimo si lo visitas». Caleb sirvió un poco más de té y tenía que decir algo más: «Tu hermano mayor, Boaz [75], eso será otra historia, tendrás que tener cuidado con él. Te ha maldecido de todas las formas posibles, desde «vago» hasta «aprovechado» y «ladrón», porque tuvo que ocupar tu lugar el primer año y acababa de casarse. No hace falta que te lo explique, ya has tenido muchos roces con él desde tu infancia

[75] *Boaz* significa «fuerte».

con él. Tuviste suerte de ser fuerte desde pequeño. La primera vez que atracaste aquí, todos pensaron: ¿qué viene a hacer aquí ese chaval? Hasta que te vieron en acción; aún no te había salido ni un pelo de barba, pero tus brazos tenían unos músculos que no desmerecían la atención de las jóvenes. Lo interrumpí de inmediato: «Y ese chavalito, Caleb, ahora tiene una mujer y dos hijos». Se habría caído de la silla y gritó: «¡Enhorabuena, Samuel, cuéntamelo todo!». Y le conté desde el momento en que un desconocido me hizo tomar el desvío hacia Ein Karem en el cruce, en la penumbra del atardecer, y para Caleb eso ya fue motivo suficiente para sentarse en el borde de su silla y no perderse ni un detalle. Rebeca, Ana, María Magdalena, el nacimiento de Juan en la casa natal de Juan el Bautista, la curación de Ana por María. Caleb no se cansaba de escuchar. Ya estaba anocheciendo cuando terminé de contar.

Caleb había estado escuchando atentamente y en silencio todo ese tiempo. Me sorprendió cuando dijo: «Eres un regalo de Dios, Samuel». Me quedé desconcertado: «¿Qué quieres decir con eso, Caleb?». «Lo que has podido aprender de primera mano de María Magdalena y de María, que conocieron y criaron a Jesús tan de cerca, y que ahora yo pueda escuchar tu historia. Soy cristiano, bautizado por Juan el Bautista. Desde la resurrección de Jesús, nos reunimos aquí en Ashdod cada semana con todos los cristianos bautizados en el más estricto secreto. Me doy cuenta de que en Ein Karem vivían tan aislados que allí no tenían nada que temer

. Pero aquí, en Ashdod, los fariseos temen que el cristianismo se siga extendiendo desde aquí, por todo el mundo, a través de otros puertos y países». De repente, a Caleb se le llenaron los ojos de lágrimas.

«¿Qué ha pasado, Caleb?». Al principio negó con la cabeza y se encogió de hombros como si nada, pero eso le hizo llorar aún más fuerte y, entre sollozos y entrecortados, soltó: «Hace menos de un mes… apedrearon aquí, en la plaza del mercado, a una mujer de nuestro grupo… Lo confieso: tengo miedo y ella… era una heroína». Los sollozos fueron amainando poco a poco hasta que todo quedó en silencio y él se quedó mirando por la ventana como si aún esperara a alguien. El sol del atardecer proyectaba ligeras sombras sobre sus arrugas. Yo ya no estaba allí para él y parecía como si estuviera hablando con otra persona. Eso me inspiró un profundo respeto y incliné la cabeza ante tanta tristeza contenida. Entonces estalló: «La mujer que fue lapidada era mi hermana menor, Adina [76]. Ella cuidaba de mí». Una avalancha de lágrimas se apoderó de Caleb, que comenzó a aullar como un lobo herido, luchando desesperadamente contra el dolor. Solo entonces vi colgado en un rincón de su habitación un vestido de mujer manchado de sangre. Sentí miedo y horror, y sentí que a mí también se me saltaban las lágrimas; intentamos ayudarnos mutuamente a dejar de llorar, pero parecía que solo empeoraba, hasta que finalmente, agotados y con la mirada perdida, con los ojos secos y vacíos, no mirábamos más que al vacío, al

[76] *Adina* significa «suave».

Incomprensible. Se hizo un silencio absoluto, como si el tiempo se hubiera detenido. Recordé la historia del Hijo del Rey, cómo el niño Jesús murió en la cruz, y cuántos hijos de Jesús sufrirían un destino similar por amor? Agradecí el ejemplo de Jesús cuando me mostró los riesgos que podía esperar en Massilia, en primer lugar para mis hijos y, en segundo lugar, para Rebeca y María Magdalena. El sol se ponía.

—Ven —dijo Caleb—, te mostraré tu lugar para dormir. —Me precedió y abrió la puerta de la habitación: —No puedo ofrecerte otro lugar que este. Esta es… esta era la habitación de Adina. Lamento no entrar contigo, todavía es demasiado doloroso. —No hice más preguntas. Cerró rápidamente la puerta tras de mí.

Nunca me había sentido tan extraña e incómoda y, agotada pero respetuosa, me tumbé en la cama de una mártir. Le di las gracias a Caleb y a Adina porque, por extraño que fuera, me permitían compartir su dolor, despojada de la naturalidad y el amor propio. Eso lo relativizó y alivió la pena de tener que prescindir de Rebecca, sabiendo que ella me esperaba y me susurraría las palabras adecuadas, dándome cuenta solo ahora de lo importante que era ella en mi vida. Llené su ausencia con imágenes de sus ojos mirándome, y sus ojos me mostraban a nuestros hijos Hannah y Johannes, e imaginé que si Johannes hiciera más adelante lo que yo había hecho con mi

papá… No quería ni pensarlo y me prometí a mí misma que me reconciliaría con mi padre y que, sin falta, hablaría con María Magdalena sobre ello y… y… me quedé dormida.

Al amanecer del día siguiente, llegamos a acuerdos claros. Yo volvería a Ein Karem con el caballo y el carro de Caleb para la mudanza, con Oz en la retaguardia. Caleb calculaba que en tres o cuatro semanas atracaría un barco de mi padre procedente de Sidón, para luego continuar el viaje con las mercancías de Fenicia hacia Massilia. Caleb prometió que mantendría el barco en el puerto hasta que llegáramos. Quería hablar sobre todo con María Magdalena y me dio a entender que ella podría dirigirse entonces a su grupo de cristianos. Le aseguré que María Magdalena lo haría. Por fin vi aparecer una sonrisa en su rostro y el anciano me abrazó como si fuera su hijo: «Ten cuidado, muchacho». Y partí con el carro tirado por caballos y dejé atrás a Uz.

Caleb me hizo madurar en un solo día. Antes era Rebecca quien se encargaba de todo en Ein Karem, pero a partir de ese momento ya no estaría sola en eso. Anhelaba volver a verla y, durante el viaje de vuelta a casa, dejé que afloraran todos los recuerdos de mi infancia y me sorprendió cómo ahora podía relativizar más los problemas, que me parecían más fáciles de resolver, y estaba deseando poner las cosas en orden y solo me preocupaba cómo reaccionaría Boaz.

intenté ponerme en su lugar y pude entender perfectamente las reprimendas que me dirigía. Tampoco me sentía tan santa como antes. Confiaba en una cosa: no estoy sola en esto.

Rebecca

Echaba de menos a Samuel, pero no era la única. Vi en María Magdalena que ella también lo echaba de menos. Y Hannah no sabía qué hacer sin su papá: «Mamá, ¿cuándo vuelve papá?». María Magdalena y yo nos reímos y nos preguntamos en voz alta si realmente echábamos de menos a Samuel o si solo era por las quejas de Hannah que lo echábamos de menos… aunque ambas sabíamos perfectamente cuál era la respuesta correcta: yo lo anhelaba con toda mi alma y él se moriría de miedo ante lo que le esperaba aquella primera noche juntos en la cama, ¡y suplicaría que le dejaran volver inmediatamente a Ashdod! Ah, sí, estaba segura de que era recíproco. Así que me salió a la perfección mantener la sonrisa en mi rostro. Sentía que estaba de camino. Y Hannah volvió a agarrarse a mi falda: «Mamá, ¿cuándo vuelve papá?».

María Magdalena

El silencio tras la visita de Pedro y Pablo me hizo bien, y el cuidado del jardín de Samuel durante su ausencia fue una bendición de paz y me mostró de cerca cómo la más pequeña de las vidas de los insectos me permitía vislumbrar el milagro del Edén.

Ningún ser humano es capaz de desplazarse, como la pequeña hormiga obrera, con una carga que triplica su propio peso a lo largo de metros de distancia, o incluso en vertical, hacia arriba o hacia abajo. Hice todo lo posible por no matar a ninguna con mis torpes pies. De repente se me ocurrió algo: me había equivocado: existía un ser humano que sí podía hacer eso, y mucho más, un ser humano que podía cargar a toda la humanidad sobre sus hombros y llevarla a la casa de su Padre. Me sentí en compañía de este hombre en el camino, con alguna que otra parada en un laguntita; a veces me volvían a levantar para, desde lo alto, volver a caer con dichosa brusquedad en otro río. Estaba en camino y nada nos detendría porque Él está en mí… Rebecca me preguntó hace poco: «¿Cómo es que no estás triste después de todo lo que has vivido tan de cerca con Jesús en la cruz? Si solo pienso en Samuel, en que le pasara algo y ya no lo viera, mi vida ya no tendría sentido». Y así le conté mi lección de Jesús sobre la gota y el mar. Y ella respondió de una manera muy sorprendente para una mujer tan joven: «Por suerte, no necesitamos lluvia para eso», y dejó que sus lágrimas fluyeran libremente. Inmediatamente seguí su ejemplo, mientras reíamos de felicidad por tanta amistad entre nosotras.
Hannah entró corriendo: «¡Mamá, mamá, un caballo!».

Lo dejamos todo y salimos corriendo. Una crin negra nos saludaba desde lejos y Rebecca corrió

hacia él mientras yo retenía a Hannah: aún era un poco pequeña para ver a una pareja enamorada besándose. «Vamos, Hannah, ¡vamos a buscar algo rico para tu papá! Seguro que tiene mucha hambre. Primero vamos a ver si en el jardín quedan uvas ricas…». Contaba con que esa pareja tardaría un rato en entrar.

Samuel entró y Rebecca le presentó enseguida a Johannes: «Osito, ¡cómo has crecido en un mes!», y Johannes se rió de alegría. La mesa ya estaba puesta y solo faltaba un plato. Hannah ya se había subido a una silla para agarrar a Samuel por donde pudiera. Yo me encargaría del caballo, para que la familia pudiera recuperar el aliento. Oz y Az ya no miraban con asombro a un caballo. Al parecer, no les gustaban nada los caballos.

Un rato después estábamos todos sentados a la mesa y dejé que Rebecca y Samuel se expresaran. Disfrutaba de su felicidad. Tras la alegría inicial, el tono de Samuel fue cambiando poco a poco hacia la seriedad, y más allá de la seriedad. Samuel parecía haber quedado muy impresionado por Caleb. Rebecca tuvo que ayudarle: «¿Qué ha pasado, cariño? De repente suenas tan triste». Samuel respondió: «A Caleb le gustaría que María Magdalena se dirigiera a su comunidad cristiana», y esperó un momento, «pero en secreto». Rebecca me miró con el ceño fruncido, lo que solo quería decir que no lo entendía. Pero yo pensé

Volvamos inmediatamente a la historia de Saulo. «Me encantaría hacerlo, Samuel, sé por qué debe hacerse en secreto. Cristo ha resucitado de entre los muertos y, aun así, todas las fuerzas oscuras siguen trabajando para destruir su mensaje de amor. Durante tu ausencia, Pedro y Pablo vinieron de visita. Pablo me contó sobre su oscuro pasado: un pasado terrible por el que siente un dolor y un arrepentimiento enormes». Miré a Samuel a los ojos. Él miró a la pequeña Hannah y a su Rebecca y sacudió la cabeza con tristeza: «¿Por qué todo es tan complicado? ¿Por qué es tan difícil amar», y apretó las manos con fuerza hasta que se le pusieron los dedos blancos, «y aferrarse a ello?» Era desesperación y amor a la vez y parecía conmovedor, pero no lo era. El sentimiento apuntaba dolorosamente a una carencia subyacente, una carencia de una fuente de vida. Utilicé mi palma abierta y le acaricié la mejilla con ella: «Porque amar es dar, Samuel. Y lo que das, a veces lo pierdes. Y entonces tienes que buscar para encontrar. Jesús me enseñó a buscar la fuente del amor. Solo desde el principio mismo de la fuente puedes convertirte en el mar. Y Jesús es la fuente y el mar. Búscalo, pídele, encuéntralo. Él está en cada uno de nosotros». Y seguía acariciándole la mejilla: «Tu familia puede ser una mano como esta». Separé con cuidado sus dos manos crispadas y tomé una de ellas, acaricié mi mejilla con su mano y la solté, y Samuel siguió acariciando mi mejilla muy suave y cuidadosamente y cerró los ojos, y con

Con la otra mano le acarició la mejilla a Rebecca y, con delicadeza y ternura, nos acarició a ambos las mejillas. Incluso Hannah calló y, como embrujada, comenzó espontáneamente a acariciar la mejilla de Samuel. Y yo acaricié la mejilla de Hannah, y Hannah, con su otra mano, acarició ahora también a Rebecca, quien posó suavemente su mano sobre la cabeza del pequeño Juan, y así se cerró el círculo. Un círculo de manos que daban amor porque cada mano se sentía libre de buscar y, solo así, se encontraban y se sentían como una sola. «Solo así se mantiene el amor, querido Samuel». Esperé a que Samuel dejara descansar sus manos. «Esta fue la primera lección; la segunda requiere práctica: debemos hacer con nuestros pensamientos amorosos lo mismo entre nosotros que lo que hicieron nuestras manos, y verás que entonces estos guiarán automáticamente tus acciones». Esperé un momento y apenas pude ocultar mi sonrisa ante lo que ahora iba a decidir, con una gran sonrisa en mi rostro: «Y para mantener el amor, Samuel, no hay mejor lugar que vuestra cama. Y creo que lo mejor es que vaya ahora a saludar a los burros y me lleve a Hannah: ven, cariño». A continuación se produjo una explosión de carcajadas. Y de repente, Oz y Az, que se habían asomado a la ventana, empezaron a rebuznar como si lo hubieran entendido todo.

Ahora, al echar la vista atrás, me doy cuenta de que, en realidad, nunca me reí ni sentí humor durante mis conversaciones con Jesús. Su naturaleza divina hacía innecesario ese rasgo humano, tanto para él como para mí en su presencia. En ningún

momento de nuestras conversaciones. Recordé lo que me contó sobre el enamoramiento, algo que él no necesitaba conocer. Debe de ser algo así: el humor era un regalo para la naturaleza humana que permitía relativizar y compensar una faceta necesaria tanto del amor como de la desgracia, en particular su indispensable seriedad, al darle con el humor un respiro, o tal vez incluso un margen de supervivencia. Al cabo de una hora, vi a Samuel adentrarse en el olivar que hay debajo de mi casita. Quería hablar con él a solas un rato más.

Samuel

Me retiré al olivar para dejar que todo se asentara.
¿Era posible reconstruir ese círculo de amor con mis hermanos, mi hermana y mi padre? En los últimos años había pensado que eso era imposible, pero ahora tenía que darle otra oportunidad a esa posibilidad. Sobre todo porque María Magdalena podía aconsejarme. Y, de todos modos, había conseguido dos grandes aliados capaces de abrir el corazón más frío: Hannah y Johannes, bajo la experta guía de Rebecca, con su experiencia vital que hacía que mi vida pareciera solo una vida de lujo. Hablé en voz alta: «¿Dónde estás en mí, Jesús? Enséñame a encontrarte, porque soy sordo y ciego. ¿Cómo abro los ojos? ¿Cómo aprendo a oír? ¿Es con la mente? ¿Cómo? No me perdones. ¿Me merezco todo esto? No soy nada en comparación con Caleb. Dime cuándo debo morir por ti y lo haré».

«Mejor hoy que mañana», y me desplomé. La voz de María Magdalena a mis espaldas me sobresaltó de repente: «¡Te olvidas de tu corazón, Samuel! Cada uno tiene su carácter, Samuel, y ese carácter está guiado tanto por la razón como por el corazón, pero a cada uno también se le ha dado una semilla que solo debe y va a germinar después del nacimiento, siempre y cuando tanto el corazón como la razón estén abiertos a ello. Y esa semilla es Jesús, y a medida que tu corazón y tu razón entran en diálogo con Jesús, esa semilla florece hasta convertirse en una flor de alegría que perfuma y hace que todas las personas a tu alrededor participen de esta alegría. Pero hay un pero: las lágrimas también pueden ser fuente de alegría y a menudo son más intensas que la alegría sin lágrimas. Cuando, junto con María, estábamos al pie de la cruz del Jesús muerto, derramamos nueve lágrimas de felicidad y solo una lágrima de tristeza. Una lágrima por su muerte. Pero nueve lágrimas de gratitud indescriptible, sabiendo que su misión se había cumplido y que resucitaría. Y tu oración con lágrimas de hace un momento es una oración que será escuchada, ya que tus pensamientos ya estaban puestos en lo bueno: ¿cómo puedo arreglar las cosas con mi familia? Y algún día te darás cuenta de que esta oración será recompensada con hechos. La dificultad y la tarea ahora es que mantengas tu confianza, esperanza y fe, porque nadie sabe cuándo exactamente será escuchada tu oración. Incluso Jesús, durante todas las pruebas en Getsemaní, tuvo que esperar y seguir confiando en Su Padre».

María Magdalena me puso la mano en el hombro un momento: «¿Estás bien? ¿No es todo esto demasiado para ti?». Negué con la cabeza, agradecida, y la seguí. Sí, eso era lo que seguiría haciendo el resto de mi vida: seguirla.

Esa noche no podía ni quería dormir. Se lo conté todo a Rebeca y añadí que me aprendería de memoria todas las frases de María Magdalena para asegurarme de recordarlas y poder transmitirlas más tarde a mis hijos. Ella me susurró, medio dormida, que a la mañana siguiente no me despertaría y me dejaría dormir tranquila. Repetí todo en voz baja, una y otra y otra vez, con mi querida Rebecca en mis brazos, hasta que me rendí a un sueño de ángeles que acogían en su seno a una mujer lapidada.

Me propuse repetirme cada día la siguiente frase, tanto en los días buenos como en los malos: «Tu misión es mantener la confianza, la esperanza y la fe, porque nadie sabe cuándo exactamente será escuchada tu oración. Incluso Jesús, durante todas sus pruebas, tuvo que esperar y seguir confiando en su Padre». Más tarde, fue precisamente esta paciencia la que resultó ser mi salvación.

Rebecca

Antes del amanecer, Samuel y yo ya estábamos muy ocupados haciendo las maletas, y dejamos que María Magdalena durmiera un poco más. Samuel insistió en que no teníamos que cargar con muebles. Pero los colchones y las mantas serían muy útiles a bordo del barco.
Parecía como si estuviéramos enterrando nuestra juventud; por muy jóvenes que fuéramos todos, incluso Oz y Az se daban cuenta de lo que estaba a punto de suceder y estaban inusualmente callados. A cada uno le tocaba llevar un pesado fardo con todo tipo de carga. El carro llevaba pequeños enseres domésticos, ropa de cama, ropa, las herramientas de trabajo de Samuel, comida para el camino para personas y animales, agua y, por supuesto, la maleta con los rollos de papiro y los utensilios de escritura. Se prepararon dos lugares para dormir para Juan y Hannah durante el viaje, pero también para Samuel, María Magdalena o para mí; nos turnaríamos.

María Magdalena

Me desperté y vi por la ventana que Samuel y Rebeca ya estaban muy ocupados. Necesitaba una taza de té para dar a todos los acontecimientos de esta casa un lugar inolvidable en mi memoria, y eso comenzó de inmediato con el recuerdo de Jair y Hannah. Llevé mi taza de té a las tumbas de ambos y me senté.

El sol me sentó muy bien y me recordó lo mucho que a Hannah también le gustaba sentarse aquí con una taza de té. Me vinieron a la mente la carta de despedida de Hannah y sus últimas palabras: «En agradecimiento por lo que hiciste por Jair y porque supiste encontrar la amapola, por eso, querida y mejor amiga que jamás he tenido, ahora me voy con alegría hacia mi Jair. Que tu Dios te bendiga, tu Hannah». Oh, sí, Hannah, y que Jesús y su Padre os reciban en Su reino, porque vosotros dos también habéis cargado con una cruz hasta el lugar de la calavera. Y eso me dio la idea de hacer dos cruces sencillas. Empecé enseguida a buscar madera y cuerda. El resultado no fue demasiado bueno, pero no había tiempo suficiente para ello, y los coloqué como pude en la tumba de ambos. Me senté de nuevo un momento junto a ellos y miré. Y lo que vi me llevó de vuelta al pie de la cruz de Jesús, y le supliqué que tuviera misericordia de Jair y Hannah, pues lo que hicieron al final de sus vidas no fue ni ira, ni oscuridad, ni deseo. Y si aún así se trataba de ignorancia, era por una falta involuntaria de conocimiento, ya que nunca pudieron conocer a Jesús ni su mensaje, y solo se vieron sumidos en terribles dolores, físicos en el caso de Jair y espirituales en el de Hannah. Las cruces me parecieron justas y equitativas. Pero ¿quién era yo para juzgar eso? Esperaba que Jesús y Su Padre aceptaran estas cruces y no las interpretaran como un comportamiento altivo por mi parte. Nunca lo haría

saber. Me levanté y empecé a recoger las pocas cosas que tenía, y Rebecca entró corriendo para ver cómo iba. Antes de irnos, miré por última vez desde la ventana hacia las tumbas y grité: «¡Rápido, Rebecca, ven a ver! ¡Una paloma junto a la tumba de Jair y Hannah, mira cómo trae ramitas de palmera y las deposita sobre ambas cruces!». La paloma nos miró entonces con una mirada fija y nos dio tiempo de sobra para grabar este momento para siempre en nuestra memoria. Asintió brevemente y volvió a volar.

Pude abandonar este precioso lugar con el corazón en paz.

¡Gracias, Djibril, y adiós, Ein Karem, por todos vuestros milagros y vuestra hospitalidad hacia las personas de buena voluntad que buscan!

Samuel

«¿Cómo vamos a llamar al caballito, Hannah? Tú eliges…». La respuesta no se hizo esperar: «¡Bruintje Bruin!», exclamó.
«¡Vamos, Bruintje Bruin! Nos vamos». Juntos con Hannah, en el asiento del carruaje, lo convertimos en una canción. Nosotros dos mandábamos. ¡Y Rebeca y María Magdalena tenían que hacernos caso! Me equivoco: Hannah mandaba. Pero no pasó mucho tiempo antes de que la jefa se quedara dormida, la bajaran del yugo y la acostaran a dormir. ¡Un carro sin timón conducido por una princesa dormida! Pero la reina vino a consolarme al yugo y pensé en el rey más rico de la tierra, y ese rey era yo.

Con esta pequeña caravana, con Oz y Az al final del grupo, tardarían al menos cuatro días. El primer día, hacia el sur hasta poco más allá de Belén; en el primer gran cruce, girar a la derecha hacia el oeste y pasar allí la noche. El segundo día, desde allí seguir hacia el oeste hasta Bet-Semes y pasar la noche allí. El tercer día, seguir hacia el oeste hasta Timnat. Y el cuarto día, desde allí de nuevo hacia el oeste hasta Asdod.

Me sabía el camino de memoria en ambas direcciones; el tercer día sería el más difícil debido a los estrechos y al terreno montañoso. Los vehículos que venían en sentido contrario a veces eran un problema, pero teníamos esperanza, porque sentía a un pasajero extra cerca de mí.

Partimos al amanecer y, a última hora de la tarde, cuando María Magdalena se enteró de que íbamos a pasar por Belén, se quedó en silencio. Se apartó un poco, y Rebeca y yo pensamos que estaba cansada y le dejamos descansar junto a Hannah. Rebeca se sentó a mi lado con Juan en el pecho. Seguimos nuestro camino. El camino estaba seco, las huellas de las carretas eran lisas, esquivábamos las piedras y Bruintje Bruin era la tranquilidad personificada.

María Magdalena
¡Belén! Y yo estaba allí tumbado, con el brazo alrededor de Hannah para amortiguarle los baches en una carreta que parecía un gran pesebre sobre ruedas. Y cuando el camino volvió a ser llano, me pareció estar sentado junto a Caspar, en la parte delantera de un camello que se balanceaba. Volví a ver la estrella en mi mente. Cerré los ojos y pude desenterrar los detalles de aquel entonces de la habitación más sagrada y segura de mi memoria. Una habitación que yo no podía abrir, pero que estaba custodiada por mi ángel de la guarda, y que tenía un nombre: Djibril. Y Djibril me abrió esa habitación. Detalles de hacía tanto tiempo se repitieron ante mí y me hicieron despertar de la rutina.

de la vida cotidiana. Ese querido Caspar, ¿cómo le iría? La carreta se detuvo y se cerró la puerta. Samuel pensó que estaba dormida y me avisó en voz baja de que habíamos llegado a un manantial y que íbamos a dar de beber a los animales, estirar las piernas y comer algo. Samuel me ayudó a bajar y, por supuesto, reconocí el manantial de antaño donde había conocido a los tres Reyes Magos. Primero se dio de comer y beber al caballo y a los burros, Rebeca se ocupó de los niños y yo busqué algo de comida para todos. Cuando terminamos, les conté a Rebeca y a Samuel lo que había vivido aquí y dónde se veía exactamente la estrella. Samuel exclamó entusiasmado: «Es en esa dirección hacia donde nos dirigiremos ahora; quién sabe, quizá pasemos por esa casita donde se alojaban María y Jesús. El camino bordea el pueblecito, no atraviesa el pueblecito. Podría ser… Mira, María Magdalena, allí a lo lejos, entre esas dos pequeñas colinas, discurre el camino que debemos seguir hacia Bet-Semes». No me sorprendió en absoluto. Las coincidencias no existen. Pasaríamos por la casita donde nació Jesús al atardecer. Partimos de nuevo: Samuel y Hannah en la cabalgadura con Bruintje Bruin a la cabeza y Hannah cantando sin parar. Rebecca con el pequeño Juan y yo en la litera. «Me lo contaste una vez, mamá. ¿Qué sientes ahora?». No tuve que pensarlo: «Es como si volviera a encontrarme con el comienzo más temprano de mi relación con Jesús. Empiezo un nuevo capítulo en mi vida y eso volverá a empezar allí, en esa casita. No sé cómo, pero todo irá bien».

Alcé la vista y extendí las manos: «Qué pena que ahora no llueva». Rebecca me miró con incredulidad, frunciendo sus ojitos risueños, y ya me imaginaba lo que pensaba: ¿quién pide que llueva? Y nuestra caravana siguió su camino. Le guiñé un ojo riendo y ella también hizo un intento fallido de guiñarme el ojo, y las dos nos partimos de risa. Y ella siguió practicando… El ojo que no debía parpadear lo hacía mejor que el otro. Hannah se despertó y ella también empezó… Y eso terminó en una parada de emergencia para que las tres «chicas» hicieran pis.

Samuel

María Magdalena se sentó después a mi lado en el pescante y acabábamos de dejar atrás la ciudad de Belén. Un último sol anaranjado se preparaba para ponerse ante nuestros ojos. María Magdalena reconoció desde lejos la casita aislada y solitaria donde habían permanecido el niño Jesús, María y José. Me quedé vigilando el carro con los animales, Hannah y Juan, mientras Rebeca y María Magdalena se dirigían a la casita.

María Magdalena

Llamamos a la puerta. Una joven nos abrió.

«Disculpe, ¿podría hablar con su padre?».

«Lo siento, pero mi padre falleció el año pasado. ¿Puedo ayudarle en algo?»

«Disculpe las molestias. Oigo llorar a su bebé. Que tenga una buena noche», y ya nos dábamos la vuelta.

«¡Un momento! ¿Es usted por casualidad María

Magdalena?» Me sobresalté un poco: «Sí, claro,

y ella es Rebecca».

«Hace tres o cuatro semanas vino aquí un hombre con la misma pregunta; tenía la piel morena, barba gris y ojos marrón oscuro, y me pidió que le entregara un paquete a María Magdalena. Me dijo su nombre, un nombre extraño por estos lares: Caspar de Arabia, así se presentó. Mi padre me había contado la historia de Jesús y los tres Reyes Magos. Espera un momento, voy a buscar el paquete ahora mismo…»

Su bebé seguía llorando. Recibimos el paquete y le dimos las gracias para que pudiera atender rápidamente a su hijo. Rebecca se quedó completamente clavada en el suelo. Tuve que darle un empujoncito con mucha delicadeza. No podía articular ni una palabra.

Rebecca

Era como si fuera algo normal para Ma Ma. Ella me dijo, literalmente, antes de que yo le preguntara nada: «No es nada raro. Caspar me está buscando. Era el más joven de los tres Reyes Magos y yo iba sentada delante de él, en su

camello. Sé lo que hay en el paquete, pero esperaremos un rato hasta que los niños se duerman».
No me extrañaría que Caspar se hubiera enamorado de la guapa Ma Ma, y el amor mueve montañas. ¿Y a qué mujer no le gusta eso? ¿No estaría Caspar muy lejos de aquí? Se lo deseaba de todo corazón a ambos. Por supuesto, tenía muchísima curiosidad por ver ese paquete, pero ella tenía toda la razón: Samuel también tenía que estar presente, porque él también estaba muy curioso por ver el resultado de nuestra breve excursión. Al parecer, Samuel había encontrado un poco más allá un lugar apartado donde podíamos pasar la noche fácilmente. Dimos de comer y beber a los animales, y lavamos a Hannah y a nosotros mismos en un arroyo. Habíamos escondido el paquete para Hannah, porque si no, no querría dormir. Cayó la tarde, comenzó la noche. Los tres nos sentamos junto a una hoguera crepitante. María Magdalena tomó la palabra: «Ya os había hablado alguna vez de Caspar el árabe, ¿no? ¿O al menos a ti, Rebecca?». Asentí y Samuel dijo enseguida que yo también se lo había contado a él. María Magdalena fue entonces a buscar el paquete y volvió a sentarse junto a la acogedora hoguera: «El regalo de Caspar no está tanto en este paquete, sino más bien en su gesto, en su camino, en su búsqueda y, sí, llámalo como quieras: el regalo está en su amor, así como su amor está en este regalo. Con ello nos da una gran lección: demuestra que el amor verdadero es paciente. Demuestra que el amor no es tanto una cualidad, sino más bien un verbo de acción: “el amor es ser paciente”.

Caspar me busca, aunque ya me encontró hace mucho tiempo. ¿Es un flechazo? No, en absoluto, es mil veces más que eso. Aquella noche vivimos juntos algo que traspasó el amor común: fue amor divino en una noche sagrada. Caspar no me busca como persona o como mujer, no, busca a alguien con quien poder compartir de nuevo este amor sagrado, alguien que lo haya vivido igual que él, que sepa lo que él ha vivido y que le crea incondicionalmente cuando habla de ello. Quien haya experimentado alguna vez el amor divino se sentirá solo el resto de su vida entre las personas que no lo han vivido, pues alguien que no lo ha vivido no puede en absoluto comprender su profundidad. Hasta ahora no había conocido esa soledad, pues me sentí privilegiada por la presencia misma de Jesús, María y Juan. Y ahora que los dejo a todos, ya siento lo sola que estoy entre la gente, salvo en parte con vosotros. Cuando Caspar me busca, no se trata de mí como mujer, sino de lo que nos une para siempre. Es un amor que no tiene nada que ver con formar una familia. Los ancianos Melchior y Balthazar sin duda habrán fallecido, y él queda como único testigo en esos lejanos países. No partió de Arabia para encontrarme a mí, sino que quería encontrar a Jesús y poder hablar con él. Ahora que eso ya no es posible, me busca a mí. Yo haría lo mismo en su lugar. Mañana, antes de partir, le daré a la mujer de la casita una carta en la que le escribo que viajo a Massilia pasando por

Ashdod. Caspar seguirá buscándome y me encontrará. No puede ser de otra manera. Y ahora abramos el paquete. Mamá me entregó el paquete. Llevaba toda la noche deseando saber qué había dentro y ahora, tras su explicación, ese regalo material me parecía superfluo: ya había recibido su lección como el regalo íntimo definitivo, aunque no pudiera comprenderlo del todo, pero su palabra era para mí irrefutable y no tenía por qué dudar de ella. Abrí el paquete y allí también me pusieron rápidamente en mi sitio. ¿Material? Era, literalmente, un regalo celestial: el aroma se desprendió incluso antes de que retirara el primer trozo de papiro. Samuel colocó de inmediato un trocito del contenido con cuidado sobre un carbón del fuego y un delicioso incienso se abrió paso hacia el cielo con un aroma que solo podía hacerte feliz. «Sí, Rebecca, material? Aún te queda mucho por aprender, y aprende a tomarte las cosas con más calma a la hora de decidir», me dije a mí misma por centésima vez. Mamá leyó mis pensamientos: «Todo irá bien, Rebecca». ¡Ya no se atrevía a guiñarme el ojo!

María Magdalena

Aquella mañana me desperté antes del amanecer y el silencio me sentó de maravilla. Me levanté con cuidado para no despertar a nadie y volví enseguida a la casita donde nació Jesús para dejar allí mi carta para Caspar, y luego regresé. Fui al arroyo a refrescarme y después recogí un poco de leña junto al camino para encender un fuego y poder preparar un té. De repente, vi a lo lejos a dos personas que se acercaban a pie hacia nosotros, o al menos eso me pareció. Cuanto más se acercaban, mejor veía que se trataba de un hombre y una mujer, cada uno con un niño de la mano, y un poco más tarde vi el equipaje que arrastraban. Aquello no era normal, así que decidí salir a su encuentro y preguntarles si podía ayudarles en algo. Cuanto más me acercaba a ellos, mejor podía apreciar su lamentable estado. La mujer parecía mareada y más que caminar, cojeaba; los niños tenían los ojos cerrados, casi eran arrastrados y se caían a cada momento. El hombre era el único que aún tenía algo de fuerza, pero tampoco eso duraría mucho. Me apresuré hacia ellos.

En sus ojos se reflejaban el miedo y el horror, no sabía a qué se debían, pero estaba claro: huían de algo. Le pregunté al hombre qué pasaba, pero vi que incluso a mí me tenía miedo. «No tengáis miedo. Os ayudaré. Tengo un fuego encendido y comida y

«Aquí tenéis algo de beber para que podáis descansar un rato». Fue la mujer quien aceptó de inmediato y, sin preguntarle a su marido, buscó apoyo en mi hombro. Dejó caer todo el equipaje y yo cogí la mano de su hijo pequeño para sostenerlo; el hombre nos siguió de buen grado con la hija pequeña. No se sentaron junto al fuego, sino que se dejaron caer junto a él y se quedaron tumbados boca arriba. La hija menor parecía haber desmayado, o tal vez dormía profundamente; eso me preocupaba. Había traído un tarro de miel para cuando hubiera fiesta, pero esto tenía prioridad absoluta. Eché la miel en el té, les di un sorbo a cada uno, y así estuve ocupada fácilmente media hora. El padre y el hijo ya se estaban recuperando un poco, pero la madre y la hija se quedaban atrás. El padre me dio las gracias. Sus pertenencias eran miserables. No era normal abandonar la casa así durante la noche, si es que alguna vez habían tenido una. Calenté las sobras de la cena de la noche anterior y les di algo de comer al padre y al hijo, mientras seguía pasando el té con miel a la madre y a la hija. La madre abrió los ojos y me sobresalté, porque vi la muerte y la desesperación en su mirada. Fui a buscar otra manta para los dos niños. El padre vació ambas bolsas de viaje en el suelo, pero no encontró lo que buscaba y suspiró. Le pregunté con cautela si había pasado algo, pero él me miró suplicante para que no hiciera preguntas. El miedo en sus ojos era espantoso, como si hubiera visto la muerte. Más tarde resultó que era mucho peor que la muerte. Rebecca estaba despierta

Probablemente llevaba un rato observándome, y se acercó al fuego como si nada especial estuviera pasando. Se dirigió a la pareja con mucha amabilidad, se presentó y luego alabó a su Ma Ma, pero a esa gente no le importaba lo más mínimo. «¿Puedo ayudar, Ma Ma? Traigo una sorpresa y este es el momento adecuado». Si había una mujer capaz de comprender perfectamente a estas personas, esa era Rebecca, que había pasado por tantas cosas en su juventud. No mostrar compasión, sino actuar con amor. Dejar a las personas en su dignidad. Darles la oportunidad de hablar cuando estén preparadas. No crear expectativas. En aquel entonces había aprendido mucho de ella. Pero también Rebecca se topó hoy con un muro cuando se dirigió a la mujer y eso la desconcertó. La mujer se encogió ante su reacción. Nadie entendía qué estaba pasando: ni el hombre, ni yo misma. Rebecca se levantó rápidamente y se dirigió hacia los burros: lo que hacía era huir. Fui tras ella: «¿Qué pasa, Rebecca?». «Me reconozco a mí misma, mamá, la apatía, la futilidad de la vida, suplicar por la muerte, se siente asquerosa y sucia, ella es… la violaron y ayer fue luna llena». La abracé y ella apretó la boca con fuerza contra mi hombro para ahogar sus gritos. Reflexioné. «Mi querida Rebecca, entonces tú eres el mejor ejemplo de cómo se puede sobrevivir a algo así y de cómo se puede querer a esa niña. Piensa en Hannah, una niña encantadora. Tómate tu tiempo y ya sé que harás lo correcto. Yo una vez...

«Una niña abandonada para ti: tú me convertiste en madre, y ahora también has encontrado a una niña abandonada, así que te toca a ti ser su madre. Tú puedes hacerlo». Ella levantó la vista y asintió con la cabeza, y volvimos junto al fuego. Su marido acababa de ir al arroyo con los dos niños para refrescarse. La mujer seguía acurrucada junto al fuego, como un feto. Completamente sola.

Rebecca

Animada por Ma Ma, volví junto a la mujer y me incliné sobre ella. Empecé a susurrar: «Soy Rebecca, nunca conocí a mis padres, crecí en un entorno de violencia y fui violada cuando tenía catorce años. Tuve una niña, Hannah. Por una gran casualidad, acabé con María Magdalena y esto ha cambiado mi vida por completo. Mi mayor tesoro en la tierra son los hijos que he dado a luz, sean de quien sean. Se convertirán en lo que nosotros hagamos de ellos con nuestro ejemplo. Si odias a este niño que aún no ha nacido, también enseñarás a tus dos hijos a odiar». Abrió los ojos y dejó entrever un poco su corazón: «Fui violada por un fariseo delante de mi marido y mis hijos. Solo siento odio, espero poder perder al niño o hacerlo yo misma… de cualquier manera…».

Era como si me oyera hablar en aquel momento.
«¿Cómo te llamas?»

«No me siento nadie. El nombre de mi cuerpo es Amana[77] , pero el significado de mi nombre ya no está en este envoltorio. Solo siento venganza. A mis hijos y a mi marido les obligaron a mirar: "cristianos asquerosos", así nos llamaban. Después del fariseo, hubo otros dos hombres que abusaron de mí. Mi odio es más fuerte que mis lágrimas. Por muy cariñoso que sea mi marido, ya no soporto su contacto. La muerte es la única solución y así mi marido podrá construir una nueva vida». Se apartó de mí y yo reconocí eso demasiado bien. No perdí el ánimo.

«Acabas de hablar de "cristianos", ¿habéis sido bautizados?».

La pregunta pareció despertar algo positivo en ella.

«Por supuesto, y Juan el Bautista me puso el nombre de "Amana" en el Jordán». De repente, vi un destello de luz en la oscuridad de sus ojos: su nombre aún la conmovía, aunque fuera muy ligeramente. Ya no apartaba la mirada de mí mientras hablaba y volvimos a mirarnos a los ojos.

«¿Cómo se llama tu marido?»

«Younes, nos bautizó juntos Juan el Bautista. ¡Ojalá estuviera ahora con Juan el Bautista!».

«Younes significa "paloma", ¿verdad? Juntos sois una paloma de la paz. ¿Cómo se sintió eso entonces en el Jordán?»

---

[77] *Amana* significa «paz».

«En ese momento, juntos nos convertimos realmente en una paloma de la paz. Nada podía separarnos y nada podría separarnos…» Y entonces se derrumbó, como si el propio Jordán la sumergiera de nuevo para que recuperara sus raíces de amor. Daba patadas, golpeaba, lloraba, suplicaba, gritaba, luchaba contra una bestia, arañaba las piedras con las uñas. Pero el Jordán la devolvió a las manos de Juan el Bautista, y este pronunció su nombre: «Amana», y ella recuperó su nombre. Y sus lágrimas fueron llevadas con gratitud al Jordán. Agotada, cayó con la cabeza en mi regazo y se sumió en un sueño profundo. Tarareé una nana y vi acercarse a sus hijos y a Younes. Les hice una señal para que guardaran silencio y se sentaran a su alrededor. Younes no daba crédito a lo que veían sus ojos: ella dormía con una sonrisa en el rostro, y él me miró aliviado. Le levanté el pulgar y él respondió aliviado con la mano sobre el corazón. Le hice un gesto a Younes para que cambiáramos de sitio, de modo que ella durmiera con la cabeza en su regazo. Él asintió con entusiasmo, feliz de poder volver a tocarla. Se había dado el primer paso hacia la recuperación, pero aún quedaban muchos más por dar. ¡Cuánta suerte había tenido entonces de acabar en Ein Karem…! Fui directamente a ver a María Magdalena y a los burros. Tenía una propuesta.

María Magdalena

Vi desde lejos el cambio en la actitud de la mujer, cómo Rebeca se había acercado a ella, y por

los movimientos violentos de la mujer supe de inmediato que no podíamos dejarla sola mañana ni en los días siguientes. Mientras tanto, Samuel estaba liberando a los burros de su carga, pues también para él estaba claro, después de que la mujer se hubiera enfurecido de esa manera: «María Magdalena, no podemos dejarlos así a su suerte. Debe de haber pasado algo terrible». No dijo nada más, aunque al parecer pensábamos lo mismo. «Efectivamente, Samuel, ha pasado algo terrible y les ayudaremos. Nos quedaremos aquí por ahora». Rebeca se unió a nosotros y se aseguró de que Younes y los niños no pudieran verla. Inmediatamente se refugió en los brazos de Samuel y comenzó a llorar en silencio: «Amana fue brutalmente violada por un fariseo y otros dos hombres mientras Younes tenía que mirar con los niños. Tuvieron que abandonar su casa. Luna llena… Fueron bautizados por Juan el Bautista. Yo… encontré la fuerza gracias a nuestra querida Hannah». Y su voz se quebró. Hacía tanto tiempo que yo misma no había llorado, pero ahora ya no tenía defensas y busqué apoyo en ambos, y así los tres nos aferramos unos a otros como un racimo de uvas a la vid de Jesús tras una tormenta. Ah, sí, lo sentí en nosotros. Hannah se despertó de su siesta y la vida siguió. «¿Qué te parece, Hannah, te apetece una piña?» «¿Y para los otros niños también… puedo dársela?» Samuel la cogió en brazos: «¿Qué te parece, cariño, vamos a dar un paseo con los otros niños, con Oz y Az?»

No hace falta que lo describa: Hannah está despierta y la vida debe seguir, sin que ella tenga voz ni voto sobre cómo conducirse.

Rebecca

Me había recuperado un poco. La piña es una fruta maravillosa y un remedio milagroso: le propuse a María Magdalena que, junto con Hannah, lleváramos la piña a Younes, Amana y los niños. Ella quería proponérselo personalmente y se alegró de que lo hiciera yo. Sí, ¿de quién más habría aprendido todas las sutilezas del ser humano? Le di un beso y le susurré al oído: «Mi mamá». Fuimos a ver a Amana y a Younes con la bandeja. Amana se había despertado y parecía algo más animada. Le ofrecí la bandeja a ella primero y me miró con ojos agradecidos mientras tomaba un trozo. «¿Cómo se llaman los niños?», pregunté mientras seguía con la bandeja, y fue la propia Amana quien me respondió: «Mi hijo se llama Tobi [78] y mi hija pequeña se llama Tirza [79] ». Luego me acerqué a Younes y él estaba tan agradecido que casi se le cae la bandeja. «¿Puedo sentarme con vosotros junto a Hannah, Amana?», pregunté, mientras Hannah ya se sentaba sin más, para alegría de todos. «Ups, ya no tenemos elección: Hannah ha decidido. Hannah es la

[78] *Tobi* significa «Dios es bueno».
[79] *Tirza* significa «agradable».

«Es la hija de Samuel y mía, y la hermana de Johannes», le presenté a Hannah, mientras observaba la reacción de Amana. Ella asintió y entendió lo que quería decir. Al parecer, Younes no lo entendió del todo: la última «luna llena» parecía haber pasado de largo para él, entre el miedo, la tristeza, la vergüenza, dos niños llorando, una esposa violada, el agotamiento y, sobre todo, la enorme preocupación por el futuro. Estas personas se merecían sin duda una segunda oportunidad. Más tarde hablaría de ello con Samuel y María Magdalena.

María Magdalena
Hablamos del tema y no sabíamos qué rumbo tomaría todo. «¿Quizás esa gente de la casita pueda aconsejarnos o ayudarnos?», se preguntó Rebecca. A Samuel le pareció una idea estupenda y me puse en marcha de inmediato. Necesitábamos ayuda y allí la encontraría: la mujer era muy amable y, gracias a las historias de su difunto padre, comprendería perfectamente lo que significaba ser cristiano en esta época de persecución. El marido vino a abrir la puerta, me miró amablemente y me invitó a pasar. Su mujer estaba dando el pecho a su hijo y vendría enseguida. En su salón colgaba una gran estrella de madera: «De mi difunto suegro; cada año contaba la misma historia, pero era una historia maravillosa; hemos conservado el pesebre en el que yacía Jesús y nuestra hijita también ha dormido en él…»

«Supongo que os habéis bautizado como cristianos, ¿no?».

«Mi mujer sí, y también nuestra hija, pero tengo que tener cuidado con mi familia. Mi padre es rabino aquí, en la sinagoga de Belén, y se encuentra entre dos fuegos. Aquí, en Belén, mataron a todos los recién nacidos. Aún no hemos superado ese trauma. Ya nos alegramos de no haber tenido un niño al que hubiera que circuncidar. Habría sido una decisión muy difícil. Voy a ver cómo está mi mujer…»

Y poco después estábamos los tres juntos: «¿Puedo hacer algo por ti?», preguntó ella con amabilidad. Y le conté la historia de nuestros invitados inesperados y vi cómo se identificaban por completo con la terrible situación en la que se habían visto envueltos Younes y Amana. La mujer corrió a la cocina y tuvo que vomitar. Su marido lo oyó y fue a ayudarla. Ambos regresaron pálidos como la cera y comenzaron a hablar: «Mi mujer se llama Elyana [80] y yo soy Benjamin [81] ; incluso mi padre os habría ayudado y eso me enorgullece». A continuación tuvo lugar una agradable conversación entre personas de buena voluntad que no dejaban de tener presente que, si ellos mismos se encontraran en apuros, también les gustaría que les ayudaran. Antes de marcharme, Elyana me mostró el lugar donde se habían alojado Jesús y María, con el pesebre de antaño, que aún conservaba las mismas sábanas y mantitas. Me sentí atraída hacia allí y besé la almohadita.

---

[80] *Elyana* significa «Dios ha respondido».
[81] *Benjamin* significa «hijo de mi mano derecha».

«Caspar hizo exactamente lo mismo», señaló Benjamin con todo respeto. Me puse en marcha para comunicar la noticia a Younes y Amana. Apenas había empezado a caminar cuando Benjamin ya me había alcanzado: «Mi padre tiene una carretilla tirada por un burro que lleva años sin usarse, ¿si eso puede servir de ayuda? Y también me encargaré de conseguir algo de fruta». «Una idea magnífica, Benjamin, ya me preguntaba dónde podría encontrar algo así. Eres una buena persona, Benjamin, y que el Dios del amor bendiga también a tu familia».

Regresé y vi a Samuel volver con Az y los tres niños, rebosante de alegría. Rebecca estaba sentada con Juan al pecho junto a Amana y Younes, y Amana parecía aceptar con naturalidad la presencia de Juan, que estaba mamando. No muy lejos de ellos, una paloma observaba inmóvil; reconocí su colorido plumaje con toda claridad. Gracias, Djibril.

Samuel ayudó a los tres reyes, Hannah, Tobi y Tirza, a bajar y ellos volaron hacia su mamá y su papá para contarles su historia.

Samuel

No hay nada más bonito que ver a un niño sonriendo feliz. Y cuando María Magdalena sonríe, ella también parece una niña, y este pensamiento me hizo reír: ¡cuatro niños, pues! Se acercó a mí, visiblemente aliviada. «¿Buenas noticias?», le pregunté.

«Claro, muy buenas noticias. Tenemos que consultarlo juntos. Propongo que le entreguemos a Oz y a Az a Younes y Amana para que tengan la oportunidad de construir una nueva vida. Quería preguntártelo primero a ti para luego planteárselo también a Rebecca. Para Hannah será difícil».

Me lo pensé un momento… «Puedo intentar dar un paseo con Hannah en Bruintje Bruin para distraerlos y decirles que los burros son para los niños pequeños y los caballitos para los niños mayores. ¿Algo así?». María Magdalena asintió y sonrió, pero continuó hablando: «Se me ha olvidado daros la buena noticia: la gente de la casa donde está el pesebre va a traer una carretilla tirada por un burro y también va a traer fruta. Son gente encantadora, Elyana y Benjamin…»

Esto me dejó completamente en silencio y no pude articular palabra. Levanté el dedo, miré hacia arriba e incliné la cabeza con reverencia ante el poder del amor. Rebecca acababa de llegar y le conté lo que María Magdalena acababa de decir, y ella también se sintió abrumada. «Al final ya no sé por qué sigo lloriqueando», dijo riendo mientras se secaba las lágrimas. Ambas mujeres estuvieron de acuerdo en que se lo contara a Younes. Cuanto antes viera una salida, mejor para todos ellos. No perdí ni un segundo y quise ir a buscarlo, pero María Magdalena me detuvo justo a tiempo: «Hay algo más, y quizá incluso más importante. ¿Qué os parece: las dos casitas de Ein Karem están vacías?»

«¡Por supuesto!», exclamamos Rebecca y yo al unísono. Rebecca, sobre todo, estaba encantada: «No hay mejor lugar en el mundo que la casita de Juan el Bautista para una mujer que ha sido violada; hablo por experiencia». Y todos asintieron con la cabeza. Le pedí a Rebecca que les diéramos la noticia juntos; María Magdalena se encargaría de entretener a los niños un rato. Unos instantes después, los cuatro estábamos sentados juntos: «Younes y Amana, podemos ayudaros». Y empezamos a desvelar los planes y vimos cómo se les iluminaban los rostros a ambos, entusiasmados ante esta nueva oportunidad en sus vidas. La casa natal de Juan el Bautista era muy importante para Amana en este momento trágico de su vida, sobre todo porque una compañera de suerte como Rebecca había florecido allí y ella albergaba la silenciosa esperanza de seguir ese ejemplo. Younes, por su parte, estaba deseando cuidar del viñedo, el huerto y el olivar. Todo estaba apartado, y por el momento no había rastro de persecución de los cristianos. Era un paraíso para los niños. A medida que contábamos los acontecimientos de Ein Karem, Amana ya no pudo ocultar la esperanza, que se transformó en un entusiasmo contagioso que hizo felices a todos los presentes. Younes abrazó a su mujer y la besó apasionadamente. No me pareció mala idea… «No te pases, Samuel», dijo mi querida esposa, supuestamente suplicando, sabiendo muy bien que así recibiría un segundo beso. A Amana y a Younes tampoco les pareció mala idea.

María Magdalena

A la mañana siguiente llegó la carreta tirada por el burro llamado Benjamin, cargada con deliciosa fruta y ropa extra para Amana. Eso decía mucho de Elyana y Benjamin: una mujer violada ansía ropa nueva para poder olvidar más fácilmente la antigua. Younes acompañó a su mujer hasta el arroyo para ayudarla a lavarse y vestirse. Le di a Benjamin un buen trozo del incienso que nos había regalado Caspar, «para que siempre recordara nuestra gratitud». Poco después, Benjamin vio a Amana regresar del arroyo con el vestido nuevo. Nos dejó a todos solos y se dirigió hacia ella. Mientras todos admiraban la carreta tirada por burros, yo observaba con curiosidad a Benjamin y a Amana. Hablaban entre ellos, no era un monólogo, sino un diálogo. Era conmovedor ver lo tierno y comprensivo que se mostraba Benjamin, como si, en su calidad de hijo de un fariseo, cargara sobre sus hombros el peso del culpable, mientras que la actitud de Amana daba testimonio de un perdón amoroso. Al final, vi a Amana asentir con la cabeza y ambos se unieron a nosotros.

Cuando Benjamin ya se había marchado hacía un rato y Samuel estaba practicando con la carreta tirada por burros, con Oz, Younes y los niños, Amana se acercó a mí: «¿María Magdalena? Benjamin me acaba de preguntar si me gustaría quedarme con la cuna del niño Jesús y he aceptado. Todavía hay amor en el mundo. Con el pesebre de Jesús en la casa natal de Juan el Bautista

«un niño ya es bendecido». Le pedí que se sentara a mi lado y le hablé de mis conversaciones con Jesús junto al río, de cómo Jesús insistía en no establecer normas ni leyes, porque las normas y las leyes siempre conllevan un juicio de lo correcto o incorrecto, de lo bueno o lo malo. «Jesús está en ti y en mí y es una realidad que trasciende por completo una comprensión simplista de las reglas. ¿Quién dice que tu agresor no fue a su vez víctima de un agresor mucho peor que él mismo y que, por ejemplo, fue abusado de niño por su propio padre? Reza por la fuerza para perdonar a tu agresor y tu dolor desaparecerá. Aprendí de Simón Pedro una oración especial. Es la siguiente: cada vez que cojas a tu hijo en brazos o lo acuestes en el pesebre de Jesús, repítete las siguientes palabras: "Señor Jesucristo, Hijo de Dios, por las santas oraciones de mi violador, ten piedad de mí, pecadora". Y el odio se convertirá en amor, incluso en amor por tu violador, que te dejó un tesoro de un hijo. No temas, esto requiere tiempo y perseverancia. Las primeras veces se te revolverá el estómago. Te costará mucho pronunciar estas palabras y no podrás creer en ellas, te sabrán amargas y no querrás repetirlas, ¡pero persevera! Cuanto más repitas estas palabras, más fácil te resultará pronunciarlas y más te suavizarás, y más empezarás incluso a sentir comprensión por el dolor no superado del agresor, porque una persona íntegra y amorosa no puede cometer un crimen así. A mí me abusaron después de que mi madre y mis tres hermanos fueran

Asesinados por los romanos. Yo era la mayor y un romano amable se me llevó; tenía trece años, y me violó, aunque de forma amable. No se puede comparar con la brutalidad que tú has tenido que soportar, pero lo que me lo hizo difícil fue que estaba completamente sola en el mundo. Hasta que conocí al sumo sacerdote Zacarías en Jerusalén, quien me enseñó una oración similar, pues Jesús aún no había nacido. Y querida Amana, Zacarías y Ana eran los padres de Juan el Bautista y es en su casita donde os alojaréis. Y supongamos que no logras perdonar a tu enemigo, no te desanimes y no te juzgues a ti misma, pues nadie, ningún ser humano, tiene derecho a juzgarte. No hay leyes ni reglas. Solo el espejo en nuestro interior nos llamará y deberá llamarnos a rendir cuentas». Se hizo el silencio por un momento. El silencio se prolongó y, de repente, Amana respondió: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, por las santas oraciones de mi violador, ten piedad de mí, pecadora».

Amana

Repetí por segunda vez: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, por las santas oraciones de mi violador, ten piedad de mí, pecador». Y una tercera vez y una cuarta vez y una y otra y otra y otra y, efectivamente, sentí cómo, por un segundo, empezaba a controlar algo que parecía imposible de borrar. Y mientras creía estar recuperando el control, lo perdía y

tuve que empezar de nuevo, y una y otra y otra vez… hasta que volví a sentir algo de perdón, sí, esa era la palabra correcta: perdón para los culpables. Pero ni un minuto después era de nuevo odio. Pero ahora tenía una salida hacia la «vida» en lugar de hacia la «muerte».

Los ojos llenos de lágrimas de María Magdalena me infundieron confianza. También los niños sonrientes en la carreta tirada por un burro me hicieron levantarme y sacudirme la suciedad de encima. ¡Hay vida después de la muerte! Pero ni siquiera cinco segundos después volví a hundirme al ver ante mí los terribles ojos sarcásticos de mi violador, que disfrutaba viendo cómo mis hijos lloraban. ¿Qué había dicho María Magdalena? ¡Aguanta! Empecé a repetir la oración a Jesús y sí, me sentí un poco mejor por un momento. ¿Por las oraciones sagradas? Esa era la parte más difícil de la oración: ¿mi violador, sagrado? Oh, Dios mío, ¿qué me estás haciendo? ¿Qué te he hecho? Perdóname por no confiar en ti sin más. Respondí rápidamente: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, por las oraciones sagradas de mi violador, ten piedad de mí, pecadora». Oh sí, Señor, vuelvo a confiar en ti. Y así aprendí a levantarme cada vez que caía y lo hacía instintivamente, como un reflejo. Cientos de veces al día. Poco a poco, al perdonarlos, sentí que también esperaba y rezaba para que Jesús perdonara a mis violadores, porque no saben lo que hacen. El día que nació mi hija y la miré a los ojos, todo el dolor se detuvo. Incluso sentí compasión por su padre biológico y perdoné a mi

el violador, otra vez. Le di las gracias no solo por la niña, sino también por lo que había aprendido, lo que ahora yo misma podía enseñar a mis hijos tal y como María Magdalena me lo había enseñado a mí: romper el círculo del mal. Mi mayor regalo fue que Younes renunciara a todo el odio hacia los tres violadores y eligiera el nombre de «María Magdalena» para nuestra hija. Éramos ricos

Samuel

Rebecca y Amana se llevaron a todos los niños a dar un paseo junto al arroyo para que Younes y yo pudiéramos ajustar tranquilamente todas las correas de la silla de montar, las correas de la «parte trasera» y el yugo que pertenecía a una carreta de burros a Oz, el más fuerte de los dos burros. Az tendría que llevar a los dos niños y algo de equipaje ligero, eso aún teníamos que verlo. También podía ser que Amana montara mejor en Az. Hannah se mantenía fuerte, contra todo pronóstico. Younes no estaba con la cabeza en el asunto. Me dijo que había dormido mal.

Una vez que todo estuvo ajustado y tras dar una vuelta de prueba con Oz en la carretilla tirada por burros, parecía que lo más difícil ya había pasado. Empecé a guardar todas las herramientas en mi caja, pero faltaba un cuchillo. Lo revisé todo de nuevo, busqué entre la hierba, pero no encontré nada. «Younes, ¿por casualidad has visto mi cuchillo?». Él negó con la cabeza. Lo miré fijamente a los ojos y se notaba que no estaba acostumbrado a mentir. «Younes, ¿por casualidad has visto mi cuchillo?», le pregunté de nuevo con tono comprensivo. Bajó la mirada y sacó el cuchillo de su bolsillo. «Lo siento, Samuel», balbuceó, y se le humedecieron los ojos. Se dejó caer de rodillas con las manos delante de los ojos, avergonzado. Me senté frente a él y lo abracé, y él me rodeó el cuello con los brazos y, entre lágrimas, comenzó a expresar su angustia: «Tengo a mi mujer y

No haber podido proteger a mis hijos, me siento un cobarde. Ojalá hubiera tenido un cuchillo entonces, al menos habría podido matar a uno de los tres violadores. De ahora en adelante siempre llevaré un cuchillo conmigo. No volverá a pasarme. Mejor muerto que cobarde. ¿Qué ejemplo soy ahora para mis hijos y mi mujer? No volverá a pasar, seguro…». Se levantó de un salto y empezó a golpear con el puño la rueda del carro. Oz se movió de inmediato; con freno o sin él, tiró del carro unos metros más allá. Me abalancé sobre Younes y lo inmovilicé con una llave. Él rugía y gritaba de impotencia. La tensión en sus músculos disminuyó y lo solté poco a poco. «Te entiendo, Younes, yo tampoco sabría qué hacer si algo así le pasara a Rebecca delante de mis ojos. No te culpo de nada, al contrario, te propongo lo siguiente: te daré el cuchillo con la condición de que primero lo hables con María Magdalena. ¿De acuerdo?». Younes se calmó y se secó las lágrimas: «De acuerdo. Hablaré con María Magdalena». Se levantó y se dirigió hacia María Magdalena. De repente, recordé cómo Caleb, aunque la situación pudiera parecer muy diferente, no dijo ni una palabra sobre la venganza. Todos estaban constantemente preocupados por Amana, pero al parecer todos se olvidaban de Younes. ¿Y los niños? No lo sé.

María Magdalena

Apenas me había puesto en marcha para dar las gracias una vez más a Benjamin y a Elyana, cuando oí un rugido detrás de mí

e inmediatamente volví sobre mis pasos. ¡Younes! Vi a Younes acercarse con los ojos enrojecidos y él empezó a contar espontáneamente cómo había intentado robarle un cuchillo a Samuel para poder proteger a su familia si todo volvía a suceder. Lo contó sin ningún atisbo de arrepentimiento, lo que me sorprendió e incluso me asustó. Lo tomé del brazo y juntos regresamos en silencio a nuestro campamento: «Tomaremos té juntos». Él se tranquilizó, pero en mí surgió una especie de pánico, un conflicto interno. Por un lado, me parecía normal que uno protegiera a su familia con un cuchillo, arriesgando la propia vida; por otro lado, estaba muy seguro de que Jesús propondría una solución muy diferente. ¿Pero cuál? ¿Y cómo?

Llegamos al campamento y preparé una taza de té para los dos. Me llevó mucho tiempo encender el fuego y poner el té a hervir, pero luego tuve que sentarme con él. Le dije: «Hay una respuesta escondida en lo más profundo de mi ser, querido Younes, pero ahora mismo no la encuentro. He mantenido muchas conversaciones con Jesús y tengo que recordar todas ellas. Necesito un poco de tiempo para ello. La noche lo dirá. Te lo haré saber. Mañana lo sabré con certeza. ¿Te parece bien?»

Younes

Me pareció bien. Ni Samuel ni María Magdalena me juzgaron. Me sentí

Lo entendí, lo cual ya fue un gran alivio. Sin duda, ya había cometido un gran error: robar el cuchillo. Podría haberle pedido el cuchillo a Samuel para proteger a mi familia, y él habría mostrado al menos tanta comprensión como ahora. Mis sentimientos siguen conmocionados, porque he perdido la fe en el ser humano. Quizás María Magdalena pueda ayudarme, aunque yo no crea en ello. Lamento admitirlo, pero mentir no es, desde luego, la solución. ¿Se arreglará esto alguna vez? Estoy atrapado. Yo mismo me estoy acercando a esos canallas. Vengarme me parece más que justificado y ayudaría a mi mujer. Pero nadie puede ayudarme. Tengo que hacerlo solo.

María Magdalena

Cayó la tarde y la noche debía traer una solución, pero ahí ya se torció todo. Empecé mal: de repente, el trauma de Younes me pareció más difícil de resolver que el de Amana. Y mi brillante mente se encargaría de resolverlo: ¿cuáles son las diferencias, María Magdalena? Llevaba al menos una hora dándole vueltas y llegué a las siguientes conclusiones.

El orgullo masculino suele estar muy presente en un hombre y, combinado con la impotencia física, es vivido por él como una dolorosa derrota que debe vengarse.

La mujer, por el contrario, sufre una vergüenza terrible, abuso e impotencia física frente a la

superioridad física del agresor, por lo que se culpa menos a sí misma de su vergüenza y responsabilidad como si fuera una falta.

En resumen: un hombre presente se siente en gran medida corresponsable de lo ocurrido, mientras que la mujer es una víctima pura y no puede culparse de nada. La mujer suele estar menos interesada en la venganza y se perdona a sí misma más fácilmente; el hombre, por el contrario, apenas perdona, ni al agresor ni a sí mismo. La presencia de niños lo hace todo el doble de difícil. Es un análisis magnífico, pero ¿y ahora qué, inteligente María Magdalena? No me acerqué ni un paso a una solución. Al contrario, me alejé de una solución no violenta.

Querido Jesús… Ayúdame, no puedo hacerlo sola. ¿Dónde está Djibril? ¿Por dónde empiezo? ¡No lo veo claro!

Y de repente tuve un cortocircuito, como un destello en mi cerebro. Y me reprendí a mí misma con ira: «Mi querida, pero también estúpida María Magdalena, ¡te comportas tan ciegamente como Younes! Abre los ojos, los oídos, el corazón, mira a tu alrededor. ¿Crees que de esta manera ayudas a la gente a ser feliz? ¡Tú, criatura altiva! ¡Te comportas como una ciega mientras tú misma te tapas los ojos y luego no haces más que quejarte! Me comportaba como una ignorante, apagaba la luz, codiciaba el honor de «la que todo lo puede resolver», solo contra la ira no cometí ningún error. Y la ira

Lo que ahora sentía hacia mí mismo ya era el comienzo de la única solución correcta.

¡Me comportaba con la misma ignorancia que Younes! Estaba tan ciego como Younes y, por lo tanto, estaba al menos el doble de equivocado que Younes, porque en su día había recibido enseñanzas del propio Jesús.

¡Perdóname, Señor! En esencia, no hay diferencias entre el hombre y la mujer. Cometemos los mismos errores: tú estás en mí, igual que estás en Younes y en Amana, ni más ni menos. Todos somos iguales ante Ti.

Mi último pensamiento fue el único correcto: Tú estás en mí, no yo en mí. Debo seguirte a Ti y no al revés. El corazón debe hablar, no la mente. Ahora mis ojos podían cerrarse. Me quedé dormido tranquilo.

Younes
¡Qué noche tan horrible! Me debatía entre un sentimiento y otro, pero siempre acababa sintiendo ganas de venganza. No tenía ni la más mínima ganas de hablar con María Magdalena. Me aseguraría de largarme a tiempo. Todo aquello no tenía sentido. Tendría que encontrar un cuchillo más grande en algún sitio.

María Magdalena
Me levanté temprano. Younes aún dormía, mientras que Amana y los niños ya estaban despiertos. Por mucho que Amana les pidiera que no hicieran ruido por papá, los niños reían a carcajadas y jugaban, y

se desató el caos cuando llegó Hannah. Que Younes no se despertara significaba mucho y no era de extrañar. Aproveché el tiempo para hablar con Rebecca y Samuel y les propuse seguir el viaje al día siguiente hacia Ashdod. Ambos estuvieron de acuerdo y Samuel sugirió que le diéramos a Younes y a Amana suficientes mantas y otros enseres domésticos, ya que en Ein Karem apenas había muebles y en Ashdod podríamos comprar fácilmente cosas nuevas con el dinero que nos quedaba. Estaba totalmente de acuerdo. Antes de marcharme, le pregunté a Samuel si podía tomar prestado su cuchillo y le pedí a Rebecca que, junto con Elyana o Benjamin, trajera aquí el pesebre de Jesús.

Amana

Fui a ver a María Magdalena.

«María Magdalena, estoy preocupada por Younes. ¿Podrías hablar con él? Se aleja de mí y ya me cuesta mucho no sentirme sucia y asquerosa. La oración a Jesús me ayuda maravillosamente a perdonar poco a poco a los agresores, pero Younes es mi marido y no un agresor, y temo que vaya a culparlo de todo porque un rechazo por su parte quizá me duela más que un… ya no quiero pronunciar esa palabra. Lo siento».

María Magdalena me abrazó y me susurró suavemente: «Ayer quedé con él en que, en cuanto se despertara, hablaría conmigo, y rezo por él de la misma manera

«Como tú rezas por tus violadores. Ten confianza, todo irá bien para tu familia». Asentí con la cabeza y sollocé en silencio, porque había esperanza. «Te quiero, María Magdalena, y espero poder ser tan buena madre como tú lo eres para nosotros». Me dio otro beso y me fui. Volví y Younes se había despertado… y tuve que emplear todo mi poder de persuasión para llevarlo hasta María Magdalena.

María Magdalena

Tuve paciencia y aproveché el tiempo para recordar mi formación de tres días de aquella época en Belén, y una cosa me llamó la atención: «Algún día tendrás la difícil tarea de enseñar esto a otras personas». Y, al parecer, esa dificultad comenzaba, en primer lugar, por mí mismo. La enseñanza de Jesús giraba en torno a la confianza: «La confianza en mi amor es para el ser humano el sol, la luz; la desconfianza en mi amor, la oscuridad».
Ah, sí, tras mi lucha de esta noche, ahora me encontraba bajo el sol, en sentido literal y figurado. Vi a Younes acercándose.

«¿Has podido dormir, Younes?»

«La verdad es que no me apetece pasarme por aquí. No tiene el más mínimo sentido. Lo siento. Es más fuerte que yo. Quiero matar al menos a uno de esos cabrones. ¿Cómo voy

tener hijos con Amana ahora? Lo esperábamos. Pero eso tampoco es posible ya».

«¿Por qué?»

«¿Pero es que no lo entiendes? ¿Nunca has tenido novio?

«Solo me violaron cuando tenía trece años, nada más».

«Entonces deberías entendernos», dijo con un tono descaradamente enfadado, frío y cortante.

«¿Puedo hacerte una pregunta difícil? ¿Cuál de los dos fue violado? ¿Y quién es entonces la víctima principal? ¿Entiendes a tu mujer? Porque su reacción es completamente opuesta a la tuya. Ella está abierta a una vida completamente nueva, mientras que tú buscas la muerte: una muerte física para los agresores y una muerte espiritual para ti mismo, en la que arrastrarás también a tus hijos y a tu mujer. Te bautizaste como cristiano y Cristo ya ha muerto para ti, pero no para tu mujer. Voy a servir un poco de té. Té árabe con miel, ¿te apetece?

Él asintió con torpeza.

Lo vi pensar y su vehemencia ya había disminuido un poco. Esperé a que tomara un sorbo. Continué: «¿Qué has vivido desde tu llegada a este lugar, Younes? Tu encuentro con Rebecca,

Samuel, Hannah y Juan, Benjamín con la carreta de burros, dos casitas en Ein Karem a la vista, dos burros de regalo, tu mujer se recupera poco a poco y a veces ya puede sonreír, tus hijos retoman su vida y se llevan muy bien con Hannah, ¿quién crees, Younes, quién crees que te dio todo eso? ¿Todo una casualidad? Espera, los veo llegar, mira, ahí junto a los burros. Elyana acaba de acercarse espontáneamente para entregarle a tu querida esposa el pesebre de Jesús: ¡mira cómo tu esposa irradia gratitud!». Le conmovió, pero parecía en contra de su voluntad, como si se hubiera impuesto una estricta prohibición de volver a sentirse feliz.

«¿Cuánto más tienes que recibir para darte cuenta? ¿No es suficiente, señorito «nunca es suficiente»?

¡No has perdido a tu mujer, Younes! Ella no quiere perderte, aunque tú hagas todo lo posible por perderla.

Aquí está el cuchillo que se interpone entre nosotros dos. Úsalo y lo perderás todo: a ti mismo, y eso es lo de menos, pero también a tus hijos y a tu mujer.

¿Quieres convertir a tus hijos en personas que también hayan aprendido a vengarse siguiendo tu ejemplo? ¿Hasta muchas generaciones después? Si eso es lo que prefieres, aquí tienes el cuchillo. ¡No esperes!

¿Quieres hacerles a tus hijos lo que te has hecho a ti mismo? Si es así, aquí está el cuchillo. No hace falta que lo vuelvas a robar.

Mira en un charco de agua y verás a tu amigo Belial. Te está esperando. Él te da toda la razón. ¡Ve!

Ahora debes elegir: o bien regresas mañana a Bet-Semes con este cuchillo, o bien te vas mañana a Ein Karem sin él.

Con lo que podrías aprender ahora, tú, a tu vez, podrías ayudar a la gente en lugar de matarla».

No era ira por mi parte, ni desesperación, era solo sincera preocupación por alguien que estaba al borde de un precipicio, a punto de decidir si saltar o no. Y… también podría llamarlo amor.

Me levanté y me dispuse a ir a darle las gracias a Elyana.

De repente, Younes se abalanzó sobre mí y sollozó: «Perdóname, perdóname, gracias, gracias por tu paciencia». Yo abrí los brazos, también llorando de felicidad: «Ven aquí, hijo mío. Te quiero. Pídele a Amana que te enseñe la oración de Jesús, ella te la enseñará. ¿Qué hacemos con el cuchillo?».

«Se lo entregaré a Samuel enseguida, pero ¿y si…?» Solo se atrevió a susurrármelo al oído y dudó un momento: «Era luna llena… ¿Y si Amana está embarazada? ¿Me lo va a reprochar si no puedo vivir con eso? ¿Cómo se puede vivir con eso?». Lo solté

solté un momento y vi unos ojos que habían perdido su rebeldía para aceptar cualquier tipo de ayuda y apoyo.

«Mira a Hannah, mira a Rebecca, pero sobre todo mira a Samuel: él no es el verdadero padre de Hannah. Lo que aquí puedes ver como ejemplo ante tus ojos, te lo ha dado Dios hoy porque sabe lo difícil que es para ti. No es casualidad, Younes, que nos hayamos encontrado aquí, en este lugar. Amana y tú, algún día, pasaréis este pesebre de Jesús, que ahora recibís del propio Jesús, a padres que se encuentren en una situación igualmente difícil. Hay incluso un ejemplo aún mayor para ti que Samuel, y ese es José, quien adoptó a Jesús basándose únicamente en la palabra de Zacarías, quien en aquel entonces era el gran rabino de Jerusalén y en cuya casita viviréis. El anciano José fue objeto de burlas y escarnio porque muchos, si no todos, no creían que María fuera la portadora del hijo de Dios. ¿Sabes, mi querido Younes?, eres bendecido y lo que te ha salvado de esta tormenta es tu franqueza y tu honestidad. ¡Vamos, nos están esperando!».

Unos instantes después, Samuel recibió el cuchillo con una sonrisa de alivio y le dio una cordial palmada en el hombro a Younes.

Amana se dio cuenta de lo aliviado que estaba Younes y de que ya podía volver a sonreír, y corrió hacia él, se aferró a él y lo besó hasta que ambos se echaron a llorar. Lo llevó

hacia el pesebre, donde Rebecca y todos los niños también lo contemplaban con admiración.

Observaba todo el espectáculo desde una pequeña distancia y recordaba aquella época en la que, siendo una joven, escuchaba a orillas del riachuelo de Belén las palabras de Jesús: «Sed todos uno de corazón y no mezcléis ese corazón puro con nada: ni reglas, ni jerarquías, ni ira, ni codicia, ni oscuridad, ni ignorancia. Amaos los unos a los otros, sed uno, sin importar el género o la naturaleza. Algún día recaerá sobre tus hombros la difícil tarea de enseñar esto a otras personas». Gracias a Younes, aprendí por mí misma lo que significaba «difícil»: permanecer humilde. Y solo pude expresar un deseo: quédate cerca de mí, Señor, tómame por completo. Sujétame y repréndeme con severidad si me desvío. Que así sea.

Rebecca

A la mañana siguiente, todos a una. Samuel y Younes se ayudaron mutuamente a enjaezar a Bruintje Bruin y luego a cargar hasta los topes la carreta tirada por el burro con Oz, para gran gratitud de Younes, y dejaron justo un sitio libre para Tobi. A Az solo le dieron una pequeña provisión de comida, porque Amana se sentaría allí junto con Tirza. Younes iría a pie o, a veces, se turnaría con Amana.

Hannah pudo sentarse a lomos de Bruintje Bruin toda la mañana, y así ya se sentía como una niña mayor y la pérdida de Oz y Az le pesaba un poco menos.

De repente, nuestro gran carro nos ofrecía mucho más espacio ahora que habíamos entregado una parte importante de los enseres domésticos a Younes y Amana. Samuel estaba seguro de que, una vez en Ashdod, no nos faltaría de nada.

Vi a María Magdalena con una mirada muy melancólica. «¿Qué opinas, mamá?». Ella me miró sonriendo: «Tengo curiosidad por saber dónde anda Caspar… pero él me encontrará».

«¿Está Ma Ma enamorada?», le pregunté en tono burlón. Ella se rió: «Solo he estado enamorada de una persona, y esa fue Jesús».

«¿Y?»

«Él amaba a todas las personas. Pero podía enfadarse por amor con los fariseos, igual que tú puedes enfadarte con Hannah por una profunda preocupación y perdonarla inmediatamente. Él veía en cada persona que fallaba al ser humano del amor. Incluso a Belial le perdonaría si se lo pidiera. Su parábola sobre el hijo pródigo trataba igual de bien sobre el ángel perdido».

María Magdalena

Elyana y Benjamin, con su bebé, vinieron a despedirnos y fue extraño sentir que esta era una despedida «para siempre». Hannah se bajó de Bruintje Bruin para despedirse por última vez de Oz y Az, y su silenciosa tristeza parecía mutua. Rebecca le había hecho entender con delicadeza que Oz y Az no podían subir al barco y que, por lo tanto, era mejor que estuvieran en buenas manos con Tobi y Tirza.

Tobi y Tirza le prometieron que cuidarían bien de ellos. Yo estuve hablando con Elyana todo el tiempo, hasta el momento de la despedida. Era extraño cómo, en solo tres días, parecíamos tan unidos. Dejamos atrás a amigos para toda la vida, y Hannah, sentada en la parte trasera del carro junto a Rebecca, no dejaba de saludar con la mano a sus amigos, que se iban haciendo cada vez más pequeños, hasta que, tras la primera curva, la despedida se despidió de la despedida. Ella en dirección a Ein Karem, nosotros hacia Beth-Sémes.

Samuel

Seguimos avanzando. El camino era fácil de recorrer. El sol era nuestro amigo.
El robusto Bruintje Bruin caminó durante horas con paso cadencioso por el camino llano. Había suficientes fuentes de agua a lo largo del camino. Apenas había tráfico en sentido contrario. Y ya estábamos casi a mitad de camino de Ashdod.
Al atardecer vimos aparecer Beth-Sémes a lo lejos.
Todo transcurría con tranquilidad hasta que, a lo lejos, vi a un grupito de personas de pie en el camino. Al parecer, había ocurrido algo. Al acercarnos, vi que solo eran hombres con palos en la mano y que entre ellos se encontraba un fariseo con todo su atuendo. Consulté rápidamente con María Magdalena y le pedí que fuera ella quien hablara, porque con mi pelo rizado y negro azabache sigo pareciendo un extranjero. Cuando el fariseo se acercó a mí, empecé a hablar antes de que él dijera nada.

Pude dar una explicación detallada en mi lengua materna, el griego koiné [82], en la que repetí varias veces la palabra «Ashdod», y me aseguré de que él no entendiera nada. La mezclé a propósito con el celta para que resultara totalmente ininteligible y fingí no entenderlo. No paraba de responder «Ashdod». El pobre hombre se rindió y nos dejó seguir nuestro camino. Los hombres de aspecto severo y largas barbas se hicieron a un lado. Era aterrador, incluso Hannah sintió instintivamente la amenaza que desprendían. No quería ni pensar en lo que habrían pasado Younes y Amana… En Massilia mi familia estaría a salvo.

Decidimos acampar junto a la carretera justo después de Beth-Sémes e intentamos, tras el estrés, disfrutar aún de la velada junto a una hoguera. Así, los animales pudieron descansar un poco más. Todo salió como de sí mismo. En resumen: hasta ese momento, todos estaban felices.

---

[82] En la época de Jesús, en la colonia griega de Massilia (la actual Marsella), se hablaba griego, más concretamente un dialecto del griego koiné (lengua vernácula). Esta era la lengua franca del mundo helenístico, al que también pertenecía Massilia. Por otra parte, en Massilia, como importante ciudad comercial, también se hablaban otras lenguas, como el celta, ya que la ciudad se encontraba en una zona donde vivían tribus celtas.

A la mañana siguiente partimos de nuevo hacia la penúltima parada: Thimnat.

María Magdalena

Samuel no salió de su papel y el resto del día nos habló en griego koiné, lo cual no estuvo mal como preparación para lo que nos esperaba en Massilia. ¡Y era un buen profesor! A Hannah, sobre todo, le gustaba imitar los sonidos y, cuanto más nos reíamos de su pronunciación, más le gustaba. Incluso empezó a darle clases a Johannes. Las horas pasaron volando y llegamos a Thimnat, donde nos esperaba de nuevo una pandilla así. Ya estábamos repitiendo entre nosotros algunas frases en griego koiné y jugábamos al juego con Samuel. Ya no mostrábamos el más mínimo temor, nos mantuvimos educados, y nos dejaron pasar sin el menor problema y nos desearon, con razón, un buen viaje, pero fingimos no entenderlo bien. Tampoco nos habían preguntado en ningún momento si éramos cristianos o no. Bueno, «fingir» parecía comprensible en esta situación tan precaria y, sin embargo, ahora me preguntaba si esto también podía calificarse de mentira, de engaño o de falta de fe en Jesús. ¿Ignorancia? No, se trataba de respeto por nuestra vida y nosotros mismos no representábamos una amenaza para la vida de nadie . ¿Oscuridad? No había ni la más mínima

¿Iba hay ira de por medio? ¿Deseo? No nos sentíamos en absoluto más valiosos que ellos. ¿Rabia? Para nada, era más bien miedo. En otras palabras, no fue una mentira, ni un engaño, ni una falta de fe. Al mismo tiempo, me costaba imaginar cómo Pablo había podido ser alguna vez un líder tan radical de una banda así. Lo bueno era que ninguno de nosotros tuvo que mentir gracias a Samuel: al parecer íbamos a Asdod y, al final, pudimos reírnos todos juntos de lo astuto que había sido al lograrlo. Seguimos nuestro camino hasta que cayó la noche. Estábamos agotados. Bruintje Bruin fue mimado por Hannah. Samuel mimó a Hannah. Rebecca mimó a Samuel y su pecho mimó a Johannes. Y yo fui mimado por mis recuerdos de mis conversaciones con Jesús. Todos caímos en la cama al instante.

Al día siguiente llegaríamos a Ashdod.

ASHDOD

María Magdalena

Nos acercábamos a Ashdod a media tarde y, una vez más, nos esperaba un grupo de hombres armados con palos y porras. En esta pequeña ciudad portuaria, el griego koiné no era desconocido y Samuel pudo explicarles con total claridad que era el hijo de Joaquín de Massilia, cuyos barcos eran ya desde hacía años un referente en todo Ashdod, y mientras Samuel daba su explicación, un hombre con perilla se acercó cautelosamente a mí. Mientras trazaba una cruz con el dedo en el suelo del carro, susurró: «¿No es usted María Magdalena?». Asentí y él me devolvió un gesto de reverencia, se dio la vuelta y comenzó a gritar que podíamos pasar. Y supongamos que me hubiera preguntado si era María Magdalena y no hubiera hecho la señal de la cruz, ahora estoy segura de que le habría dado la misma respuesta. Me habría identificado.
Una hora más tarde llegamos al puerto.

Samuel
Al parecer, ya habían avisado a Caleb, porque nos estaba esperando nervioso. Fue una bienvenida cordial y cálida. Lo primero que gritó desde lejos fue: «¡Hay un barco listo!». Acarició a su caballo y se subió un poco torpemente al carro después de haber dado la bienvenida a cada uno personalmente, y nos indicó el camino

Samuel. Oí a Samuel preguntar: «¿Sigues en el mismo muelle, Caleb?». «No, un poco más allá, porque no sabía cuándo llegarías. El capitán te conoce y tú a él, pero no te diré quién es…», y me dio una palmada de ánimo en el hombro.

Unos instantes después, vi el barco amarrado y mi amor por el mar volvió a aflorar. Dejé de lado a Bruintje Bruin, no pude contenerme y salté con entusiasmo a bordo para conocer al capitán. Llamé a la puerta del camarote del capitán y se abrió. Me quedé petrificado: ¡Boaz! Fue mutuo: ninguno de los dos movió un músculo y nos miramos inmóviles. Su odio se reflejaba en todos sus rasgos: las comisuras de los labios hacia abajo, la mirada penetrante, sin emoción, ni un músculo se movía. ¿Aún existíamos el uno para el otro? Caleb me había avisado. Boaz habló de forma seca y monótona: «¿Quién es usted, señor? ¿Nos conocemos? Mañana zarpamos. Prepare todo». Y me cerró la puerta en las narices. Volví a tierra y Caleb me miró muy preocupado y me susurró: «Mañana no partirá: se avecina una tormenta. Solo quiere fastidiarte. Estaba furioso porque tuvo que esperarte por mi culpa. Justo cuando iba a zarpar de Sidón, se enteró por casualidad del capitán de otro barco de tu padre que acababa de atracar, de que su hijo pequeño está muy enfermo. Y ahora, con el mal tiempo que se avecina, bueno, es comprensible, claro, pero también se puede hablar en lugar de

gritarle a alguien. Pero todo irá bien, Samuel». Caleb me miró con preocupación: «Mantén la calma, muchacho, y todo saldrá bien». María Magdalena lo había oído todo y Caleb le preguntó: «¿Sería posible que esta noche dieras un discurso a nuestra comunidad cristiana? No sabemos con certeza qué decidirá Booz mañana». María Magdalena asintió con la cabeza.

Caleb me ayudó a cargar nuestro equipaje en el barco y, poco después, Hannah se despidió de Bruintje Bruin. Les mostré el barco a las mujeres, grandes y pequeñas, y pasamos por delante de la cabina del capitán. Llamé a la puerta con el corazón en un puño para presentárselas a mi hermano. Él abrió la puerta y se sentó inmediatamente de nuevo a su mesa sin levantar la vista. «Hermano, quiero presentarte a mi familia: María Magdalena, madre de Rebeca y abuela de Hannah y Johannes. Queremos darte las gracias de antemano por dejarnos viajar contigo. Lamentamos saber que tu hijo parece estar enfermo y, pase lo que pase, partiremos cuando tú lo ordenes». Se hizo el silencio; al parecer, no existíamos, e incluso la alegre Hannah se quedó en silencio y miró con miedo a aquel hombre canoso que se parecía solo un poco a mí.

Mi hermano apenas levantó la vista y guardó silencio, y nosotros, tras un rato, nos retiramos uno a uno. Yo me quedé, como el último: «Lo siento de nuevo, hermano, y puedo explicártelo todo; he cometido errores, a veces, o mejor dicho, a menudo, fui un inútil a tus ojos. Pero desde que me valgo por mí mismo

«También he podido hacer cosas buenas gracias a tu ejemplo. Espero y rezo para que todo salga bien con tu hijo. Espero que podamos hablar pronto. Mientras tanto, te deseo buenas noches». Y, sin esperar respuesta, cerré la puerta en silencio.

María Magdalena

Caleb vendría a buscarme tan pronto como se pusiera el sol y fuera menos peligroso celebrar reuniones entre cristianos.
Sin embargo, el hermano de Samuel me había sacado de quicio y me costaba muchísimo no darle una bofetada. La ira no era, desde luego, una actitud adecuada para hablar después del amor de Jesús. Fue Samuel quien me tranquilizó al hablar de sus errores del pasado, por los que el hermano mayor a menudo había tenido que pagar las consecuencias y asumir la culpa porque, por así decirlo, Boaz no había cuidado lo suficiente de su hermano menor. Mi ira dio paso a la comprensión e incluso al respeto, por lo que la calma y la paz volvieron a apoderarse de mí.

Caleb vino a recogernos a Rebecca y a mí; Samuel se encargaría de los niños. La reunión se celebraba siempre en un lugar diferente y solo se comunicaba el lugar donde tendría lugar con un día de antelación. El miedo era grande, pero la determinación, mayor.

Llegamos. La asistencia me sorprendió: gente de todas las edades, desde bebés lactantes hasta ancianos que apenas podían caminar, y todos me miraban como si yo mismo fuera Jesús . Las

expectativas que tenía eran grandes. Empecé diciendo: «Bienvenidos. No esperen nada de mí, esperen solo lo que aprendí de Jesús. Intentaré comportarme más bien como un intérprete de Jesús y no como un orador». Conté brevemente la historia de mi vida, para llegar rápidamente a mis tres días de formación en Nazaret y terminar con el encuentro con Jesús tras su muerte. Parecía que incluso los bebés estaban escuchando. Antes de abrir el turno de preguntas, concluí rindiendo homenaje a Adina y estableciendo la conexión con Saulo, que se convirtió en Pablo y que aún seguía agobiado por su sangriento pasado, y llamé a todos al perdón.

Una mujer se levantó para continuar dirigiendo la reunión: «¿Quieren levantarse todas las personas que tengan una pregunta para María Magdalena?».

Se levantaron unas seis personas. La norma era que el mayor de ellos fuera el primero en formular su pregunta. Una vez formulada la pregunta, los demás podían sentarse y volver a levantarse tras la respuesta, momento en el que el mayor de ellos podía volver a formular su pregunta. Era un sistema sencillo que funcionaba a la perfección y no daba lugar a molestias. Ofrecia la ventaja de que algunos de los que preguntaban ya habían recibido la respuesta tras la respuesta a la pregunta del anterior, lo que permitía al ponente calcular mejor cuánto tiempo o con qué profundidad podía responder a las preguntas de los demás que aún no se habían formulado.

El interrogador de mayor edad era un hombre: «Usted habló de las cuatro fuerzas opuestas: la ira, el deseo, la oscuridad y la ignorancia. Pero lo que hemos visto con Adina nos causa miedo. ¿No es el miedo también una de esas fuerzas opuestas?». Y el hombre se sentó.

«Usted aborda un tema complejo. El miedo nos enseña la prudencia para el bien, pero también engendra crueldad para el mal. Es una historia con dos caras. Por un lado, el miedo se encuentra implícito de forma negativa en la oscuridad y la ignorancia. Por otro lado, el miedo puede ofrecer una ayuda positiva para superar la ira y la codicia.

Las circunstancias determinan de qué lado está. Si tienes dudas, habla con Jesús en tu interior: "Por favor, Señor, corrígeme si estoy equivocado". Esto neutraliza el miedo a tomar la decisión equivocada. Su nombre por sí solo te tranquiliza y te libera del miedo al fracaso, y te lleva con mucha más frecuencia y facilidad a la elección correcta. O reza así: «Guárdame en tus heridas[83], Señor, donde ningún demonio se atreve a acercarse a ti».

La segunda persona en preguntar fue una anciana: «Dices que Jesús dijo que Él está en nosotros. Me cuesta imaginarlo. ¿Quién soy yo entonces?».

«Él está en nosotros, pero no se impone. Hemos nacido en libertad, y Él se muestra humilde en cada uno de nosotros. Nosotros

[83] Sabiduría del actual papa León IV

ya no tienen que buscarlo, Él siempre responde, a menudo a través de acontecimientos fortuitos o con sentimientos de consuelo o amor por parte de tu prójimo, tu hijo, tu cónyuge o tu amiga, o como en este grupo actual. O una paloma, por ejemplo: una vez me encontraba con mi burro en lo que resultaría ser una encrucijada crucial de mi vida, y literalmente no sabía cuál de los tres caminos debía tomar para llegar a Ein Karem: una paloma se posó, mirándome inmóvil y sin miedo, y pensé: Señor, muéstrame el camino. Estoy perdido. La paloma alzó el vuelo y algo me dijo que la siguiera, y así llegué a Ein Karem. ¿Es esto un milagro? No, esto no se puede saber, pero tampoco se puede saber que no es un milagro o un regalo de Él por tu confianza, en el que la humildad es la fuerza detrás de la casualidad. María sigue viviendo según esa evidencia, mientras que al principio me pareció pura casualidad creer en ello. Estuve presente en el bautismo de Jesús en el Jordán y una paloma se posó en su hombro. ¿Conocéis esta historia? ¿Es una coincidencia? Ahora sabemos que no. María me enseñó cómo lidiar con las «coincidencias»: lo resumió así: «No lo cuentes como un milagro, pero tampoco lo niegues. Guárdalo en silencio y con gratitud para ti mismo. Si lo gritas a los cuatro vientos, desvirtúas este regalo al pensar que te lo merecías y pierdes más de lo que recibiste, pero aún peor es cuando niegas este precioso regalo, porque eso no solo es una lástima, sino que

«También es soberbia, como si tú lo supieras mejor que el generoso donante[84]».

Volviendo ahora a tu pregunta: ¿quién soy yo entonces? La respuesta es: no soy «yo», sino «nosotros»: yo y Aquel que está en mí, nosotros somos nosotros».

Me excusé un momento para salir. Tanta atención me asustaba un poco. Nunca había dado una conferencia y temía mucho que la conferencia me hiciera sentir orgulloso en lugar de enseñarme humildad. Necesitaba poder hablar un momento en mi interior con Jesús: «Jesús, por favor, deténme cuando diga cosas incorrectas o cuando mi orgullo se imponga.» Volví a sentirme parte de un «nosotros» y regresé tranquilizado al interior.

La tercera persona en preguntar fue una mujer de mediana edad: «A mi marido y a mí a veces nos cuesta aceptar la igualdad entre hombres y mujeres. Quiero decir: a él le cuesta especialmente adaptarse a esto. Y a mí me cuesta comportarme así, porque nunca lo vi así en mis padres y toda nuestra sociedad está construida como si una mujer no tuviera inteligencia y solo tuviera que escuchar al hombre. Tengo un marido encantador, pero a veces parece que precisamente no formamos una unidad

[84] Sabiduría de la Iglesia Ortodoxa: Archimandrita Sophrony: «No aceptes, no ignores».

«... crear nuevas formas introduciendo el cambio de la igualdad».

Fue una pregunta valiente y muy acertada y yo, que nunca he convivido con un hombre, quizá me impresionó aún más su valentía al plantearla en una sala donde había muchas parejas presentes.

«En cuanto a tu marido y a ti: solo podréis aprender la igualdad cayendo juntos y levantándoos juntos en el amor mutuo, cometiendo errores juntos y corrigiéndolos juntos: eso es lo que os unirá aún más que antes. Al principio es una búsqueda, me lo imagino perfectamente, pero solo lo conseguiréis si estáis dispuestos juntos a recuperar la relación del primer hombre y la primera mujer en el Edén. En cuanto a la sociedad: el viejo espíritu debe ser sustituido por un nuevo espíritu. La prueba está aquí esta noche: hombres y mujeres son iguales, pues constato con alegría que de los seis que se han levantado para hacer preguntas, tres son mujeres y tres son hombres. Y así debe ser en todo: igualdad entre hombre y mujer. Convertir lo viejo en nuevo requiere tropiezos y levantones, requiere buscar y tantear, y construir mutuamente la confianza de que el hombre y la mujer quieren lo mejor el uno para el otro. Eso es lo que les deseo». Muchas parejas se buscaron en secreto la mano, algunas sin reparos, otras más bien tímidas, algunas incluso levantaron sus manos en alto.

El cuarto en preguntar fue un hombre de mediana edad: «Desde que una de las nuestras, Adina, fue lapidada, cunde realmente mucho miedo entre nosotros: ¿quién será el siguiente? Hemos oído que en algunas ciudades han violado a mujeres cristianas. Ustedes están a punto de huir, pero nosotros no podemos hacerlo. No les culpo, pero tenemos que mantener a familias enteras aquí y huir no es una opción. Sin embargo, parece que es fácil hablar de Jesús con la seguridad de que se puede abandonar esta guerra religiosa». Me alegré de esta pregunta, porque me dio la oportunidad de explicar mi plan: «Me alegro de poder responder a esto. Rebecca es mi hija adoptiva y es la esposa de Samuel, originario de Massilia, una ciudad fundada por griegos con raíces celtas. Tienen dos hijos, Hannah y Johannes. Nadie en Massilia ha oído hablar jamás de Jesús y la gente solo conoce a los dioses griegos, celtas y, en menor medida, romanos. Uno de estos días partiremos hacia Massilia en un barco del padre de Samuel. Allí se habla un dialecto griego salpicado de palabras celtas. Todo esto no es casualidad, es mi deber hablar allí de nuestro Salvador. No sé cómo me recibirán. Sin duda hablaré allí de Cristo como lo hago aquí. ¿Siento miedo? Sí, siento miedo, pero mi confianza y mi fe en Jesús son mayores que mi miedo. Os pido que recéis por mí tanto como yo os tendré presentes». El

El que hizo la pregunta se disculpó, aunque no era necesario, y yo le di las gracias porque así pude aclarar las cosas para todos los presentes.

La quinta persona en hacer una pregunta fue una joven valiente y se refería a mi enamoramiento de Jesús: «En este momento estoy muy enamorada de un chico, pero de tu historia me da la impresión de que no se puede confiar realmente en el enamoramiento, ¿tiene eso algo que ver con el amor verdadero? ¿Pudiste dejar eso de lado tan fácilmente y amar a Jesús sin pensar en él día y noche?».

«Es cierto que me enamoré profundamente de Él y, por un lado, me resultó difícil cuando Él me respondió: "Amo a todas las personas", pero, por otro lado, esa era la única respuesta correcta y la mejor que podía poner en perspectiva mi enamoramiento. El enamoramiento es algo que no perdura, como muchos aquí saben, sino que es el punto de partida hacia un amor más profundo y maduro, pero al mismo tiempo más sereno. Sería maravilloso que todos, tanto mujeres como hombres, pudiéramos enamorarnos de Jesús para luego formar parte de su amor divino, construido sobre la roca y no sobre la arena. El enamoramiento es un hecho indispensable en el mundo y algo que Belial desearía destruir por encima de todo. El propio Jesús llevaba en sí ambas naturalezas: la naturaleza humana a través de María y la naturaleza divina a través del Padre. Y lo que imagino, pero en ello hablo yo solo por mí mismo, es que

el enamoramiento se acerca más al amor divino que el amor humano. En eso diferimos totalmente de Él.

En nosotros, los humanos, el enamoramiento se centra en una sola persona; en Él, el «enamoramiento», si es que aún se le puede llamar así, se centra en todas las personas. Esta afirmación mía no es correcta, pero tampoco del todo incorrecta. «Amo a todas las personas». ¿Quién de nosotros puede decir esto aquí?

Corren rumores de que hemos tenido relaciones sexuales, pero puedo dar fe de que Él no mostró la más mínima intención sexual: «Amo a todas las personas». Su misión no es tener hijos, sino convertirnos a todos en hijos de Su Padre. ¿Puedo preguntar a las parejas si siguen tan enamoradas como en sus primeros años? Veo a muchas parejas sonreír y negar con la cabeza, pero al mismo tiempo buscarse la mano… sí, eso es amor. El enamoramiento es un impulso importante y requiere que dos personas libres maduren de forma duradera, con altibajos.

De repente se hizo el silencio en la gran sala y se oyeron risitas, como si fuera una competición para ver quién quería más a su pareja.

Busqué con la mirada al sexto participante: un joven con una pregunta perspicaz para su edad. Se levantó y todos se quedaron en silencio: «Usted dijo que Jesús insistió en no establecer reglas ni jerarquías. Pero no lo entiendo muy bien… “sin reglas”».

¿No es eso también una regla? «Sin jerarquías» me parece que también es una regla en sí misma, ¿no?

Me alegré y, al mismo tiempo, me sorprendió —dada su corta edad— que un joven hiciera un comentario tan importante; afortunadamente, no me vi en la situación de responder sin estar preparado, ya que yo mismo había reflexionado mucho sobre ello: «Jesús quiere decir que Él está en nosotros y que Su relación con cada persona es única, a la que no se le pueden aplicar reglas externas y generales. Después de todo, cada persona es única: cada uno de nosotros presenta ya tantas diferencias físicas, pero cada uno vive también un camino de vida único, con lo bueno y lo malo, en circunstancias fáciles y difíciles. Por lo tanto, es imposible establecer reglas espirituales que sean aplicables a todas las personas e impongan cosas que sean contrarias al contenido de tu camino de vida. A veces, por no decir a menudo, estas hacen más daño que bien. Las reglas reprimen la espontaneidad. Él está en nosotros y nuestras conversaciones con Él en nuestro interior son únicas, y debemos aprender a confiar en ello. Cada uno de nosotros aprende y siente cómo podemos vivir con amor tras vencer día a día las cuatro grandes fuerzas contrarias: la oscuridad, el deseo, la ira y la ignorancia. Cada persona es y sigue siendo única, al igual que nuestra relación con Él sigue siendo única. Cada persona recibe de Él una ayuda única a través de la intuición o de las supuestas coincidencias de las que hablaba antes, o incluso de acontecimientos explícitos, con la condición absoluta de que pongamos como objetivo central el amor al prójimo. Y solo podemos sentir amor por el prójimo

si también nos vemos a nosotros mismos con cariño, como un regalo de Aquel que está en nosotros. Una estructura jerárquica con normas y obligaciones generales impuestas desde arriba, por muy buenas que sean sus intenciones, hace que este proceso resulte más bien contraproducente y convierte al ser humano, lo quiera o no, en una pieza más del engranaje y en un súbdito. Una estructura jerárquica acaba inevitablemente enredándose irremediablemente en sí misma y conduce a una división insuperable que da lugar a aún más reglas. Y eso es precisamente lo que Él no quiere: Él quiere encontrarnos, ayudarnos y abrazarnos como seres humanos espontáneos, únicos e individuales. No quiere que sus hijos sean esclavos de una estructura, sino hijos de un solo padre, el Padre. La amalgama de las múltiples facetas del amor en cada uno de nosotros es tan diversa como la amalgama de las fuerzas del mal en nosotros, y no es igual para ninguno de nosotros. Y para ello, Él debe poder morar EN cada uno de nosotros y guiarnos, y no desde fuera de nosotros. Pero debemos dejarle entrar. Esto es lo que os deseo a todos». Sentí que debía parar, pero podría haber seguido así. Se había hecho el silencio. Muchos ojos brillaban. Me tomé un momento para mirar a las personas una por una; muchos se santiguaban discretamente, otros inclinaban la cabeza, otros miraban extasiados hacia arriba, algunos derramaban una lágrima de emoción, otros también buscaban mi mirada y yo les devolvía la mirada. Se mantuvo el silencio. Asentí con la cabeza al joven, preguntándole con la mirada si esta respuesta era suficiente. Él asintió afirmativamente y se sentó.

Concluí la velada diciendo: «Hablad con Él en vuestro interior, pues Él está en cada uno de vosotros. Él siempre responde. Incluso el silencio puede ser una respuesta si Él siente que el silencio puede ayudaros a encontraros con Él más fácilmente. No os sintáis obligados, sino invitados. Tened cuidado con las cuatro fuerzas contrarias disfrazadas de ovejas, pero amad a Jesús. Todos son libres de recordar a Adina y a todos los demás mártires, al igual que todos son libres de orar por nuestros enemigos, pues ellos no saben lo que hacen. Solo el amor señala el camino correcto».

Caleb estaba profundamente conmovido y agradecido. Rebecca se acercó en silencio a mí y me susurró al oído: «Mi mamá».

Reinó un gran silencio en la carreta de Caleb de camino al barco.

Samuel

No me cansaba de escuchar el relato de Rebecca sobre la conferencia de María Magdalena, y entonces me tocó a mí contar si tenía alguna novedad sobre los planes de mi hermano. Sí, había dado un paseo nocturno con Hannah por el muelle al atardecer, mientras Johannes dormía, y me encontré con un pescador local que me contó que Boaz se había peleado con su único timonel restante, quien había decidido dejar de navegar a sus órdenes, y que me dijo que Boaz estaba furioso porque no podía seguir viajando de inmediato debido a mi llegada, ya que su hijo podría morir. En otras palabras, Boaz me necesitaba para poder partir, lo que al parecer le enfurecía doblemente por sentirse impotente. Ese pescador añadió que era evidente que se avecinaba una tormenta y que mañana seguro que no zarparía. Entonces volví inmediatamente al barco y le pedí a Boaz que lo consultáramos juntos. Me espetó que prefería perecer con toda su familia para reunirse con su hijo en el más allá, antes que quedarse aquí esperando resignado para dar a mi familia más posibilidades de sobrevivir. «Me voy mañana, solo o no: ¡me voy! ¡Ya he perdido suficiente tiempo por tu culpa!».

Rebecca palideció de miedo cuando se lo conté y fue a ver si María Magdalena ya había terminado de acostar a los niños. Unos instantes después, me encontraba a solas

con ambas mujeres. Cuando volví a repetir todo, María Magdalena se levantó y dijo: «Mañana, al amanecer, me levantaré y hablaré con Booz. Déjanos solas: mientras tanto, ve a visitar a Caleb con los niños, eso le gustará. Mantén la calma y ama a tu hermano. Ahora me voy a dormir».

María Magdalena
Había sido un día muy duro, desde la mañana hasta la noche. Esta mañana, en nuestro primer contacto, podría haberle dado una bofetada a Boaz, mientras que ahora empezaba a pensar de forma muy diferente al conocer todo lo que ese hombre había tenido que soportar y seguía soportando. Nunca es bueno juzgar precipitadamente. Reflexioné sobre mis adversidades, porque el mero hecho de pensar en ellas a menudo me ayuda a superarlas. Salvo por una cosa hoy: aún permanecía un poco en la ignorancia sobre los antecedentes de Boaz, pero saber que no sabes algo es el único camino para buscar la respuesta. Oh, sí, Señor, tú estás en mí. No necesito un templo de piedra para encontrarte o descubrirte. Mi cuerpo es tu templo, completamente puro desde mi nacimiento, pero desde entonces tengo que barrerlo cada día para ahuyentar todas las fuerzas contrarias. Y me quedé dormido con una escoba en mi cabeza.

Boaz
La vida es un infierno. Todo se vuelve en mi contra. ¿Qué te he hecho, Dios que ni siquiera existes? Llévame a mí en lugar de a mi hijo: él no tiene la culpa. ¡Llévame a mí! No es

injusticia: mi hermano, el eterno holgazán, el aprovechado, el afortunado que no tiene que hacer nada para conseguirlo, una mujer guapa y encantadora: ¿cómo lo hace? Con palabras bonitas, así lo conozco de toda la vida: sabe venderse a todo el mundo, pero asumir responsabilidades, eso es cosa de otros. Y ahora mi hijo, de solo tres años y, al parecer, moribundo, y nadie sabe de qué, y aquí estoy yo, atado con una amarra al muro del muelle. Tormenta o no, me soltaré, quiero estar con mi mujer y mi hijo.

María Magdalena

La tormenta ya se anunciaba claramente esta noche: las olas en el puerto protegido se hacían cada vez más altas y golpeaban con mucho ruido y cadencia contra el costado de madera del barco, como una marea de guerra.
Por la mañana llamé a la puerta de la cabina del capitán. Me había propuesto no sacar el tema de Jesús y hablar de él solo si él mismo lo pedía. Volví a llamar y grité su nombre: «¿Boaz?». Él abrió la puerta.

«Estoy preocupado por ti».

«No soy un niño. Sería mejor que te preocuparas por ese niño grande que anda por aquí arriba en la cubierta».

«He oído que quieres zarpar mientras las nubes de cúmulos se acercan a toda velocidad desde el suroeste y tenemos que navegar hacia el suroeste, en dirección a Massilia.

Nos empujan hacia atrás en lugar de hacia delante. Si es que no nos hundimos… Quedarnos aquí es la única opción para no perder más tiempo, ¿no?

«No me importa. Mi hijo ya ha muerto por culpa vuestra y luego me reuniré con él allá arriba. Vosotros podéis abandonar el barco cuando queráis».

Me quedé callado.

¿Era esto envidia, brusquedad, rudeza, terquedad, descortesía? Así lo parecía, pero no lo era. No, era impotencia.

Me quedé sentado; este hombre necesitaba ayuda y había que protegerlo de sí mismo. En lo más profundo de su ser, esperaba que alguien pudiera salvarlo, porque él ya se había rendido. Si me levantaba en ese momento, para él sería el final de la historia, sin posibilidad alguna de volver atrás. Pensé en su mujer, en su hijo. Aunque esto durara días, me quedaría sentado. Estar presente era el único remedio que quizá aún pudiera ayudarle. Guardé silencio y ese silencio era lo único que podía traer paz a su mente desesperada. El hambre, la sed, el sueño, todo eso pasaría de largo; recibía ayuda de lo alto. Se convirtió en una batalla mental: uno de los dos tenía que ceder, y quizá suene presuntuoso, pero yo sabía quién ganaría, y no era ni él ni yo, sino el poder de Jesús en mí.

Pasaron las horas, la tormenta rugía como loca sobre nuestras cabezas y oíamos a Samuel y a Rebecca en la cubierta

Corríamos de un lado a otro y nos gritábamos unos a otros, presas del pánico, para que trajeran más cuerdas; oímos a Rebecca gritarle a Hannah que se quedara en la cubierta inferior. Poco después, oímos a Hannah gritarle a Rebecca que le pasaba algo a Johannes. Oímos a Hannah llorar histéricamente. Lo único que hice fue mirar a Boaz a los ojos, sin acusarlo, porque yo no era menos culpable, pero tenía confianza. Vi cómo el rostro amargado de Boaz cambiaba poco a poco de hosco a preocupado por los gritos de Hannah: el padre que llevaba dentro despertó y se levantó de un salto para ir a ayudar. Samuel luchaba con una vela mayor que se había soltado, Rebecca intentaba ayudar y no se atrevía a soltarla para no perder a Samuel, pero también para proteger la vela de que se rasgara, porque entonces la salida no podría llevarse a cabo. Boaz corrió hacia Rebeca para que ella pudiera ayudar a Hannah. Mientras tanto, encontré a Johannes en el suelo de tablones: su cesta estaba volcada y él yacía sin vida en el suelo con una fea herida abierta en la cabeza. Hannah, desorientada, pisoteaba con ambos pies la gran cantidad de sangre. Rebecca me miró mientras intentaba calmar a Hannah: «¿Está muerto?». Negué con la cabeza: «Está inconsciente, pero tiene una herida en la cabeza. Me quedaré aquí con Hannah y Johannes. Por ahora, no le digas nada a Samuel, tiene que poder concentrarse o provocará accidentes». El barco volvió a chocar con un golpe seco contra el muro del muelle, haciendo que todo retumbara. Caleb, preocupado sobre todo por los niños, apareció de la nada con un carro tirado por un caballo en el

Bajo una lluvia torrencial, vino a recogernos. Me llevé mi botiquín. Samuel ni siquiera tuvo oportunidad de decir nada; otra vela de la cubierta de popa también se había soltado y empezaba a rasgarse. Una gran rotura significaba días de retraso. Boaz no se atrevía a mirarnos. Los dos hermanos se quedaron atrás. Rebecca se aferró a Johannes, pálida de miedo ante lo peor. Hannah se escondió en mi pesado manto empapado. «¡Ayúdanos, Jesús! Hagas lo que hagas, Señor, tengo fe. Sigo queriendo convertirme en el mar, aunque no conozca todas sus fuerzas ni su porqué, pero confío en ti».

María Magdalena

Al día siguiente, la tormenta había amainado. Johannes aún respiraba, eso era lo único que se podía decir. Parecía un sueño profundo. Pero ¿sin alimentarse? ¿Cuánto tiempo puede aguantar un bebé así? Le había vendado la cabecita, con la herida abierta, con las mismas vendas de Lázaro que había usado con Hannah, pero no me tranquilizaba; esperaba al menos una pequeña señal de vida. Las pupilas aún reaccionaban a la luz, pero eso era todo. Rebecca no lo dejaba solo ni un segundo, por muy agotada que estuviera. Estaba tumbada junto a Hannah en la cama de Adina, con Johannes entre ellas. Era admirable que no culpara a Boaz, sino a la tormenta, aunque sabía que no era así. Caleb había ido al barco a buscar a Samuel. ¿Y si Johannes sobrevivía? ¿Le quedaría algo? Y peor aún, ¿y si Johannes moría? Había que esperar a ver cómo reaccionaba Samuel. Pasara lo que pasara, me resultaba imposible culpar a Dios y seguía confiando en un buen desenlace, fuera lo que fuera que eso significara.

Caleb

¡Qué golpe para Rebecca y Samuel! Ya no creo que Johannes vaya a sobrevivir a esto: me parece que tarda demasiado en abrir los ojos. Hace tiempo que superó el hambre y busca su camino hacia el cielo, donde la luz celestial

se hace esperar un poco. Que Adina lo esté esperando y le dé la bienvenida a Johannes con su corazón de oro, para ser un apoyo para Rebecca, Samuel y Hannah. El barco apareció a la vista y vi a los dos hombres sentados en la proa. Temía que la tormenta de ayer no fuera nada comparada con lo que ahora tenía que comunicarles. Sabían que había pasado algo, pero no sabían qué. A primera vista, no parecían estar discutiendo entre ellos. Samuel gritó desde lejos: «¿Todo bien?». No respondí de inmediato, pues no tenía noticias que se pudieran anunciar a bombo y platillo. Me acerqué y el susto en los ojos de Samuel le hizo hablar más bajo: «Dime que todo está bien. ¿Algo con los niños?». Tuve que hacer acopio de valor: «Sí, no está bien, la cesta de Johannes se cayó durante la tormenta. Sigue inconsciente, tiene una herida grande en la cabeza y ha perdido mucha sangre. No come, no bebe, no se despierta, está pálido como la muerte. Siento mucho tener que contarte esto». Vi a Boaz detrás de Samuel, que desapareció de mi vista al instante. Subí a bordo lo más rápido que pude y Samuel se refugió en mis brazos. «Vamos, chico, Rebecca y Hannah te necesitan mucho ahora». De Boaz no quedaba ni rastro.

El camino de vuelta a casa fue uno de esos recuerdos que nunca olvidaré: junto al anciano iba un joven con una sabiduría y una madurez que el anciano nunca había alcanzado a su edad, sereno y sin el menor atisbo de rencor hacia su hermano. Samuel guardaba silencio y miraba al frente. Ya desde lejos vimos a María Magdalena hacia

salió a nuestro encuentro. Nos hizo señas para que nos acercáramos y, un momento después, estábamos todos junto al lecho de muerte de Johannes. Las lágrimas de Samuel le corrían por los ojos y la nariz, y cogió a su hijo en brazos, alzó la vista y murmuró: «Todos somos hijos del Rey. ¿Estabas tan cerca todo este tiempo, Señor? Podrías haberme llevado a mí, pero hágase tu voluntad. Johannes está en buenas manos». Besó suavemente la frente de Johannes. Y volvió a depositar a Johannes en los brazos de Rebecca y Hannah y se sentó junto a ellas en la cama de Adina. El tiempo y el espacio se negaron a cumplir su función y dieron prioridad absoluta a su amor para soportar el dolor de los demás. Reconocí ese dolor de hace no mucho tiempo. Por primera vez desde la muerte de Adina, me senté en su silla, en el rincón más alejado de su habitación, y le pedí que cuidara del pequeño Juan. La idea me consoló. María Magdalena se asomó un momento y me hizo un gesto. Este anciano salió en silencio de la habitación: «Caleb, no debemos olvidarnos en absoluto de Booz».
Y poco después nos dirigimos juntos hacia el barco.

María Magdalena

Boaz estaba muy ocupado reparando el desgarro en la vela de popa. No se había dado cuenta de que estábamos allí; parecía que tenía mil cosas en la cabeza y que sus ojos no tenían espacio suficiente en su cerebro para ver más allá de una aguja atravesando un desgarro. Me acerqué a él: «Boaz, ¿puedo hablar contigo un momento? Es que...

«Es importante». Se sobresaltó, asintió con la cabeza y dejó caer todo al suelo de inmediato, como si ya intuyera el motivo de mi visita. Unos instantes después, estábamos sentados en el banco de la cubierta de proa: «Malas noticias, Johannes ha fallecido». Se quedó paralizado y se llevó las manos a la cabeza, como si se sintiera avergonzado. Apartó la mirada de mí hacia el mar y negó con la cabeza: «Es culpa mía». Aún no se atrevía a mirarme. Esperé. Luchaba consigo mismo, negaba constantemente con la cabeza para poder soltar algo y balbuceó: «Mi hijo debería haber muerto, no el hijo de Samuel. Yo me lo merezco, él no. Ni siquiera puedo llorar por su hijo. Ya no me siento humano y, sin embargo, me comporto como si fuera el único padre en la tierra. ¡Mírame!». Se volvió hacia mí. «¡No puedo llorar!». Y el dique se rompió al instante. Cayó y se arrastró hacia mí de rodillas, llorando, y escondió la cara en mi regazo: «Dios que no existe, ¿qué he hecho? Y si existes, ¿por qué no te llevaste a mi hijo? ¿Cómo voy a vivir con esto?». Seguía sin atreverse a mostrar su rostro y, en silencio, tomé su cabeza entre mis manos para poder mirarlo.

«No se ha perdido nada, Boaz. Tus lágrimas son diamantes, atesóralas y compártelas con tu hermano, con Rebeca y con Hannah. Tu hermano no te guarda ningún rencor. Al contrario, es consciente de que también te ha fallado a ti. Honra la muerte de Juan matando tu amor propio. Da. No te culpes cuando, al llegar a Massilia, recibas a tu propio hijo con vida en tus brazos. Samuel y Rebeca te lo

te lo permitirán. Ten fe en el bien. Ven con nosotros, Caleb te llevará con Samuel y Rebeca, ellos necesitan tu apoyo y no te reprochan nada».

Las últimas contracciones del mar resonaban contra el costado del barco y habían dado a luz a un hijo de Dios al acoger a otro niño. De repente recordé que, en su camarote, al final de nuestra conversación sin sentido, había rezado para mis adentros: «Hagas lo que hagas, Señor, tengo fe. Sigo queriendo convertirme en el mar, aunque no conozca todas sus fuerzas ni tampoco su porqué, pero mantengo la fe». Y ahora lo entiendo mejor: la confianza no implica necesariamente la promesa de que todo vaya a ser fácil, pues no es raro que algo bueno surja de algo que era imprevisible y que no se hubiera podido resolver de ninguna otra manera que no fuera con las lágrimas más tristes.

Ayudé a Boaz a levantarse y él nos siguió con pasos lentos.

Boaz

Me daba demasiada vergüenza mirar a Caleb, aunque él no mostrara el más mínimo juicio en sus gestos o en su comportamiento.
A pesar de las bonitas palabras de María Magdalena, me daba miedo tener que mirar a los ojos a Rebecca y Samuel. Miedo a ver al pequeño Juan muerto después de haberme negado a verlo vivo cuando estaba con Rebecca

con su hija. Miedo a una mirada de enfado o a escuchar los llantos de Hannah. Ya no tenía nada que decir, y sin embargo me sentí de nuevo un ser humano con sentimientos que había perdido hacía mucho tiempo. Miré atrás en mi vida y solo vi un rastro de destrucción con mi padre, mi mujer y mis hermanos. Me enfrentaba a la tarea más difícil de mi vida hasta ese momento: encontrarme cara a cara con Samuel y Rebeca. Si veía cómo su Dios podía hacerlos indulgentes, entonces ese Dios también tendría que poder perdonarme a mí, y ese Dios sería sin duda un Dios de amor y merecería mucho la pena seguirlo. Pero aún no podía creerlo. Primero tenía que experimentarlo, porque todavía estaba medio ciego. Caleb me indicó el camino hacia la puerta de la habitación de Adina. Oí el llanto de Hannah. Oí el llanto de Rebecca. Me quedé ante la puerta y esperé que el llanto cesara al menos un momento antes de entrar. Mientras tanto, buscaba las palabras adecuadas; el llanto parecía disminuir; tomé el pomo de la puerta en mi mano, pero alguien se me adelantó. Me encontré cara a cara con Samuel. Él notó mi vacilación, pero me abrazó fraternalmente y me susurró: «Somos responsables a partes iguales, hermano. Te pido perdón por mi parte». «Y yo te pido perdón por mi parte». Y lo atraje con fuerza hacia mí, mientras, una vez más, no podía contener las lágrimas. Aflojó su abrazo y me condujo hacia Rebecca, y también Rebecca se levantó para abrazarme: «Bienvenido, Boaz, para rendir homenaje a la

«Pequeño Juan, su vida no habrá sido en vano si gracias a ella dos hermanos vuelven a encontrarse. Gracias por ello, es un gran consuelo». Para Hannah era sencillo: no soltaba la manita de su hermanito. Le acaricié un poco el pelo y eso le bastó. Todo aquello resultaba muy duro; perfectamente podría ser que, en ese mismo momento, mi mujer estuviera junto al lecho de muerte de nuestro hijo. Unos años más tarde, después de haber conocido mejor a María Magdalena y de haber mantenido a menudo conversaciones con ella sobre las fuerzas contrarias, me quedó claro qué me impulsaba cuando la ira se apoderaba de mí, cómo podría haber sido de otra manera y cómo el pequeño Johannes habría seguido viviendo. Fue muy noble por parte de Samuel querer asumir gran parte de la culpa, pero esto era injusto. Le estaré eternamente agradecido a Samuel. Mi hijo no murió y sigue vivo. Mi hijo y Samuel son ahora muy buenos amigos, y eso alivia mi dolor hasta el día de mi muerte. El pequeño Johannes, ese niño, nos había reunido a los dos y me ayudó a seguir viviendo como una persona llena de amor.

Samuel

Dos días después pudimos partir, y lo primero que teníamos que hacer era confiar a Johannes al mar. María Magdalena se había retirado a su camarote para prepararse. No es que no dejara entrar a nadie, al contrario, todo el mundo era bienvenido, pero todos sentían que ella prefería estar sola. Aunque

Rebecca me decía siempre, tras haberla visitado un rato, que no estaba sola, y Rebecca era quien mejor conocía a su Ma Ma. Un nacimiento une a los padres, la muerte de un hijo hace que el vínculo sea aún más fuerte[85] .

María Magdalena

Me conmovió profundamente cuando Samuel, que nunca había conocido a Jesús en persona, abrazó a su hijo y se dirigió a Jesús: «¿Siempre has estado tan cerca, Señor? Todos somos hijos del Rey». En mi experiencia, esto demostró una vez más que todos somos hijos del Rey y que Él no puede estar más cerca de nosotros de lo que ya está. Pero había mucho más que deducir.

Sentí la necesidad de estar un rato a solas al pie de esta cascada antes de poder continuar el viaje como una gota de lluvia. De vez en cuando quemaba un poco de incienso de Caspar en un cuenco, busqué mi vieja bufanda morada y, por casualidad, encontré el trozo de rollo de papiro del Hijo del Rey con el pasaje en el que el hijo del rey moría y dejaba su alma en un cajita de madera. Y allí estaba yo, esperando en mi interior, con la cesta del pequeño Juan a mi lado, el pequeño príncipe que murió. Y me sentí como el guardián que pronto confiaría al niño al mar. El mar al que yo misma anhelaba tanto

[85] Lamentablemente, esto no está al alcance de todas las parejas de padres y, por el contrario, a veces es la causa de una separación.

. Y, sin embargo, sentía que me faltaba algo mucho más grande en la historia.

Tardó en llegar. Germinar lleva tiempo y yo me tomé ese tiempo. Eran los primeros indicios de un volcán a punto de entrar en erupción.

En ese momento era muy consciente del gran privilegio que tenía de haber conocido de cerca a Jesús desde su infancia hasta su edad adulta, lo que me permite evocarlo en mi interior con mayor facilidad que cualquiera que no haya podido conocerlo como ser humano. Pensaba que yo estaba entre los «elegidos» y que millones de personas, después de María, Juan, su hermanastro y yo, por ejemplo, nunca podrían sentir ni creer lo que nosotros habíamos recibido directamente. Y, sin embargo… y, sin embargo, Samuel, que nunca había visto a Jesús en persona, aparentemente pudo percibir esto con tanta intensidad: «¿Siempre estuvo tan cerca, Señor?», ¡sin haber vivido nunca nada parecido a mis experiencias íntimas con Jesús personalmente! Esto fue una revelación en sí misma que me dejó boquiabierto, que me sorprendió por completo y, al mismo tiempo, me llenó de alegría y me dio la certeza de que todas las personas que creyeran en él tras la muerte de Jesús podrían convertirse en los antiguos guardianes de la puerta, de generación en generación. Ofrecía una perspectiva eterna tras la llegada de Jesús. Como si su espíritu siguiera vagando y fuera llevado por una cadena de guardianes.

Guardianes que esperan, anticipan, se encuentran y dan testimonio como faros en el mar.

Y allí estaba yo, con el pañuelo morado a lo largo en la mano, y solo entonces comprendí para qué lo iba a usar. Era ese pañuelo el que Jesús había sostenido en su día en la mesa de María en Nazaret, junto a Juan, María y a mí, a modo de collar, y en el que ahora envolvería al pequeño Juan para su viaje por el mar. Rebecca, que había visto a Jesús en el Jordán, vino a verme un momento; le hablé del pañuelo y le pregunté si estaba de acuerdo con mi propósito: «Por supuesto, Ma Ma, Juan es un hijo del Rey. Samuel sin duda lo aprobará». Poco después, Samuel vino a pedirme que le diera también los rollos de papiro originales del Hijo del Rey para que los acompañaran al pequeño Juan, como homenaje a su vida. Un poco más tarde, Hannah trajo también una concha con forma de corazón que había encontrado en la playa y, por último, Boaz hizo una cajita con el nombre de Juan tallado en ella. Pero lo que más me conmovió fue que Caleb se acercara con una vieja muñequita de Adina para hacerle compañía al pequeño Juan en su viaje. Rebeca se abalanzó sobre Caleb y ambos se consolaron mutuamente por su pérdida.

Dos días después partiríamos, poco antes del mediodía.

Partimos y, para nuestra sorpresa, un montón de gente, encabezada por Caleb, vino a despedirnos con serenidad

Despedirse y recibir ánimos. Reconocí enseguida a quienes me habían hecho las preguntas entre ellos y, sí, me reconfortó sentir el apoyo de todos ellos. La posibilidad de que volviera era prácticamente nula. Toda mi atención se centraba ahora en Rebecca: ella seguía aguantando con valentía, pero ahora que el viento del mar iba a arreciar, la caña lo iba a pasar mal. Hablaba por experiencia como huérfano. Ningún ser humano es sustituible por otro.

Y así sucedió: una vez que ya no vimos la costa, entregamos a Johannes al buen cuidado del mar.

Estaba bien así.

Pasaron los años. A María Magdalena le ayudó que Samuel descendiera de una familia importante de Massilia. Tras años de vivir y hablar con coherencia, cada vez tenía menos que decir. Su comportamiento y su ejemplo lo decían todo. Rebeca y Samuel se convirtieron también en los antiguos guardianes de la puerta en la historia del Hijo del Rey, y más tarde Hannah les sucedería, al igual que surgirían muchos antiguos guardianes de la puerta por todo el mundo.

Lo que María Magdalena había construido en Massilia [86]era increíble, y toda Massilia la conocía y la alababa por su ejemplo. Corrían muchas historias y la gente admiraba su sencillez y sabiduría. Rebecca se había preocupado por Ma Ma durante el último año y, al final de su vida, la había sacado de su cueva para cuidarla en su casa junto a Samuel y los niños.

Una mañana, María Magdalena no se levantó de la cama. Rebeca se preocupó mucho.

«Ma Ma, ¿te vas a morir?»

[86] Pasó años en una cueva en Saint-Maximim-la-Sainte-Baume, en el sur de Francia, a 65 kilómetros de Marsella. En la cripta de la basílica de Vézelay aún se conserva un relicario cuyo contenido se atribuye a María Magdalena.

«Aún no puedo morir, porque estoy esperando a alguien. ¿Me traes mi banda morada?».

Rebecca buscó la banda y la ayudó a ponérsela alrededor del cuello. «Samuel me acaba de decir que tienes una visita importante. ¿Puedo dejarle pasar?».

«Por supuesto, cariño, y quédate con nosotros».

Unos instantes después entró Caspar, vestido como el rey de Arabia de aquella época.

«Por fin nos volvemos a ver, mi querido Caspar. Eres un poco mayor que yo, pero ¿cómo es que sigues teniendo un aspecto tan joven?».

«Porque aquella noche maravillosa, contigo en mis brazos sobre mi camello, me uní a ti para siempre y todavía te amo. Traigo un regalito, lo abriré yo mismo, no es una verdadera sorpresa, mira… una bolsita de incienso del mismo incienso que le regalé al pequeño Jesús en su momento y que guardé para poder dártelo a ti. Te ayudaré un momento con tu faja. Pero mientras tanto, cuéntame algo sobre tu vida, mucha gente me dice que haces tanto bien por ellos».

María Magdalena no tuvo que pensarlo mucho y lo miró con los ojos brillantes.

«Yo no hago nada, querido amigo, a mí me hacen, tal y como fui acogida por mi maestro

y fui amada en su capullo divino, del

que pude salir lentamente,

para luego, por mis propios medios, revoloteando

arriba y abajo, como una mariposa púrpura,

volar hacia su universo de amor.

Todos somos hijos de Dios, querido Caspar, y Su

trono nunca volverá a estar vacío.

Qué bonito es poder morir así contigo a mi lado, querido amigo. Morir para vivir eternamente. Enciende el incienso y dame un beso, ¿quieres?

Caspar encendió el incienso, esperó un momento a que un aroma ligeramente especiado y dulce llenara la habitación y le dio un beso con delicadeza.

Al mismo tiempo, una

mariposa púrpura[87] entró revoloteando en la habitación. Caspar extendió la mano y la mariposa se posó con cuidado en su palma.

Se levantó, se dirigió con cuidado hacia la ventana abierta y extendió la mano hacia el aire libre.

«¡Vuela, mi amor!»

La miró fijamente hasta que desapareció de su vista,

pero nunca de su corazón.

---

[87] El color morado representa la confianza en tus sentimientos. Einstein afirmó: «La mente intuitiva es un don y la mente racional es su servidora». La palabra «don» se refiere realmente a «regalo», al igual que la intuitiva María Magdalena fue un regalo para la humanidad.